VIRGINIA JARO
Y caíste del cielo
ONE WAY
CHASE
zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Agradecimientos

Biografía
Referencias de las canciones
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid Barajas. La avería de un avión con destino a Lima hace necesario el acople de pasajeros de esa compañía a otro vuelo que está a punto de despegar hacia el mismo destino.

Lydia Osma, azafata de esa segunda aerolínea, de carácter empático y servicial, recibe a los pasajeros afectados por el cambio, y entre ellos está Jon Urrutia, cooperante de una organización internacional. La química entre ellos irrumpe desde el primer momento, dando comienzo a una relación donde casualidades y sincronías irán tejiendo un entramado pasional y psicológico altamente adictivo.

¿Sabrá Lydia identificar la realidad de su relación con Jon? ¿Hay que amar a cualquier precio? ¿Somos manipulados por personalidades tóxicas o nos dejamos manipular por falta de amor propio?

Y caíste del cielo es una novela valiente, directa al corazón y cargada de momentos apasionados, donde la intensidad se mueve en una cuerda floja de amor y dependencia. Una historia viva de principio a fin de la que cualquiera podría ser protagonista.

Si te apetece disfrutar de la banda sonora de la novela mientras la lees, puedes acceder a ella a través de este link:

https://open.spotify.com/playlist/1y6j9bJKfd1m7bGVEA9p2r?si=2p6FYvseR9W6VaKdJ3BADA

Y caíste del cielo

Virginia Jaro

Capítulo 1

> La gente cree que un alma gemela es la persona con la que encajas perfectamente, que es lo que quiere todo el mundo. Pero un alma gemela auténtica es un espejo, es la persona que te saca todo lo reprimido, que te hacer volver la mirada hacia dentro para que puedas cambiar tu vida. Una verdadera alma gemela es, seguramente, la persona más importante que vayas a conocer en tu vida, porque te tira abajo todos los muros y te despierta de un porrazo.
>
> ELIZABETH GILBERT

Se conocieron en un avión, en un vuelo directo a Lima.

Él, un pasajero habitual de *business,* con el colmillo retorcido por saberse al dedillo el servicio de las aerolíneas y con más horas de vuelo que muchos pilotos; educado y correcto con las tripulaciones, pero sin dar grandes licencias; intolerante con la falta de profesionalidad, así como poseedor de un sarcasmo fino y mordaz que te helaba la sangre si se sentía atendido por incompetentes. Era cliente habitual de otra compañía aérea, que, por circunstancias divertidas del destino y un acople de última hora por avería de un avión, se vio obligado a viajar, muy a su pesar, con esa aerolínea por la que nunca había apostado.

Ella, azafata de mediana edad, con un complicado divorcio a cuestas, accesible, de paciencia encomiable, fino sentido del humor y mucha mano izquierda; acostumbrada a lidiar con vitorinos de cualquier pelaje, así como conocedora de todo el engranaje para que un viajero enconado cambiase su parecer y bajase del avión

encantado; con veinte años de experiencia, capaz de tratar al más retorcido, impertinente y desagradable de los pasajeros.

En definitiva, una combinación perfecta para provocar un reto de esos que no te quieres perder. Un cóctel molotov, sin duda, digno de cámara oculta.

La cara de Jon, ya en el embarque, prometía hacer pagar a cualquier inocente todo el desastre que ese hombre venía sufriendo desde que llegó al aeropuerto y le comunicaron el despropósito de meterlo en un avión que no fuera de su compañía elegida. Por supuesto, siempre podía volver a casa en otro Uber y viajar al día siguiente, pero, dada su escrupulosa relación con las cuestiones laborales, no quería faltar al primer día de ponencias en Lima, siendo como era el coordinador jefe de la oficina matriz en Madrid. Su sentido del trabajo y del deber, junto con ese carácter del norte forjado en la responsabilidad y el sacrificio cáustico, lo empujaron a coger la tarjeta de embarque de la mano de la señorita del mostrador de facturación y dirigirse, como siempre, hacia la sala VIP, a empapar su frustración con un buen rioja a las once y media de la mañana. Aquello era como un ritual. Cada tres semanas tenía que viajar y siempre repetía lo mismo con una pulcritud mística. Incluso el estilismo utilizado para retozar ese metro ochenta en los asientos-cama de *business* se repetía en cada vuelo, convirtiéndose así en su uniforme cósmico. Era cuestión de practicidad y eficacia: una camisa de cuadros muy de su tierra, anorak *superslim* para atemperarse, de ser necesario, a un nuevo clima, vaqueros y, rematando la facha, unas deportivas Superga desgastadas que lo hacían parecer un afortunado *upgrade*,[1] y, eso, le encantaba. Jugar al despiste con esa apariencia perdularia y hacer dudar al personal de a bordo de si era un polizón en primera clase o no, lo divertía sobremanera.

Lydia se acababa de enterar del acople de pasajeros procedentes de la otra compañía, y su expresión delataba una cierta preocupación. No era la primera vez que, desde su puesto de sobrecargo, tenía que enfrentarse a una tesitura similar, dándole bastante pereza. Sabía de antemano la actitud en la que abordaban todos esos clientes rebotados de la aerolínea española por antonomasia y el esfuerzo extra que le iba a suponer demostrarles que sus temores eran totalmente infundados. La verdad era que, siempre que había pasado eso, todos los reaccionarios habían acabado bajando en su destino felices y

encantados con el servicio recibido, pero primero había que soportar sus envites de prepotencia consumada, aguantar sus exigencias e ignorar todos los comentarios peyorativos sobre las incomodidades de aquella clase club que, por más nuevo que fuera el avión y sus interiores, no parecía poderlos convencer de que el cambio no era, ni mucho menos, tan perturbador.

Pensando en cómo capear la situación y minutos antes de recibir la orden de embarcar por parte del comandante, se metió un segundo en el baño delantero, a retocarse la pintura de labios. «Un vuelo más —se dijo—. Paciencia y a dar lo mejor, como siempre.» Le gustaba su trabajo y lo desempeñaba con tranquilidad, generosidad y cariño. A partir de ahí, todo solía fluir con cierta facilidad. Miró sus incipientes patas de gallo y si el corrector había conseguido tapar las bolsas de debajo de los ojos, consecuencia de lo poco que había dormido la noche anterior. A su edad, no descansar pasaba factura enseguida. Aunque no aparentaba sus cuarenta y cinco años, era un hecho que ya no podía competir en belleza física con sus jóvenes compañeras recién llegadas a la base, a pesar de mantener un buen cuerpo, trabajado afanosamente en el gimnasio. En realidad, aquel asunto no le quitaba el sueño y si no había dormido era por otras cuestiones relacionadas con su separación. Divorciada, estaba empezando a recomponer su maltrecha autoestima después de varios años de matrimonio tóxico e incomprensible. Por eso le gustaba volar, en el más literal sentido de la palabra. Era su válvula de escape. Daba lo mejor de ella, pero, sobre todo, podía ser ella. Se sentía reconocida y valorada, los compañeros la apreciaban y cada vuelo resultaba ser una botella de oxígeno para resistir en aquel ambiente enrarecido e irrespirable en el que se había convertido su casa mientras estuvo casada. Respiró hondo, alejándose de esos pensamientos. Por fortuna, aquello ya pertenecía al pasado.

Los nudillos de su compañero golpeando suavemente en la puerta fueron la señal que le indicó que el embarque iba a comenzar en breves instantes. Se atusó el moño, colocó algún que otro rizo casual, salió del aseo y se cruzó allí con el coordinador, que ya abandonaba la cabina de mando con los papeles firmados.

—Todo listo —confirmó—. De los de Iberia, llevas un pasajero en *business* con tarjeta Infinita. Ya sabes, supervip. Aquí tienes su nombre —le informó, alargando un papel blanco con unas letras garabateadas a lápiz.

—Lydia, embarcamos —se oyó decir en voz alta al comandante desde su asiento.

Activada por la orden de su jefe, no tuvo tiempo ni de mirar el papel y, doblándolo de cualquier manera, se lo introdujo en la falda. Con rapidez, descolgó el interfono y, con voz enérgica, se dirigió a toda la tripulación con el siguiente mensaje, habitual por otro lado, aunque con algún añadido de última hora.

—Chicos, vamos a embarcar. Paciencia con los pasajeros de Iberia, que, como podéis imaginar, vendrán enfadados por el retraso y poniéndole pegas a todo. Cualquier problema que surja, me lo comentáis, que yo me encargo y, por favor, no paséis mal rato… Gracias.

Miró hacia el final del *finger*, la pasarela de acceso a la aeronave, serena, esperando ver aparecer al primer pasajero. «Al final, todos se bajarán encantados, como siempre», pensó.

* * *

Jon estaba sentado en la sala de embarque, esperando a ser llamado para acceder al avión. Nunca hacía cola. Le parecía una costumbre absurda e innecesaria. Además, viajando en *business* lo normal era ser convocado y embarcar en primer lugar. Así pues, entretenido en organizar sus ocupaciones para las once horas largas que le esperaban dentro de aquel avión rotulado con colores de imprecisa confianza, decidió ceder ante la adversidad y aceptar su suerte. Mente positiva y optimismo efervescente. Él era un tipo que se crecía ante los problemas, siempre. Disponía de una fortaleza mental inquebrantable. Los golpes de hierro de la vida solo conseguían esculpirlo. Gran tenacidad y una cierta prepotencia, esquiva a sus ojos pero obvia para los que lo conocían, eran rasgos inconfundibles de su carácter. Sus considerados amigos eran muy pocos. Tenía los suficientes como para sentirse acompañado en la vida cuando un acontecimiento lo sacaba de su aparente tranquilidad emocional. No necesitaba más. Las relaciones sociales lo aburrían de manera soberana y, cuando se veía obligado a mantenerlas con frecuencia por motivos profesionales, se escondía detrás de una máscara de carisma, para ocultar su timidez y escasa empatía. Le gustaba estar solo y pocas veces rompía sus costumbres.

Lector insaciable, vivía rodeado de libros. Desde niño lo habían educado en el hábito de leer y, durante las largas tardes al volver de la escuela, se refugiaba en la biblioteca de su abuelo, instalada en lo más alto de la casa familiar, mientras se evadía del mundo real empujado por sus ganas de saber. Aquellos enormes ratos de soledad lectora le habían proporcionado un conocimiento exhaustivo de los avatares de la historia, del sentir humanístico, así como de los episodios más increíbles vividos por sabios, filósofos y personajes relevantes de todas las épocas, dinastías o linajes. De ese modo, fue atesorando una cultura inefable y rebosante de anécdotas que se agolparon en su innata memoria, y las sacaba a relucir cuando la ocasión lo merecía. Era imposible aburrirse con él siempre que estuviera de humor, relajado y dispuesto.

Era un hombre guapo y las mujeres lo corroboraban. Estatura respetable, facciones armoniosas, gran espalda y hombros bien formados le daban un aspecto elegante y seductor. Llevaba a cuestas muchas horas de deporte, invertidas para derretir un genio de mil ciclones que, cuando tocaban tierra, era mejor esquivar y no estar en su trayectoria. Humillaba conscientemente, con el dardo en la palabra; ese dardo envenenado que nunca se arrepentía de clavar hasta el fondo de la dignidad del pobre mortal que desataba lo más oscuro de su carácter. Así era él cuando decidía dejar de ser adorable, gentil, generoso y extremadamente encantador.

Las voces de megafonía en la terminal se abrieron paso entre el murmullo de los pasajeros. Primero embarcarían a la clase *business*. Entonces sí, Jon se levantó y caminó hasta la puerta, intentando no pensar en el largo y tedioso viaje que le esperaba.

* * *

Lydia se situó en el umbral de la puerta L2, lugar habitual para recibir al pasaje. No estaba sola; junto a ella, dos compañeras más, colaborando para agilizar el embarque. Los pasajeros de *business,* que eran los primeros en abordar, comenzaron a bajar por el *finger*. No había retraso, por lo que los semblantes eran afables y tranquilos.

—Buenas noches. Si me permite su tarjeta de embarque, le indicaré su asiento. —Así, empezaron a saludar y a ubicar a cada pasajero en sus butacas de primera. Con la mirada dirigida hacia el

exterior del avión, Lydia no pudo evitar fijarse en un individuo con unos andares juveniles que bajaba a grandes zancadas con unas deportivas raídas.

—Creo que se nos ha colado uno de turista —les comentó a sus compañeras sin dudarlo, basándose en la indumentaria del pasajero, tan casual que era firme sospechoso de ir sentado en la fila cuarenta. Según se iba acercando, a Lydia se le dibujó una sonrisilla maliciosa en la cara, sin saber muy bien si era por la forma de andar del tipo o por cómo, instintivamente, ella se estaba colocando para interceptarlo y averiguar, sin remilgos, cuál era su asiento. Mientras tanto, él, con la mirada baja, como ensimismado en sus cosas y ajeno a todas las incógnitas que estaba despertando, avanzaba seguro por un terreno que conocía perfectamente. Portaba unos papeles en la mano, un libro y unas revistas. Como equipaje de a bordo, una sencilla mochila de esas con ruedas de IKEA.

«Definitivamente, es de turista», se dijo Lydia para sus adentros.

Jon caminaba aminorando el paso al acercarse a la puerta cuando, súbitamente, justo al levantar la mirada, el libro que llevaba se le escurrió de la mano, provocando que luego se le cayeran también los papeles y las revistas, que en un segundo se vieron esparcidos por el suelo de la entrada al avión. Al contemplar el percal, Lydia se agachó, rauda, para ayudarlo a recoger sus pertenencias y resolver el desaguisado antes de que bajase otro pasajero.

—¡Vaya por Dios! —exclamó él, apresurándose a recoger primero los papeles, que campaban a su antojo.

—No se preocupe, esto le puede pasar a cualquiera —convino ella, apelando a su paciencia mientras rescataba del suelo las revistas y el libro, y se colocaba luego la falda, pues, al agacharse, se le había subido por encima de la línea que marcaba el decoro profesional.

—A veces soy un poco torpe, lo siento —se disculpó, en cuclillas, y alzó la vista cuando tuvo todos los folios maltrechos ya en las manos; sus miradas se encontraron frontalmente a cuarenta centímetros del suelo. La observó con una sonrisa entre tímida y nerviosa, como la de un niño travieso, a través de sus gafas, que dejaban ver unos ojos azules inocentes y sinceros. Lydia se fijó unos segundos en su rostro, entre agradable y varonil, enfatizado por una naricilla infantil encantadora que desentonaba con su entrecejo, marcado por los surcos de la preocupación, y no pudo evitar

devolverle la sonrisa. Se levantaron y él le tendió su tarjeta de embarque. Contra todo pronóstico, comprobó que estaba sentado en clase *business* y que el 2A era su asiento. Lydia leyó su nombre: «Urrutia, Jon».

—He solicitado este asiento para viajar en una butaca individual, pero me acaban de indicar en la puerta que en este avión todos los asientos son dobles; le agradecería mucho si pudiera conseguir que la butaca de al lado de la mía no se ocupase —comentó muy convencido, como si lo que estaba pidiendo fuera algo al alcance del criterio de la azafata.

—Bueno, todavía no tengo el cierre, pero, en el caso de que haya algún pasajero en la butaca contigua a la suya, va a depender de él que acceda a moverse. Entienda que yo no puedo cambiar a una persona que ha solicitado un asiento, señor Urrutia. No depende de mí.

—Bien, entonces esperaré a ver si se produce el milagro… —dijo con tono de sorna, y añadió—: Muchas gracias en cualquier caso.

Lydia se quedó en la puerta, un tanto incómoda con la petición de aquel pasajero. Ella siempre buscaba el máximo confort para todos ellos, pero de ahí a levantar a un cliente de *business* para que ese señor viajase solo… Era demasiado. «Este se cree que viaja en la Thai», pensó, riéndose por dentro. Se giró para observarlo de soslayo mientras él colocaba su mochila sueca en el portaequipajes y se quitaba la chaqueta, que amablemente otro compañero le retiró para colgarla en el armario. «No está mal y viene pisando fuerte… Bueno, si me olvido de su traspiés en la entrada, claro está… Tiene una espalda enorme y esos vaqueros le sientan de maravilla… Vaya que sí…», valoró mentalmente mientras se bajaba las gafas de presbicia a medio tabique, comprobando con su estupenda visión de lejos el relieve simétrico de aquel par de glúteos en mitad del pasillo.

Súbitamente, Jon, como sintiendo dos flechas clavadas en su trasero, se giró y la pilló mirándolo sin continencia. Lydia intentó disimular refugiándose en la cortina separadora de primera clase, pero fue inútil. Él, entre divertido y abrumado por aquella mirada incisiva de la azafata, se quedó observándola por encima de la montura de sus gafas, propinándole la respuesta de un igual, incluyendo un evidente escáner desde el tobillo hasta el cabello. Ella, todavía colgada de la cortina, y por primera vez en toda su carrera profesional, no supo qué

hacer. Petrificada, dejándose desnudar descaradamente por aquellos dos rayos láser azulados, permitió que esa mirada penetrante la invadiera. Afortunadamente, el compañero que cargaba la chaqueta de Jon la sacó de su nirvana particular.

—Cuidado con el pasajero de la 2A. Mientras lo atendía, he visto cómo guardaba la tarjeta de cliente distinguido de Iberia en la cartera —le susurró cerca del oído.

—No me digas que… —reaccionó, llevándose la mano a la frente y, sin acabar la frase, rebuscó en el bolsillo de su falda hasta encontrar el papel que momentos antes le había dado el coordinador—. ¡Aquí está! —comentó, leyéndolo en alto y confirmando sus sospechas—. Jon Urrutia… No podía ser otro… —se lamentó, acordándose de la petición que le había hecho, y añadió entre risas—: Pues me acaba de pillar mirándole el culo…

—¡Mira, la mosquita muerta! Luego dices que no ves… —le recriminó con sarcasmo Alberto, su compañero de *business* en ese vuelo.

—De cerca no veo ni torta, pero de lejos reconozco un buen trasero a kilómetros… Quizá le dieron la tarjeta por ese motivo —respondió ella, continuando con la broma para quitarle hierro a la incómoda situación que tenía por delante.

—Eso ya te lo confirmaré en cuanto se levante para ir al baño —contestó Alberto, guiñándole un ojo y marchándose por donde había venido—. Te dejo, que voy a darles el *welcome drink*.

Lydia asintió mientras sus pensamientos volvían a centrarse en encontrar una solución a la primera prioridad: su pasajero «especial», para bien o para mal. Obviamente, habría que contemplar ambas posibilidades durante todo el vuelo.

Cuando volvió a echar un vistazo hacia el pasillo, comprobó que Jon, ya acomodado, miraba distraído por la ventana de su asiento y aprovechó para revisar la lista de pasajeros. Necesitaba averiguar si había alguien sentado al lado de él. Parecía que todos los pasajeros estaban ya a bordo.

—Araujo, Paloma —leyó en voz alta, extrañada, mirando fijamente el nombre escrito por la impresora en la sábana de papel.

—Sí, soy yo —dijo una señora con moño altanero y maquillaje abigarrado que estaba en la puerta, delante de ella, sentada en una silla de ruedas que se utilizaba para las asistencias del aeropuerto—.

Hija, ¿cómo lo ha sabido si aún no le he dado la tarjeta de embarque? —añadió, contemplándola asombrada.

Lydia, dándose cuenta de que la señora la había oído, salió por donde pudo.

—Porque la estábamos esperando, señora Araujo. Creo que, con usted, ya estamos todos. —Sonrió mientras le preguntaba con cortesía —: ¿Puede caminar por el avión?

—Claro que puedo, señorita… Esto de la silla es porque mis hijos creen que ya no se me puede dejar suelta por el aeropuerto. Imaginan que me voy a perder… Con ochenta y cinco años, piensan que así es más fácil para todos y yo, por no discutir… —No terminó la frase a conciencia.

—¿Ochenta y cinco años? Madre mía, ¡vaya cutis!, pero si está usted fenomenal —la piropeó Lydia mientras la ayudaba a levantarse de la silla y le ofrecía su brazo para caminar—. Déjeme que la acompañe a su asiento, que, además, está situado en mi pasillo, por lo que la atenderé personalmente durante el viaje.

—Oh, por supuesto… Son ustedes tan amables siempre conmigo —respondió la mujer en tono de agradecimiento—. Me pregunto si su jefe los valora como se merecen —reflexionó mientras se agarraba al brazo de la azafata.

Al llegar al asiento, Jon levantó los ojos, incrédulo. Viendo que ya no entraba nadie más desde hacía un rato, se había sentido liberado y había decidido unilateralmente campar a sus anchas, colocando su tablet, así como el libro y las revistas que unos minutos antes habían besado el suelo del *finger,* en la butaca de la señora Araujo. Entendiendo de inmediato que su sueño de verano había acabado al ver a la dama y a Lydia paradas frente a él, se incorporó súbitamente y recogió sus pertenencias al instante.

—Perdón, me había figurado que ya no vendría nadie más…

—Oh, no se preocupe. Es normal que lo pensara —lo disculpó la anciana, mirando condescendiente a su vecino de asiento—. Me han tenido esperando en la puerta de embarque cuarenta y cinco minutos, hasta que ha entrado todo el mundo, para después bajarme como a Miss Daisy —añadió, dejándose caer tranquilamente sobre la butaca, con una mueca divertida, ante la atenta mirada de Lydia y una media sonrisa de Jon, educada y correcta—. Gracias, querida —se dirigió a la azafata, que ya se alejaba para continuar con su trabajo.

—Todo el mundo a bordo, ¿cerramos? —le preguntó Lydia al comandante.

—Sí, gracias —contestó el piloto desde el interior.

—Tripulación, cerramos puertas, armamos rampas[2] y *cross-check*[3] —ordenó por megafonía, según establecía el procedimiento.

Situados en el pasillo, con las manos entrelazadas a la altura del vientre y las piernas ligeramente abiertas, como buscando un buen anclaje para evitar un traspiés por los posibles vaivenes del avión rodando hasta el punto de despegue, la tripulación empezó a indicar las salidas de emergencia y la iluminación de la ruta de evacuación.

Acostumbrada a que casi nadie atendiese mientras lo hacía, aquel día observó que tenía determinado público especialmente atento a sus indicaciones. Su mirada estaba fija al frente, pero no por ello dejaba de sentir dos presencias que no le quitaban ojo. Desde la segunda fila, el señor Urrutia y la señora Araujo seguían atentamente las demostraciones de seguridad con muy diferentes actitudes. Ella, con embelesada expresión de tía orgullosa de su sobrina azafata. Él, con curiosidad indómita, fijándose en cada detalle de sus movimientos, como queriendo leer su expresión corporal. Lydia enrojeció de inmediato. Notaba perfectamente el calor en sus mejillas, costándole mantener la impecabilidad en los gestos. Necesitaba reírse y, al final, se le escapó una enorme sonrisa que el resto de los pasajeros de *business* recibieron con agrado, pero que, en realidad, solo le pertenecía a uno de ellos.

Empezó a asegurar cabina muy despacio, paseando la vista en cada asiento para no dejarse ningún detalle. En la fila dos se había establecido una animada conversación entre la señora Araujo y el señor Urrutia; bueno, más bien un monólogo por parte de la dama ante el cual Jon se había resignado sin opción, pues no hacía otra cosa que asentir con la cabeza y sonreír con levedad. «El cazador, cazado», pensó Lydia mientras comprobaba que en esa zona todo estaba listo para el despegue. Jon la miró como rogando una solución a tanto desparpajo ochentil. Lydia le devolvió la mirada, comprensiva, bajando las pestañas en señal de entendimiento. Francamente, no podía hacer nada en ese momento. Estaban a punto de despegar. Después buscaría la manera de cambiarla de sitio. La señora Araujo, absorta en sus aspavientos y chascarrillos varios, no se percató en absoluto del destierro que se estaba fraguando sobre su persona. Ella

estaba feliz explicándole a Jon cuántas veces había realizado ese mismo trayecto con su esposo ya fallecido y cómo se cruzaba en aquella época pretérita el Atlántico: solo con tres motores de hélice, debido a que, casi siempre, el cuarto estaba abanderado.

Lydia recorrió la cabina por el pasillo de la izquierda, como tenía por costumbre, hasta llegar al *galley*[4] trasero, donde la tripulación ultimaba los detalles antes del despegue. Se paró un momento, miró desde atrás hacia delante a lo largo del corredor de la derecha y empezó a caminar por él. «Cuántas almas juntas —pensó—. Desde aquí parecen más.» Al llegar a *business,* se fijó en su pasajero favorito y comprobó que estaba tranquilo, mirando por la ventana, distraído, mientras la señora Araujo rezaba el rosario. Lydia se sentó por fin en su transportín, a la vez que le decía al comandante, a través del interfono, «cabina asegurada».

El avión comenzó a rodar por la pista con una parsimonia insultante. A Lydia le seguía sorprendiendo la lentitud y la torpeza con las que esos mastodontes se movían en tierra para, después de levantar el vuelo, alcanzar velocidades por encima de los novecientos kilómetros por hora. Por fortuna ese día no habría esperas. Sintió cómo el comandante pisaba el freno y se posicionaba… «Tres, dos, uno…», descontó mentalmente, y el avión empezó a rodar, devorando sus propios pasos hacia una veloz carrera de despegue para, súbitamente, despegarse del suelo. La potencia de los motores hacía vibrar sutilmente el fuselaje. Le encantaba la sensación de velocidad, cuando toda la adrenalina del avión entraba en su máximo apogeo. Con más de doscientos mil kilogramos al despegue, a Lydia le continuaba pareciendo magia que toda aquella mole se elevara.

Una vez en el aire, comenzó a recordar, a modo de *flashback*, cada detalle ocurrido desde la llegada del pasajero Jon Urrutia al avión. Por alguna razón, aquel hombre le producía una cierta inquietud. Se sentía un poco presionada con el asunto de cambiar a la señora de al lado solo para la comodidad y sosiego de él, pero, por otro lado, deseaba hacerlo. No quería interrupciones ni a nadie de por medio cuando se acercara a él. Eso le posibilitaría poder entablar alguna conversación durante el vuelo. Aquel hombre la intrigaba sobremanera. Quería saber a qué se dedicaba, dónde se hospedaría en Lima, cuántos días se iba a quedar, si… ¿estaba casado? Rio, qué barbaridad. No daba crédito a sus propios pensamientos. Por primera

vez en muchos años, sentía un interés apremiante por un pasajero.

Sobresaltada por el «din» de la señal de cinturones al ser apagada por el comandante, Lydia dejó a un lado sus imaginarias preguntas y comenzó a dar el saludo al pasaje.

—Señores pasajeros, les habla la sobrecargo. Mi nombre es Lydia Osma. En primer lugar quiero dar la bienvenida a todos los pasajeros que viajan hoy con nosotros procedentes de nuestras líneas aéreas asociadas, así como a los de otras compañías que también se encuentran en este vuelo. Para su confort y seguridad, continúen haciendo uso de los cinturones de seguridad siempre que estén en sus asientos. Toda la tripulación estará encantada de atenderlos. Gracias por su atención y disfruten del vuelo.

A continuación, repitió el mensaje en inglés, como era habitual.

Jon se levantó de su asiento en cuanto vio aparecer la señal que lo liberaba del cinturón de seguridad. Con gran pericia, sorteó a la señora Araujo, que andaba muy ocupada buscando en su bolso un pastillero para tomarse sus píldoras con la cena. Lydia, aún comunicando los servicios a los pasajeros por megafonía, se vio sorprendida cuando él atravesó la cortina y se quedó apoyado en la pared del galley, observándola, mientras esperaba a que se desocupara el aseo. Ella terminó de emitir su mensaje un tanto azorada y, colgando el interfono, se giró hacia él, esperando alguna cuestión o petición por su parte.

—Hola —lo saludó de nuevo—. Hay un señor dentro —dijo, señalando la luz roja de la puerta del baño.

Mientras cruzaba por delante de él para llegar hasta los hornos y ponerlos en marcha, pasó tan cerca que Jon pudo olerla por segunda vez. Andaba loco desde el embarque, buscando el recuerdo de su infancia que le evocaba aquel aroma tan agradable, sin conseguir encontrarlo. Él, poco amigo de los perfumes embriagadores y todas esas fragancias de la industria cosmética consumidas por las mujeres, se había quedado intrigado, porque en Lydia no lograba identificar nada de química. Desprendía un aroma entre a polvos de talco y campo de flores silvestres. Perdido en esos bucólicos pensamientos, la puerta del aseo se abrió por fin, saliendo por ella un chino que había visto que estaba sentado en la tercera fila.

Anticipándose a algo a lo que ya estaba acostumbrada por avatares del propio trabajo, Lydia, portando un ambientador, se

deslizó, ligera, de nuevo por delante de él, con la intención de introducirse en el baño y comprobar que todo estuviera en orden.

—Si me disculpa, solo será un segundo.

—Adelante —asintió, cortés, haciéndole un gesto con la mano, invitándola a entrar y aprovechando la cercanía del momento para olisquear su rastro una vez más.

A los dos minutos, y con una sonrisa de aprobación en el rostro, Lydia salió del aseo y, echándose a un lado, le sujetó la puerta para que pasase.

—Me gusta su perfume —comentó él con calculada osadía.

—Gracias —contestó, un tanto perpleja, y añadió, nerviosa, tocándose el cuello—, aunque, en realidad, no llevo ninguno.

—Estaba seguro de que era natural —contestó, complacido, mientras entraba en el habitáculo para luego cerrar la puerta tras de sí.

—Será posible… ¡pues no me dice el de Iberia que le gusta mi perfume justo antes de entrar en el baño! —le comentó a su compañero, incrédula—. Será que le gusta el ambientador que acabo de descargar, porque, ¡válgame Dios!., ¿desde cuándo los chinos comen peyote? He tenido que vaciar el bote, porque ¡vaya vaya con el monje shaolín!

—Ja, ja, ja —rio, divertido, Alberto—. Es verdad que hueles bien, pero ándate con ojo, que he visto cómo te miraba mientras hablabais y está claro que le gusta algo más que tu perfume…

—Pues será la mascarilla del pelo, porque no llevo perfume y, para colmo, hoy he olvidado ponerme desodorante —replicó, pesarosa, recordando que, con las prisas, ni había reparado en ello al salir escopeteada de la ducha.

—Lydia, que sí, que lo que tú quieras… Madre mía, ¡qué pena que no sea gay! Con lo bueno que está, a mí este machirulo no se me escapaba… Anda, déjate de excusas y ¡a por él, nena, que lo tienes a tiro!

—Lo que me faltaba, tirarle los trastos a un pasajero… ¿Estás loco? Hombre, un poco de dignidad…

—Sí, sí, tú sigue así de digna y ya me lo cuentas cuando se te pase el arroz, chata… ¡Mira que eres ingenua!

—Anda, vete a contonearte al pasillo un rato… —lo invitó a irse, entre risas.

Mientras Jon seguía en el baño, aquellas palabras de Alberto le recordaron su realidad. Nunca había dejado que se traspasasen las barreras de pura cortesía entre ella y cualquier pasajero que la mirase de manera inquietante. En el trabajo no se permitía licencias de ese tipo. Su vida personal comenzaba cuando se quitaba el uniforme, y era entonces, y no antes, cuando todo podía pasar. Quizá por eso estaba un tanto descolocada con ese hombre que había conseguido, con o sin propósito, hacerle dudar de su inamovible código deontológico. «¡Qué tontería! —pensó—. No voy a alimentar esto, porque, además, no me lo creo», se dijo, empezando a mover los carros para montar el servicio de cena. Alberto podía decir misa, pero, a ella, esas cosas no le pasaban.

En esas estaba cuando se abrió la puerta del aseo. Jon se acercó de nuevo a ella, esa vez con el único ánimo de recordarle lo que necesitaba desde que había puesto sus pies en el avión. Por la expresión de su rostro, Lydia supo que iba a volver a la carga, irremediablemente.

—Perdone mi insistencia —dijo él—. ¿No hay alguna posibilidad de separarme de la señora que tengo al lado? Es encantadora, pero me hace falta descansar… Al llegar a Lima tengo la primera reunión de trabajo a las nueve y veo que, con ella al lado, dormir no va a ser tarea fácil… —Se veía un tanto desesperado—. Me encantan las personas mayores, no me malinterprete; es solo que hoy no es el día para este tipo de compañía tan animada… —Sonrió, buscando su complicidad—. Necesito trabajar un rato antes de bajarme de este avión.

—Créame que lo entiendo. No va a ser fácil, pero déjeme intentar algo. Espere aquí un momento, por favor…, vuelvo enseguida —contestó, desapareciendo detrás de la cortina y dejando a Jon intrigado y expectante.

La señora Araujo estaba repanchingada en su butaca cuando la sobrecargo se acercó a ella. Con una sonrisa amable, doña Paloma se incorporó al ver que Lydia iba a visitarla a «sus aposentos».

—Ay, querida, ¿me podrías traer un poquito de agua para tomarme todas estas pastillas? No paro de pensar en cuánto trabajan ustedes todo el vuelo…

—Muchas gracias, señora Araujo, me encanta ver que se siente usted atendida como en casa —respondió Lydia, inclinándose para

ponerse a su altura. Había llegado el momento de intentar sacar la varita e inducir la situación al milagro que había elucubrado en su cabeza. Tirando de sus tablas más selectas, se acercó un poco y le susurró, confidencialmente:

—Doña Paloma, ¿me permite que le haga una sugerencia?

—Por supuesto, bonita mía. Viniendo de ti, solo puede ser algo bueno —remarcó la anciana, con una sonrisa cándida y confiada.

—Verá, no es la primera vez que llevo a bordo al señor Urrutia. Es un pasajero encantador, con una conversación tremendamente amena, como ya habrá podido comprobar, pero, una vez que ha comido, se echa a dormir profundamente y… —acercándose un poco más a su oído, añadió sin remilgos—… no puede imaginarse cómo ronca —soltó la bomba—. A veces sus ronquidos traspasan la cortina y yo misma, ahí detrás, los oigo perfectamente… Es algo tremendo…

—¡Jesús! —La señora Araujo empezó a parecer preocupada ante la confidencia—. Mi marido roncaba como un búfalo y no me quiero ni acordar —rememoró, con esa sinceridad impactante de las personas octogenarias.

—Mire, tengo la fila ocho completamente libre. Está, además, justo al lado de los baños. Si le parece, después de comer yo la ayudo a cambiarse para que esté relajada y tranquila hasta llegar a Lima… ¿Qué le parece?

—Bien, pero ¿qué va a pensar ese buen hombre cuando vea que salgo huyendo?

—Eso déjelo de mi cuenta… Si pregunta, le diré que decidió ocupar la octava fila por su necesidad de ir al aseo con cierta frecuencia… De todos modos, él es un señor muy educado y dudo mucho que pregunte… No se preocupe usted por eso.

La señora Araujo miró a la azafata aliviada, entendiendo que tenía una perfecta coartada. «Está en el bote», pensó Lydia y, dejándola para que lo madurase sin presiones, le indicó, poniéndose en pie:

—Voy a por su agua y regreso enseguida…

Al entrar en el *galley,* Jon estaba apoyado en el mostrador, charlando con Alberto, que le estaba preparando un café. Se giró al ver a Lydia llegar triunfal.

—Solucionado. —Le sonrió, satisfecha—. En cuanto termine la cena, la señora se trasladará a la fila ocho.

—¿En serio?

—Totalmente… Es una mujer encantadora.

Satisfecho, sin hacer preguntas y portando un humeante café servido en un vaso térmico, le dio las gracias a Alberto y, al pasar al lado de ella, le dijo, suavemente:

—Estoy impresionado.

Luego cruzó de nuevo la cortina y regresó a su asiento.

—¿Qué has hecho, bruja? —inquirió Alberto, con sonrisa perversa, conocedor de su poder de persuasión.

—Quería estar solo y le he sugerido a la señora que, en cuanto cenen, se vaya para atrás, cerquita de los baños… por si tiene una urgencia —le contestó Lydia, guiñándole un ojo—. Había que hacer algo…

—Mírala… eliminando a la competencia de un plumazo…

—No sé de qué me hablas, pero… carros al pasillo, ¡yaaa! Con tanta historia, vamos con retraso…

—*Love is in the air, la, la, la* —empezó a canturrear Alberto, quitando el freno a su *trolley*[5]y abriendo la cortina como si fuera la del Folies Bergère, para salir a escena.

La cena transcurrió como de costumbre: la mitad de los pasajeros, ocultos tras sus antifaces, bien arrebujados con los edredones, durmiendo plácidamente, y la otra mitad, entretenidos en sus conversaciones variopintas, las cuales regalaban al ambiente un murmullo acompasado, sin grandes estridencias. La señora Araujo estaba disfrutando de lo lindo, entre vinito y vinito blanco, de la interesante conversación con Jon, que a su vez la miraba encantado, ya sabiendo su destino, mientras se llevaba trozos de *sushi* a la boca. Un rioja tras otro, la botella fue llegando a su fin. Lydia, consciente de que él era el único pasajero que estaba tomando ese vino y atenta a su copa, la rellenaba siempre que pasaba por allí. «Con lo que ha bebido, dormirá como un bebé… Solo espero que, al menos, ronque un poco para disimular», pidió para sus adentros.

Recogida la cena, Lydia pulsó el *switch* que apagaba las luces de la zona de *business*. Jon regresó al *galley* con el neceser bajo el brazo y pidió un vaso de agua antes de entrar en el baño, señal inequívoca de que iba a lavarse los dientes antes de dormir. Su mirada, siempre firme y penetrante, se le antojó a Lydia un poco más relajada y armoniosa, seguramente a consecuencia del vino. Mientras le

entregaba el vaso, él le sonrió abiertamente, algo que hasta ese instante no había hecho, sin restricciones y dejando ver una dentadura juvenil, perfectamente alineada. Definitivamente, aquel hombre tenía un no sé qué que le fascinaba.

Ese era el momento idóneo para trasladar a la señora a su nueva zona de aislamiento frente a los ronquidos que, supuestamente, se avecinaban.

Paloma Araujo parecía estar esperándola. Aquella anciana era tan decidida y briosa que su edad mental restaba veinte años a lo que pudiera poner en su pasaporte. Enseguida activó el control que enderezaba el asiento y empezó a recoger sus pertenencias, como huyendo de la quema anunciada. Al acercarse Lydia, ya estaba totalmente preparada.

—¿Le parece que hagamos ahora el cambio?

—Sí, hija, hagámoslo cuanto antes y, así, todos contentos —respondió, esbozando una sonrisa de satisfacción mientras seguía a la azafata.

Instalada en su nueva zona, la señora Araujo empezó a colocar de nuevo todo lo que llevaba con una actitud ciertamente festiva.

—¿Cree que tendré que usar tapones? —inquirió, todavía impresionada por lo que le había comentado Lydia.

—Espero que no… En ocasiones, su ronquido es más moderado, pero téngalos a mano, por si acaso… Ahora, la dejo descansar…

—Es usted un ángel, querida… Despiérteme para el desayuno…

Al llegar al *galley,* Alberto la estaba esperando con las últimas noticias sobre Jon.

—Tu osito de peluche me ha pedido que le prepare otro café y se ha vuelto a encerrar… Creo que ha salido solo a comprobar si ya habías vuelto. De hecho, ahí sigue, enfrascado en sus limpiezas. Lleva tanto rato dentro que he tenido que mandar a la de la 3H al otro baño, porque me estaba haciendo cola. ¡Hija, qué hombre más limpio!

—Pues el cambio ya está hecho… Misión cumplida.

—Ahora, si se destapa, ya estás tú para colocarle bien el edredón…

—¡Sí, hombre… lo que me faltaba! Anda, voy a entrar a cabina a ver si los pilotos quieren algo… Hazme ese café con cariño…

—Uy, uy, uy… Aquí está pasando algo…

—Nada en absoluto. Es un pasajero VIP, ¿recuerdas?

—Ya, ya… y no hay peor ciego que el que no quiere ver…

Al salir del baño y comprobar que Lydia no estaba, Jon no se demoró más que para coger su café de la mano de Alberto. Con cierta incertidumbre, regresó a su asiento, donde comprobó, complacido, que la señora Araujo ya no estaba. Se sentó de nuevo en su butaca, en ese momento ya doble, y la reclinó lo suficiente como para poder degustar su expreso y abrir un libro que estaba deseando comenzar: *Momentos estelares de la humanidad*, de Stefan Zweig. Era un gran admirador de ese escritor austriaco y de toda su obra. Siempre se había sentido fascinado por la vida de aquel activista social judío incesantemente perseguido por la Alemania nazi y profundamente respetado por el resto del mundo. Jon conocía su vida al detalle desde muy joven. Impresionado por el increíble doble suicidio protagonizado por él y su joven esposa, nunca había entendido cómo una mujer en su máximo esplendor había aceptado quitarse la vida y morir recostada en el regazo de su marido, envenenándose, y sin más irse juntos a un viaje incierto, ante la mirada atónita de la sociedad burguesa de mediados del siglo XX, que, incrédula, vio las fotos publicadas en los diarios más importantes de todos los países civilizados. Yacían vestidos, cómplices y unidos para siempre y por toda la eternidad. Incluso se tomaron la molestia de escribir cartas a sus familiares y amigos, despidiéndose de ellos con toda honestidad y tranquilidad, haciéndose eco de una muerte anunciada. En el gran escritor, ese suicidio podía interpretarse como una huida, quizá la única salida que la pesadilla del Tercer Reich le dejó después de exiliarse y sentirse asediado durante años por los de la cruz gamada. Lo que a Jon le rompía la sesera era no ser capaz de entender la decisión de ella, inaceptable para una mente analítica como la suya. Era obvio que, si no se observaba desde un prisma meramente romántico, desde el incomprensible y admirable valor de abandonar la vida de la mano de tu alma gemela, aquella decisión mancomunada y sopesada hasta el delirio y la muerte, a Jon se le antojaba una imperdonable y abyecta locura.

Empezaba a sentir sueño. Con ese pensamiento, y dando un último sorbo al café ya frío, cerró el libro de Zweig, se quitó las gafas y reclinó por completo el asiento para intentar descansar un rato. Por supuesto, no roncó. Era raro que lo hiciera. Su aspecto, dormido, lo hacía parecer un bebé angelical, detalle que no pasó desapercibido

ante los ojos de Lydia, que se quedó embelesada mirándolo al acercarse para pulsar el botón oscurecedor de su ventanilla. «Dan ganas de besarlo en la frente y acariciarle el pelo», se dijo, pero, por supuesto, no lo hizo. Sencillamente, se limitó a dejarle una botella de agua con una servilleta y a subirle sigilosamente el edredón con destreza de madre, para que las posibles turbulencias que acababa de anunciarle el comandante no se lo hicieran caer. Después, se quedó contemplándolo un instante más, como velándole el sueño. Al alejarse, Jon abrió los ojos. Se había hecho el dormido para que ella, ignorante de ese hecho, se acercase, confiada. De nuevo aquel aroma que no conseguía identificar lo había vuelto a atrapar.

Capítulo 2

> A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.
>
> OSCAR WILDE

La furgoneta de tripulaciones avanzaba con dificultad por el insufrible tráfico limeño, sorteando los miles de vehículos que zumbaban como abejas, formando una enorme masa policromática asfixiante, marchando agónicos hacia el centro de la ciudad. Eran las seis y media de la mañana y Lima estaba en plena ebullición matutina.

Lydia estaba agotada. Después de once horas y once minutos de vuelo, su cuerpo, hinchado por la presión y con un dolor de pies enorme, se quebró en el asiento, con más pena que gloria. El *glamour* que destilaban las azafatas desfilando por la terminal del aeropuerto a veces era una cuestión de dignidad cuando, llegados a ese punto, se sentían como una piltrafa, pensó. Se colocó los auriculares en los oídos y, abstrayéndose de sus compañeros y del ruido de la masa circundante, dejó volar su mente, mirando a través de la ventana, donde recostó la cabeza, abandonándose. La música, su aliada para aislarse y refugiarse en su interior, empezó a sonar como bálsamo calmante, y una gota de entusiasmo la invadió. Su memoria reciente le trajo los recuerdos vividos durante el vuelo y se aferró a ellos como si fueran el ibuprofeno que venía necesitando. Temía que el cansancio los borrase; que lo sentido, después de todo, se evaporase sin más. Seguía sin entender nada, pero la sensación dejada por esas reminiscencias la invitaban a evocar cada minuto con contenida ilusión. A fin de cuentas, la despedida de Jon había sido comedida, rápida y correcta. «Muchas gracias por su atención, Lydia… Nunca hubiese imaginado que esta aerolínea me dejase tan buen sabor de boca. Espero volver a encontrarla… Ha sido un placer conocerla», le

había dicho, cargado de cortesía y con una sonrisa enigmática. La ocasión no dio lugar a grandes conversaciones, pero sí a una intensa mirada. Por su parte, solo había atinado a responder: «Gracias, señor Urrutia. El placer ha sido nuestro por poder atenderlo». No podía explicarlo, pero sus energías se tocaron por un breve instante. Después, se despidieron sus bocas, odiando hacerlo, pronunciando un simple «adiós». Jon se fue caminando por el *finger* arrastrando su mochila y el anhelo de Lydia de que aquel deseo pronunciado por él se hiciera realidad.

Ese fotograma se había quedado grabado en su hemisferio frontal y algo parecido a una intuición retozaba en el interior de la azafata, olvidando que ni se habían dado los teléfonos.

—Lydia… Lydiaaaa… —Alberto estaba parado delante de ella, en el pasillo de la furgoneta, tocándole un hombro—, que ya hemos llegado. ¡Vamos!

Ni siquiera se había enterado de que la fachada del hotel Casa Andina estaba ante ella. En realidad, no estaba dormida, pero si tan abstraída en sus cavilaciones que ni la parada súbita del transporte en la puerta del hotel había podido sacarla de su nebulosa. Cuando reaccionó, comprobó que todos sus compañeros ya estaban abajo, indicando sus equipajes al empleado del hotel o fumando el consabido pitillo de «por fin hemos llegado». Se despegó los auriculares y aceptó la mano de Alberto para levantarse.

—Te has quedado dormida, Lydia… —El comandante le guiñó un ojo al verla bajar todavía aturdida.

—Sí, eso creo —le contestó ella, escueta—. Los baches del camino mecen igual que las turbulencias en el avión —añadió, siendo consciente de que él seguía observándola. Desde su separación, Jorge había intentado un acercamiento pausado pero claramente dirigido a pasar la línea de compañeros que tenían fijada desde hacía más de una década. Y es que ella, en el trabajo, no quería historias. Estaba cerrada a volver a encontrar el amor junto a un compañero, a pesar de que Jorge era un tipo nada desdeñable… Culto, ciertamente atractivo y con un sentido del humor agudamente inteligente, un solitario convencido o un hombre tremendamente exigente con las cuestiones del corazón. Tampoco era algo que a Lydia le quitase el sueño averiguar. Cuando coincidían en los vuelos, solían hablar de literatura, música y especialmente de astronomía, *hobby* que él profesaba con

gran pasión. En las largas noches en ruta compartidas y teniendo como escenario la preciosa bóveda celestial dentro de la cabina de mando, solía hablarle de estrellas y constelaciones mientras Lydia lo escuchaba con la mirada fija en el firmamento, empapándose de sus palabras, zambulléndose en las leyendas mitológicas que él le contaba y absorta en la brillante oscuridad, sin querer hacer caso a la fascinación que sabía que despertaba en su compañero. Quizá con el tiempo entendiera que, con ella, no había nada que hacer.

Paulatinamente, los tripulantes empezaron a entrar en el vestíbulo principal del hotel, acercándose al mostrador de recepción para recoger las llaves de sus habitaciones. Antes de entrar, Jorge se acercó a Lydia y a Alberto mientras se encendía un cigarrillo y este, al verlo llegar fumando y sin ganas de esperar a que lo acabase, empezó a despedirse.

—Bueno, os dejo, que estoy roto —anunció Alberto, sujetando el asa de su maleta de trabajo—. Me retiro a mis aposentos y me salto el desayuno. Que descanséis. Lydia, mándame un wasap cuando te despiertes, para ir a comer juntos. *Byeeee.*. —añadió, entrando en la recepción.

—Igualmente, descansa —le contestaron ambos al unísono.

—Me comeré yo tu desayuno, que me muero de hambre, vete tranquilo —soltó Jorge, a modo de gracia, recibiendo de Alberto un pulgar en alto, al otro lado del cristal de la puerta principal.

—¿Que te mueres de hambre? ¡Pero si te he dicho que si querías desayunar antes de aterrizar y me has dicho que no! —protestó ella.

—Bueno, te he visto tan liada en *business* que no he querido molestarte —contestó, soltando una bocanada de humo.

—¡Qué tontería! Sabes que tienes prioridad siempre —respondió ella con cierta indignación, y añadió—: No me la juego con una bajada de azúcar en aproximación, comandante. —Estaba de broma, arqueándole una ceja.

—Bajada de azúcar, no, pero sí que he notado una gran bajada de atención por tu parte esta noche en cabina —contraatacó él, con cierto reproche irónico pero firme—. Alberto me ha atendido estupendamente, por supuesto, pero ya sabes a quién prefiero yo… — Y disparó, certero, su mirada a los ojos incrédulos de Lydia, quien, con los labios apretados, se quedó trabada, pensando qué contestarle a su clara provocación.

—Serás… —dijo, dándole un golpecito en la barriga, mientras él, distraído, apagaba el cigarrillo en el cenicero de la puerta del hotel—. Bueno, te voy a dejar que reflexiones sobre tus infundadas acusaciones y me voy a ir derechita a la ducha, que no puedo más. Voy a por la llave y subo directamente. ¿Tú qué haces? ¿Vas a desayunar, entonces? —planteó, con una sonrisa dibujada, señalando la puerta y cortando así la conversación con bisturí, intencionadamente.

Jorge la miró con infinita paciencia y, sin darse por aludido de las claras intenciones por parte de ella de abortar la conversación, empezó a hacerla partícipe de sus planes.

—Me han hablado de un restaurante más que recomendable y no está lejos de aquí. Dicen que hacen el mejor ceviche de Lima. Te perdono el ninguneo de esta noche si me dejas que te invite a cenar…

—¿Cómo se llama el restaurante? —preguntó, interesada—. Si es de ceviche, seguro que he estado…

—Segundo Muelle, creo… —contestó él, dudando acerca del nombre, y añadió—: Está en la avenida Los conquistadores, por la zona de San Isidro.

—Pues no, ese nombre no me suena de nada…

—Entonces, ¿lo organizo?

Estaban en Miraflores. Tenía razón, estaba cerca, ni diez minutos en taxi, y, sintiendo una gran curiosidad por la oferta de comer el mejor ceviche de Lima, lo cual era mucho decir, sucumbió conscientemente, sin considerar que Jorge podría estar proponiendo una cita. Además, no tenía por qué serlo, pues era una cena a la que seguramente se apuntarían más miembros de la tripulación. El ceviche era lo que más le gustaba del mundo y solo con oír esa palabra se ponía a dos patitas, con las orejas listas y la lengua colgando, como un atento lebrel. «Lo pasaremos bien», concluyó mentalmente.

—Imposible decirte que no… Haz la reserva para cuatro, que seguro que alguien más se apunta…

—No creo, pero no me cuesta nada hacerlo. —Se quedó mirándola, contrariado. No era eso lo que tenía previsto.

—Hazlo por si acaso.. —Hablando, habían llegado a recepción. Se despidieron tras coger cada uno su llave, pues ella se dirigió a los ascensores, y él, al comedor.

—Muy bien. ¿Te parece a las ocho?

—Perfecto, luego me cuentas —respondió ella, pulsando el botón

del elevador y pensando que lo vería a la hora de comer—. Hasta luego —dijo antes de que las puertas se cerrasen y Jorge desapareciera de su vista.

* * *

El taxi discurría por las calles limeñas mientras Jon, instalado en el asiento trasero, seguía volando en pensamiento a través de la ventana. A pesar de haber dormido en el avión, se sentía cansado. Lima era una ciudad gris, con esa panza de burra permanente en su cielo que, a veces, resultaba asfixiante. «Sin embargo, hoy parece que vaya a salir el sol», se animó. Al menos había una nimia posibilidad de que lo hiciera. Tenía que repasar la ponencia y, sosteniendo los papeles con ambas manos, empezó a hojearlos. Sin previo aviso, una servilleta de la compañía aérea asomó entre las hojas. La tocó con suavidad, como conectando con la energía de quien se la había dado. Se recostó y cerró ojos y papeles. Quería rememorar su rostro. Recordó cómo ella se acercó cuando parecía dormido y le colocó el edredón; cómo le dejó, con absoluto sigilo, una botella de agua y aquella servilleta. Sintió un escalofrío. Normalmente no se permitía sentir emociones fuera de sus dominios cerebrales gélidos, pero aquel recuerdo fue recibido con los brazos abiertos. Una sonrisa le iluminó el rostro y aquel taxi se convirtió en el lugar más agradable del planeta. Su mente analítica era incapaz de entender qué estaba pasando. Deseó que aquella sensación se quedara a vivir con él, agazapada en la atonía de su interior.

—Señor, hemos llegado —oyó hablar al taxista. Abrió los ojos. Se había quedado dormido pensando en ella y, de repente, se sintió vulnerable, como si todo el mundo pudiera verlo desnudo. Se recompuso y se puso las gafas de forma acelerada.

—Gracias, me he quedado traspuesto —se disculpó, tendiéndole al hombre un par de billetes de veinte soles. Jamás usaba reloj, por lo que miró el teléfono mientras el taxista bajaba del coche para sacar su equipaje del maletero. Eran las siete y siete de la mañana. Le daba tiempo a darse una buena ducha y poco más. Recogió sus pertenencias del interior del vehículo y, asegurándose de guardar su servilleta en lugar seguro, subió el par de peldaños que separaban la calzada de la puerta principal del hotel.

—Su llave, señor Urrutia. —La recepcionista parecía estar esperándolo. Ya lo conocían. No era la primera vez que se alojaba en aquel establecimiento que siempre había estado a la altura de sus necesidades, e incluso las había superado. Miró el cartón donde rezaba el número de su cuarto y pensó: «Qué bien, un piso alto». Dentro del ascensor, pulsó el botón de la decimoprimera planta. Al abrirse el elevador, caminó por el pasillo hasta el fondo, donde unos números bien rotulados en la pared junto al marco de la puerta dejaban leer el número mil ciento once.

Soltó la llave en el escritorio y se desabotonó la camisa mientras abría el portatrajes para airear la americana y el pantalón que, en escasamente una hora, tendría que ponerse. Una corbata azul con rayas transversales también se asomó, buscando liberarse del plástico. Oyó una notificación de WhatsApp en su móvil, señal inequívoca de que el teléfono ya había reconocido el wifi del hotel. Un vistazo rápido fue suficiente para comprobar que eran mensajes procedentes de los colaboradores de la oficina de Lima, dándole la bienvenida a la ciudad. Se dirigió al baño para dejar correr el agua y que brotara cálida antes de meterse debajo de aquella enorme alcachofa que relucía en el interior de la bañera. Se quitó los pantalones vaqueros, arrastrando con ellos los calzoncillos, y los arrojó al suelo enmoquetado, así como los calcetines, que cayeron amontonándose con el resto de la ropa fuera del escenario pulcro del aseo, junto al rodapié del pasillo. Apoyó ambas manos en el mármol del lavabo y se miró al espejo con extrema atención, observando las huellas del cansancio en su rostro. Eran muchos años ya cruzando el Atlántico mes a mes, realizando un trabajo que, con el tiempo, había llegado a dominar con los ojos cerrados. Ya no había sorpresas, todo era más de lo mismo. Aun así, jamás había bajado su grado de implicación. Trabajar sin descanso muchas más horas de las necesarias había sido una constante en su vida, a pesar de saber que ejecutaba su labor con absoluta maestría. Llevaba veinte años al frente de la oficina de Madrid. Tenía un prestigio reconocido y acuñado por ese esfuerzo que se había hecho palpable para cualquiera que lo conociera en términos laborales. En realidad, muy lejos de estimularlo, aquel detalle parecía darle igual. Sentía que era lo correcto, que era lo que debía hacer y nada más.

Se adentró en la ducha y dejó que el agua ahogase todos aquellos

pensamientos irrelevantes. Su educación espartana lo había dotado de esa catana imaginaria, que podía cortar emociones, elucubraciones y cualquier distorsión mental que lo llevara a vivir sensaciones innecesarias, con precisión de samurái. El agua tibia recorrió su cuerpo, borrando reconocimientos, arrastrando gérmenes acumulados durante el vuelo, relajando músculos y atenuando ese cansancio que tan familiar le resultaba. Eso era lo habitual, pero en aquel momento, saltándose la ley y rompiendo pautas bien establecidas, aquella azafata volvió a su mente con una fuerza descomunal. Su recuerdo vino a provocarle una conexión de placer con el fluir del agua que ya no recordaba. Evocando su deseable cuerpo, tan observado durante el vuelo, se dejó llevar, cerrando los ojos y olvidando por completo sus instaurados preceptos. Un inevitable y extraño abandono del control sobre sí mismo lo invadió, sin poner objeción. Absorto en aquella entelequia, empezó a masturbarse y el orgasmo vino a acallar su deseo. Con plena aceptación de los hechos, permaneció unos minutos más en la ducha, intentando analizar lo sucedido y dejando que el agua limpiase aquel sueño libidinoso. Su rigor con sus propios actos era de tal magnitud que aquello le había roto todos los esquemas. Decidió no cuestionar más lo incomprensible y, agarrando la toalla, salió de la ducha como quien abandona una timba de naipes clandestina. Se secó en profundidad, arrastrando la manta de baño por su piel, procurando borrar así las huellas de aquel arrebato imperdonable. Fue directo a la cama y se sentó en ella, incrédulo. No tenía mucho tiempo para analizar el porqué de lo acaecido, ya que en breve tenía que estar en la inauguración del congreso. Empezó a vestirse con aire ceremonial, con la misma coherencia con la que lo hacía siempre. Aquel traje gris marengo impoluto, realzado por la luz de una camisa blanca inmaculada, le daba un porte elegante dentro de la austeridad exigida por su indolente actitud. La corbata también colaboró en la causa. Como colofón, unos zapatos negros de cordones que cepilló hasta sacar un lustre soberbio. Volvió su mirada al espejo y notó que sus ojos estaban más brillantes de lo normal; un brillo transgresor al que no estaba acostumbrado. Tendría que superar ese pequeño contratiempo, pensó.

Al bajar al vestíbulo de entrada, se acercó a la recepción al recordar que no había hecho la reserva para la cena oficial con los ponentes. Se le había pasado por completo hacerlo y, una vez en el

congreso, no tendría tiempo. Miró hacia la puerta principal del hotel y vio que el taxi ya estaba esperándolo.

—Buenos días, señor Urrutia —lo saludó el recepcionista, solícito.

—Buenos días —contestó con premura—. ¿Sería posible hacer una reserva para diez personas para cenar esta noche a las nueve?

—Por supuesto, señor. ¿Puedo sugerirle algún restaurante?

—No, gracias, hoy lo tengo claro —afirmó con rotundidad y, poniéndose en marcha hacia la salida, añadió, girándose—: resérveme mesa en el Segundo Muelle, el de Miraflores, por favor.

—Gran elección, señor Urrutia. Me encargaré personalmente de hacerlo.

Capítulo 3

Al amor y a ti
los conocí el mismo día.

ANDRÉS IXTEPAN

Lydia despertó en su enorme cama mullida de la habitación doscientos veintidós. Había dormido del tirón unas cinco horas y se encontraba descansada y fresca. El despertador de la habitación marcaba la una y once, por lo que disponía del tiempo justo para bajar al vestíbulo a las dos y media, hora en la que había quedado con Alberto y algunos compañeros más para almorzar. Se incorporó, frotándose los ojos, y miró alrededor. Le encantaba aquel destino básicamente por el acogedor hotel y la estupenda gastronomía peruana. Acarició las sábanas de hilo y volvió a restregar su cara contra la almohada mientras la abrazaba. De repente se acordó de su cita con Jorge para la cena y se arrepintió al instante. Intentaría hablar con él durante la comida y, con cualquier excusa, cancelaría la cita nocturna. «No tentemos a la suerte», se dijo. Saltó de su lecho, complacida con la decisión que acababa de tomar, y, andando de puntillas como solía hacer en los hoteles cuando olvidaba las zapatillas, se preparó un café y se sentó en una preciosa butaca art decó frente a la ventana, arropando su espalda con una manta de alpaca que pendía del respaldo. Aunque no era invierno, en Lima no te podías fiar, porque la temperatura oscilaba sin juicio ni cuestión. La azafata apoyó sus torneadas piernas sobre el cristal de la ventana y sintió cómo el frío húmedo del cristal atemperado le penetraba por las plantas de los pies. Su camisón de satén color teja no pudo ocultar la reacción de sus pezones ante el cambio de temperatura. Un escalofrío la recorrió con pensamientos tórridos. Aquel pasajero… hubiera hecho con ella lo que hubiera querido de haber tenido oportunidad. Recordó cómo él se

acercó a olerla, así como aquellas miradas cargadas de incógnitas que le dedicó en diferentes momentos del vuelo. Acercándose el café a los labios, lo bebió como si de un elixir se tratase. Estaba empezando a excitarse. Invadida por un deseo incomprensible, sus piernas se fueron abriendo, escurriendo los pies en horizontal por el cristal de la ventana hasta frenarse en el marco, y la mano que no sostenía la taza se esfumó por debajo del encaje del borde del picardías. Llevaba muchos días de sequía sexual, demasiados. Sus ágiles dedos comenzaron a acariciar el clítoris y pequeños suspiros empezaron a abandonar su boca. Cerró los ojos. Podía ver a aquel hombre con absoluta nitidez mientras ella se colaba debajo del edredón que lo cubría. Imaginó sus manos recorriéndola y todo el vello de su cuerpo se erizó. Dejó caer la taza de café ya vacía al suelo y se centró en el disfrute. No había conciencia de tiempo ni lugar. Solo se dejó llevar, inmersa en imágenes inconexas que evocaban sus cuerpos en el asiento, indecentemente expuestos al deleite más absoluto.

El orgasmo no se hizo esperar. No solo oyó sus propios jadeos, también los resuellos de él. Abrió los ojos. «¡Qué locura!», pensó. Lejos de entender lo ocurrido y todavía notando en su interior la languidez postéxtasis, se metió en la ducha, sintiéndose un tanto ridícula por imaginar todo aquello con un desconocido que no volvería a ver. Disponía de veinte minutos antes de bajar a reunirse con el grupo. No había tiempo de análisis y menos de cuestionarse lo sucedido. Todavía temblando, se dejó envolver por el regocijo del agua, sin dejar de fabular con el recuerdo de aquel hombre, que sabía que no se iba a desvanecer tan fácilmente.

* * *

El almuerzo con los compañeros resultó ser más tedioso de lo esperado. Si había algo que Lydia no soportaba cuando salía de vuelo eran las conversaciones de aviones y anécdotas de aeropuertos. Aquellas sobremesas rememorando aventuras aéreas y epopeyas del pasado la superaban y aburrían soporíferamente. Creía con firmeza que cualquier conversación, del índole que fuese, resultaba mucho más entretenida que hablar de aviones, pues, a fin de cuentas y para todos los allí presentes, eran el pan nuestro de cada día. Pero invariablemente, en todas esas reuniones, alguien empezaba diciendo:

«Bueno, bueno, lo que nos pasó el otro día en un vuelo a Miami con un pasajero…», y todos ponían la oreja sin remedio. Después otro comentaba el cotilleo estrella de la semana, algún lío entre compañeros o alguna desgracia ocurrida a alguien del colectivo, que, aun sin confirmar, flotaba como rumor por el universo radio *galley*. Eso sí, todo el que hablaba decía haberse nutrido de fuentes fidedignas o haberlo vivido en carnes propias. Aquella cuña dotaba a la historia de la veracidad necesaria para que nadie pusiera en duda ni un ápice de lo expuesto y, así fueran ciertas o de invención popular, las reuniones de tripulantes discurrían con inéditas noticias inimaginables que, a la postre, ya no sorprendían a nadie.

Además del aburrimiento soberano, Lydia se sentía contrariada, porque, al final, Jorge no había ido a comer. Deseaba haber podido contarle cualquier excusa convincente para cancelar su cena de esa noche, pero, por avatares del destino, el comandante decidió no comer con la tripulación y sí con un viejo amigo limeño que lo rescató del hotel y, sin ser consciente de ello, también de la firme resolución de ella de no aceptar la invitación. Entendiendo que no se debe insistir cuando todo parece escapar de tus manos, Lydia dispuso no darle más vueltas al asunto e irse a un salón de estética a ver qué podían hacer por ella. Cuando habías ido a Lima más de treinta veces, aquellas escapadas de belleza eran algo habitual, una vez que los recorridos turísticos ya se habían agotado. Un buen masaje y una manicura perfectamente ejecutada la sedujeron mucho más que seguir alimentando aquella sobremesa que se estaba tornando ya un tanto tóxica. Sin más preámbulo, se levantó y, con una sonrisa perfectamente diseñada para la ocasión, se despidió de todos los allí presentes y se fue caminando hasta su templo de ocio favorito: Toque X, un nombre que invitaba a pensar en algo erótico mientras que el establecimiento, paradójicamente de decoración claramente espartana, adolecía de dobles sentidos. Pero eso a Lydia le daba igual.

Después de dos horas de relax, salió del Toque X con una manos perfectas, un cutis radiante y sin un pelo en todo su cuerpo. No hubo tiempo de masajes. Se le echaba la hora encima y ella no era de hacer esperar. Resuelta y a buen paso, volvió al hotel para descansar un poco antes de la cena. Caminando por aquellas aceras llenas de altibajos, se dejó llevar de nuevo por su rayadura mental. Aquella cita, ¿por qué no la había cancelado? «Bueno, ya está —se frenó—. Vas a ir

a hablar de estrellas, aviones o lo que haga falta», se recalcó con vehemente desinterés, para después añadir un claro pensamiento de recomendación: «Eso sí, no le des esperanzas si no estás dispuesta a llevarlas a cabo», y aceleró el paso como queriendo dejar atrás cualquier ápice de inseguridad que se pudiera colar sin permiso en su pulcra conciencia.

Un coche con las ventanillas bajadas se paró a su altura, desviando completamente a otro tema sus devaneos mentales. Desde la radio de este, Lydia pudo oír la letra de la canción que sonaba.

Desaceleró el paso para poder escuchar más, pero el vehículo arrancó, desapareciendo al abrirse el semáforo. Sintiendo una añoranza desconocida, aquella canción le devolvió el recuerdo de Jon. Cruzó los brazos, intentando consolarse al recordar que ya no lo vería más y, con ganas infinitas, miró al cielo como suplicando que inventase lo que quisiera, pero que volviera a juntarlos.

Y, mira por dónde, algún cachondo mental debía de estar de guardia esa noche allá arriba…

* * *

La cara de Jorge se transformó cuando Lydia apareció en el vestíbulo del hotel pasadas las siete y media. Su mirada se convirtió en una carta abierta de piropos que ella casi pudo oír sin que él emitiera ningún sonido. En realidad, no había hecho falta decidir sobre qué modelito ponerse, ya que había llevado solo uno, por si surgía una ocasión especial. Lo elegido tan solo variaba en función de si viajaba al hemisferio sur o al norte. En aquel vuelo, el estilismo escogido no revestía para ella nada que se saliera de lo normal, pero, por la cara de Jorge al verla, quizá el milagro logrado gracias a su visita a Toque X fue lo que dejó boquiabierto al comandante.

—¿Siempre te pones así de guapa para comer ceviche?

Lydia lo miró, complacida, mientras daba una vuelta sobre sí misma, bromeando.

—Anda, vamos a tomarnos un pisco… —propuso, mirando en dirección a la barra del bar del hotel.

—Dos piscos sour, por favor —pidió Jorge al *barman* mientras se acomodaban en los taburetes colindantes al dorado mostrador. Estaba tan encantado con la situación que a ella le pareció hasta tierno.

Tantas líneas juntos y nunca habían tenido la ocasión de cenar a solas. Lydia empezó a entender que la situación no iba a ser fácil de parar y que tendría que controlar los piscos que se tomaban. Los dos sabían cómo esa famosa bebida peruana se subía a la cabeza. Levantando las copas espumosas, brindaron.

—Es un lujo para mí que hayas aceptado mi invitación. Gracias.

Ella asintió. Apreciaba mucho a Jorge, pero no podía permitir que llevase la charla a un callejón sin salida. Estaba claro que él iba a jugar sus cartas para ganar, en la medida en que ella se lo permitiese. No debía darle opción a crearse ninguna expectativa sobre aquella cena en la que para ella todo estaba claro.

Después de veinte minutos de conversación trivial y deseando salir de allí hacia el restaurante, Jorge pidió que anotaran en su cuenta las copas, y se dirigieron al conserje para que llamara a un taxi.

Unas risas tontas más y, con el ambiente mucho más relajado en parte por los piscos, llegaron al Segundo Muelle a la hora prevista. La bella señorita cuzqueña de la recepción los guio hasta una mesa discreta pero estupenda, en una esquina con ventana y desde donde se podía contemplar una amplia vista de todo el restaurante y su animado ambiente.

—¿Quieres otro pisco para empezar?

—Bueno, pero prefiero cenar con vino… El pisco se me sube demasiado rápido a la cabeza.

—Perfecto, nos tomamos otro y pasamos al vino —convino Jorge, dispuesto a complacerla en cada momento—. Es verdad que, después de tres piscos, las cosas se empiezan a distorsionar un poco.

—Ja, ja, ja… Es una bebida engañosa, que te emborracha totalmente sin darte cuenta. Créeme que no quiero recordar lo que pasa después de tres piscos —rio, confirmando el dato.

Les trajeron la carta junto con la bebida y ambos se pusieron las gafas para ver de cerca, provocando el comentario de rigor por su forzoso uso.

—Este último año he empezado a notar que las necesitaba y me he rendido ante la evidencia —comentó ella, mirándolo a través de los cristales.

—Lo mío es peor. Ya no veo ni de lejos ni de cerca, pero soy tan coqueto que intento usarlas solo cuando no hay más remedio —detalló

él con sinceridad y, señalando la puerta principal, comentó—: Mira, ves ese grupo que está entrando, pues ya ni con gafas ni sin gafas… Nada, que no los veo, solo bultos…

Lydia levantó la vista de la carta en la dirección en la que Jorge estaba señalando y, con sus gafas de presbicia puestas, solo vio un grupo borroso que permanecía estático ante la recepción del restaurante, esperando a ser atendido. No tuvo más que bajar sus gafas un poco para comprobar que veía perfectamente de lejos.

—Yo, si me quito las gafas, distingo sin problemas las facciones de cada uno, pero… no puede ser…

Según estaba mirando la escena, su rostro quedó atónito súbitamente. Lo veía, pero era incapaz de creerlo. Mezclado con aquel grupo de personas recién llegadas, Jon, con una americana azul y camisa sin corbata, acababa de entrar en el restaurante.

Empujada por el absurdo reflejo de evitar ser descubierta, Lydia elevó cual burladero la carta, para cubrirse la cara. Jorge, viendo su reacción, la miró, extrañado, sin entender qué pretendía con el gesto de taparse discretamente con las sugerencias del *chef*.

—¿Tan feos son?

Lydia, con el corazón a mil por hora, tuvo que improvisar su mejor excusa.

—¿Eh? Ah, no… ja, ja, ja… Estaba haciendo pruebas de enfoque: cerca, lejos, cerca, lejos… —Subía y bajaba la carta de manera cómica —. Creo que ya no veo tan bien como pensaba —concluyó, mirando a Jorge con cara de pánfila.

—Me lo estaba imaginando. No te preocupes, no se lo diré a nadie —dijo mientras le agarraba una mano en señal de complicidad.

Justo en ese momento Jon cruzaba el salón con el resto del grupo y, dirigiendo la vista, como si tuviera un sónar incorporado, hacia el rincón donde estaban ellos, vio de pronto a Lydia y cómo Jorge le estaba sujetando la mano.

«Noooo —pensó Lydia—, ¡¡no es lo que parece!!», clamó por dentro, horrorizada. Sus miradas se cruzaron un par de segundos. Ella soltó bruscamente la mano asida por Jorge y a Jon se le escapó una leve sonrisa que disimuló mirando hacia abajo, dejando claro que lo había visto todo. No hubo saludos. Por parte de Lydia, porque estaba tan nerviosa que no atinó a hacerlo. Por parte de Jon, porque aquello le parecía un juego divertido y una casualidad para no desperdiciar. Al

llegar a su mesa, se sentó en un lugar desde donde podía ver a Lydia perfectamente. Él la miró fijamente, con el mentón en alto, lo suficiente como para que no quedasen dudas de que la había reconocido al instante. Lydia le mantuvo la mirada el tiempo necesario para que él vocalizase sin sonido un claro «hola» en la distancia, a lo que la azafata contestó con una caída de pestañas larga y seductora, devolviéndole así el saludo de una forma subliminal e invisible a los ojos de Jorge, quien, sentado de espaldas a Jon y leyendo la carta, ni se percató de lo que estaba ocurriendo.

—Aparte del ceviche, ¿te apetece que pidamos un tiradito?

—¿Qué? —reaccionó ella, entrando de nuevo en la conversación de su mesa.

—¿Que si te parece que pidamos alguna especialidad peruana, como un tiradito de pollo, por ejemplo? —repitió Jorge, un tanto extrañado de que Lydia, siempre tan solícita, estuviera totalmente abstraída.

—Oh, sí, perfecto —contestó, dándose cuenta de que tenía que disimular sus nervios—. Elige tú, por favor, a mí me gusta casi todo.

—¿Te encuentras bien? —Jorge la miró a los ojos, intentando comprender qué estaba pasando.

—Sí, claro… —respondió sin mirarlo, leyendo la carta—. Me duele un poco la cabeza, nada más. Ahora, con el pisco, mejoro… —añadió, dedicándole una sonrisa armoniosa y dulce.

El camarero llegó a tomar nota y, mientras Jorge ordenaba lo que iban a tomar, Lydia aprovechó para, con discreción, otear el único horizonte que le interesaba esa noche: la mesa ocupada por Jon. En ese momento él charlaba animadamente con una señora vestida con una horrible blusa de cuello alto con puntillas blancas y un bléiser verde carruaje absolutamente *demodé*. El resto de las comensales seguían un criterio similar: edad media superior a cincuenta años, enchaquetados los hombres y emperifolladas las mujeres, con ese outfit de congreso entre sobrio y adinerado difícil de digerir. Por un momento Lydia pensó: «Pobre, una cena de trabajo de lo más aburrida», pero, a tenor de cómo asentía, conversaba y conseguía la atención y las risas complacientes de los allí presentes, entendió que estaba en su salsa e, interpretando un papel o no, era el líder absoluto, y eso parecía gustarle. Estaba exultante y especialmente atractivo de traje. La desproporción de su generoso físico con el resto de la mesa

era brutal. Jon, entre comentario y respuesta, miraba sin recato alguno a la azafata desde la otra punta del salón. La situación empezó a incomodar a Lydia y, sin saber qué hacer para salir de aquel bucle, decidió ir al baño antes de que llegasen los platos, para, así, desprenderse momentáneamente del cruce de miradas incesante.

— Jorge, perdona…, voy un segundo al aseo.

—Por supuesto. Los platos aún tardarán. Ve tranquila.

Los servicios estaban situados detrás de una mampara gris de madera decorada con mariposas, justo a la espalda de la mesa de Jon. Sorteando las mesas más alejadas de la «zona cero», se adentró en un laberinto de gente sentada y metida en animadas conversaciones que hicieron de su recorrido un inacabable y tenso camino. Los empleados iban y venían cargados de platos sucios o recién preparados, con cara de acróbatas indolentes. Miró de soslayo a Jon, el cual no reparó en los movimientos de ella. Parecía estar decidiendo qué plato pedir ante la insidiosa mirada del camarero que esperaba su decisión.

«Perfecto, que de repente se pregunte dónde me he metido…» Se le escapó una risa nerviosa mientras avanzaba. Cuando al fin se vio detrás de la mampara, sintió el resguardo del soldado en la trinchera. «No me ha visto venir», se dijo, con absoluta convicción.

Había dos puertas. Atravesó la que rezaba «Damas» y, una vez allí, hizo uso del lavabo. Se miró en el espejo. Estaban juntos en el mismo restaurante y eso le producía una sensación de entusiasmo incontenible. Si el destino los había vuelto a cruzar, algo tendría que hacer para volver a comunicarse con él. Deseaba hacerlo por encima de todas las cosas. Observó atentamente sus ojos. Había en ellos una mirada trepidante que nunca antes había visto o que ya no recordaba. Sonrió a su propia imagen, iluminada por la tenue luz del tocador. ¿Dónde había estado metida aquella sonrisa picarona todo ese tiempo?, se preguntó. Retocó el talle de la camisa sobre su falda y realzó el escote. Hacía mucho tiempo que no se miraba tanto. Se lavó las manos con exquisita pulcritud, pensando en cómo captar su atención, y se atusó el pelo con ellas aún húmedas. Lo hacía siempre. Era una de las ventajas de tener el cabello rizado. «Lista», pronunció, poniéndose de perfil y observando la perfecta curva que se dibujaba desde sus lumbares al principio de su trasero. «Ahora, sí, ya puedes mirarme cuando pase por delante de ti.»

Tiró del pomo. Al abrir, vio a Jon, quien, con una pierna apoyada

en la mampara, estaba esperando frente a la puerta del aseo de caballeros. Lydia se paralizó. Estaba allí, delante de sus narices. Él se incorporó y avanzó hacia ella, mirándola con aquellos ojos azules heladores y una grata sonrisa.

—¡Vaya sorpresa cuando te he visto! Al principio, con el pelo suelto, no te he reconocido.

—Sí, las azafatas cambiamos mucho de calle. —Estaba ruborizándose y empezaba a notar las mejillas ardiendo.

—Pues el uniforme no te hace justicia. Siento mucha envidia de tu acompañante. —Hablaba con una luz intrigante en los ojos.

—Es un compañero al que no pudiste ver durante el vuelo porque es uno de los pilotos. Somos amigos, desde hace muchos años.

Era absurdo, pero ahí estaba ella, dándole explicaciones gratuitas a un extraño que no se las había pedido. Se arrepintió al instante de hacerlo, aunque tarde. Había resultado evidente que quería dejarle claro que no había nada entre ellos. Jon, sin perder ningún detalle, continuó hablando, lejos de demostrar prisa alguna por entrar en el baño. También era obvio que tenía otras prioridades.

—Es raro, pero, desde que nos hemos despedido esta mañana en el avión, hay un pensamiento que me trae mártir contigo —estaba serio, contemplándola muy de cerca— y, ahora que te he visto, me pregunto si podrás conseguir que pare de atormentarme —dijo, dejando que ella intuyera por dónde iba.

—Si vas a volver a preguntarme por mi olor, te diré que ahora sí llevo perfume. —Se quedó sonriéndole, con toda la seducción que encontró a mano.

Jon, invitado por ella, se acercó hasta su cuello, para olerla sutilmente. Al retirarse, buscó su mirada y, sin preámbulos, dijo:

—Si no te beso ahora mismo, me voy a volver loco.

—Me tomas el pelo.

—En absoluto, y no te voy a pedir permiso, porque sé que lo estás deseando.

Y lo hizo. Sin darle opción a buscar excusas, la besó con las ganas más elocuentes que conocía. Ella, colapsada ante aquella locura, no ofreció la menor resistencia. Sus labios, ávidos de encontrarse, se fundieron, exaltados, sin coreografía de caricias. Él la rodeó con sus brazos rebosantes de seguridad y Lydia se dejó hacer mientras los suyos colgaban impávidos, rendidos y sin opciones. No podía

reaccionar. Era como si aquel impulso hubiera parado el tiempo y congelado a todos los presentes en el restaurante, incluida a ella misma. Con la voluntad abstraída, hubiera dejado que Jon la siguiera abrazando, comiéndola a besos hasta la extenuación, sin importarle nada más. Si ese era el pensamiento que le traía mártir, después de aquel beso, merecía la absolución, sin duda alguna.

Jon se separó unos milímetros de su boca y, en un susurro, le dijo:

—Tendrás que darme alguna opción más digna que atacarte en la puerta de cualquier aseo…

—Sí, empieza a ser una pesadilla salir del baño y encontrarme contigo —respondió ella, riendo.

—Te propongo algo. Volvamos a nuestras mesas, acabemos con las cenas de compromiso que tenemos por delante y, después, te invito a una copa en mi hotel. —Hizo una pausa, recordando el nombre—. Estoy en el Casa Andina.

Lydia, asimilando el dato, se limitó a mirarlo, condescendiente, e inició la marcha hacia su mesa. Tan solo en el último segundo antes de abandonar la mampara que los aislaba del mundo, lo miró, girándose divertida, y atinó a murmurar:

—Podría ser, estamos muy cerca… Lo intentaré.

Capítulo 4

> Tú y yo tenemos un amor pendiente, pero vamos a llamarlo café, que da menos miedo.
>
> SELAM WEARING

Dentro del taxi, la tensión iba subiendo. Jorge miraba por la ventana, quizá hacia ese universo tan estudiado por aquellos ojos, mientras Lydia callaba e intentaba pensar cómo minimizar aquel momento de tremendo silencio. La cena había transcurrido entretenida, la conversación había sido de lo más interesante y la comida, excelente. No hubo intento por parte de Jorge de adentrarse en algo más profundo y, si lo hubo, Lydia lo diluyó con fulminante pericia. De todos modos, su amigo no era estúpido y seguramente había captado que ella no estaba dispuesta a darle más que aquella bonita amistad. Era un buen hombre, con un comportamiento intachable. Ella había estado cordial, sin más, y él había aceptado con madurez que no tenía opciones. Lydia, desde su lado del taxi, lo miró con enorme compasión, pero sabiendo que no era momento de explicaciones. Tampoco eran necesarias cuando nada había habido. Por eso, lo dejó seguir sumergido en su mutismo mientras el vehículo avanzaba veloz por las calles dormidas de Lima.

Llegaron al hotel sin mediar palabra, aunque la mirada conciliadora de Jorge al despedirse de ella fue un agradable bálsamo para su conciencia. Seguramente las aguas volverían a su cauce y su amistad prevalecería sobre las ilusiones perdidas del piloto. Al llegar a la planta de él, se dieron un beso fugaz en la mejilla y la puerta del ascensor se cerró, dejando a Jorge fuera mientras Lydia continuó, aliviada, hasta su piso.

* * *

Jon se sentó a la barra del bar del hotel y miró la hora en su móvil: la una y once. Una hora estupenda, pensó, si no fuera porque en España eran las siete de la mañana pasadas. Intentaba no perder de vista su ritmo circadiano, pero, a veces, era complicado. Esperaba, impaciente, ver llegar un taxi del que descendiera la azafata, pero, por más que miraba, no había ningún movimiento esperanzador en la entrada principal del Casa Andina. Lydia no había mencionado el hotel donde se hospedaba. En cualquier caso, tampoco le había confirmado que aparecería, aunque algo le decía que aguardase un poco.

Pidió al camarero un whisky con dos piedras de hielo. Desde su mesa, vio cómo unos faros iluminaron la entrada principal. Un taxi estaba entrando y, de él, se bajaron dos personas. No tardó ni un segundo en reconocer a Lydia. El otro ocupante era el compañero de ella. Aunque lo tuvo de espaldas toda la noche, sabía que era él. Este abrió la puerta acristalada del vestíbulo principal y, haciendo uso de su caballerosidad, le cedió el paso a ella, solemnemente. Caminaron juntos, atravesando el amplio *hall* del hotel hacia los ascensores, sin percatarse de su presencia en el bar. Se abrieron las puertas del ascensor y ambos desaparecieron de su vista. Empezó a entender la mirada traviesa de ella al separarse en los baños del restaurante. «Y tanto que estábamos cerca», se dijo. No tenía claro que ella decidiera volver a bajar, pero el mero hecho de descubrir que se alojaban en el mismo hotel le resultó una casualidad interesante, ya que las opciones para poder contactarla estaban servidas.

Diez minutos después se dio por vencido. Firmó la nota de su copa al camarero y, con paso firme, se encaminó hacia los ascensores. La buscaría por la mañana. Quizá estaba cansada o se lo había pensado dos veces.

Estaba hilando qué hacer cuando, al abrirse las puertas, Lydia salió tan rápido que casi lo arrolló. Recuperando la compostura, rio sin contenerse y, poniéndose un dedo en la boca, le dijo:

—Chisss… No le digas a nadie que estamos en el mismo hotel… pero ¿ya te ibas, hombre de poca fe?

—Empezaba a pensar que no bajarías.

—¿Que no bajaría? ¿Sabías que estaba aquí alojada?

—No, ahí has estado muy avispada, pero te he visto entrar

mientras te esperaba en el bar.

—Pues, con todo y con eso, me has esperado muy poco.

—Bueno, te compensaré… ¿Regresamos al bar, entonces?

—Eso está mejor. —Sonrió, perdonando su falta de paciencia.

Comenzaron a andar por el lateral de la amplia recepción hasta el bar. Jon decidió que se sentarían a otra mesa, mucho más discreta y resguardada.

—Al entrar, me he fijado en la cara de tu amigo y venía muy serio.

—Bueno, muy contento no estaba —contestó ella sin reparos—. No es conveniente tener expectativas —afirmó, mirando a Jon con una sonrisa agridulce mientras bajaba la mirada.

—En fin, eso no es de mi incumbencia… —puntualizó él con rapidez, y añadió—: Perdona por haberte preguntado.

—No te preocupes, no me ha molestado en absoluto, pero, ya que lo has hecho, no voy a mentirte.

—Me gusta que no lo hagas. Es una buena forma de comenzar.

—Bueno, comenzar, lo que se dice comenzar… —Lydia lo miró con picardía y continuó—… te olvidas de nuestro «casual» encuentro en la puerta de los baños del restaurante.

—Ah, sí… —Se subió las gafas—. A veces, cuando las circunstancias lo merecen, soy muy impulsivo. Espero que puedas disculparme si no te ha gustado…

—En realidad, no lo sé. Me dejaste en *shock,* pero, si tengo que ser honesta, después de la sorpresa, resultó ser bastante agradable…

—Debería haberlo hecho en la puerta del baño del avión —comentó Jon entre risas.

—Te hubiera hecho la cobra y me hubiera cambiado de pasillo —contestó rápida, siguiendo la broma.

El camarero se acercó con la prudencia de alguien que sabe que, vaya cuando vaya, va a interrumpir, pero tenía que hacer su trabajo y, además, eran los únicos clientes que tenía.

Jon lo miró, alegrándose de su llegada, y, dirigiéndose a Lydia con expresión de festejo, dijo:

—¡¿Qué te parece si pedimos una botella de champán?!

—¿Champán? Por qué no… Brindaremos por tu impulso… ¡Por los impulsos que mueven el mundo!

—¡Gran idea! Entonces, tráiganos una botella de Moët Chandon

muy fría y dos copas del cristal más fino que encuentre.

Cuando el camarero regresó con el espumoso, por expreso deseo de Jon, él mismo lo sirvió en ambas copas. Las levantaron a la vez, haciéndolas chocar levemente en el aire. Se miraron a los ojos, recreándose en el brindis, y dibujaron una sincera sonrisa en sus rostros. Nadie dijo nada en voz alta. No fue necesario. Todo estaba implícito en sus ojos. Bebieron sin dejar de contemplarse. Había un catalizador hipnótico que paralizó el momento y se prolongó durante todas las horas que pasaron hablando mientras la noche discurría perversamente feliz de tenerlos a su merced.

Pidieron otra botella de champán antes de que el camarero cerrase el bar y decidieron quedarse con la única compañía de la luz del precoz amanecer limeño que empezaba a despuntar.

Descubrieron que sus vidas profesionales habían ido desarrollándose casi de la mano. Habían estado en los mismos lugares a lo largo y ancho de todo Iberoamérica, conocían platos emblemáticos de restaurantes en Buenos Aires, Santo Domingo o Montevideo, donde quizá los estuvieron degustando a la vez. Habían dormido en los mismos hoteles en ciudades tan dispares como Asunción, Santa Cruz de la Sierra o Quito, y muchas veces habían cruzado el Atlántico al unísono, en la misma dirección o en dirección contraria; eso sí, cada uno en su avión de diferente aerolínea. Lydia no daba crédito a tanta sincronicidad.

—Hay un restaurante en Santo Domingo donde sirven la mejor ensalada César que he comido nunca. Está en el centro histórico… ¿cómo se llamaba? —preguntó Jon en alto, intentando recordar.

—Hummmm… ¿Uno con una terraza interior preciosa? —preguntó Lydia, casi sin creerlo, y se aventuró a acertar—. ¿La Briciola?

—Exacto, ese es —contestó Jon, encantado—. ¿Has estado alguna vez?

—Claro, es uno de los restaurantes favoritos de las tripulaciones… y he tomado ensalada César allí. ¡Es verdad, es una delicia!

Aquella maravillosa noche tocaba a su fin y entre ellos la conexión no paraba de vibrar. Todas aquellas curiosas coincidencias descubiertas dentro de su animada charla lograron hacer de aquellas horas un inefable comienzo del día y, sin prisa, consensuándolo con

sus estómagos ávidos de ingerir algo sólido, decidieron acercarse al *buffet* de desayuno, del que provenía un olor a café nada desdeñable.

Mientras lo contemplaba desayunar, Lydia no salía de su asombro. Jamás hubiera imaginado que aquel hombre tan educado, comedido y correcto como pasajero pudiera llegar a tenerla tan absorta y entretenida con aquella conversación infinita. Era tempranísimo, pero, después de tres cafés y un poco de glucosa con forma de *croissant,* Jon parecía incombustible y con ninguna intención de terminar la velada.

—Llevas unos anillos preciosos —comentó, acercando su mano para contemplarlos con detalle.

—¿Te gustan? —le planteó Lydia, retrayendo la mano inconscientemente para tocarlos—. Brillan mucho, pero no son buenos. Para trabajar no me gusta ponerme joyas. Ya sabes, volamos a países donde la vida no vale nada y, por un brillante, te pueden pegar dos tiros.

—Sí, es mejor pasar desapercibido… Mira —se levantó las mangas—, no uso nunca reloj, pero, si me gustasen, creo que pasear con ellos por algunos lugares de los países que frecuentamos sería descabellado y una provocación, además —afirmó con contundencia.

Terminaron el último café cerca de las siete de la mañana. Lydia empezaba a estar apurada, temiendo que pudiera bajar algún compañero a desayunar y la viera acompañada. Y si por casualidad el que bajase fuera Jorge, no quería ni imaginar lo que pensaría al verla con Jon y, además, con la misma ropa con la que la había dejado la noche anterior en el ascensor. Jon, interpretando su mirada al instante, propuso:

—¿Subimos?

—Sí, creo que ya no puedo estirar más la noche —respondió, odiando decirlo—. Toca descansar un poco antes del vuelo.

Tenía claro que debía marcharse a dormir o las diez horas de vuelta a España le pasarían factura durante el trayecto. Jon la miró con condescendencia, entendiéndolo, y, resignados pero felices, se dirigieron al ascensor, abandonando el restaurante. Al ir a pulsar el botón del piso, Jon le dijo:

—Voy al piso decimoprimero, ¿y tú?

— Yo me bajo antes… Segunda planta, por favor…

Ambos permanecieron en silencio, subiendo. Todo estaba claro.

Había sido una noche absolutamente perfecta. Ni siquiera ese corte abrupto y preso de las necesidades obvias del trabajo podría arruinarla. Al llegar a la segunda planta, Lydia salió del cubículo y, cuando iba a despedirse, comprobó cómo Jon se bajaba también.

—Te acompaño hasta la puerta. A veces las llaves de este hotel se desactivan de una forma inexplicable, y no voy a dejar que bajes sola a recepción a activarla de nuevo…

Lydia sonrió, dudosa, y comenzó a andar delante de él por el angosto pasillo alfombrado hasta llegar a la puerta de su habitación. Insertó la llave en la cerradura magnética y una luz verde se iluminó de inmediato.

—Bueno, parece que mi cerradura funciona a la perfección —anunció, mirándolo con declarada picardía mientras abría la puerta.

—Perfecto. Entonces, ¿a qué hora dices que sale tu vuelo?

—Nos han comunicado un retraso de cuatro horas. Me recogen a las doce cuarenta y cinco.

—En ese caso, tienes unas cuatro horas para descansar. —Luego añadió—: Regreso a España el jueves. ¿Qué te parece si comemos juntos el viernes? ¿Te va bien?

Lydia, apoyada en la puerta ya abierta y entendiendo que en sus intenciones no estaba entrar con ella, contestó, intentando disimular su apuro.

—Sí, claro. El viernes tengo el día libre y, en principio, no tengo planes.

—Entonces, genial; lo coordinamos a mi regreso. —Intercambiaron los números de móvil y luego, acercándose a ella, le dio un beso en cada mejilla, a los que ella respondió, incrédula. Después, girándose en dirección al ascensor, se despidió—: Buen vuelo a casa.

—Gracias —contestó, aún atónita con aquella reacción, y, casi en un susurro, añadió—: Lo he pasado muy bien…

Él la miró con una sonrisa mientras se alejaba por el corredor rumbo a los ascensores.

—Yo también. Adiós —fueron sus tres últimas palabras.

Lydia levantó la mano, despidiéndose, y cerró la puerta tras de sí. Había estado a punto de invitarlo a entrar. Se dejó caer en la cama mirando al techo. «Qué situación tan absurda», pensó. Ella contoneándose por el pasillo y dando opciones a un broche de velada

desenfrenado y él, mientras, pensando en su descanso antes del vuelo. Se llevó las manos a la cara, inmersa en una risa por lo ridículo del momento. Sin embargo, no se había sentido rechazada en absoluto. Quizá se había precipitado al concluir que, por acompañarla, quería algo más que comprobar el funcionamiento de la llave. Era un caballero y se comportaba como tal. Aquel pensamiento le resultó halagador y decidió olvidar su extraña forma de despedirse.

Apagó el teléfono móvil y, después de una ducha rápida, se quedó profundamente dormida.

Jon hizo lo propio al llegar a la habitación mil ciento once. Pensó en escribirle un mensaje, pero se contuvo. Mejor esperaría a verla en línea para hacerlo y, así, no parecer un pesado. Aunque resultaba obvio que ella, al final, se había puesto a tiro, su intuición para rematar bien una conquista lo había alejado a tiempo de cometer un error. No era el momento. En sus planes estaba cocinar a fuego lento aquella oportunidad que la vida le había puesto en bandeja. Se dispuso a dormir, pero no podía parar de pensar en aquella mujer tan a su medida. Aun así, se metió en la cama a intentarlo. Los recuerdos de la noche llegaban a borbotones. Era perfecta. Se sorprendió sonriendo al recordar la cara de ella cuando la besó en las mejillas. Era tan expresiva que, para un austero vasco, en ocasiones cáustico y definitivamente apocado, la azafata era sinónimo de energía vital. Además, no quería parecer el típico baboso mequetrefe que solo piensa en el fornicio. Bastante cerca había estado de parecerlo cuando la atacó en el restaurante, recordó, sorprendido de su propio arranque.

Definitivamente, le apetecía conocerla despacio, sin obviedades basadas en el deseo carnal. Se tomaría su tiempo para acorralarla. Le gustaba seducir y ese camino incierto hasta que la víctima se rendía era lo que más le estimulaba de todo el ritual de cortejo. Y ella caería lentamente, sin darse cuenta. Mucho tenía que decepcionarlo para dejar de ser la clara candidata que había vislumbrado a lo largo de toda aquella noche salpicada de sutil encanto. Felicitándose por el inesperado hallazgo, consiguió el bienestar para conciliar un rato de sueño.

Capítulo 5

> No vemos las cosas como son, vemos las cosas como somos.
>
> KRISHNAMURTI

La llamada despertador del hotel sonó con intensidad en la habitación doscientos veintidós. Lydia, adormilada, encendió el teléfono para comprobarlo. Quedaba exactamente una hora para que la furgoneta de tripulaciones pasara a recogerlos.

Saltó de la cama, animada. Había dormido poco, pero se sentía enérgica y activa. Abrió la maleta, guardó dentro la ropa usada el día anterior y sacó del armario el uniforme en su percha, junto con la camisa limpia y planchada que la camarera de pisos le había dejado colgada del picaporte de la puerta horas antes.

Los mensajes acumulados empezaron a sonar. Se acercó al móvil, que seguía conectado al cargador encima de la mesilla de noche, y comprobó lo que la intuición ya le había anunciado. Había uno de Jon.

Jon: ¿Despierta?

Lydia: Sí, y con la maleta ya casi cerrada…

Jon: ¿Has descansado? He intentado no roncar…

Lydia: Ja, ja, ja, qué atento… Sí, he dormido cuatro horas. ¿Y tú?

Jon: Nada.

Lydia: Ufff… Bueno, ahora aprovechas…

Jon: Estoy en una reunión. No sé qué les va a parecer si lo hago… 🤔

Lydia: Ja, ja, ja, pobrecito… Todo por mi culpa… 😢

Jon: ¿Conoces el restaurante Tatel?

Lydia: ¿El de Castellana?

Jon: Sí, donde antes estaba Intereconomía.

Lydia: Creo que sí.

Jon: El viernes te invito a comer allí. Te gustará.

Lydia: Genial…

Jon: Te dejo para que sigas preparándote.

Lydia: Sí, voy muy justa de tiempo… Aún tengo que ducharme.

Jon: Mua… Buen viaje.

Lydia: 😘😘😘

«¡Dios mío!», clamó en alto al ver que en cuarenta minutos tenía que estar abajo, *check out* incluido. Se duchó en tres minutos y los quince siguientes los invirtió en maquillarse. El pelo se lo lavaría en Madrid. Ya no le daba tiempo de rizar el rizo. Calcetines de media, camisa, pantalón, americana, pañuelo y tacones. Siempre en el mismo orden. Maleta cerrada y un último vistazo a cada rincón de la estancia para no dejarse nada. Los hoteles están llenos de objetos olvidados por azafatas y ella era una firme colaboradora de esa causa. En los últimos seis meses, había perdido un neceser, un bikini que colgó en la terraza para que no viajase mojado en la maleta y allí se quedó y unas chanclas que se escondieron debajo de la cama y nunca más consiguió recuperar.

Se colgó el bolso y, agarrando el asa de la maleta, aceleró el paso, apurada, por el pasillo hasta el ascensor. Al abrirse las puertas en su planta, la imagen de Alberto, emperifollado y oliendo a Issey Miyake, le hizo sentirse como si ya estuviera en casa.

—Holaaaaa… ¿Dónde te has metido que ni a desayunar has bajado?

—Sí que he bajado, pero muy temprano. No había nadie en el restaurante.

—A Jorge sí que lo hemos visto. ¿Qué tal ayer? —preguntó, buscando exclusiva.

—Luego, durante el vuelo, te cuento. Tengo que hacer el *check out* —contestó, esquivando la pregunta al ver que se abrían las puertas en el vestíbulo.

—Eso, con un cafecito… Voy saliendo, te espero fuera.

Lydia entregó su maleta al botones y se acercó al mostrador de recepción a pagar la cuenta.

—Buenos días.

Era Jorge, que estaba detrás de ella. De uniforme parecía mucho más recio. Su semblante mostraba que la noche había sido larga, y el descanso, corto. Se giró hacia él como invitándolo a que se pusiera a su altura frente al mostrador.

—Hola, buenos días —lo saludó con la naturalidad precisa—. ¿Has descansado? —le planteó, sabiendo que su respuesta sería mentira y que la verdad resultaba más que evidente.

—Como un bebé —sentenció—; estaba muy cansado y caí como plomo. ¿Y tú? ¿Has podido dormir?

—Sí, he dormido genial. La cama de este hotel es magnífica.

—Por cierto, coméntale al recepcionista que el teléfono de tu habitación no funciona.

—¿Cómo que no funciona? Pues me han llamado para despertarme… —Terminando la frase, se dio cuenta de que acababa de hablar demasiado.

—Te llamé anoche al rato de separarnos. Dio varios tonos, pero nadie respondió —detalló el piloto.

—Qué raro… Ahhh, ya sé… Me metí en la bañera con los auriculares —mintió, saliendo airosa—… pero ¿por qué me llamaste?

—Bueno, nos despedimos tan rápido… Quería ver si estabas bien. Volvimos muy callados en el taxi. No quería que pensases que estaba molesto y por eso quise hablar contigo…

Ella lo miró con tranquilidad. Estaba claro que las cosas iban a seguir bien entre ellos. Su amigo no mostraba síntomas de varón herido en su ego más profundo. Jorge era un hombre evolucionado y tremendamente bueno; esa clase de hombre que, curiosamente, no despertaba en ella un sentimiento más allá de la amistad. Lydia, en el amor, prefería lo raro, lo intrigante y lo complicado. Esos sí eran sus adjetivos favoritos a la hora de buscar pareja… y repetir esos

patrones, una adicción como otra cualquiera.

—Pues no pienses cosas raras. Ayer lo pasé fenomenal y el hecho de que no hablásemos en el taxi lo relacioné con que estabas hecho polvo, sin más —puntualizó—. Además, nos lo habíamos contado ya todo en la cena… —Y se quedó mirándolo, pensativa, sin esperar respuesta.

—¿Ha consumido algo del minibar? —La recepcionista la hizo salir de sus pensamientos.

—No, esta vez me voy sin abrirlo.

—Perfecto. No hay nada pendiente, señorita… Buen viaje.

Esperó a Jorge. Él sí que tenía algo que pagar, al menos los dos piscos que cargó a su cuenta en el bar la noche anterior. Después caminaron juntos hasta la salida, donde el resto de la tripulación estaba apurando los últimos minutos antes de subirse a la furgoneta, rumbo al aeropuerto.

Lydia se sentó en el lado derecho, en la segunda fila, como acostumbraba. Después de saludarlos a todos, se aisló en su música y se preparó para la larga travesía por el tremendo atasco de las calles de Lima. Le apretaba la cintura del pantalón. Las consecuencias de la noche anterior, entre las exquisiteces peruanas y el champán, estaban servidas. Se desabrochó la americana, intentando escapar de la opresión. Se desanudó el pañuelo del cuello y lo guardó en el bolso. Estaba entre inquieta e incómoda. Empezó a pasar canciones para distraerse hasta que llegó a una que le trajo reminiscencias del pasado reciente. La letra hablaba de esperanzas puestas en un encuentro, de soñar con eso y, paradójicamente, de una despedida que, para ella, no había existido.

Se preguntó si aquel reencuentro inaudito que había comenzado de una forma tan sorpresiva pertenecía a un destino trazado. No sabía casi nada de él. Apenas habían hablado de sus vidas privadas. Sintió una punzada de miedo contenido ante la posibilidad de estar entrando en otra historia emocionalmente caótica. Por desgracia, su tendencia a involucrarse y a meterle corazón a relaciones convulsas la habían hecho acreedora de profundas cicatrices que le recordaban el peligro que corría al exponerse de nuevo. «Esta vez, no», se dijo… pero su pasado avalaba los estragos de amores displicentes que decían lo contrario, y la sombra de todo aquel dolor oscurecía la emoción de sus momentos con Jon. Recordó la frase de Jean de la Bruyère: «La vida es

una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan». Estaba claro en qué grupo se ubicaba ella. «Más mente y menos sentimientos», se decía, sin escucharse. Quizá, si hubiera pensado un poco antes de sumergirse en enamoramientos precarios, no habría salido tan escaldada. Poco podía hacer ya por solventar aquellas quimeras que no supo concretar y que terminaron empujando su autoestima a un agujero profundo e inclemente. Ese retorno ficticio a aquellas relaciones suburbiales le hizo recordar que siempre había vivido entre la nostalgia y el amor de tinta y lágrimas. Unos frenéticos pitidos de claxon la sacaron de sus acuciantes pensamientos. Estaban ya en la atrancada rotonda previa al acceso de la terminal internacional del aeropuerto Jorge Chávez. Lydia respiró hondo, aliviada, y con enorme tranquilidad empezó a ponerse el pañuelo de nuevo y a guardar en su estuche los auriculares, los cuales ya no sacaría de allí hasta el turno de descanso.

* * *

Aterrizaron en un Madrid poseído por una niebla espesa que amenazaba con no amainar hasta bien entrada la mañana. El avión rodó pausado, después del enorme esfuerzo de posarse en tierra. El Boeing 787 Dreamliner había entrado de puro milagro gracias a la pericia de los pilotos, que lo hicieron bajar completamente a ciegas, guiados tan solo por las instrucciones de la torre de control y la seguridad del piloto automático de la aeronave. Eran las seis cuarenta y cinco de la mañana. Cuando estacionaron, un enorme brazo mecánico empezó a moverse hacia ellos. La pasarela fue acoplada con rapidez y, así, empezaron a desembarcar a los pasajeros, que se movían por el pasillo con lentitud, entre el bostezo y la pereza, pero contentos de haber llegado a tiempo para sus conexiones.

Lydia, entró en la cabina de mando y le dijo a Jorge la ansiada frase «pasaje desembarcado». Se moría por sacar su teléfono del modo avión.

A los pocos segundos comenzaron a sonar las campanitas que le indicaron que tenía unos cuantos wasaps por leer. «A ver, a ver…», se dijo, con esperanzas contenidas. Gloria, su íntima amiga, siempre atenta a su llegada; su dentista, confirmándole la hora que había pedido la semana anterior; el grupo de meditación; una compañera

pidiéndole un cambio, y su madre, invitándola a comer el domingo, cerraban el cupo de mensajes. Sintió una leve decepción a la que siguió un pensamiento: «Estará liado, supongo». Metió el móvil en el bolso y decidió no pensar más. Estaba agotada. Sabía que en ese estado mental de fatiga absoluta era preferible no divagar. Bajó por las escaleras del *finger,* recogió su maleta y, junto con el resto de la tripulación, se dirigió a la oficina.

La reunión posvuelo fue breve y concreta. Felicitaciones a todos por conseguir que el retraso no afectara en modo alguno a la satisfacción del pasaje por el servicio recibido y besos de despedida. Un vuelo más y muchas ganas de llegar a casa a descansar. Los tripulantes fueron abandonando la sala de firmas poco a poco y tan solo Lydia se demoró algo más, para dejar los papeles y la recaudación del vuelo. Jorge acudió a despedirse desde el otro lado de la sala, de forma un tanto protocolaria. La mezcla de cansancio y las pocas ganas de saltar líneas trazadas por parte de ella crearon el escenario perfecto para una despedida calculadamente cordial. Más tarde o más temprano volverían a volar juntos y las aguas regresarían a su cauce. En ese momento, aquel asunto tampoco le quitaba el sueño, ese mismo que tenía que contener de camino a casa para evitar dormirse.

Cuando por fin llegó al parking del aeropuerto, eran ya las siete treinta de la mañana. Encontró el coche a la primera y cargó la maleta a duras penas en el maletero. Se dejó caer en el asiento y metió la llave en la cerradura de arranque. Puso la radio y abrió la ventanilla. Eran trucos habituales para no dormirse antes de llegar a casa.

La carretera estaba cargada. Era la hora punta para los que empezaban su jornada laboral. El retraso le había hecho coincidir con el atasco invariable de Madrid a esas horas. No estaba en su mano controlar aquel problema, así que decidió conciliar sus pesares con la música. Le vino a la memoria una frase del escritor suizo Rousseau, que venía muy a cuento: «Ceder a la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad». Aquella falta de resistencia la acercó a la letra del tema que sonaba en ese instante.

Sonrió al sorprenderse entonando a voces la canción de la radio. También funciona cantar en el coche para que el sueño no te venza. Pero su sonrisa no era por prescripción, sino por esperanza. La vida le había puesto por delante una situación altamente sugerente… y quería vivirla. De hecho, aquella llegada a Madrid sin noticias la había

predispuesto a abrirse a lo que pudiera pasar, sin pensar en dolores pasados ni en las consecuencias que trajeron consigo. Como dijo Woody Allen: «El corazón es un músculo muy pero que muy elástico», y, el de ella, todavía tenía cuerda para rato. Un enorme bostezo se abrió paso a través de su boca y un «clin» desde su móvil la sacó de golpe de la temible cabezada. La notificación en la pantalla duró tres segundos, tiempo suficiente para que Lydia viera, sin gafas y de reojo, un nombre precioso y perfecto de tres letras: «Jon».

Quería leerlo, pero no debía. Quería bailar, pero el cinturón no la dejaba. Quería, quería, quería… Un arcoíris empezó a salir por detrás de las montañas; la confusión de la niebla empezaba a disiparse.

—Ahora esperas tú y, si no, haber escrito antes —dijo, mirando con descaro hacia su teléfono.

Aparcó el coche en su plaza de garaje y ya no pudo alargarlo más. El WhatsApp había sonado tres veces seguidas y, en cada notificación, el nombre de Jon había aparecido, encabezándolas.

Jon: ¿Has llegado a casa?
Jon: Deberías… Si FlightAware no miente, habéis aterrizado a las siete menos cuarto…
Jon: 🤔

Releyó los mensajes una vez más. Se acordó de que en Perú eran las dos y media de la madrugada. Decidió contestarle allí mismo. No quería hacerlo esperar más.

Lydia: Holaaaaa.
Lydia: Sí, hemos aterrizado a esa hora, pero el tráfico estaba complicado… Acabo de llegar.
Lydia: Es muy tarde en Lima, ¿qué haces de pie a estas horas?

Seguía despierto. Empezó a ver cómo escribía con rapidez.

Jon: Esperarte…

Lydia: Ja, ja, ja, pues ya puedes dormirte. Ahora, duchita y a la cama. Ha sido un vuelo agotador, la verdad, pero tú también debes estar exhausto… No me puedo creer que pasáramos seis horas en el bar…

Jon: Fueron tan pocas…

Lydia: No me enteré… y luego el desayuno… 😂

Jon: Tienes mucho peligro, tú…

Lydia: Ja, ja, ja, ¡qué va! Soy muy buena…

Jon: Y, además, lo estás…

Lydia: 😂😂

Jon: Y eso que, por caballerosidad, no te miré el culo.

Lydia: ¡Mentiroso! Seguro que cada vez que fui al baño.

Jon: Vale, una vez, de reojo. Ja, ja.

Lydia: ¡Ves!

Jon: Y por el pasillo también…
Jon: Y estoy arrepentido…

Lydia: Bueno, te perdono… 🤣

Jon: No lo volveré a hacer… Palabra de boy scout.

Lydia: Ja, ja, ja… ¿Cómo que no?

Jon: Y eso que no he matado ningún elefante.

Lydia: Ni falta que hace… Lo pasé muy bien.

Jon: Yo igual.
Jon: Pero somos tipos duros, ¿eh?

Lydia: Ya lo creo.

Jon: Yo soy un poquito distante, tipo british.

Lydia: Frío.

Jon: Educado.

Lydia: Habla claro, ¿qué quieres decir?

Jon: Odio a los tipos que se abalanzan sin tacto ni contención.

Lydia: Uffff… y yo.

Jon: A mí me educaron de otra forma.

Lydia: Muy bien, por cierto… 👏👏👏

Jon: Y eso me da un aire frío y un poco anticuado.

Lydia: Supongo que, cuando hay que dejar de ser frío… ¡sabrás mutar! 😂

Jon: Soy como soy…
Jon: Pero que conste que me gustan las tabernas de mala muerte.

Lydia: Y a mí… ¿Tendremos que ir a jugarnos la vida?

Jon: Así te podré mirar el culo… 😂😂

Lydia: 😓
Lydia: Y yo haré como que no me he dado cuenta…

Jon: Soy un sobrio y triste norteño…

Lydia: Ni tan sobrio ni tan triste…

Jon: 🤔

Lydia: De haber sido así, me habría ido a las dos horas con cualquier excusa… Soy buena, pero no mártir.
Lydia: 😂😂

Jon: Ja, ja, ja.
Jon: Te he contado cosas que no cuento porque me parecen de pelmazo profesional… Ahora tendré que matarte… 😎

Lydia: Uhhhhhhh… ¿Me matarás entonces el día de las tabernas?

Jon: Matarás no es el verbo… pero algo se parece.

Lydia: 😨😉
Lydia: ¿También de la primera conjugación? 😉

Jon: De la segunda, ¿no?

Lydia: Me he perdido… 😂

Lydia: Soy un poco Dory. 😂😓

Jon: Mi ídola, como dirían los argentinos.

Lydia: Genia, en uruguayo.

Jon: Síííí.
Jon: Ufff, qué peligro tienes…

Lydia: No sé de qué me hablas.

Jon: Yo mataré, tú matarás…
Jon: Vale con otros verbos… como en el que estoy pensando…

Lydia: Uy, uy, uy, uy…
Lydia: Tú sí que tienes peligro.

Jon: Ya tú sabes.

Lydia: Lobo con piel de cordero.

Jon: 😊

Lydia: Yo soy lo que ves.

Jon: ¡¡¡¡Pero si no he visto nada!!!!

Lydia: Soy clara y cristalina.

Jon: Solo te he mirado a los ojos… Bueno y… 😂

Lydia: Justamente, los que no mienten.

Jon: Ahh, y un beso, que habrá que repetir…

Lydia: 😊… ¿Sabes que estoy sentada en el coche aún?

Jon: Perdona.. Entonces, seguimos en otro momento.

Lydia: Sí, necesito llegar a casa. No puedo más… 😓

Jon: Mua.

Lydia: 😚

Feliz y ya totalmente eufórica, arrastró la maleta por el parking hasta el ascensor. «Parece mentira cómo salí del hotel y las pintas con

las que llego», pensó al mirarse en el espejo de tres cuerpos que forraba aquella caja elevadora. «Menos mal que no me ha hecho una videollamada», rio con ganas. Se acordó de que no había abierto ni el buzón. El agotamiento estaba ya acercándose a su máximo apogeo. Entró en casa. Olía a limpio. La señora de la limpieza había estado allí, como siempre que se iba de vuelo varios días. Todo estaba perfectamente ordenado, ocupando su lugar. Soltó el bolso y se quitó la americana y los zapatos en la entrada. Después, y como abandonándolas a su suerte, fue deshaciéndose de todas las prendas que envolvían su cuerpo de camino al cuarto de baño. Abrió el monomando de la ducha y el agua empezó a manar por la alcachofa que pendía del techo. Dejó que el calor húmedo creara la atmósfera perfecta, inundando de vapor el habitáculo. Permaneció inerte, dejando correr el agua por cada poro de su piel, seca y marchita por el ambiente del vuelo. Aquel momento repetido tantas veces al llegar de las Américas se había convertido en una liturgia de silencio. Recorrió su anatomía con la pereza entumecida de una serpiente pitón. Al pasar entre sus muslos, se topó con la frontera de sus labios vaginales, que acorazaban un clítoris expectante. En ese momento no quería guerra, sino paz, y, respetándolo, continuó subiendo por su pubis desértico, reservándose las ganas para un venidero disfrute, ya en compañía. Estaba deseando deshacer camas con Jon, revolcarse con él envenenada de vicio. Aquella situación tan ralentizada no podía acelerarla más. El agua que resbalaba por el canal de los dos senos inundó su profundo ombligo, dándole un aspecto de manantial subterráneo. Cerró el grifo con cierto apremio, antes de que aquellos pensamientos empezaran a obturarle el raciocinio. Se refugió en su albornoz blanco, buscando sosiego. El vapor era tan denso que solo podía ver sus manos, completamente arrugadas por el agua. Limpió con una manga el espejo, para hallar su mirada, y llegó a ver dos ojos encendidos de dicha que seguían desconcertándola desde que aquel extraño entró en su vida, poniéndola patas arriba y arrebatando de emoción sus anhelos. Recordó la frase «A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto y, de pronto, toda nuestra vida se concentra en un solo instante».

—¿De quién era? —dijo en alto, y añadió mientras se metía entre las sábanas de algodón de su cama—. Y qué más da…

A los pocos minutos estaba dormida, con una dulce sonrisa

dibujada en el rostro.

Capítulo 6

> Solo nosotros sabemos estar distantemente juntos…
>
> JULIO CORTÁZAR

Aquellos días previos al regreso de Jon de Perú se instauró en su devenir diario una luz potente e hipnótica, que se integró en sus quehaceres cual bengala luminiscente. El WhatsApp echaba humo. Ella, acostumbrada a sentarse cada noche en su sofá mientras encendía el televisor para ver su serie favorita, comenzó a sonreír sin previo aviso, incluso a reír a carcajadas, sola, como una demente, mientras leía sus mensajes cargados de los más diferentes e inimaginables temas. No podían parar de chatear. Se pisaban incluso el turno, haciendo en ocasiones que sus conversaciones se tornaran de besugos. Daba igual. Todo era válido para dos mentes que conectaban tan perfectamente. Siempre eran tertulias de roneo y doble sentido, inteligentes, colmadas de sarcasmo, pero, sobre todo, cargadas de vida. Destilaban entusiasmo por compartir, por enseñar y por darle al otro lo mejor de cada uno. A veces, después de horas comunicándose, los sorprendía el amanecer de puntillas a través de las persianas, colándose sin ser invitado. Bueno, hora de ponerse en marcha para volver a la vida cotidiana, entendían. Nunca había despedidas. Estaba claro que no querían hacerlo. Simplemente sucumbían a la realidad de tener que abandonar su conexión, pero con el sentimiento claro de volver a comunicarse a la menor oportunidad que encontraran. Y así ocurría cada día. Lydia no podía creer que un sonido que en otros tiempos fue irrelevante en su vida la llenase de alegría incontenible. Explosión de júbilo y búsqueda desesperada de sus gafas de presbicia, revolviendo el bolso o correteando por la casa en pos de ellas, eran el preludio de que de nuevo Jon iniciaba una conversación que ya se

prometía perfecta. Para no obsesionarse con el «clin» del WhatsApp, decidió darle a su perfil un sonido de líder, de macho alfa, de «¡¡¡OMG, es él!!!», y, cuando le escribía, su teléfono desprendía un sonidito diferente y glorioso que lo distinguía del resto de los mensajes, los cuales ya solo despertaban en ella un alzado de ceja, seguido de un vistazo de reojo tedioso.

* * *

Aquella mañana Lydia recibió una foto. Al abrirla, solo alcanzó a ver unos pies con calcetines apoyados cómodamente en el habitáculo inferior del asiento de *business,* justo debajo de una pantalla individual.

«Ya instalado. Despegamos en breve…», se podía leer al pie de la fotografía.

Era jueves y Jon estaba volviendo de Lima. En doce horas, aproximadamente, llegaría a Madrid. Ella, emocionada con la cita del día siguiente, estaba de compras, regalándose un vestido para la ocasión. Acababa de salir del probador, enfundada en un sencillo pero elegante modelo de Guess, color negro. La dependienta le levantó el pulgar cuando abrió la cortina y, al mirarse en el espejo, decidió que no buscaba más. Le sentaba como un guante y estaba segura de que a él no le iba a pasar desapercibido. Se vio tentada de enviarle una foto, mostrándoselo, pero, ilusionada como una adolescente, decidió que era mejor sorprenderlo. Todavía en la tienda, contestó al mensaje.

Lydia: Buen vuelo de regreso a casa…
¡Como un pachá te veo ahí repanchingado!
Descansa lo que puedas, mañana tienes una cita,
¿recuerdas? 😃

Jon: Claro… Estoy entre el miedo y la fascinación.

Lydia: Ja, ja, ja, no será para tanto.

Jon: A ver si te gusto…, el otro día no me quedó
claro… 🤔

Lydia: No sé en qué te basas para decir eso.

Jon: Hubo un momento en el que te intenté coger
la mano…

Lydia: ¿En serio? ¿Cuándo? Ni me enteré…

Jon: Durante el desayuno. La apartaste corriendo y tuve que disimular diciéndote que me gustaban tus anillos, ¿recuerdas?

Lydia: No me digas… pues yo creí que de verdad te gustaban…

Jon: Sí, claro, pero, en realidad, fueron la excusa perfecta para no quedar como un bobo integral.

Lydia: Pues mira, si todos decimos la verdad, también pensé que yo no te acababa de gustar a ti… 😢

Jon: Ahhhh… ¡¡¡¡¡Estás coqueteando!!!!!

Lydia: No, lo digo en serio. Esperaba otro tipo de despedida en aquel pasillo…

Jon: Necesitabas descansar… Soy un tipo decente.

Lydia: Bueno, te perdono, pero me pregunto… dónde está mi sex-appeal.

Jon: All around! Hubiera seguido contigo toda la noche…

Lydia: 😊

Jon: Pierdo el wifi… despegamos… Si puedo, te escribo durante el vuelo.

Lydia: Ok… 😘

No hubo respuesta. Ni falta que hacía. Lydia pagó en la caja y salió de allí encantada, con la visa consternada por el sablazo pero sin remordimiento alguno. «Sarna con gusto, no pica, que diría mi madre», pensó, feliz, imaginándose ya con el vestido puesto.

* * *

Jon miró el reloj de su pantalla. Las horas pasaban muy lentas en los vuelos diurnos. Prefería volver de noche y así, entre cabezada y cabezada, casi ni se enteraba. Había visto una película y media, le habían servido el aperitivo y seguía esperando la comida principal. La

azafata había abierto una botella de rioja, casi asesinándola. Consideraba que era un sacrilegio abrir un vino ciertamente aceptable recortando la cápsula y dejando las aristas metálicas tocándolo al salir por el gollete; un despropósito total. Miró por la ventana para evadirse del incidente. Además, con el mantel puesto y los platos del entrante vacíos, esperando, no podía sacar su libro y tumbarse a leer un rato. Tocaba trabajar la paciencia, esa de la que carecía. Encima, no tenían wifi. Hacía tiempo que no volaba en un avión sin conexión. Aquel Airbus 340 estaba pidiendo a gritos que lo jubilaran ya. Se le empezaban a cerrar los ojos cuando, de repente, irrumpió una voz por megafonía: «Señores pasajeros, les habla el comandante. En primer lugar, quiero agradecerles la confianza depositada en nosotros al elegirnos para este vuelo con destino Madrid. Les informo de que el tiempo en ruta es bueno, y que llegaremos media hora antes del horario previsto gracias a una corriente de chorro en la cola que nos impulsa y nos permite alcanzar más de mil kilómetros por hora durante una gran parte del trayecto. Como es un vuelo diurno, si sienten curiosidad por saber por dónde pasamos, les invito a que vean nuestro recorrido en el *moving map* que podrán visualizar en sus pantallas. Agradeciéndoles la atención prestada, les dejo en manos de nuestro excelente equipo de auxiliares de vuelo. Si tienen cualquier pregunta, no duden en consultarles. Les volveré a informar en la aproximación a Madrid, unos veinte minutos antes de tomar tierra, que estimamos que será a las cuatro cincuenta, hora española. Nada más. Les invito a que disfruten del vuelo… ».

«Por una vez, ha sido breve… A ver lo que tarda en salir con la comida el “excelente equipo de auxiliares”», pensó, apoyándose en su irremediable sarcasmo y mirando con ironía la mesa con los platos sucios por recoger.

Observó cómo detrás de la cortina el movimiento era frenético. Sonido de platos y tintineo de cubiertos era la música de fondo. Un olor impreciso, mezcla de los diferentes alimentos que estaban sacando de los hornos, le resultó insufrible, aunque ya todo le daba igual. Quería que salieran con los carros de una maldita vez por esa cortina y estaba dispuesto a llevarse a la boca lo que fuera.

Vio pasar unas piernas bien torneadas por el ínfimo ángulo que no tapaba el cortinaje y se acordó de Lydia. Era la primera vez en tantos años volando que se había fijado en una azafata. Bueno, la

segunda, pero esa no contaba, ya que aquella primera vez solo fue capaz de admirar la belleza de la chica como si de una valquiria se tratase. No hubo ni intención ni ganas de ir más allá de la pura admiración física. Sin embargo, con Lydia había habido una gran dosis de encantamiento ineludible, desde el primer momento.

Recordó cuando sus ojos se encontraron a solas, agachados en la entrada del avión; cómo ella lo miró larga y pausadamente; cómo, a lo largo del vuelo, se fue tornando más bella y sinuosa. Le había resultado imposible retirar su mirada de cada uno de sus movimientos. Parecía bondadosa y frágil. Llenaba la estancia de elegantes sutilezas con todos y cada uno de los pasajeros, que, bajo su supervisión, conectaban con su encanto amable y hospitalario. En un mundo sin mitologías, falto de gusto y de afecto, aquella criatura entrañable le pareció un regalo de los dioses. Evocó su perfume a inocencia, las curvas inalcanzables de su anatomía debajo de aquel uniforme y la armonía de sus facciones con la luz indirecta y tenue de la cabina. Recordar todo aquello lo enterneció, haciéndole desearla con pertinaz locura. Sin poder controlarlo, percibió una leve erección, provocada por aquel deseo rutilante. Él, que había protagonizado una y mil noches de fechorías sexuales, cargadas de lujuria indómita y carentes de sentimientos, no atinaba a entender qué elixir embriagador le estaba administrando aquella mujer.

Una voz torpe e indecisa acompañando una pregunta plebeya lo sacó de golpe de sus místicos devaneos mentales.

—¿Aquí va una carnecita, verdad? —La azafata, agachada detrás del carro, lo estaba mirando, aguardando una respuesta.

—Sí, gracias —contestó, parco, al contemplar, atónito, cómo el dedo de la muchacha tocaba la salsa al apoyar el plato en la bandeja.

—¿Seguimos con el rioja?

Él solo hizo un gesto de afirmación con la cabeza, deseando que se fuera cuanto antes. La azafata le sirvió la copa, percibiendo la energía incómoda que se estaba fraguando entre ellos, y, con irremediable torpeza producto del momento, derramó parte del vino sobre el mantel y la camisa blanca de Jon. La desdichada irrumpió en disculpas.

—¡Oh, lo siento! Voy enseguida a traerle unas toallitas limpiadoras…

Imposible seguir conteniéndose. Aquella chica era la

representación lamentable de la incompetencia más absoluta. «Además de salir tarde con el servicio y meterme el dedo en el plato, va y me tira el vino encima, la muy torpe —farfulló mentalmente, llenándose de razones para fulminarla—. Ahora me traerá esa porquería de toallitas que, en vez de limpiar, dejan cerco y no quitan la mancha…» Su frustración era inversamente proporcional al tamaño de su marchita erección, ahogada ya en aquel vino de la discordia.

Cuando vio que la azafata se acercaba, nerviosa, portando un montón de aquellas indefinibles toallitas expendedoras de manchas, decidió que había llegado el momento de despacharse a gusto para relajar sus pesares.

—Aquí tiene… Le he traído todas las que he encontrado… Ya verá que son mágicas. Además, las manchas son muy pequeñas, casi no se notan —añadió, mostrando una sonrisa con aparato dental y desafiando la ira de Jon con sus comentarios poco afortunados mientras le entregaba un buen montón de sobrecitos con el logo de la compañía aérea.

Jon la miró con frialdad y absoluta indolencia. Una media sonrisa se dibujó en su inexpresiva cara y las palabras más hirientes empezaron a fluir como sapos inmundos.

—Perdone, además de hacer mal su trabajo, ¿se cree con derecho a decretar sin ninguna duda en qué situación va a quedar mi camisa después de pasarle estas toallitas que, como usted sabe perfectamente, van a acabar de rematar su desastre?

La mujer, que había hecho ademán de regresar sobre sus pasos, se quedó petrificada cual estatua de sal en mitad del pasillo. Sus mejillas empezaron a teñirse de un rubor rojizo y su boca comenzó a emitir torpes palabras intermitentes, que vinieron a empeorar aún más las cosas.

—Pues suelen funcionar… Normalmente no dejan mal la ropa, aunque depende de la mancha y la calidad del tejido, claro… —Le temblaba la voz, con aquellas excusas teñidas de disculpa.

Jon se empoderó y su semblante se llenó de presunción y desprecio. Hubiera sido mejor callarse, pero no pudo. Muy al contrario, cargó contra la auxiliar de vuelo con una altivez formidable.

—Mire, usted no tiene la culpa de que la comida en este avión sea mala, pero, servida por su incapacidad manifiesta, parece todavía

peor… —contraatacó, sin mover un músculo de la cara—. Además de haber metido el dedo en el plato, de no saber abrir correctamente una botella de vino, cosa que debería manejar a la perfección por el trabajo que desempeña, se permite el lujo de decidir la suerte de mi camisa en función de la calidad de su tejido. La verdad, deberían ponerla a cargar maletas en la bodega y así los pasajeros de este avión no tendríamos que soportar su completa falta de sensibilidad y modales. —Parecía que había acabado, pero todavía quedaba el golpe de gracia—. Ahora espero que su compañera le cambie el pasillo y así no tener que verla más, por suerte para los dos, salvo que quiera que pida una hoja de reclamación —terminó diciendo, mientras le echaba una mirada desafiante.

La auxiliar estaba lívida. Su tez morena por el sol de los destinos que visitaba se tornó amarillenta y, a punto de llorar, se marchó rápidamente, incapaz de articular palabra.

No había mucho más que decir. Sabía de antemano que se había ensañado con la mujer y, muy lejos de afectarle, no le importaba un pimiento qué fuera de ella y de su aparato dental. Aquella chica reunía parte de los defectos que no soportaba en el ser humano: la inoperancia, la mala educación y la ordinariez.

Cuando terminó de comer, vino a retirarle el servicio la azafata que ocupaba el otro pasillo, y se sintió aliviado. Aprovechó para pedirle un whisky y un expreso. Quería olvidar el altercado cuanto antes y relajarse en su poltrona. Mientras esperaba, sacó su nueva adquisición literaria, comprada en el aeropuerto de Lima, y se dispuso a comenzar a leer *La comedia humana*, obra de un autor de origen armenio, William Saroyan, a quien admiraba tanto por su estilo literario como por su sensibilidad para captar con extrema sencillez todos los detalles, costumbres, conductas y virtudes de una sociedad paupérrima pero siempre optimista. Era un escritor y dramaturgo olvidado por el mundo en la actualidad, a pesar de tener un Óscar y un Pulitzer de teatro, el cual había rechazado por principios, ya que se oponía al patrocinio del arte por parte de los ricos.

Esos narradores de historias del pasado honorables, con decencia y aprecio por el valor de las pequeñas cosas, eran los favoritos de Jon. Abrió con sus pulcras manos la portada del libro y se sumergió en aquel relato conmovedor y real de la felicidad en lo imposible.

* * *

La música celestial de su WhatsApp sonó, repicando en el aire de su apartamento, justo cuando el avión de Jon tomó tierra. Estaba dormida, pero, a conciencia, esa noche había dejado el teléfono sin silenciar. Se incorporó de inmediato y se colocó las gafas, que estaban, por una vez, prestas y a mano. El corazón se le aceleró mientras la pereza se desvanecía. Eran las cuatro cincuenta de la madrugada del día de su cita con ¡él!

Jon: Aterrizamos al fin, vuelvo a tener wifi…

Lydia: Welcome!!

Jon: ¿Qué haces despierta a estas horas?

Lydia: ¿Qué haces despertándome a estas horas? 😓

Jon: Perdona, pensaba que tendrías el móvil silenciado…

Lydia: Debería, pero olvidé hacerlo…

Jon: Luego dirás que esas ojeras son por mi culpa…

Lydia: Seguro que no. 😂

Jon: Duérmete de nuevo, anda; aún tienes unas horas para descansar, aprovecha.

Lydia: Estarás muerto… ¿Seguro que quieres quedar hoy?

Jon: Claro, soy un sufrido norteño. Lo estoy deseando…

Lydia: Síií, ¡¡yo también!! Ahora intenta dormir un rato.

Jon: Vale. Voy del Uber directo a la cama, aunque algo he dormido en el avión.

Lydia: Descansa, entonces. Te veo luego… ¡Qué guay!

Jon: Te escribo a lo largo de la mañana para

concretar.

Lydia: Perfect… Muaaaa.

Jon: 😘

Volver a dormir… qué fácil decirlo. Después de dar tres vueltas enrollada en el edredón, entendió que era una batalla perdida. Se levantó. «¡Una infusión de tila!», se le ocurrió, aplaudiendo la brillante idea. Metió la taza en el microondas y, mientras discurría el minuto y medio programado, se sentó en su taburete preferido de la cocina, a esperar. «¿Y una melatonina?» Mucho mejor, la combinación parecía perfecta. Recordó que había comprado un bote en su último vuelo a Miami. No solía tomar pastillas para dormir, pero aquella era una causa más que justificada. Revolvió, nerviosa, en el cajón de los medicamentos y allí lo encontró, un bote verde sin desprecintar, nuevecito y ocasionalmente oportuno. Sacó de él una píldora rosa y se la introdujo en la boca sin preámbulos. Un buen trago de tila ayudó en la maniobra. Otro trago más y otro. El efecto placebo llegó antes que la acción química. Se volvió a la cama caminando en la penumbra y confiando en que las ganas de dormir llegarían. Pensó en leer un rato, pero no hizo falta. Poco a poco, su cuerpo fue cediendo a la dosis y su mente dejó de incordiar. No pensó más en el encuentro, ni en lo que iba a ponerse; tampoco en la cara de él al verla ni en sus ojos al toparse de nuevo. Nada. Aquella sustancia legal fue un remanso de paz para sus imparables pensamientos. Poco a poco un sueño altruista empezó a llegar y, dejándose llevar por aquel desvanecimiento inducido, Lydia se quedó plácidamente dormida en la enormidad de aquel lecho repleto de esperanzas.

Capítulo 7

> Lo otro eran simulacros. Tú eres el incendio.
>
> ELVIRA SASTRE

Se despertó a las once y once y, cuando vio esos números perfectamente rotulados en su teléfono, pensó que estaba viendo doble por efecto de la melatonina ingerida. Todavía un poco atontada, se dirigió a la cocina arrastrando los pies y las ganas de un café. Sonó la cafetera al tiempo que un wasap entraba.

> Jon: Tatel, paseo de la Castellana, 36-38.
> Jon: ¿A la una y media? Así nos tomamos un vino antes de comer.
>
> Lydia: 👌
> Lydia: Me voy a la ducha.

Tenía exactamente una hora y quince minutos para meterse en el coche. Salió de la ducha y se embadurnó con su crema de The Ritual of Sakura, determinando así que una leve fragancia con reminiscencias japonesas resultaría de lo más evocador. Se secó el cabello, realzando sus rizos al máximo. Se aplicó un maquillaje suave; no soportaba las caras enfoscadas. Usó un buen rímel, eso sí, de los que enjugan y alargan las pestañas, mostrándolas lozanas y vivaces. El lápiz de labios se lo pondría en el coche, como siempre, después de estar completamente lista.

Sacó de su caja de lencería especial un conjunto color visón, acorde con las medias que llevaría. Nada era suficiente y todo era probable. Convenía cuidar todos los detalles y resultaba divertido hacerlo. Miró las braguitas brasileñas y las balanceó ante sus ojos antes de ponérselas. El sujetador era un espectáculo, con una blonda

de seda natural que hubiera resucitado el tacto de Tutankamón. Se lo había comprado en Buenos Aires, para una ocasión especial. «Las argentinas sí que saben», pensó mientras observaba en el espejo el trasero puntiagudo que dejaba entrever aquella delicada pieza de lencería. Suavemente, fue subiendo las delicadas medias de cristal incoloras, primero una, luego la otra, como acariciando un bebé recién nacido. Ajustó las ligas a sus muslos, que se sujetaron como cilicios, dejándole un estigma de tormento apenas perceptible.

Toda aquella artesanía engalanando su cuerpo fue introducida con sumo cuidado en su nuevo vestido negro con la elegante sinuosidad de una fémina, estimulada por la consecución de algo que ansía. Complementos, taconazos y una estilosa chaqueta de napa cerraron aquella ceremonia sensual e introspectiva. El perfume, en el bolso. Se lo pondría después de aparcar; tan solo una gota detrás de cada lóbulo y una pizca en las muñecas.

—¡Dios mío! —gritó en alto—. La una…, ¡llegaré tarde!

Cerró de un portazo y salió despavorida, haciendo sonar sus tacones escaleras abajo. Arrancó el motor y esperó impaciente a que la puerta del garaje se elevara. «No hay minuto más largo que este y el de la lavadora antes de abrirse», se dijo, intentando no ponerse nerviosa.

Salió a la calle pisando a fondo el acelerador de su flamante coche y, al doblar la esquina de la calle San Miguel, un vehículo que apareció de la nada embistió justo contra su puerta, como si tuviera la misión de arruinarle sus maravillosos planes. No daba crédito. «Ay, Dios, ¡no puede ser!», se lamentó, mirándose las manos, que agarraban con fuerza el volante. Lo soltó, respiró hondo y miró a la conductora, que ya había salido de su coche sin saber qué decir ni qué cara poner. Era la farmacéutica de la urbanización. La reconoció de sobra por todas las veces que la había atendido, con y sin receta. Qué bien le hubieran venido en esos momentos unos ansiolíticos para evitar sus ganas de matarla. Bajó del vehículo, rezando para que lo que vieran sus ojos fuera un simple rasguño. Aquella mujer, que sin bata blanca parecía una palurda en chándal, se había saltado un stop y, por ello, en ese instante estaba deshecha en disculpas que se atropellaban en su boca, intentando conciliar el desaguisado. Lydia, en *shock* al ver los desperfectos causados, no podía escucharla. Solo asentía sin mirar, deseando que se callara de una maldita vez. La puerta estaba

completamente hundida y la aleta de la rueda, bastante desprendida. De un segundo a otro, su carruaje de princesa se había convertido casi en un pedazo de chatarra.

La farmacéutica la miraba, contemplando con estupor la discordancia de estilismos: chándal de Decathlon versus Guess Los Ángeles.

—Lo siento muchísimo. La visibilidad es nula saliendo de esta calle —dijo la mujer, que seguía mirándola como si de una estrella de Hollywood se tratase.

Lydia, que seguía analizando las posibilidades más que los daños, decidió que nada ni nadie podrían arruinar aquella cita que llevaba toda la semana deseando.

—Bueno, parece que solo es chapa —contestó, solemne, reprimiendo los gritos de horror que le pedía el cuerpo—. Si tiene el seguro en regla, deme su número de teléfono y la llamo mañana. Ahora no puedo entretenerme, llego tarde a una comida —anunció a su alucinada contraria, quien, con mirada desconcertada, empezó a apuntar en un papel, a toda prisa, un nombre y un montón de números.

—No se preocupe, soy la dueña de la farmacia de aquí al lado. Puede pasarse por allí cuando quiera y lo resolvemos. —Y, ojeando los desperfectos con cierta preocupación, añadió—: A ver si puede llegar con esa aleta, que ha quedado bastante dañada… Uffff, cómo lo siento, de verdad —dijo de nuevo, con cara de pésame y pose de plañidera ocasional.

Se despidieron con forzada cordialidad y Lydia siguió despacio, muy atenta a cualquier sonidito nuevo que pudiera apreciarse en la pertrecha estructura de su coche. Escribió a Jon.

Lydia: Me acaban de chocar, pero estoy en camino.

Jon: ¿Estás bien?

Lydia: Sí.

Jon: Pues eso es lo importante.

Lydia: ¡No me lo puedo creer!

Jon: ¿Mucho estropicio?

Lydia: Un poco, sí.
Lydia: Mi lado.

Jon: Qué susto. Voy a retrasar la reserva… ¿Te parece bien a las dos?

Lydia: Vale, porque sin duda llegaré como mínimo quince minutos tarde.

Jon: Tranquila…, ya he cambiado la hora a las dos.

Lydia: Ok.
Lydia: ¿Me esperas dentro?

Jon: Sí… como quieras.
Jon: Pero no he traído alfombra roja para colocarla fuera…

Lydia: 🤗… Al final, ¡¡¡máxima emoción!!!

Jon: Pues yo llevo también un día…
Jon: Debe de estar el restaurante a tope, porque me han llamado antes para reconfirmar, y eso que es enorme…

Lydia: Bueno, espero no perder la aleta… 😂

Jon: Tienes tiempo y, si no, cancelo y vamos a otro sitio.

Lydia: No, no, estaba bromeando. Circularé despacio, pero llegaré seguro…

Jon: Sin comer no nos quedamos.

Lydia: Me voy a reír…

Jon: Sí, pero qué susto.

Lydia: Ya todo bien. No se me han roto ni las medias… 😂

Jon: Te espero tomando un vino… 😉
Jon: Aunque, ahora que lo pienso, me voy a emborrachar. Llevo toda la semana sin beber alcohol, algo impropio de mí… 😂😂

Lydia: Uhhhhhh.

Jon: Se me va a subir a la cabeza, así que no me hagas mucho caso… Entre el jet lag y los nervios del momento…

Lydia: Creo que sí que te haré caso… Te veo en un rato.

Jon: Estaré allí sobre las dos menos cuarto.

Lydia: Estoy bajando la Castellana.

Jon: Aún vas a llegar tú antes…

Le había estado escribiendo durante todo el viaje. Parecía como si el golpe recibido hubiera cambiado su pulcra manera de respetar las normas de circulación y su costumbre de no atender WhatsApp conduciendo. Superada una situación que parecía irreversible, le importaba todo un bledo. Se paró en un semáforo y notó cómo el conductor de al lado se estafa fijando en los destrozos. «Madre mía, me mira mucho ese señor… ¿Se me habrá desprendido el parachoques? —se planteó—. No, no creo. Me mira porque llevo un coche nuevo con un golpe feo, eso es todo.» Suspiró, añadiendo en voz alta: «Mañana lo pensaré. Hoy tengo grandes planes», y sonrió mientras, al pasar, vio a Jon en la puerta del Tatel, esperándola como novio nervioso en la puerta de la iglesia.

Jon: Ya aquí.
Jon: Puntualidad vasca.

Lydia: He visto el Tatel. Estoy cambiando de sentido.

Jon: Estoy en la puerta.

Lydia: Voy a aparcar en ABC.

Jon: Es lo mejor.

Lydia: Estoy en ello… Pasa dentro.

Jon: Ni hablar; si no, va a parecer una cita a ciegas.

Cinco minutos más tarde

Jon: Creo que has huido…

Justo cuando terminó de escribir esa frase, una voz levemente conocida lo llamó, acercándose por su flanco derecho…

—Jon…

Se giró al oír su nombre. Al ver a Lydia acercarse, entendió por qué se dice que no todos somos iguales.

Era como si una gacela Thompson le estuviera concediendo unos segundos contemplativos. A cámara lenta, era mucho más bonita. Se aproximaba aplicando una delicada y ligera presión sobre sus finos tacones que le proporcionaban un cimbreo suave y subliminal. Venía sonriendo, confiada y tranquila bajo aquel sol radiante de esos días despejados y fríos de principios de diciembre. La escena era tan inspiradora que, sin pretenderlo, ella se convirtió en una ráfaga de felicidad rotunda. Le dieron ganas de apresarla entre sus garras de jaguar, azorado por tanta belleza indómita. Por supuesto, se quedó inmóvil e intentando que aquel rubor que le estaba invadiendo las mejillas no se hiciera visible. Lydia, al llegar a su altura y con la máxima naturalidad concedida a los inmortales, le plantó dos besos bien calculados y, desde la corta distancia, se miraron con denotada admiración durante unos instantes. El tiempo se volvió a parar.

Hablando trivialmente como si aquel momento no hubiera existido, Jon la invitó a entrar con la seguridad de que aquella puerta abría mucho más que la entrada a un lugar acogedor y emblemático de la capital. Estaban atravesando la primera página de una historia por escribir, y aquello le pareció de lo más excitante.

* * *

—No me lo creo —dijo, señalando, a través de las ventanas del restaurante, las luces de Navidad que resplandecían en los árboles de la Castellana—. ¿Será posible? Ha anochecido y seguimos de sobremesa —añadió, mirándolo con un brillo muy especial en los ojos.

Cuando se dio cuenta de que fuera era de noche, fue consciente de que habían discurrido las horas entre ellos como un parpadeo breve. Retazos de sus vidas, anécdotas que arrancaron risas y

pequeños episodios complicados de su pasado al lado de sus fracasados matrimonios habían hecho de aquella tarde un suspiro; horas de intentar mostrar lo mejor de cada uno, de fluir con confianza y de confesiones iluminadas por aquella vela en el centro de la mesa, que no quería apagarse.

Comieron lo mismo y bebieron una helada botella de albariño con la relajación de dos almas que habían perdido la prisa al encontrarse; un *gin-tonic* y otro más; mucha química propiciada por la contemplación ininterrumpida de sus miradas y gran empatía en la conversación. Todo eso sin perder la sonrisa ni un segundo y sabiendo, desde esa parte de uno mismo llamada intuición, que no hubiera cambiado ese momento por nada del mundo. Aun así, su parte más desconfiada le decía: «No te expongas demasiado», pero, si tenía que elegir entre la certeza del dolor vivido y la intuición limpia de afecciones, ella, idealista y valiente, tendería a dejarse guiar por la intuición, sin duda alguna. Estaba disfrutando tanto de su compañía que imaginar nubes amenazantes no era una opción. Porque la vida está hecha de días que no significan nada y momentos que significan todo. Porque era maravilloso volver a tener esperanzas, aunque estas pendieran de un hilo…, un hilo que en su caso parecía empezar a dejar ver un bonito color rojo… y, esa intuición, no había certeza de que la pudiera apaciguar.

De aquella comida surgió la posibilidad de hacer un viaje juntos. Jon lo propuso de una forma natural y espontánea. Sus agendas coincidían a principios de enero y el viento soplaba en popa, con una fuerza inusitada. A Lydia aquella idea le pareció un poco precipitada, pero no le disgustó. Dispondría de un mes para saber si realmente se iba a embarcar en esa propuesta junto a él. Jon la observaba divertido, porque sus expresivos ojos se llenaron de alocada incertidumbre por el desafío. Él parecía muy convencido de que todo iría bien. Ella lo miraba asintiendo, pero con la procesión por dentro. La conciencia del miedo le decía: «Por mucho que te guste, a veces las apariencias engañan. ¡Estás loca! ¡Irte de viaje con un completo desconocido! En los viajes se conoce lo peor de las personas…». Esa era una verdad como un templo. Sin embargo, no era momento de discutir con su miedo, porque la irreductible historia de amor que empezaba a hacerse sitio invitaba a cada célula de su cuerpo a dejarse abandonar a la aventura. «¿Por qué no? —le dijo su valor—. Aquel que deja para

después un gusto, un viaje y un café, no entiende lo efímera que es la vida…» ¿Dónde había leído aquella frase tan inoportuna que dejaba su miedo arrinconado y sin opciones? Elucubrando en presencia de él, se dio cuenta de que llevaba un rato callada mientras Jon sugería destinos y todas las opciones le parecían adecuadas.

—Tengo miles de puntos acumulados en la tarjeta y tú tienes billetes regalados por tu compañía aérea. Podemos ir donde queramos. No hay destino que se nos resista…

Se mostraba eufórico con la idea. Había tomado una decisión y, aún sin conocerlo, Lydia pudo sentir que no tenía ninguna intención de dar marcha atrás con los planes. Sus planes, en los que ella estaba incluida. Rio, incrédula pero encantada.

—¿Estás seguro de que quieres escaparte conmigo por ahí?

—Sí, completamente, y, además, serás tú la encargada de elegir destino —añadió—. No voy a tomar yo todas las decisiones…

Lydia lo miró, pensativa, imaginándose con él en cualquiera de esos paraísos que conocía. Había bebido lo suficiente como para darle un sí rotundo, pero, recordando la frase de Oscar Wilde «Siempre hay que ser un poco improbable», dejó la respuesta en el aire.

—Bueno, déjame un tiempo para pensar en ello y quizá en nuestra próxima cita pueda proponerte un destino que nos apetezca a los dos.

—Perfecto. Medítalo bien y me lo dices de tabernas.

—Las tabernas de Madrid serán las primeras en oír dónde nos vamos a ir a perder… —contestó ella, sonriendo, con la vaga idea de no tener claro dónde se estaba metiendo, y todavía sin creerse mucho aquella historia.

Salieron del restaurante cuando los clientes de las reservas de la noche empezaban a llegar. Caminaron juntos rumbo a sus coches, que estaban esperándolos en el mismo parking. Lydia se agarró de su brazo sin recelo y ambos pasearon tranquilamente calle abajo acompasados, como si llevaran haciéndolo toda la vida. Mientras caminaban, ella se refugió en el abrigo de paño que él vestía, acercando su cuerpo en búsqueda de calor. El frío había caído como una losa al atardecer, excusa perfecta para no desaprovechar la ocasión de sentirse cerca. Las bombillas que adornaban los árboles otorgaban a la ciudad un ambiente de euforia contenida. Las Navidades estaban al caer y Madrid se volvería frenética. Lydia

empezó a temblar al ritmo de la intermitencia lumínica, sin saber muy bien si era destemplanza o emoción. Él reaccionó rodeándola con aquel brazo fornido que ella le había cogido prestado y continuaron andando sin entender, quizá, por qué era todo tan perfecto.

—Vamos a ver en qué estado has dejado el coche

—¡Ohhh, Dios, mi coche! Se me había olvidado…

Con el malogrado vehículo delante, Jon, siendo muy poco amigo del drama, no pudo contener un pronóstico que a oídos de Lydia sonó claro y contundente.

—No entiendo mucho de mecánica, pero esta aleta está a punto de soltarse. —Estaba agachado, comprobando con sus manos las posibilidades de un inminente descuelgue—. Mira, yo vivo muy cerca de aquí. Vente a casa. Nos tomamos un café y entras en calor. La plaza de garaje de al lado de la mía está libre y podemos hacer uso de ella por una noche. Te puedes quedar a dormir, tengo dos habitaciones. —La miró con una honestidad casi insultante y prosiguió con su perfecto cálculo de la situación—. Sinceramente, no creo que debas conducir de noche con el coche en este estado. Mañana nos levantamos temprano, hablas con tu mecánico y te vas tranquila, directamente al taller… Creo que es lo mejor —concluyó.

Lydia estaba ensimismada escuchándolo. ¡Era tan guapo y coherente! Imposible urdir un plan tan detallado para simplemente conseguir llevarla hasta su guarida. Y si en realidad era un lobo audaz, ella definitivamente estaba dispuesta a correr ese riesgo. Es más, lo estaba deseando.

—Creo que tienes razón. No debo marcharme así. Acepto ese café y un pijama. — Lo miró, agradecida y confiada.

Jon la observó, encantado con la respuesta. Su elocuencia había sido determinante para conseguir que ella sucumbiera a lo que estaba deseando tanto como él.

—Estás helada. Métete en el coche y sígueme, iré despacio. En cinco minutos estaremos en casa —dijo con firmeza, caminando hacia su vehículo, que estaba justo enfrente.

Tan solo eran las ocho de la tarde. Lydia inició la marcha en cuanto vio salir a Jon de su aparcamiento y, obedeciendo sus instrucciones, siguió su estela. No estaba confusa, ni intranquila. Sinceramente, se sentía como había dicho él, de camino «a casa». Había sido una frase sencilla pero a la vez cargada de sentimiento

compartido. No quería pensar en las consecuencias de su decisión, ya que poco podía hacer teniendo el coche en semejante estado. En ocasiones, la realidad supera la ficción, y aquella oportuna circunstancia adversa, lejos de atenazarle el pensamiento, le estaba poniendo la ocasión de cara, sin haberlo programado… como toca cuando el caprichoso destino se cuela sin previo aviso y lo que tiene que pasar ocurre, sin pedir permiso a nadie.

Se pararon en un semáforo y fueron esos mismos pensamientos inconscientes los que la llevaron a escuchar con atención aquella canción que sonaba en la radio. Comenzó a traducirla, inspirada por la intuición. Estaba claro que hablaba de ellos. Dejó que el significado se adentrara en ella:

Porque solo somos tú y yo
podemos beber, reír y bailar hasta la madrugada.
Porque tengo todo lo que necesito cuando estoy a solas contigo.
Tú, mi hogar, y el cielo como único techo…

Sin miedo y amparada en las señales que profetizaban una noche inolvidable, continuó detrás de él cuando la luz del semáforo se tornó verde esperanza.

Capítulo 8

> Todo lo que yo quisiera de ti, son esas cosas cotidianas, el olor de tu cuerpo, saber lo que piensas de cualquier cosa, de ti, de mí, de nuestro entorno. Que mires más allá de mi apariencia física, que me recuerdes con pasión y que el placer que juntos inventamos sea otro signo de libertad.
>
> JULIO CORTÁZAR

—Mi casa es un poco rara —comentó Jon, subiendo en el ascensor desde el parking—: o te gusta mucho o no te gusta nada —así la definió cuando, ya en la puerta, introdujo la llave en la cerradura.

Pasaron directamente al salón. La estancia era amplia, un rectángulo perfecto que distribuía su espacio entre la puerta a un pequeño aseo, una cocina abierta, una gran sala diáfana con la pared del fondo de grandes ventanales y una escalera que conducía a la segunda planta. Estanterías plagadas de libros y objetos llegados de todas partes se mezclaban con fotos de su pasado. La decoración, en tonos grises, era bastante espartana, con dos sofás rectilíneos, una mesa grande en forma de óvalo, blanca, acordonada por seis sillas y, detrás, un escritorio de la misma tienda que su mochila de viaje. Sobre las paredes, algunos cuadros realistas, pinturas originales del siglo pasado, contrastaban con la simplicidad del mobiliario. Para terminar y poniendo la nota de color, tres orquídeas naturales instaladas a los pies del ventanal, con sus varas repletas de flores, daban a la atmósfera del salón una sensación alegre y pintoresca.

—Pues a mí me parece muy agradable… —comentó Lydia con convicción—. Eres muy ordenado y hay mucho gusto en todas partes. —Dicho esto, se giró, haciendo una panorámica de la habitación al

completo.

Jon se quitó la chaqueta y se descalzó en la entrada mientras Lydia husmeaba por las estanterías entre los libros y las pequeñas cosas que había expuestas. Después, se acercó a ella, sacando de una balda un libro con las cubiertas de un verde grisáceo, envejecido por el tiempo y las manos por las que había pasado.

—Me encanta este libro —dijo, mirándolo con admiración—. No se puede encontrar en librerías porque ya no lo editan —prosiguió—. De hecho, este lo he comprado en una tienda de segunda mano que está en la calle Arenal. —Y, sorprendiendo a Lydia por completo, concluyó—: Para ti, te lo regalo… Es una joya literaria, escrito con sumo gusto y que desvela la verdadera relación entre Leonardo da Vinci y la Gioconda. Es una curiosa historia impecablemente narrada. Aprenderás un montón sobre el Renacimiento florentino.

Se lo puso en las manos como si le estuviera concediendo la potestad sobre un bien muy preciado. Lydia, devoradora insaciable de libros, se quedó mirando la portada desgastada y leyó en alto el título y el autor.

—*La vida privada de Mona Lisa*… Pierre La Mure. Qué interesante… —Lo abrió y lo ojeó ante la mirada de Jon—. Precioso regalo…, te lo agradezco mucho —dijo, acariciando las tapas con cierta fascinación por conocer los detalles íntimos de una de las relaciones menos desveladas de todos los tiempos. Lo miró encantada y, sin poder evitarlo, lo besó en los labios brevemente, convencida de que él sabría interpretar la intención de aquella muestra de afecto agradecido. Jon recibió aquel beso como lo que era y, feliz con el acertado presente, se fue hacia la cocina dispuesto a preparar el café prometido. Lydia se deshizo de sus zapatos y, caminando de puntillas por la tarima caliente, los dejó en la entrada, alineados con los zapatos de él. Descalza ya, se acercó a su anfitrión por detrás, contemplándolo. Sin sus tacones, la diferencia de estatura se hizo mucho más evidente. Observó con mirada felina sus brazos poderosos, la perfección de su espalda y, desbrozando el camino, posó sus ojos en aquel culo que solo podía haber sido cincelado por algún artista del nombrado Renacimiento florentino, por ejemplo el mismísimo Miguel Ángel. Jon, mientras tanto, ajeno a todo aquel esplendor que inspiraba en su invitada, abría armarios y cerraba cajones, preparando con esmero un par de tazas de café y unas galletitas holandesas.

—Siéntate, que esto ya está. —Lo puso todo en una bandeja y se dirigió al sofá, dejándola sobre un puf que hacía las veces de mesa auxiliar.

Lydia lo siguió y se sentó cerca, sin invadir su espacio.

—¿Te pongo azúcar? —Jon la miraba por encima de sus gafas, con el azucarero en la mano y una cucharilla en la otra.

—Sí, por favor… una.

—¿Leche?

—Muy poca, solo que lo corte.

Le acercó el café a sus manos. Buscó una lista de reproducción en su iPhone y conectó el altavoz. Después se levantó y caminó hacia la escalera.

—Subo un momento a ponerme algo más cómodo… Tardo solo un minuto —anunció, indicando con el dedo índice hacia arriba.

—Muy bien, te espero…

—No, por favor, empieza a tomarlo sin mí…

Lydia probó el café. Estaba caliente y pasó por su garganta entumecida como elixir fulgido de sabor. La música era cálida, y la temperatura, suave. Todo ideal menos sus medias de liga, que empezaban a ser realmente molestas. Silenció el móvil y lo guardó en el bolso. Ni necesitaba ni quería hablar con nadie. Aquella noche regalada por el destino, tenía claro a quién dedicaría toda su atención. Empezó a sonar Van Morrison y su inolvidable *Someone like you*. Se estremeció al entender lo que la letra decía…

Jon bajó la escalera ligero, ataviado con una camiseta blanca de cuello desbocado y unos pantalones de pijama de cuadros. Sonrió tímidamente como un niño vergonzoso por su nueva facha.

—Arriba te he dejado un pijama sobre la cama de invitados, por si quieres ponerte cómoda tú también. —Y añadió—: Deberías ir a echar un vistazo…, es una monada…

—Voy a ver qué entiendes tú por «mono»…

Seducida por lo bien que sonaba aquella improvisada pijama *party* y sin poder soportar un segundo más sus medias y aquel vestido, se levantó, intrigada, riéndose por los restos del naufragio de su *striptease,* y empezó a subir, ante la mirada de Jon, que se tumbó en el sofá para seguir atentamente las insinuantes vistas de aquellas piernas afrodisíacas que se dejaban intuir a través de los peldaños volados de su escalera.

Arriba había dos habitaciones, una a cada lado del pasillo. De puntillas, metió la nariz en la primera. Una cama grande, dos mesillas y un perchero repleto de trajes, todos perfectamente ordenados. Nada sobre el edredón. Atravesó el pasillo hasta la segunda habitación. Grandes ventanales que dejaban colar el alumbrado de la calle permitieron a Lydia ver con cierta claridad sin encender la luz. La cama estaba pegada a la pared y, sobre ella, había algo de ropa. Se acercó. Una camiseta gris, de un algodón aterciopelado, y unos pantalones de rayas de la talla de Jon la estaban esperando. Al lado, unos divertidos calcetines de renos. «Muy apropiados», pensó mientras se empezaba a desabrochar la cremallera del vestido.

Con aquel enorme pijama puesto, se dirigió al baño, que estaba dentro de la primera habitación. Al verse en el espejo, se dio cuenta de que el *glamour* la había abandonado, sin dejar rastro. Maquillada y metida en esa camiseta cuatro tallas más grande que las suyas, estaba hecha un cuadro. Se lavó la cara y retiró el rímel con un poco de papel higiénico. No podía hacer mucho más. Cogió prestada un poco de pasta dentífrica de encima del lavabo y se la restregó por los dientes con el dedo; «A falta de cepillo, bueno es un índice», resolvió.

Muerta de vergüenza, empezó a bajar la escalera. Vio a Jon desde arriba, toqueteando una tablet, sentado de nuevo y con los pies apoyados en el puf. Él sintió las pisadas en la madera y giró la cabeza, buscándola. Su forma de mirarla fue definitivamente de lo más alentadora.

—Todavía más guapa —dijo, con una naturalidad adorable.

—¡Qué dices!, menudas pintas tengo…

Caminó hacia él y se tumbó en el sofá, poniendo sus pies decorados de renos en el respaldo lateral mientras apoyaba la cabeza en el costado de Jon. Instintivamente, él la rodeó con su brazo por los hombros y, desde aquel plano superior, la besó en la frente. Ella miró hacia arriba, encontrándose con el intenso azul de sus ojos, y deseó que aquel instante nunca terminase.

—Me gusta que te sientas como en casa —comentó en un susurro mientras paseaba su barbilla por el cabello crespo de ella, sin soltarla.

El tiempo dejó de importar; la vida seguía su curso mientras en aquella habitación dos almas empezaban a reconocerse, siendo conscientes de que no había más. Después, se quedaron en silenciosa paz bajo la luz tenue de aquel cielo privado. En aquella intimidad tan

repleta de calidez y confianza solo había espacio para ellos. Lydia nunca pudo explicarse lo que sintió en aquel momento, presa de una sensación indescriptiblemente única. Sonaba Clapton y su apropiado *Wonderful tonight* en aquella noche que se prometía maravillosa. Una vez más, la música se encargó de seguir poniéndole banda sonora a su inefable historia.

Lydia se incorporó, sentándose. Quería besarlo. Esa vez era ella quien no podía resistir la tentación de perfilarle los labios con su boca. Se quedó mirándolo con cierta ternura y ganas. No era fácil robarle un beso.

—Estás deseando besarme… —dijo Jon con una sonrisa juguetona, y añadió—: No lo niegues…

—¿Yooo? —replicó Lydia, riendo mientras se ruborizaba—. ¿En qué te basas para decir eso?

—Te has incorporado cuando estabas supercómoda tumbada encima de mí, me estás mirando con un brillo en los ojos que te delata… y tu postura… —Se acercó, imitando con los hombros la pose que había adoptado ella de acercamiento masivo—. Venga, reconócelo, te mueres por besarme —concluyó, firme, manteniéndole la mirada y con su boca presta, a un palmo de distancia.

—Quizá eres tú el que lo desea, pero buen intento…

—No juegues con fuego… Si me dejas imaginar a mí, se me ocurren un gran número de lugares en tu cuerpo donde besarte, pero tendrás que ser tú la que me lo pida, al menos esta vez… —Jon sonreía con absoluta tranquilidad, adueñándose de la situación.

—Claro, me has ofrecido tu casa como refugio…

—Exacto, y no quiero que pienses que, por ello, juego con ventaja. Hoy solo va a pasar lo que tú quieras que pase…

—¿Toda la responsabilidad en mis manos?

—Siéntete libre de tomar tus propias decisiones… Por mi parte, no tienes nada que temer…

Poco a poco fue alejándose de Lydia y recuperando la postura inicial; abandonó el asunto súbitamente.

—Hemos comido poquísimo, seguro que tienes hambre… Voy a preparar algo para picar. —Se levantó, indolente, para dirigirse a la cocina.

Lydia, asimilando lo que encerraban las palabras de Jon, se levantó y caminó hacia él.

—¿Te puedo ayudar? —planteó, solícita, subiéndose las mangas de aquel enorme pijama. Quería estar cerca de él.

Jon, como rey en su cocina, había empezado a cortar queso y a meter pan en la tostadora. Giró levemente la cabeza sin mirarla.

—¿Quieres ir untando el paté?

—Sí, claro… Pásame un cuchillo, por favor…

Estaba descolocada. Se notaba forzada, pero aquel estado no parecía ser visible a los ojos de él. Empezó a fundir el paté en el pan caliente, pensando que, como metáfora, no estaba mal. Tendría que haberle comido la boca con todas sus ganas cuando Jon reveló sus pensamientos, pensó. No hay nada más discordante que el ego mal entendido. El rastro que deja a su paso está colmado de dudas estúpidas. El caso es que estaban allí juntos, entretenidos en sus quehaceres, apoyados en la encimera, muy cerca, cada uno con las manos en preámbulos diferentes. Lo miró de soslayo. Jon, mientras tanto, abrió una botella y sirvió dos copas de un cristal finísimo.

—A ver qué te parece este vino —dijo, tendiéndole una de ellas.

Lydia se acercó la copa a los labios y bebió un pequeño sorbo. Dejó que el líquido le invadiera el paladar, analizándolo.

—¿Y bien? —La miró, intrigado—. Igual deberíamos dejar que se oree un poco…

—No —contestó, convencida—. Creo que ya se ha oreado más que suficiente…

Se acercó, se puso de puntillas encima de sus pies y lo besó profunda y pausadamente. Él le correspondió, tomando las riendas en busca del sabor de aquel vino endiablado. Había infinitos matices de sentimiento en aquel beso: apremiantes anhelos, deseos contenidos e incluso miedo al delirio si seguían saboreándose. Rotas las barreras temporales, habían abierto una veta inagotable de placer. Jon se separó mínimamente, sin dejar de besarla, y le susurró en los labios.

—Excelente en boca, has conseguido que capte a la perfección el auténtico sabor de la uva… —le olisqueó las comisuras—, con un intenso aroma floral y a pan tostado que me está volviendo loco… Tenías razón, no necesitaba orearse más… aunque —añadió con cierto drama fingido— has elevado muchos grados su temperatura idónea… A ver cómo lo solucionamos…

Lydia sonrió, confiando en saber exactamente cómo atemperar aquel momento. No quería precipitarse, por lo que volvió a beber y

dijo:

—Dejar toda la responsabilidad en mis manos me crea mucha presión… Quizá deberías ayudarme un poco…

—¿Estás segura? Si asumo el mando, no lo soltaré en toda la noche…

—Correré el riesgo…

—¿No quieres comer?

—¿Y tú?

No hubo más frases subliminales. Ambos bebieron de sus copas, manteniéndose la mirada y sabiendo que estaban traspasando un punto sin retorno. Alargaron el momento, disfrutándolo. Había una magia en ello que se podía tocar. No querían mancillar aquella intensidad de sentimiento compartido. Aquel pulso contemplativo estaba provocando una excitación frenética, dejándolos invictos, el uno frente al otro.

Con el corazón de Lydia palpitando en aquella noche estremecida de estrellas, Jon le quitó la copa de las manos y la fue despojando de su propio pijama en silencio, con lentitud tácita, como intentando distinguir aquel momento único de otros capítulos lujuriosos en su vida.

Arrastró con el pantalón sus pequeñas braguitas y la subió al mostrador de la cocina, desterrando cuchillos y platos al fregadero. Ella, respirando con precipitación, sujetó su cabeza cuando él empezó a sumergirse en su escote, besándole los pechos con una tranquilidad inaudita. Se estaba recreando en el placer de, por fin, habitarlos. Lydia, con las piernas abiertas, inmovilizada por la postura y las caderas de Jon, solo podía dejarse invadir por aquella locura lasciva. Se recostó un poco, cediendo al placer que le estaba produciendo, y cerró los ojos. Quería sentir sus labios sin verlos, imaginar todo lo que vendría después. Entonces él subió hasta sus párpados para besarlos mientras sus dedos sutilmente comenzaron a bajar a la entrepierna. Lydia notaba su aliento en la cara y un calor volcánico entre los muslos que empezaba a derretirla. Abrió los ojos y se encontró con los de él, envolviéndola.

—¿Quieres que siga? Todavía puedo parar…

—Sigue, sigue, sigue…

Sonriendo, le besó el cuello fugazmente y continuó su camino perfectamente trazado. Separó un poco más las rodillas, acariciándole

el pubis para continuar con sus ingles, tenebrosas de ansiedad y pecado. Centrando toda su atención en aquel pequeño apéndice que ocultaban sus labios vaginales, empezó a simular con su lengua dibujos caprichosos, inspirados en el placer más sublime. La habitación comenzó a desaparecer ante los borrosos ojos de Lydia, quien, inmersa en aquella forma mansa y suave de poseerla, se estaba alejando de la realidad que los rodeaba, empezando a jadear desde su garganta enjuta y atrozmente seca de tanto desearlo.

Jon levantó la cabeza para mirarla. Aún sin haber probado una gota de su abismo, se sentía satisfecho viéndola retorcer sus curvas como serpiente intentando huir. Le sujetó con fuerza las caderas y la penetró con esa intensidad solo conocida por los hijos de la concupiscencia. Lydia arqueó la espalda y recogió sus piernas, rodeándole la cintura con firmeza. Los gemidos empezaron a escaparse por su boca mientras Jon la embestía con escalada vehemencia. Sus cuerpos, rotos de ardor por encontrarse, estaban librando, al fin, la batalla que venían posponiendo. Aquel roce de poros emanaba efluvios simbióticos que arrebataban la paz del alma. El sudor de los amantes que se encuentran por primera vez huele a ganas y, entre ellos, una oleada salvaje de endorfinas los estaba llevando hacia un éxtasis irreductible. Desde lo más profundo de su ser, Lydia comenzó a gritar, desvelando sus instintos más salvajes. Abandonándose por completo, se dejaron morir en el orgasmo más desmedido. Ella lo abrazó todavía temblando mientras Jon se acurrucó en su pecho sin articular palabra, escuchando la música y el sonido de sus respiraciones, todavía descompasadas.

—Dios mío…, qué manera de gritar, perdona… —Lydia empezó a reírse, incrédula por su comportamiento.

—No te preocupes, mañana los vecinos me mirarán con admiración. —La observaba, divertido—. Jamás hago ruido… Deben de estar alucinando…

—No me digas eso, que me muero de vergüenza…

—Has estado genial y… ¡a los vecinos, que les den!

—Tengo frío…

—Anda, ven…

La bajó del mostrador sujetándola en volandas y la llevó hasta el sofá. Cogió una manta y la envolvió en ella, restregando sus manos enérgicamente en su espalda para que entrase en calor.

—Vamos a comer algo… Te sentará bien —propuso, acercándose de nuevo a la cocina para alcanzar los platos que habían preparado.

—Síííí… Ahora me muero de hambre…

Recuperando la animada charla, comieron y bebieron, olvidándose de cómo las horas iban pasando. Jon se volvió a poner el pijama, pero ella decidió quedarse enrollada en el cobijo de su suave manta. Toda aquella sensación de confianza extrema le hizo despreocuparse por completo de vestirse al acabar la pasión y, por esa misma razón, después de dejar que el vino hiciera su efecto, resolvió volver a buscarle los labios sin preliminares ni insinuaciones precoces. Sin más, se subió a horcajadas sobre él, despojándose del abrigo de su adoptada cobija para volver a sentirlo hasta lo más profundo de sus entrañas.

El amanecer los encontró desnudos y trémulos, bajo el manto de una sola piel. Jon se levantó, la cogió entre sus brazos y la subió al dormitorio. Ella, adormilada y exhausta, se agarró a su cuello, metiendo la cara en su regazo. La depositó suavemente en la cama y la arropó. Se miraron entre sonrisas, sin palabras. El silencio era mucho más bonito que de costumbre. Lydia cerró los ojos, con un cansancio feliz, mientras él, a través de una caricia, le retiró un rizo de su pelo para besarla en la mejilla. Ella decidió no olvidar jamás aquel beso.

Capítulo 9

> Eres mi «nada» cuando la gente me encuentra con la mirada perdida y me pregunta: ¿en qué piensas?
>
> ANÓNIMO

Después de salir del taller con el coche de sustitución, Lydia no podía con su alma. Condujo hasta casa pensativa, como flotando. Las imágenes de la noche anterior brotaban a retazos, sin orden, presas de toda la emoción vivida. Se había despertado temprano, en una cama extraña pero impregnada de un olor que empezaba a serle familiar. Jon, ya levantado, estaba leyendo el periódico en su tablet cuando ella bajó. La esperaba entretenido, para hacerle un café y desayunar juntos antes de separarse. Ambos tenían obligaciones que cumplir; él, con su trabajo, y ella, con su ineludible visita al taller de reparación. Una ducha rápida, juntos, con bromas, besos y coqueteo pero sin tiempo para más. Él le subió la cremallera del vestido, ella le hizo el nudo de la corbata. Sus zapatos estaban esperándolos en la puerta; ellos también habían pasado la noche juntos. Un beso fugaz y muchas prisas en el último momento. «Luego hablamos» había sido su despedida en el garaje, antes de meterse cada uno en su vehículo.

Si había una mujer feliz en el planeta, esa era ella aquella mañana.

* * *

Jon entró por la puerta de la oficina, saludó a su secretaria y se encerró en el despacho. Tenía una reunión a las once y algunas cuestiones de las que ocuparse antes de acudir. Se preparó un café y abrió el ordenador. Estaba un poco cansado, pero era un cansancio agradable, por una vez. Solía dormir poco y mal, aunque estaba

acostumbrado. Su buena genética le permitía llevar ese ritmo y el insomnio no solía pasarle factura en su rendimiento laboral. Pero aquella no había sido una noche de vigilia al uso. Sonrió.

Recordándola, cogió el móvil y empezó a escribir.

Jon: ¿Qué tal ha ido?

Lydia: Hola… Acabo de llegar a casa.

Jon: ¿Has podido resolver algo?

Lydia: Bueno, lo he tenido que dejar en el taller.
Lydia: Me han dado un coche de sustitución,
menos mal.

Jon: Tienes mucho peligro, tú…

Lydia: ¿Yoooo? 😂😂

Jon: Por eso fingiste el accidente… 🤔

Lydia: Tienes razón…, ¡me choqué aposta!

Jon: Es genial… Síííí.

Lydia: Soy una loca manipuladora… 😉

Jon: Pero yo veo otras mujeres en ti.

Lydia: ¿Qué otras?

Jon: Esa frase no es mía.

Lydia: Venga… joooo…

Jon: Es historia de Roma.

Lydia: Ahhhh…

Jon: Se la dijo Sila a César.
Jon: Hay muchos Marios en César.

Lydia: ¿Y ella no le preguntó?

Jon: Sila fue un tirano, un hombre.

Lydia: 😨

Jon: De hecho, quiso matar a César.
Jon: Tu eres mucha mujer…
Jon:…hay muchas mujeres en ti.

Lydia: Y ahí queda eso… 😂

Jon: Hay una profesional…
Jon: Otra amiga de sus amigos…
Jon: Otra voluptuosa…
Jon: Otra viajera…
Jon: Otra pasional…

Lydia: Uy, uy, uy, uy…

Jon: Hay que estar cerca y lejos contigo, ¿no?
Jon: Así te veo.

Lydia: No está mal para dos citas.
Lydia: Lo de cerca y lejos…

Jon: Y otra malvada y pérfida.
Jon: ¡Ea! 😂

Lydia: ¡No soy Maléfica!
Lydia: Pero a veces me gustaría.

Jon: Y te encanta que te lo diga.

Lydia: Bueno, hoy… tengo un dolor de cabeza…

Jon: Eso lo da el vino y lo poco que has dormido…

Lydia: Síííí… por tu culpa… Bueno, por la de los dos…
Lydia: Y, tú, ¿cómo estás?

Jon: Yo puedo beberme el vino de misa.

Lydia: 😂😂

Jon: Y dormir no es mi fuerte.

Lydia: Pero ahora tienes que trabajar… y yo, dormiré por los dos.

Jon: Sí, tengo una reunión en una hora.

Lydia: Pobrecito… Yo hasta mañana no vuelo.

Jon: Para la próxima vez, te prometo un plan mejor…

Lydia: Miedo me das.

Jon: Tabernario, ¿recuerdas?

Lydia: Perfecto.

Jon: Ahora, descansa… Tengo que dejarte.

Lydia: Soñaré con tabernas y chicos malos.

Jon: Repito…, tienes mucho peligro…
Muchoooo…

Lydia: Tampoco será para tanto…

Jon: Cerca y lejos… No se me olvida…

Jon cerró el WhatsApp y se metió de lleno en sus papeles. En una hora tenía que presentar el informe con los presupuestos del nuevo año que entraba en breve. Dentro de que era una rutina anual, quería estar a la altura. Separó momentáneamente a Lydia de sus pensamientos y se zambulló en su ética profesional con esa capacidad de discernir trabajo y sentimiento que solo los hombres tienen. Otro café y la mente ejecutiva se puso al frente.

* * *

—¿Se puede saber dónde te metes? —le espetó Gloria, sin decir ni buenos días.

—Ufff… Hola, guapa…

Lydia se acababa de despertar. Eran las dos de la tarde y el teléfono, que estaba en silencio pegado a la cama, iluminó la pantalla con esa luz insoportable que rompe la oscuridad. Vio que era su amiga y decidió cogerlo.

—Te llamé ayer dos veces y esta mañana otras dos… —Estaba modo madre—. ¿No me dijiste que ya no volabas hasta el domingo?

—Ahhhh —bostezó con esa confianza sin tapujos que se concede a los íntimos amigos—. Sí, es verdad, no vuelo hasta mañana. —No sabía ni por dónde empezar.

—Uy, uy, uy… Estás muy misteriosa, tú. ¿Tienes algo que contarme? —Empezaba a ponerse modo bruja.

—Ja, ja, ja, algo, no…, una película que ni te imaginas. —Al fin Lydia se levantó y se puso a andar por la habitación, consciente de que, más tarde o más temprano, Gloria le sacaría toda la información.

—A ver, miedo me das… ¿No habrás quedado con Rafa? —Estaba hablando de su ex y a Lydia le pareció de lo más divertido lo desencaminada que iba.

—Que no, tranquila… ¿Cómo voy a quedar con Rafa? ¿Estás loca? —Llevaba meses sin saber de él, a Dios gracias—. Es algo que ni te imaginas, lo que te digo, una película…

—Bueno, bueno… ¿Cómo se llama?

—Jon, jota, o, ene… Es vasco.

—Vasco… ¿soltero? Mira que estos del norte están todos *pillaos*…

—Divorciado, igual que yo. —Sabía que Gloria no iba a parar en sus pesquisas.

—¿Tiene hijos?

—Pues no, ¿qué te parece?

—Me parece raro… Divorciado, vasco… ¡pero si allí no para de llover y están todo el día dale que dale!

—Me dijo que lo intentaron, pero que su mujer no podía tener. No hay necesidad de mentir, ¿no crees?

—Seguramente es verdad —concluyó ese asunto, aunque el tercer grado continuó—, pero, si llegaste de viaje hace nada, ¿de dónde ha salido? Nooooo… ¡Te has metido en Tinder! —Gloria no creía en las páginas de contactos y, en eso, siempre habían estado de acuerdo.

—Qué va, sabes que paso de ese rollo. —Le quemaba la boca de seguir con la intriga—. Es un pasajero que conocí en el vuelo de ida. —Se quedó callada para ver cómo reaccionaba su amiga.

—¿Quéééé…? ¿En serio? ¡La madre que te parió! Pero ¿tú no decías que en el trabajo no tenías ojos para nadie? —Le estaba recordando su máxima, algo que ella misma había mantenido siempre y que era inamovible, o al menos eso creía.

—Ya, no te creas que no me he acordado del famoso refrán «Donde dije digo, digo Diego» pero, te lo juro, Glo, ha sido imposible evitarlo…

—Pero evitar, ¿qué? ¡Ay, mi madre, que ya os habéis *liao*! —Se paró dos segundos a pensar y lo tuvo claro—. Fue anoche… sí, sí, sí… que tenías el teléfono apagado… ¡Ahora lo entiendo, coño! Bueno, cuéntamelo todito, pero ya…

Lydia empezó a explicárselo todo, con pelos y señales. Según le contaba, la emoción de las circunstancias vividas volvía y, al repasar los detalles con su gran amiga, fue consciente de más sincronicidades,

en las que todavía no había reparado.

—Me tomas el pelo. —Gloria estaba alucinando con la historia—. ¿Te estrellaste con el coche cuando ibas a comer con él? Joder, guapa, tú no puedes hacer una cosita normal…, una carrera en la media, por ejemplo…

—Ja, ja, ja… Todo estaba divinamente trazado para que yo llegara a la cita espectacular… ¡Si hubieses visto su cara cuando me vio! —Rememoró el momento con cierta nostalgia.

—Claro, el pobre se creería que ibas a llegar histérica, hecha una piltrafilla, con un zapato en la mano y arrastrando el bolso. —Cómo le gustaba el drama—. Bueno, ¿y qué pasó? Joder, cómo te enrollas…

—Pues que yo estuve tranquilísima, que no paramos de hablar, ni de reír… hasta hicimos planes… —Se le escapó; no quería hablar de ello aún y menos con su alarmista amiga.

—¿Planes? Define planes. —No se le había pasado por alto el dato, por supuesto.

Lydia se aventuró a contárselo.

—Quiere que nos vayamos de viaje en enero, aprovechando que tenemos vacaciones los dos.

—Ostras con el vasco, sí que va deprisa… Le habrás dicho que ni de coña, ¿no?

—Le he dicho que lo voy a pensar.

—Bueno, como evasiva no está mal, pero ¿no te lo estarás planteando en serio? —Gloria ya empezaba a mover sus posesivos tentáculos. Había que pararla y, a Lydia, no le tembló el pulso.

—Te repito que me lo estoy pensando y ya veremos qué hago. Si estás preocupada porque pueda aparecer descuartizada en un contenedor, puedes ir relajándote. Es un hombre educado y correcto… No te lo vas a creer, pero, en el restaurante, cada vez que iba al baño, se levantaba…

—Vaya, de esos ya no quedan… —Se le estaban bajando los humos—. Bueno, tú sabrás… Si te da buen *feeling,* es tu vida y ya eres mayorcita…

—Además, sé dónde trabaja, he pasado la noche en su casa… Ha sido genial… Créeme, no tienes de qué preocuparte —sentenció, convencida.

—Madre mía, te vas de vuelo hace una semana y vuelves con todo esto… —Gloria estaba asimilándolo—. Si este tío te está

haciendo feliz, yo me doy por satisfecha.

—Es mucho más que eso, Glo… No te puedo explicar qué tipo de atracción hay entre nosotros —debía buscar las palabras donde no las había—; tengo una sensación como si lo conociera de antes…

—Igual ya lo has llevado en otro vuelo —contestó ella, siempre tan mundana.

—Que no, que era la primera vez que lo veía —dijo, tajante—. Cuando te digo que lo conozco de antes, no me refiero a esta vida…

—Ya, claro, él era patricio y tú, su esclava en Roma… Anda, anda…, ya sabes que no creo en esas cosas…

—No lo sé, Gloria. No sé qué pasa, pero, cuando lo miro, se establece una química inexplicable entre ambos… Las horas se convierten en minutos, nos gusta la misma música, pedimos igual para comer, tomamos las mismas copas, odiamos y amamos lo mismo… y encima, en la cama… nunca en mi vida he sentido nada parecido en la primera vez…

—No sigas, que ya sabes que llevo seis meses de abstinencia…

—Ja, ja, ja… No, esta vez no te voy a contar más, porque esto no es de este mundo…

—Bueno, a veces se dan encuentros con personas que al principio son increíbles. Acuérdate de cómo estabas con Rafa cuando lo conociste…

—¡Que no, Gloria!, que esto no tiene nada que ver con nada… Mira, déjalo. Es inútil que te intente convencer de lo que estoy sintiendo. Solo te pido que me dejes contártelo como lo estoy viviendo…

—De acuerdo, pero, por Dios, no te cuelgues… Estás empezando… Disfruta el momento y nada de expectativas, prométemelo. —Se quedó esperando.

—Vale, te lo prometo. —Mientras lo decía, cruzó los dedos detrás de la espalda, como si su amiga pudiera ver esa trampa infantil que hacen los niños cuando tienen que prometer algo y no quieren.

—¿Cuándo lo volverás a ver?

—Pues uno de estos días, no lo sé aún…

—Tengo que reconocer que pinta bien, pero ojito con pillarte, que nos conocemos…

—Iré lo más despacio que pueda, pero quiero vivirlo a tope… ¡Me encanta!

—Valeeee… Oye, cielo, me voy, que tengo guardia y está fatal aparcar en el hospital a esta hora. —Gloria era enfermera de Urgencias y siempre andaba acelerada, entre su perfecta familia y su trabajo—. Mantenme informada de tu macho de caserío, que, por cierto, aún no me has dicho si está bueno…

—Puffff, no quieras saberlo…

—Pues a disfrutarlo, pero recuerda, sin más… Te llamo esta semana.

—Déjalo, ya te llamo yo, que sabes que, cuando me lío, desaparezco…

—Venga, como quieras… ¡Muaaaa… adiósss!

—Un beso.

Gloria tenía razón y, además, la conocía. Amigas desde los catorce años, no había nada que no pudieran decirse. Pero «A veces el corazón tiene razones que la razón no entiende», y Lydia tenía que vivir esa historia venerada por su alma sin medias tintas, porque Jon, para bien o para mal, era un incendio de sensaciones pendientes incomprensiblemente reales que ella estaba por descubrir.

Capítulo 10

Vísteme de azul amanecer
o del negro de la noche.
Vísteme de besos o gemidos,
de silencios o compases.
Vísteme con la ternura del abrazo
o con el poder de tu cuerpo.
Sé albor o luna, amigo o amante.
O sé todo.
Inunda mis rincones.
Vísteme o desvísteme de amor.

MERCHE SEVILLANO

«Cabina asegurada», le dijo al comandante a través del interfono. La misma rutina antes de cada salto. Era la fórmula de indicarle que estaba todo en orden, asegurado y previsto para que pudieran despegar cuando los autorizasen.

Se abrochó el arnés. Miró el reloj. Las seis y media. Tampoco llevaban tanto retraso, aunque el suficiente como para que tuviera ya los nervios a flor de piel. Le esperaba su noche de tabernas con Jon y ese era un motivo más que justificado para que estuviera deseando bajar del avión.

Había dejado ropa en el coche para ir directamente a reunirse con él desde el aeropuerto; unos vaqueros, unas botas, un jersey y un anorak casi hasta los pies. Modelo tabernario ideal. Una bufanda y un bolso cruzado cerraban el *look*. El frío seco que hacía en Madrid no dejaba muchas más opciones de lucimiento. Tampoco sentía que tuviera que impresionarlo más.

Rodaron por la pista, emprendiendo carrera de despegue… *bye,* Ámsterdam. En tres horas se estaría quitando el uniforme con un ímpetu inusitado en los baños cercanos al parking.

«Señores pasajeros, les habla la sobrecargo. Mi nombre es Lydia

Osma. […] Les recordamos que, siempre que permanezcan sentados, hagan uso del cinturón de seguridad. Toda la tripulación estaremos encantados de atenderlos. Muchas gracias y disfruten del vuelo.» Miró a los pasajeros mientras les hablaba. Le gustaba hacerlo. Era la fórmula más cercana y sentía que, así, les transmitía cierta tranquilidad y confianza. En inglés, el mensaje era más breve todavía. Los ingleses y su compleja simplicidad. Afortunadamente, el pasaje holandés se manejaba en ese idioma con soltura y, dado que ese día no les habían puesto intérprete, era una gran ventaja para comunicarse durante el vuelo.

Mientras los compañeros se preparaban para dar el servicio previsto en turista, Lydia llamó a cabina de mando para ver si querían cenar. Le abrieron de inmediato, por lo que dedujo que estaban muertos de hambre.

—Lydia, ¿ya habéis empezado con el servicio? —preguntó el comandante.

—Sí, todo en marcha detrás y, como no tengo pasajeros aquí delante, soy toda vuestra. ¿Queréis saber que han puesto hoy de cena?

—Llevo en el estómago solo el bocadillo que me has dado a la ida, y quiero algo caliente… —le contestó el segundo piloto con tono seco, y añadió, con desgana—: A ver, deléitanos con el *rancho* que han embarcado, porque vaya racha que llevamos con el *catering*…

El comandante, un profesional con muchos años de bagaje, gran compañero y con una educación exquisita, lo miró de refilón con claras muestras de disentimiento ante su manera de hacer chabacana y crítica.

Lydia no lo conocía. Era un chico muy joven. Debía de ser de la última hornada de pilotos recién incorporados. «Menudos humos trae aquí el pipiolo…», pensó, sin sentirse ofendida por las desdeñosas maneras de pedir la comida, pero dándose sobrada cuenta de que al comandante no le habían gustado nada sus desconsideradas formas de niño malcriado.

—Tenéis mero con salsa de ostras o ternera Strogonoff… —y añadió—: Las ensaladas tienen buena pinta: una verde y la otra de pasta…

—¿Qué prefieres? —le dijo el recién llegado al comandante.

—Elije tú, que tienes tanta urgencia. —Lo miró serio y, luego, cambiando radicalmente de actitud y con una sonrisa gentil, se dirigió

a ella—. Gracias, Lydia, yo casi me espero y ceno algo en casa. Al final vamos a recuperar tiempo en vuelo y llegaremos en hora…

—¿En serio? No sabes lo bien que me viene…

—Pues a las nueve en punto en tierra y dos grados bajo cero en Barajas… Si me envían conexiones, luego te llamo y te las doy.

—Para mí, el mero entonces, y de primero la ensalada de pasta —intervino el segundo, rompiendo, con su voz tosca, aquel tono sutil y armonioso de su jefe ese día.

—Roberto, ¿te apetece un café o alguna infusión? —le preguntó Lydia al comandante, ignorando intencionadamente las prisas por cenar del copiloto.

—Si no estás ocupada y es de esos especiales que haces tú que parecen del Starbucks, me apunto a uno con media cucharada de azúcar, por favor.

—Claro que sí —contestó, encantada.

Hacía más de dos años que no coincidían y todavía se acordaba del último café que le hizo, pensó mientras salía, cerrando tras de sí la puerta de cabina.

Aquel hombre era uno de los comandantes más veteranos de esa flota. No le quedaba demasiado para jubilarse y, cuando ese momento llegara, Lydia iba a sentir mucho su marcha. Se conocían hacía más de quince años y, además del claro respeto profesional mutuo, había entre ellos una empatía sosegada, muy recomendable entre sobrecargo y comandante. En su profesión, la comunicación clara y fluida entre los miembros de la tripulación era pieza clave para el desarrollo satisfactorio de la operativa del vuelo, y aquel «señor de la aviación» trataba a su equipo con perfectas dosis de saber estar, transmitiendo una seguridad a sus subordinados digna de ser inoculada a especímenes impertinentes y presuntuosos que, por sentarse a los mandos de un avión, se creían con derecho a ejercer un poder mal entendido. Esas reflexiones venían al caso, deambulando por la cabeza de una mujer servicial y prolija en detalles con sus superiores, tanto si eran merecedores de ellos como si no. Todo eso lo estaba pensando en pleno trabajo trepidante, mientras metía el mero en el horno, colocaba un pedazo de pan caliente en la bandeja, emplataba una ensalada con gusto, dándole una honorabilidad de la que carecía hasta pasar por sus detallistas manos, y poniendo leche en la cafetera para calentarla al baño María.

Cuando estaba a punto de pasar la bandeja al pequeño Napoleón, se abrió la puerta de cabina y salió el comandante. Iba al baño y, antes de meterse dentro, se paró un minuto a hablar con ella.

—Deberían asegurarse en la empresa de no contratar a niñatos sin modales. —Se quedó callado, mirando a Lydia, y añadió—: Le he dicho un par de cosas cuando has salido y ahora espera su bandeja con otro ánimo. —Sonrió a la sobrecargo con complicidad.

—Las nuevas generaciones, Roberto… ¿Puedes imaginarte hablando así a una compañera hace veinte años? —Lydia lanzó la pregunta sabiendo de antemano la respuesta—. Por supuesto, esa actitud hubiera sido impensable en ti —concluyó, mirándolo convencida.

—Tú no te preocupes, que, antes de irme, intentaré dejarles claro a unos pocos de estos Atilas que ser un buen profesional no es solo saber llevar un avión.

—Si lo consigues, las *aeromozas* te haremos un club de fans del que me pido ser la presidenta. —Sonrió con sinceridad y reconocimiento mientras cargaba la bandeja para entrar.

—Espera, que te abro —le dijo, solícito, marcando el código de acceso—. Voy al baño y luego me cuentas —susurró antes de que ella entrase.

Lydia atravesó la puerta con sumo cuidado para no derramar nada y esperó, como de costumbre, a que el piloto, inmerso en el instrumental de vuelo, le diera la venia para entregarle la cena.

Cuando la miró, Lydia notó el parpadeo nervioso de alguien que quiere disculparse.

—Gracias… —dijo, colocando la bandeja sobre la mesa auxiliar, y, antes de que ella saliera, prosiguió—: Perdona por mi tono de antes. No pretendía ser grosero, pero el caso es que lo he sido. Estoy cansado porque me estoy mudando de casa de mis padres y ni descanso ni como bien. —Parecía hablar con honestidad y desde una actitud muy diferente.

—Bueno, un mal día lo tiene cualquiera —respondió Lydia ante aquellas palabras—. Me quedo con este nuevo… perdona, he olvidado tu nombre…

—Borja —contestó, bajito, sin tener claro si le estaba vacilando.

—Pues eso, que me quedo con el nuevo Borja, sin duda. —Y, tirando del pomo, salió victoriosa, encontrándose al comandante en la

puerta, listo para entrar.

—Muy bien, Roberto. —Le guiñó un ojo.

—¿Me he ganado mi café? —Arqueó las cejas, forzando un divertido tono de súplica.

—¿Tu café…? ¡Ay, Dios! —Lydia se echó la mano a la cabeza—. Dame cinco minutos, que hoy te voy a poner doble de espuma…

—Trato hecho —se rio y, poniendo cara de pedigüeño, dejó caer —… y ¿sería mucho pedir una galletita de esas que tenéis escondidas en el primer cajón del carro de la derecha?

—Pues claro… ¿Solo una? —Se quedó mirándolo, risueña, como madre racionando los dulces y sabedora de que los niños le habían pillado el escondite.

—Bueno, si insistes, que sean dos —contestó con cara de pillo mientras llamaba a cabina para entrar de nuevo.

—Todas las que quieras…

—No, no, con dos, más que suficiente, que no quiero engordar…

—Vale, te lo traigo todo ahora mismo…

El comandante desapareció tras la puerta de mando y Lydia terminó de hacer su pequeño homenaje a Juan Valdés, sabiendo que, en cuanto el otro piloto lo viera, también querría uno igual y tendría que repetir el ritual secreto del café de sobre que, con ganas y cariño, se convertía en un *ristretto* o en un *cappuccino* de primera. Pura magia… como la que pensaba desplegar en su encuentro con Jon después de aterrizar. Suspiró, sin ser consciente de que aquel sería el primero de muchos que vendrían a inundarle el pecho, gobernando la trayectoria de destino.

* * *

Jon llegó a pie a su cita.

Lydia aterrizó en hora y, dejando el uniforme en una bolsa, se vistió veloz y salió zumbando del parking del aeropuerto. Habían quedado después en una concurrida zona de tabernas de Madrid y, aunque era domingo y los madrileños preferían el tardeo dominical, aún quedaba gente por las calles, haciéndoles de camarilla.

Aparcó su pequeño coche de sustitución y, al abrir la puerta, se topó con un enorme corpachón que la estaba esperando.

—Te he visto pasar. —Jon estaba parado delante de ella, y le

alargó la mano para ayudarla a salir del vehículo. Sonreía y jadeaba un poco por la carrera que se había pegado para llegar antes de que bajase del vehículo.

—Eres la mujer más puntual que he conocido nunca…

—Pues hoy ha sido un milagro, porque hemos salido con retraso…

Lydia, ayudada por su mano firme, se puso de pie frente a él. Con aquellas botas tan altas, sus bocas quedaron mucho más cerca, pero lo saludó con un beso en la mejilla y un abrazo, introduciendo sus manos por dentro del abrigo abierto que él llevaba, alcanzando su cintura y ciñéndose a su pecho. Apreció un suave olor a limpio en la lana de su jersey y no quiso despegarse. Entonces, sí, ya había aterrizado.

—Y ahora me arrastrarás de taberna en taberna hasta que mis pobres pies no puedan más. —Lo miraba, divertida, mientras él, aprovechando su abrazo, había metido las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones.

—Estos vaqueros te hacen un culito.., —sus manos palpaban el material enfundado en aquella prenda endemoniadamente sexy—, pero, tranquila, que no me abalanzaré… por más que me apetezca.

—Bueno, ya veremos… —Lydia lo miraba, coqueteando como una gallina con ligueros—. ¿Y si me abalanzo yo?

—Ahhh… ¡Qué descarada!

—Era una prueba, a ver por dónde salías…

—¿Prueba superada, entonces? —Aquellos ojos azules la estaban besando hacía rato mientras sus bocas tonteaban sin rozarse.

—Sí, ya veo que permaneces impasible ante mis vaqueros mágicos.

—No te hace falta mucha magia a ti…

—No te creas…, los años pasan y lo llevo fatal—replicó, pesarosa.

—Pues yo te veo tremendamente apetecible. —Sacó las manos de los bolsillos y la atrajo hacia él—. Vuelves a jugar con fuego…

—Sí, juego con todo mi fuego. —Sonrió, segura de lo que decía.

—¿Sabes qué pasará si lo haces? —le susurró al oído.

—De puertas para dentro, me comerás cruda, pero de tabernas… ¡totalmente inofensivo! —Lo miró, desafiante.

—Bien, obviemos las tabernas…, una pérdida de tiempo.

—No, no… Necesitamos un puntito, unas *cerves,* respirar aire de Madrid. —Lo besó suavemente y por primera vez en los labios—.

¡Llévame de tabernas como prometiste!

—Muy bien, pero camina delante de mí… Quiero ver cómo suben la cuesta esos vaqueros mágicos —dijo, dándole un pequeño azote para que empezara a andar ante su atenta mirada.

Lydia inició el paso, contoneándose zalamera y levantando el anorak. Se giró, mirándolo a corta distancia, y preguntó:

—Por cierto, ¿a dónde vamos?

—A La Ardosa… Tú sube, que yo te voy indicando —contestó, sin retirar la mirada del trasero de Lydia—. Te voy a llevar a comer la mejor tortilla de patata de todo Madrid.

—Ufff, ¡qué bien! Estoy muerta de hambre.

Llegaron a la taberna entre risas y juego, unidos por su hilo rojo particular e invisible. Entraron y se pusieron en torno a un barril sin taburetes. Aquel lugar estaba lleno de historia. Sus paredes, cuajadas de recuerdos, anunciaban una noche lúdica, con la solera y el espíritu de aquellos locales de finales del siglo XIX. Una barra repleta de pinchos y los cientos de botellas que contenían sus estantes los arroparon nada más llegar. No había mucha gente, solo la precisa para poder mostrar sus lances sin ser objeto de miradas indiscretas.

—¿Te gustan las alcachofas a la parrilla? —le preguntó Jon a Lydia en presencia del camarero.

Ella asintió con la cabeza. En realidad le gustaba todo y, con él al lado, todavía más.

—Tráiganos dos cervezas, una tortilla y una ración de alcachofas, por favor.

Mientras esperaban, Jon tomó a Lydia por el hombro para indicarle lo que le parecía más relevante de la bodega.

—¿Ves esas reproducciones de grabados? —Señalaba hacia un cuadro alargado con unas litografías que colgaba de un tramo de pared.

—Sí…, parecen de Goya, ¿no? —contestó ella, cerrando un poco los ojos para agudizar la vista.

—Efectivamente, lo son. —La tenía apresada con su antebrazo y empezó a narrarle la historia, acercando su boca al oído de la azafata —. Dice la leyenda, que es fidedigna, pues hay pruebas de ello, que, cuando Goya sacó la serie «Los caprichos», apareció un anuncio en el *Diario de Madrid* avisando de que aquellos grabados estaban a la venta en un local a dos manzanas de esta taberna. Según parece, aquí venía

el genial pintor a tomarse chupitos de aguardiente, allá por el año 1800, mientras vendía sus obras dos calles más arriba. —La besó en la sien antes de soltarla, para que ella pudiera girarse.

—Me encanta que compartas conmigo estos chascarrillos del pasado. —Lo miraba como una niña deseosa de cuentos, en aquella noche de cielo raso e intenso frío.

—Me sé cientos de historias que te iré contando. —La miró con cierta ternura y añadió—: Llegará un día en que poco más pueda hacerte y, entonces, te cogeré de la mano y tendré que seguir enamorándote con ellas…

—A veces tener una profunda conversación con alguien con una mente brillante y un alma hermosa es otra increíble manera de hacer el amor. —Lydia había leído aquella frase en alguna parte y, de repente, sus labios la dijeron en alto, convencidos de lo oportuno del momento.

—Pero eso será a su debido tiempo. —Sus ojos dejaron ver un destello de deseo—. Por ahora, vamos a disfrutarnos en cuerpo y alma… Hay algo en ti que me vuelve loco, ¿lo sabes, verdad?

Lydia se acercó, le rodeó con sus brazos el cuello y empezó a besarlo, engatusando su boca, ante la esquiva mirada del camarero, que acababa de llegar con las cervezas y aquella tortilla deliciosa que chorreaba huevo.

—Enseguida traigo las alcachofas —dijo el hombre, con cara de circunstancias y lamentando interrumpir aquel mensaje flagrante de amor que ellos, inmersos en su universo paralelo, estaban enviando, ajenos a la cotidianidad de la vida que discurría a su alrededor.

Recuperando composturas, brindaron con sus doradas Pilsen y probaron aquella tortilla recién hecha, que, sin duda, tenía la fama que merecía.

—Bueno, ¿has pensado ya dónde nos vamos de viaje? —Jon no había abandonado la idea.

—Se me ocurren muchos sitios donde podríamos ir, pero quería verte en persona para que lo decidiéramos juntos. —Se escapó con aquel «si pero no» que era tan ambiguo y diplomático—. Hay que saber cuántos días nos vamos para plantearnos cruzar el charco o quedarnos por aquí, a no más de tres horas de avión. —Estaba divagando, pero sin tener ni idea de lo que realmente quería—. También tenemos que ver si nos apetece sol y playa, cultura y frío,

paseos por la naturaleza… ¿Te gustan los balnearios? —Lo miró, totalmente perdida.

Jon comía, entretenido, escuchándola mientras ella, sumergida en un sinfín de cuestiones superfluas, no paraba de hablar. Estaba disfrutando de lo lindo con su deambular nervioso y subliminal por todas aquellas dudas evidentes que la estaban carcomiendo. Esperó, paciente, a que ella acabase de argumentar todos los pormenores de la preparación de un viaje a medida y, cuando le pareció oportuno, simplemente dijo:

—Oye, ¿realmente te apetece que nos vayamos juntos de viaje?

Ella lo miró, pasmada. Era la única pregunta para la cual no se había preparado.

No podía seguir evadiendo una respuesta que, por sencilla que pareciera, en realidad no era tan simple.

—¿Por qué me preguntas eso? —Estaba acorralándola y era perfectamente consciente de ello.

—Porque veo que estás haciendo un mundo de algo mucho más sencillo…

—Quizá tengas razón…

—Parece mentira que un viaje te asuste, dedicándote a lo que te dedicas…

—No me asusta el viaje…, es el planteármelo contigo, así tan rápido…

Jon la observó con tranquilidad, intentando apaciguar sus miedos desde la seguridad de su imperturbable mirada, sabiendo que no se trataba de si el momento era o no el adecuado para iniciar un viaje juntos. Solo sabía que era su momento y no iba a dejarlo pasar.

—Confía en lo que sientes, mucho más que en lo que piensas. —Y añadió—: Si hay algo que está destinado a suceder, sucederá, en el momento adecuado, con la persona correcta y por la mejor razón.

Lydia, ante tanta contundencia irrebatible, no pudo más que sonreír y rendirse. Haría caso a su corazón.

—Decide tú, entonces, ese lugar en el mundo al que se te antoja llevarme y yo iré contigo, sin plantearme nada más.

Aquellas palabras pronunciadas desde el alma y con aquella inmensa entrega firmaron el preacuerdo de un viaje juntos que regaron el resto de la noche con varios vinos de las mejores cosechas y terminaron lacrando en la intimidad, entregándose al llegar a casa a

un delirio erótico que no podían evitar. Sábanas arrugadas rezumando el aroma del placer fueron testigo de otro encuentro imborrable, mientras la luna en cuarto creciente quería volverse llena para perpetuar con su luz aquellas imágenes veladas, cargadas de sombras libidinosas que se entretejían acompasadas.

Claro que se irían de viaje. Mientras Lydia pensaba que acababa de dar su visto bueno al plan, Jon lo había decidido por los dos hacía ya un tiempo. Entonces ya tenía el beneplácito de ella, nada relevante por cierto, aunque la decisión ya estaba tomada y el destino a elegir era lo de menos.

Capítulo 11

> Voy a reinventarme cada vez que te vea. Para ser siempre tu amor nuevo con recuerdos viejos, tu alma nueva pero conocida, tu noche diferente cada día.
> Voy a reinventarme para ser siempre tu primer beso y tu amor más lindo, tu último pensamiento y tu primero.
>
> LUCAS HUGO GUERRA

Lydia se marchaba esa noche a Bogotá. Jon estaba ya en el aeropuerto. Eran los días previos a la Navidad y él tenía su último congreso del año en la ciudad de Panamá.

Lydia: ¿Ya has embarcado?

Jon: Qué va, estoy en la sala VIP, que, por cierto, está a tope.
Jon: He conseguido un asiento a duras penas y he tenido que comer con el plato en las rodillas.

Lydia: ¿Te has puesto elegante?

Jon: Voy vestido como un pobre de pedir limosna.
😂

Lydia: ¿Vas en chándal?

Jon: Claro, con mis zapatillas de rejilla.

Jon le envió un *selfie* para que viera su indumentaria.

Lydia: ¿Eso es un vino?

Jon: Sí.

Lydia: ¿Tan temprano? Solo son las once y

media…

Jon: He desayunado como un camionero y soy vasco, ¿recuerdas?

Lydia: Ayyyy, ¡¡mi camionero de camiseta remangada!!
Lydia: Si me tomo un vino ahora, me muero. Estoy haciendo café…

Jon: Tengo diez horas para dormir la mona…

Lydia: ¿Algo interesante por allí?

Jon: Acaba de llegar Jorge Javier… Va vestido como el payaso de Micolor.

Lydia: Ja, ja, ja, ja, ja.

Jon: Un maleducado.

Lydia: ¿Por?

Jon: Casi me tira el vino y ni media disculpa.

Lydia: Vaya…

Jon: También está Bosé… Este va a Panamá conmigo, seguro. Vive allí con sus 200 hijos y su novio.

Lydia: Exageraooo!!! 😂😂 solo tiene cuatro, creo

Jon: Bueno, muchos en cualquier caso.

Lydia: Me encantaría llevarlo un día… De jovencita tenía toda su discografía.

Jon: Le pediré un autógrafo para ti. 😉

Lydia: Mejor a Jorge Javier…😂

Jon: Olvida la sugerencia…

La cafetera empezó a sonar en la cocina de Lydia, emitiendo ese pitido ensordecedor que te pone en guardia. Galopó literalmente, atravesando el salón para retirarla del fuego, y eligió su taza favorita para servírselo. Tenía muchas, de distintos tamaños, colores y países,

pero aquella, esmaltada con dos florecitas sobre el barro cocido, tan simple y perfecta, era sin duda su pequeña aliada mañanera para sacarla del atontamiento. Se estaba tomando su café cuando Jon, que ya había embarcado, volvió a escribirle.

Jon: Despegamos… Besos en todas partes

Lydia: 😚😚

Jon: Me vas indicando…

Lydia: Ok.

Jon:… dónde quieres los besos…

Lydia: Por el cuello…

Jon: Hummmm… apunto…

Lydia: 😂👏 ¿Tendrás wifi hoy?

Jon: Creo que sí. Este avión parece un poco más moderno.
Jon: Estoy con Bosé en business. Va en el otro pasillo.

Lydia: ¡¡¡Me encanta!!! Verás qué majo es…

Jon: Parece un tío educado… y va mejor vestido que Jorge Javier, que se debe de haber ido a Miami, porque aquí no está.
Jon: Informe completo… para que te quejes…

Lydia: ¿Te has acordado de mí cuando has visto a la azafata?

Jon: Sí, me he imaginado entre tus piernas… ¿A eso te refieres?

Lydia: O ella entre las tuyas…

Jon: Uffffff.

Lydia: Creo que ya nunca más vamos a tener una conversación normal…

Jon: Espero que no… Qué aburrido…

Lydia: Ja, ja, ja… Déjame que te diga tres cosas…

Jon: 🤔

Lydia: Me gustas mucho, me río mucho contigo (eso me encanta) y… me tengo que ir a hacer la maleta…

Jon: Tres emes… ¿alguna más?

Lydia: Muacccc… Piénsame…

Jon: Arrodillada… 😂

Lydia: ¡¡¡Capullo!!!

Jon:… ¡en misa!

Lydia: 😠… que tengas un feliz viaje a tierra de evasión de capitales…

Jon: Oh, Dios… ¡¡nuestra primera pelea!!

Lydia: Ja, ja, ja… Anda, cansino…

Jon: 😡

Lydia: No te enfades…

Jon: Nuestra segunda pelea… Me debes dos reconciliaciones…

Lydia: Seguro… Va a ser una semana muyyyyy larga…

Jon: Larguíííííssiiiiimaaaaa…
Jon: Ah, no… que soy un cansino… Mejor lejos…

Lydia: Eres…
Lydia:… un hallazgo maravilloso…

Jon: Ja, ja, ja.
Jon: Muacccc.
Jon: Espera, que me bajo y voy…

Perdieron el wifi, pero no la conexión. Él seguía estando en su forma de remover el café, en el silencio de su casa mientras regaba las plantas y en aquella sonrisa de boba rematada que paseó por todas partes aquella mañana: en el banco, en la oficina de correos y en la tintorería. No le gustaba nada ir a Bogotá, pero solo pensar que al menos estarían en el mismo continente le daba fuerzas para soportar

el mal de altura que aquella ciudad le producía. Menos de ochocientos kilómetros separaban ambas capitales, trazando una línea recta. Con este pensamiento hizo la maleta y durmió la siesta recomendable antes de un vuelo de vigilia obligada. Para cuando despertase, Jon ya estaría aterrizando en Panamá.

* * *

La *suite* del hotel Eurostars Panamá City tenía un ventanal tan espectacular que, cuando Jon entró en penumbra, un universo de luces anidadas en los rascacielos de aquella ciudad tan moderna lo dejaron boquiabierto. Por supuesto, no era su primera vez contemplándolas, pero, en aquella ocasión, un horizonte rojizo cargado de nubes grises que traerían agua a mansalva daban al *skyline* un efecto pictórico casi tenebrista.

Podría haberse quedado gran parte de la noche admirando aquel paisaje urbano, pero había quedado a cenar con su buen amigo Gonzalo Lichardi, quien, como él, se había desplazado hasta allí, en su caso desde Buenos Aires, con motivo del congreso panameño. El argentino de ascendencia italiana que empezó siendo un colega más de trabajo, después de quince años de compartir ponencias y reuniones a ambos lados del Atlántico, se había convertido en uno de sus grandes incondicionales. A pesar de estar cansado por el vuelo, la oportunidad de reunirse con su amigo y confidente le apetecía por encima de todo. Con Gonzalo, las conversaciones «a calzón *quitao*», tan raras en el ámbito masculino, estaban servidas. Y es que, aquel hombre de apariencia tranquila y alma de psicoanalista, despertaba en Jon una confianza animosa que lo invitaba a contarle todo lo que habitualmente guardaba solo para él. La confidencialidad que le había demostrado a lo largo de todos esos años lo hacían merecedor de conocer, sin reserva, algunas de sus incógnitas y secretos mejor guardados. Era lo más parecido a un hermano mayor protector y experimentado, un consejero valiente y elocuente de charlas insospechadas que iban fluyendo sobre la marcha, cargadas de momentos únicos para recordar.

Jon llegó con la puntualidad británica que lo caracterizaba. Habían quedado en la puerta del restaurante A Mangiare, un excelente italiano que había propuesto Gonzalo, donde servían platos

eminentemente toscanos.

—¡Pero qué pinta, mi amigo! —dijo el argentino, acercándose, mientras Jon, despistado, estaba leyendo la carta situada en el exterior del local.

Se abrazaron. Llevaban seis meses sin verse, aunque su contacto telefónico era constante.

—¿Te pusiste en forma, che? Te veo más *fit*…

—He empezado a correr otra vez después de un año —le aclaró Jon, sonriendo. Le gustaba que su amigo se hubiera dado cuenta de su reciente reincorporación al *running*.

—Vos sos mi ejemplo a seguir… Mirá mi panza. —Hizo un gesto siguiendo la curva de una barriga prominente.

—Ya veo que estás a dieta rigurosa y que por eso has querido quedar a cenar en un restaurante italiano —soltó Jon, riéndose.

—Relajate, gallego…[1] Esto no es un restaurante al uso. —Le guiñó un ojo—. Seguime al templo de la cocina toscana. —Y con un gesto de invitación, dejó paso a su amigo español, sintiéndose anfitrión de la tierra de su madre florentina.

La decoración interior era sobria y elegante. Tonos beiges y blancos daban todo el protagonismo al colorido de los platos que salían de la cocina. Gonzalo, amante del buen vino al igual que su amigo, pidió un Brunello di Montalcino, con total aprobación por parte de Jon.

Con las copas alzadas, brindaron por el reencuentro, y se dispusieron a decidir qué pedir, bajo la supervisión del argentino.

—Si no recuerdo mal, vos sos un fanático de la trufa, ¿tengo razón o no?

—Cómo me conoces, Lichardi… y, además, no se te escapa un detalle —contestó Jon, admirado por la memoria de su amigo.

—Perfecto. Entonces, para vos, *tagliolini al tartufo* —dijo con absoluta rotundidad —. Fijate en el aroma de este plato… Es trufa negra toscana, la mejor del mundo.

—Qué va a decir un florentino secular. —Jon rio por la pasión de sus palabras, provocando al argentino.

—Dejate de boludeces y después me contás… Para mí, voy a pedir *pappardelle* con salsa de liebre… —y añadió—… aunque acá me van a engañar con conejo, pero me hago el loco. —Sonrió, guiñándole un ojo y volviendo a leer—. Que nos pongan un entrante también, un

crostini di fegato —determinó, cerrando la carta mientras buscaba con la mirada al camarero para pedir rápidamente. Sabía que para Jon era tardísimo y, para él, tampoco eran horas.

El camarero tomó nota de todo y se dirigió raudo a la cocina a ordenar la comanda.

—Bueno y… contame vos… ¿En qué andás?

—No mucho —dijo Jon, bebiendo un trago luego—. Ya sabes, absorbido por el trabajo y tranquilo con mi vida de soltero.

—Te envidio, no sabes cuánto —comentó, con cierto pesar—. Mi esposa se puso la gorra[2] desde que nuestros hijos se fueron a estudiar fuera y acá la tenés, aburrida, controlándome la vida y rompiéndome las bolas a cada rato… Qué bien hiciste sacándote a la arpía, che… ¡Ahora sos Gardel! —concluyó.

Hablaron de trabajo largo y tendido hasta que pidieron la segunda botella. Esa vez Jon eligió un chianti clásico. Les trajeron el entrante y Lichardi le indicó al camarero que podían servir ya los platos principales, para agilizar. Temía que su amigo se durmiera encima de los *tagliolini,* pero la verdad era que Jon se sentía genial. Se había espabilado con la conversación y tenía ganas de contarle las novedades de su ya no tan solitaria vida. Esperó paciente a que Gonzalo parase cinco minutos de hablar y, sirviendo vino en ambas copas, comenzó a llevárselo a su terreno.

—Gonzalo, tengo algo que contarte y no quiero que me vuelvas loco cuando lo oigas. —Bebió un sorbo de vino y, ante la cara de inquietud de su amigo, que lo observaba casi sin respirar, continuó, preso de un impulso nada común en él—. He conocido a una mujer y, aunque te parezca increíble, estoy viviendo una historia que pensé que nunca más tendría. —Respiró, aliviado, después de soltar la bomba.

—¡Qué pelotudo! —exclamó el argentino, que se había puesto rojo de preocupación, mostrando una sonrisa de tranquilidad—. Por un momento pensé que estabas enfermo, che… ¿Querés matarme de un infarto? Seguí contando, por favor…

—Si estuviera enfermo, no te lo habría dicho… ya me conoces —Jon rio, convencido de que, lo que acababa de afirmar, era totalmente cierto—, aunque un poco afectado si me tiene…

—¡Qué zarpado! ¡Dale!, contame desde el principio…

—Es azafata. La conocí en el vuelo a Lima del último congreso…

Estaba poniéndose nervioso, porque no valía para explicar ese

tipo de historias y menos con él de protagonista, pero tenía decidido hablarle a su amigo de ello, así que continuó haciéndolo, ante la incrédula mirada del argentino, que se mostraba encantado de conocer los detalles.

—¡Le tiraste los galgos[3] ya en el avión! Ja, ja, ja… Nunca lo hubiera imaginado de vos. —Lichardi se lo estaba pasando en grande con el relato.

Jon siguió comiendo, bebiendo y narrando sus recuerdos más recientes. Hacía mucho tiempo que no le contaba a su amigo nada que no fuera más allá de intrigas en el trabajo o anécdotas de sus viajes de vacaciones con algún escarceo poco relevante. Quizá por eso, a Gonzalo se le veía fascinado con la historia. Por eso y por lo increíble que le resultaba imaginar a su amigo vasco dejándose llevar por el fragor del impacto de una nueva mujer en su vida.

—No sé qué tiene, pero, cuando estamos juntos, se me olvida todo lo demás. —Se quedó pensativo en su propia reflexión y luego añadió—: Y ni siquiera siento que debo poner límites…

—¿Límites? ¿Por qué deberías hacerlo? —Su amigo lo miró con profundidad—. Mirá, Jon, esta vida son tres tangos… ¿Esto te hace feliz?

—No sé, no quiero meterme en otro lío de sentimientos que me ate a nadie y, sin embargo, le he propuesto irnos de viaje, ¿te lo puedes creer? Me estoy volviendo loco…

—El uruguayo Benedetti, que es un capo de la pluma, te diría: «Me gusta la gente capaz de entender que el mayor error del ser humano es intentar sacarse de la cabeza aquello que sale del corazón». —Lichardi, haciendo una pausa, lo miró fijamente—. Te pregunté si te hace feliz…

Jon se había quedado pensando en la cita pronunciada en alto y se tomó unos segundos para contestar. Imaginó a Lydia sonriéndole, seduciéndolo con esa irresistible belleza serena. Recordó el arrebato de su espíritu salvaje, sus conversaciones insaciables, aquella incandescencia febril en el sexo y, de repente, no tuvo ninguna duda. Súbitamente, un brillo inspirador le iluminó el rostro. Levantó la copa.

—Creo que sería una gran idea llevármela a la Toscana.

El argentino le siguió en el gesto y, brindando con efusión, dijo:

—Amigo, vos cruzá al amor que yo cruzaré los dedos…

* * *

Lydia se disponía a bajar a desayunar en el hotel de Bogotá cuando sonó aquella música arrebatadora y diferente del resto de wasaps.

Jon: Florencia… del 2 al 7 de enero…
Jon: Seis días, cinco noches…

Lydia: Me encanta. Siempre he querido volver…

Jon: Te voy a llevar a sitios donde nunca has estado.

Lydia: Ufff… Me parece una idea brillante.

Jon: Un hotel muy bonito, cerca del Ponte Vecchio.
Jon: Estoy en la página ahora mismo… ¿Reservo?

Lydia: Sí, hazlo.

Jon: Listo. Ya no hay marcha atrás… La reserva no es reembolsable.

Lydia: No se puede empezar el año mejor… ¡¡¡¡Síííííí!!!!

Capítulo 12

> Contigo no quiero París, ni Santiago, ni Roma.
> Contigo prefiero quedarme en casa, tomarte de las manos y guiarte a donde jamás has viajado; ida sin retorno, amor con insomnio, cafés de madrugada y sexo por placer.
> Contigo hasta enloquecer…
>
> MALACI

Era ya tarde cuando el taxi los dejó en la puerta del hotel Continentale, tan cerca del río Arno que se sentía perfectamente su humedad. Estaba atardeciendo y Jon sugirió subir al *roof* del hotel a contemplar las vistas, antes de entrar en la habitación. Al abrirse el ascensor, una terraza iluminada con velas por todas partes se tendió ante sus pies como palco presidencial para las más bellas vistas de la capital mundial del Renacimiento. Lydia respiró la suave brisa desde la altura y miró a Jon intentando, sin éxito, contener todos los sentimientos que se le escaparon por los ojos al contemplar el ocaso florentino, con el Ponte Vecchio apaciblemente posado y reflejando su silueta en las aguas del río.

—Hemos llegado en el momento perfecto —comentó Jon, contemplando el atardecer como absorto. Estaba encantado desde que había visto el hotel y había comprobado que todo estaba como lo había previsto.

—Florencia nos recibe con un atardecer de película. —Casi no podía hablar, estaba emocionada y feliz de estar allí.

La noche empezó a engullir las vistas de la ciudad mientras las velas de aquella increíble terraza tomaron las riendas de un ambiente alucinógeno, que invitaba a vivir aquel momento sin pestañear.

—¿Quieres que cenemos aquí? —preguntó Jon.

—Claro, mira qué belleza —contestó, haciendo un barrido visual por las mesas vestidas de blanco en torno a la balconada—. Las maletas y la habitación pueden esperar.

Se sentaron en una mesa esquinada que les permitía ver con amplitud la estampa florentina. La carta de vinos era magnífica y Jon empezó a leerla con interés.

—Estupendo, tienen Bolgheri —comentó, entusiasmado—. Es un vino supertoscano relativamente joven que tenía ganas de probar. Esta hecho con una mezcla de uvas conocidas como el trío de Burdeos: cabernet franc, cabernet sauvignon y merlot… Creo que, para empezar nuestra andadura por esta tierra de vinos, puede estar muy bien.

—Perfecto —contestó Lydia, que estaba encantada con que Jon tomara la iniciativa. Dejarse llevar por aquella mano segura era algo que, hasta el momento, había sido un acierto.

Brindaron con aquel vino que debía su nombre a un pueblo llamado así, y disfrutaron de una cena sencilla, basada en ensalada *panzanella* y *bistecca alla fiorentina*. Todo compartido. Había más ganas de disfrutar que de comer.

—¿Sabías que el Ponte Vecchio fue el único puente que se respetó y no se bombardeó durante la segunda guerra mundial?

—Hasta Hitler lo consideró demasiado bonito. —Lydia estaba contemplándolo, enternecida—. Incluso en la locura de una guerra, hay que saber poner límites…

Se miraron. Lydia, había mencionado algo que los tocaba de cerca. Ambos sabían que aquel viaje iba a cambiar el rumbo de las cosas entre ellos. No hubo palabras, solo un sentimiento de no saber si poner límites o no a lo que estaban viviendo. Dentro de esa locura de sensaciones y deseo que los impulsaba a estar juntos… ¿dónde estaban los límites? Jon fue el primero en pronunciarse.

—Me alegro de estar aquí contigo —se estaba poniendo serio y ella entendió que iba a hablar con profundidad—, pero sí que es verdad una cosa… Imagina que todo va bien entre nosotros… Nos vamos a ver poco, no creo que más de tres o cuatro veces al mes. Tenemos vidas complicadas…, es obvio, ¿no? No te puedo pedir mucho y viceversa. —Y, mirándola en silencio, se quedó esperando una reacción en ella.

Lydia bebió de su copa, tomándose el tiempo que necesitaba para

contestar, y, manteniéndole la mirada con total serenidad, comentó:

—En ese caso hipotético de que se cumpla todo lo que acabas de imaginar… —miró a lo lejos, quedándose abstraída en los tejados de Florencia, buscando las palabras adecuadas para una respuesta digna de aquel inmenso escenario plagado de arte por todas partes—, para mí, es perfecto, ni hecho a medida. Poco pero bien calibrado —resumió con una sonrisa, clavando los ojos en los de Jon, que la estaban esperando.

—Pues calibraré lo mejor que pueda. —Levantó la copa, provocando un nuevo brindis. Ella lo siguió y, antes de juntarlas, dijo:

—No quiero ser tu historia…, quiero ser el libro que jamás terminarás de leer…

—Bien… Cenemos y sigamos con esta conversación en nuestro cuarto. Tengo ganas de empezar un nuevo capítulo de este fascinante libro que tengo enfrente… y que no puedo parar de leer.

Aquella frase, en honor a su sinceridad y seducción sobre la mesa, iba a ser el preámbulo de una noche encomiable, donde los perfiles de sus cuerpos, en un juego de encuentros y desencuentros, marcaran un ritmo de exceso y frenesí. Dos botellas de aquel maravilloso vino toscano ayudaron a que los suspiros y gemidos que se escaparon de sus bocas no tuvieran recato alguno. Todo estaba permitido, nada prohibido… Una simbiosis perfecta, llena de orgasmos copiosos bajo un manto de estrellas en una Florencia desconocida que los acunaba por primera vez.

Sobre las sábanas de hilo de aquella habitación, Jon le ató las muñecas con la tela de tul que colgaba del dosel de la cama ante la incandescente mirada de ella, cuajada de un sometimiento consentido. Besó todos y cada uno de los lunares perceptibles de su cuerpo, deteniéndose al final con lascivia impúdica en sus pezones, que lo esperaban exacerbados, irritados por la espera de un turno eterno. Lydia sintió cómo estaba mojando las sábanas con aquel sinuoso caudal de deseo que emanaba de su cuerpo. Mordió la almohada cuando él bajó a su sexo. Necesitaba acallar su boca siniestramente salvaje mientras él, con suavidad, le mordisqueaba el clítoris.

—Desátame —se oyó decir entrecortada.

—Aún no —negó Jon, levantando levemente la cabeza entre sus piernas y volviendo a zambullirse.

—Por favor… —Era una súplica que dejaba entrever un deseo

oculto.

Jon se detuvo y subió, reptando por su cuerpo, hasta liberarla.

—Túmbate —le ordenó Lydia, con una sonrisa difícil de desatender.

Ella se incorporó mientras Jon obedecía, tendiendo su cuerpo sobre aquella cama que parecía un altar para obscenos sacrificios. Se dirigió hasta el armario, mostrando un cuerpo impío embellecido por la luz de las candilejas mientras él la contemplaba como a una aspiración inalcanzable.

Lydia substrajo de su maleta un pañuelo de seda. Regresó a su lado ante la atenta mirada de Jon y le ató firmemente las muñecas con la misma tela de tul que él había usado antes con ella.

—Te voy a vendar los ojos —le anunció, susurrándole al oído, para después besarlo en los labios. Jon le devolvió el beso mientras lo privaba de la vista y se abandonó a aquella oscuridad tremendamente excitante. Percibió el olor de su piel impregnado en el pañuelo y la virilidad más endurecida se cernió en su miembro.

Con la impasibilidad de una virgen de Botticelli, caminando despacio como abstraída en sus pensamientos, Lydia irrumpió en el lecho desde los pies de la cama. Abrió las piernas de Jon, recorriendo con sus manos arbitrarias los abductores de su gladiador particular. Mientras tanto, él, entregado a una liturgia de expectación y silencio, se preparó para recibirla. Ella, como un ánima errante perturbada en la búsqueda de un lugar donde perecer por fin, se atrincheró bajo su sexo y empezó a pasear su lengua, cálida y fértil, por el tronco del pene, que la esperaba erguido y arrogante, acariciando con besos el tallo de su deseo inquebrantable sin prisa, sin apremio alguno.

Bañada por la luz espectral que entraba por la ventana, Lydia encontró la inspiración para engullir, en el momento preciso, su tótem venerado. El deseo delirante de la espera estaba causando estragos en Jon. Cegado por el pañuelo y recibiendo aquellas chispas incendiarias de sabiduría erótica que suscitaban su clímax, supo que la batalla estaba ganada y se dispuso a morir en su boca asfixiante. Pero ella no lo dejó. Estaba atenta a las constantes convulsiones que presagiaban el fin. Paró. Quería cabalgarlo y se subió sin piedad sobre él, buscando con inminencia el contacto de lo que era suyo por derecho. Sintiéndolo dentro, se inclinó para liberarlo del pañuelo que cubría sus ojos. Sus miradas se acariciaron con infinita pasión mientras ella

se movía firme sobre su único anhelo. Jon, sin poder agarrarse a sus caderas entregadas a un balanceo escurridizo, y contemplando aquel cuerpo que cortaba su respiración, se tuvo que limitar a sostenerla con la estricta penetración. El frenesí se abrió paso en aquella fantasía compartida.

—¡Me vuelves loco!

Aquellas tres palabras se escaparon de su boca sin control ni premeditación. Un escalofrío le recorrió las venas de su mar telúrico y un gemido surgió desde sus entrañas, como si fuera su último hálito, mientras Lydia, a la vez, se estremeció, ahogando un grito en el silencio de la noche florentina. Después se desplomó, exhausta, sobre la piel de su preso, brillante de sudor limpio. Cuerpo contra cuerpo, abandonando la enajenación del placer consumado, comenzaron a reírse al unísono.

—Desátame para que pueda aplaudir —pidió Jon entre risas.

Lydia, con la felicidad dibujada en el rostro, lo liberó suavemente de sus ataduras y se dejó rodear por sus brazos espartanos. No hubo necesidad de más ternura que el beso que, desde los labios de Jon, se posó en su frente. Abrazados a un cansancio delicioso, se durmieron sabiendo que, si las paredes hablasen, solo podrían recitar poesía del medievo inspirada en las noches prohibidas de Leonardo y la Gioconda.

* * *

Un sol florentino triunfal los despertó, colándose por las cortinas de la habitación. Quería iluminar su paseo por aquella inmensa galería de arte al aire libre. Lydia sintió un hambre atroz y se acordó de lo poco que habían cenado la noche anterior. Sonrió, feliz. Era su sino comerse y no alimentarse. Jon ya estaba en la ducha. Debía de tener un resorte que lo hacía saltar de la cama nada más abrir los ojos, sumergiéndose sin pereza debajo del chorro. Para Lydia, un ratito de desentumecerse, estirando sus músculos bajo las sábanas, era esencial, pero estaba tan hambrienta que rescindió la pereza de aquella mañana y se reunió con Jon en el baño, justo cuando él ya salía de la ducha, enrollado en una esponjosa toalla de aquel inolvidable hotel.

—Buenos días, dormilona. ¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó, energético y distraído, mientras se atusaba el cabello ante el

espejo.

—Me muero de hambre. Hasta que no desayune y me tome un café, no podré pensar.

—Anoche trabajaste muy duro… —la miró a través del espejo con sonrisa cómplice—, te mereces que te dedique toda mi atención, así que, venga —se giró y le dio un ligero azote en el culo—, espabílate, que a los italianos les gusta el *colazione* temprano. Te propongo ir paseando hasta la pastelería Sieni, una de las más antiguas de Florencia… Tienen los mejores cruasanes que has probado en tu vida y un café insuperable.

—¡¡¡Síííí!!! Dame dos minutos —dijo una silueta difusa por el vapor, alzando la voz a través del cristal de la mampara.

***

Caminaron a buen paso, adentrándose en las calles del centro de la ciudad. Daba igual dónde mirasen. El esplendor del Renacimiento estaba servido en dosis de belleza que se esparcían por doquier. Atravesaron por la Via Roma, pasando por delante de la Piazza della Repubblica, que invitaba a sentarse, con sus terrazas de toldos blancos al aire libre y su famoso tiovivo. Lydia se agarró al brazo de Jon no por acercamiento romántico, sino para poder seguirle el paso. El vasco sabía a dónde iba y sus zancadas dejaban atrás a la azafata. Después de desayunar, los paseos serían más relajados y habría tiempo para comentar y disfrutar de todo, pensó Lydia con alivio.

Dejando atrás la Basílica di San Lorenzo, vio a lo lejos unas letras grandes y doradas que rezaban «Sieni» y, poco después, empezó a percibir un olor a obrador que solo podía salir de allí. Tenía un escaparate colmado de pasteles de todo tipo y el aroma a café era una bendición. Entraron y se sentaron a una mesa de forja redonda con la tabla de mármol blanco veteado. Un camarero con mandil negro los invitó a que eligieran en la barra lo que quisieran comer y aprovecharon para pedirle un par de cafés con leche. Jon apuntó con el dedo, indicándole al empleado a través de la vitrina una bandeja repleta de cruasanes.

—Vas a ver lo que es un hojaldre de primera —le comentó a Lydia, que miraba entretenida todas las formas y colores de aquellos dulces perfectamente ordenados en grupos, mientras que el camarero

de la barra colocaba en un plato seis piezas de aquellas pequeñas delicias.

Se sentaron de nuevo a esperar a que les trajeran lo pedido. Jon empezó a contarle curiosidades de la cafetería que había leído. Los cafés tardaban y ella se estaba derritiendo de hambre. Cuando por fin llegaron, lo entendió todo. No eran cafés con leche sin más. Venían con una flor y un corazón dibujados sobre la espuma que rebosaba hasta el borde, con delicada pulcritud y finísimo trazo; pequeñas obras de arte perecederas que desaparecerían en cuanto sus labios dieran el primer sorbo a aquella tacita de porcelana. Lydia se acordó de los mandalas de arena que hacen los monjes del Tíbet para, al acabarlos, lanzarlos al viento.

—Aquí en Florencia hay un gremio de cafeteros especializados en dibujar en la espuma del café —le explicó Jon—. Te parecerá una broma, pero ese camarero que los prepara es un especialista y puede cobrar más de tres mil euros al mes por ocuparse solo de ello —y recalcó—: no hace nada más que manejar la cafetera y decorar cafés.

Lydia miró al hombre con cierta admiración y curiosidad. Efectivamente, su recorrido por la barra era mínimo. Tan solo se giraba para depositar sus diferentes creaciones sobre el mostrador y eran otros empleados los que los llevaban hasta las mesas.

—Por favor, prueba un cruasán. —Jon la miraba, sonriendo. Estaba encantado con que sus historias la dejasen analizando cada detalle.

Lydia dio un bocado a aquella mínima pieza de aspecto delicado rociada con azúcar glasé. Inicialmente pensó que era una exageración por parte de él decir que iban a ser «los mejores que había probado en su vida», pero, en realidad, se había quedado corto. El hojaldre era sublime; la textura, el sabor, el equilibrio… un verdadera locura.

—No tengo palabras —hablaba sin poder contenerse, con un poco de aquel azúcar tamizado enredado en sus comisuras—. Creía que los argentinos eran los reyes haciendo cruasanes; de hecho, estaba convencida de ello —añadió, metiéndose otro pedazo en la boca.

Jon se le acercó al rostro y, sujetándole la barbilla, le retiró con el dedo los relieves de azúcar de su boca. Lydia pensó que después la besaría, pero simplemente no lo hizo. Como si nada relevante hubiera pasado, él volvió a lo que estaban hablando.

—Bueno, los italianos y los argentinos son de la familia;

recuerda, los primeros son los padres de los segundos. Establece la conexión… Piensa en una receta secreta que se filtró por un descuido y se marchó en un barco lleno de emigrantes rumbo a América… —hizo una pausa—… y ya tienes una posible respuesta. —Después bebió un trago de su café, dejándose las huellas de la espuma dibujadas en su labio superior.

Ella lo miró, divertida, y, cogiendo una servilleta, se acercó a su boca y decidió mejor besarlo, llevándose con el gesto los restos de la flor que, marchita en la taza, empezaba a desaparecer. Luego arrugó la servilleta en su mano y la depositó en la mesa.

—Me ha parecido la mejor forma de sellar aquel secreto —dijo, mirándolo con mesura.

—Tú quieres algo… —Se terminó el café con cuidado de no volver a mancharse.

—Sí, que me enseñes Florencia a tu manera y todas las historias que encierra. —Y añadió—: Me lo voy a creer todo… Vámonos, estoy ansiosa.

—¿No quieres otro café?

—Habrá tiempo de otro más adelante… Mira, nos llevamos los cruasanes para el camino —dijo, metiéndolos en el bolsillo del anorak, dentro de otra servilleta.

Jon alucinaba con la impulsividad de Lydia. Esos pequeños detalles audaces que él era incapaz de tener le daban esa bendita ingenuidad espontánea que lo cautivaba de ella. Sonrió.

—Estás loca, pero tengo que reconocer que es una idea estupenda.

Salieron. Aquel sol de invierno invitaba a pasear sin rumbo. Caminando, llegaron a la Piazza del Duomo, donde Santa Maria del Fiore los vio aparecer de la mano, dispuestos a subir los cuatrocientos catorce escalones de su campanario. Lydia iba delante, ascendiendo por una escalinata que se iba estrechando según subían hacia sus siete enormes campanas. En la mitad, fue Jon quien tomó el relevo, tirando de ella en su ascenso al cielo toscano.

—Vamos, un último esfuerzo —la animó él, viendo el último tramo.

—Me tiemblan las piernas —anunció Lydia, tomando resuello.

—Eso no lo decías anoche…

—Anoche, te temblaban a ti —contestó con el único aliento que

le quedaba, entre risas.

Arriba, a través de un enrejado que simulaba una enorme jaula de pájaros, las vistas de Florencia no les dejaron opción al flirteo. Lydia se agarró a Jon, invadida por un cierto pánico a las alturas. Estaban jadeando y, refugiada en su costado, podía sentir el corazón bombeando sangre a un ritmo desorbitado. Puso la mano en su pecho, sintiéndolo, consciente de que nunca lo tendría tan expuesto, tan vulnerable y vivaz como en ese instante. Mientras, él, ajeno a sus pensamientos, contemplaba los tejados y las cúpulas que la capital renacentista tendía a sus pies. Parecía estar buscando algo.

—¿Te acuerdas del libro que te regalé? —Jon continuaba mirando al infinito y le habló como recordando.

—Claro… Me lo terminé justo antes de venir aquí —contestó Lydia, aún abrazada a él.

—¿Sabes lo que hay ahí, a lo lejos? —preguntó, señalando en una dirección—. Entre aquellas dos cúpulas a ambos lados de una travesía…

Lydia fijó la vista, pero era complicado. Jon insistió.

—Mira —la agarró por los hombros y se situó detrás de ella—, sigue mi brazo —estaba señalando hacia una zona llena de tejados casi todos rojizos—. ¿Ves esa cúpula enorme y un poco más abajo otra más pequeña, al otro lado de aquella avenida?

—Síííí…, justo a un palmo hay una torre… —Estaba indicando la medida con una mano en la dirección que Jon señalaba.

—Ahí, si no me falla la orientación…, esa es la calle de los anticuarios de Florencia. —Se calló un momento, esperando a que Lydia entendiera—. La Via Sguazza, ¿recuerdas? Es la calle donde nació la Gioconda.

—¿En serio? Pero… ¿cómo has podido verlo desde aquí? —Lydia tenía la mano puesta en la frente a modo de visera, intentando agudizar la vista aún más.

—He calculado guiándome por los tejados de los monumentos más significativos. —La miró, sonriente—. Para mí es fácil. Tengo el sentido de la orientación muy desarrollado. —Y añadió—: Conmigo nunca te perderás.

—Vaya, qué bien. —Se giró hacia él, impresionada—. El mío es pésimo —pronunció con total honestidad.

—Pues no te separes de mí…

—No pienso hacerlo…

—Esta ciudad está llena de italianos… y seguramente más de uno querrá ligar contigo.

—Eso me preocupa menos que perderme.

—No sabes la labia que tienen… —Estaba provocándola.

—Seguro que ninguno sabe dónde nació Mona Lisa… No pueden competir contigo.

—Probablemente, ya que es un descubrimiento bastante reciente —dijo Jon, colocando sus brazos por encima de los hombros de ella—. La mayor parte ni se habrá enterado, por suerte para mí…

—¿Por suerte para ti? —Lydia repitió la afirmación a modo de pregunta mientras rodeaba la cintura de Jon.

—Claro… Si no supiera casi en exclusiva los últimos acontecimientos relevantes del mundo… ¿cómo podría seducir a una azafata? —La besó con dulzura en la punta de la nariz.

—Tú sigue así, que vas muy bien. —Y, riéndose, tiró de su mano para empezar a bajar la escalera del *campanile* de Giotto, impulsada por la energía de toda aquella magia entre ellos.

Estaba en Florencia, con el hombre más sensible, interesante y apuesto que jamás soñó. Sabía que aquella ciudad causaba desmayos diagnosticados como síndrome de Stendhal, pero, después de tenerlo a él tan cerca, había quedado inmune a todos aquellos síntomas relacionados con la contemplación de lo inefable. Bajó la escalera corriendo, perdiendo de vista a Jon. Fabuló con que descendía sujeta a un imaginario hilo rojo y que el otro extremo estaba bien atado al dedo meñique de su hombre, quien, más tranquilo, descendía peldaño a peldaño, seguro de no perderla. ÉL. Su maravilloso hallazgo. Como Dante y Beatriz Portinari, como Da Vinci y Lisa de Gherardini y como tantos amores, posibles e imposibles.

Cuando Jon llegó abajo, Lydia estaba esperándolo apoyada en una columna del edificio de enfrente, contemplando la fachada del impresionante Duomo y comiéndose uno de los cruasanes que había guardado en su bolsillo.

—Este, para evitar tus agujetas —dijo, recibiéndolo con una espléndida sonrisa mientras le tendía la servilleta con el hojaldre.

—El azúcar nunca está de más entre nosotros…

La tomó del hombro y continuaron su paseo sin rumbo aparente por las calles del casco histórico. Formaban un hermoso binomio y

Florencia les quería ofrecer los más bellos rincones de su historia. Ambos conocían la ciudad, pero no eran conscientes de cuánto. Sus cafés, el mercado central, las pequeñas iglesias, el empedrado, la cárcel de ladrillo rojo, las marcas del agua reflejadas en las paredes, recordando las inundaciones y por dónde había llegado a desbordarse el agua del río. Todo era fácilmente reconocible. Hasta sabían dónde se cruzaban el cardo y el decumano[1] cuando volvieron a pasar por la Piazza de la República. Era como moverse por un decorado de una obra familiar.

Jon sugirió pararse en un puesto a comer, en esa ocasión un *lampredotto*, el tradicional bocadillo de la capital toscana.

—¡¡¡Ufff!!! Pica, pero está rico… ¿De qué es? —indagó Lydia tras dar el primer bocado e intentar identificar los ingredientes.

—¿Seguro que quieres saberlo? —contestó Jon, dando aún más misterio al famoso pan relleno.

—Con lo bueno que está, puedes decir lo que quieras.

—Tripas de vaca… —La miró con sonrisa perversa, a ver por dónde salía.

—¿Quéééé? —Se llevó la mano a la boca, y la mirada, al bocadillo mordisqueado—. ¿En serio? Oh, Dios, no debería haber preguntado…

—Es una antigua receta del siglo XV. Comida para gente pobre que solo podía comprar las partes de la vaca desechadas por los carniceros. —Jon contaba la historia divertido ante las caras que Lydia ponía—. Además, para darle más contundencia, se le añadían hortalizas baratas, como la cebolla, y se dejaba cocer todo junto, hasta que se quedaba en su jugo.

—O sea, que nos estamos comiendo un bocadillo de callos en Florencia —resolvió Lydia, aún con cara consternada.

—Técnicamente, se podría decir que sí… pero ¿no vas a comer más?

—Uy, no, esto llena muchísimo… —Era una mentira piadosa y, como excusa, bastante mejorable—. Tengo que dejar sitio para un helado. Termínatelo tú por mí.

—Genial… pero tienes cara de hambre. —Miró en dirección al kiosco de helados—. Ahora vamos a por el postre…

Siguieron el paseo con sus *gelatti* en ristre hasta llegar al mercado de San Lorenzo, bullicioso y entretenido y donde el olor a piel curtida

y el colorido de los diseños de cuero los acompañaron puesto a puesto.

—Me encanta esa cazadora para ti —comentó Lydia de repente, señalando una chaqueta marrón colgada de una barra, con cuello de solapa y cuatro bolsillos.

—¿Me la pruebo? —preguntó Jon, sorprendiéndola.

—¡Síííí! Quiero verte con ella.

—Cuidado, me puedo volver irresistible. —Jon le guiñó un ojo.

—¿Más? Correré el riesgo…

El dependiente, siguiendo las indicaciones de ella con el dedo, bajó la percha ayudándose de una especie de tridente. Aquella pieza de finísimo cuero puesta en el cuerpo de Jon parecía hecha a medida y le sentaba de infarto. Lydia se acercó, le levantó el cuello y le tiró del cinturón para ajustárselo. Luego, dio dos pasos atrás para analizar la imagen y disfrutar del modelo.

—Te queda espectacular —sentenció, convencida.

Jon se contempló en un espejo de medio cuerpo, primero de frente, luego de perfil. El hombre del puesto asentía con la cabeza en señal de aprobación y repetía sin cesar: «Vera pelle di alta qualità».

—No me queda mal, ¿verdad, cariño? —Seguía pendiente del espejo y, para darle mayor énfasis a la compra, le dijo al dependiente —: Si no le gusta a mi esposa, no hay nada que hacer…

Lydia lo miraba, divertida, empezando a meterse en el papel cuando vio que el hombre ya solo se dirigía a ella, ensalzando la prenda.

—*Signora, è un capo squisito di alta qualità… Il signore è molto elegante con il.*

—Sí, creo que tiene usted razón, pero seguro que el precio es elevado… —Ponía carita de preocupada, para empezar un regateo contundente y sagaz.

—*Non preoccuparti del prezzo, per te ho il meglio*… —El tipo tenía claro que no se le escapaba la venta.

—Mi amor, si te gusta y este señor nos hace una rebaja, te la regalo. —Lydia lo tenía decidido, pero antes iba a llevar al vendedor, apretándolo, a un precio mucho más que razonable.

Jon, que todavía pensaba que Lydia bromeaba, se quedó en un segundo plano, observando cómo su supuesta esposa iba bajando el precio y llevándose al hombre a su terreno, en un vaivén de cifras que oscilaban siempre a su favor. Estaba disfrutando al ver a una Lydia

desconocida, tenaz y firme con la calculadora e intensamente atractiva con ese genio persuasivo de negociadora casual. Se la hubiera comido a besos, pero prefirió disfrutar de la escena mientras ella, encantadora y contundente, ganaba la batalla por la chaqueta más deseada de todo el mercadillo.

—*Va bene, signora. Accetto la sua offerta…* —El hombre estaba agotado de regatear, pero contento con la venta. Sonreía. Se había divertido también y, dirigiéndose a Jon por segunda vez en todo el episodio, le comentó—: *Sua moglie è tanto bella quanto indómita… ha fortuna…*

—Lo sé —contestó, complacido, aunque contrariado cuando vio que, efectivamente, Lydia sacaba su cartera para pagar.

—No, de ninguna manera…

Lydia se acercó sigilosa a su oído y le dijo:

—Quiero hacerlo. Me has regalado un viaje inolvidable y yo lo he aceptado… Ahora, disimula. —Miró hacia el vendedor, sonriendo—. Nuestro amigo se va a dar cuenta de todo. —Y, concluyendo la frase, se alejó de él para darle la visa al dependiente mientras Jon se quedó aceptando el inesperado regalo.

—*Grazie, signora… Sei un eccellente commerciale…* —El señor le devolvió la tarjeta.

—Un *piacere* negociar con usted —contestó ella, mitad en italiano y mitad en español.

Jon se acercó y la besó, abrazándola, antes de dejar el puesto.

—Gracias, me encanta. —Parecía sincero, porque se había dejado la chaqueta nueva puesta y había guardado en la bolsa la que llevaba.

—*Ahhh… l'amoreee!* —oyeron decir al hombre, mirándolos, antes de alejarse.

Y era verdad. Agarrados de la mano por Florencia, eran una pareja de enamorados que fluían dejando a su paso una estela de sentimientos perceptibles a cualquiera que los mirase. Continuaron con su *passeggiata* hasta la Piazza della Signoria, donde el Palazo Vecchio y todas sus esculturas los estaban esperando. Subieron a la terraza de la cafetería de los Uffizi, sobre el techo de la Loggia. El cansancio empezaba a notarse. Desde arriba, aquella plaza en pleno bullicio y esplendor parecía sacada de un cuento medieval. Pidieron dos cafés y, simplemente, no pudieron apartar sus ojos de aquel «palacio viejo», con su imponente balconada de gran voladura y su

torre, inconmensurable obra que permanecía incorrupta desde el Renacimiento, como si el paso del tiempo no le afectase.

De allí se fueron a tocar el hocico del Porcellino, para rendirle su pequeño homenaje, aunque no tiraron la moneda a la fuente. Esa era una tradición de turistas que buscaban tener la fortuna de volver a Florencia. En su caso, era ridículo. Sentían la ciudad como su hogar de una forma mística y paseaban por sus calles integrándose en la historia que recogían, sin poder evitarlo. No se podía volver a un lugar del que, en esencia, nunca te habías ido.

Caminaron por el Ponte Vecchio en un atardecer de película y lo cruzaron en ambas direcciones para terminar cenando en una *trattoria* escondida entre sus calles aledañas. Era tan pequeña como íntima, perfecta para terminar un día lleno de sensaciones difíciles de explicar. Tampoco era una cuestión que les preocupase. Lo que estaban viviendo era real, y las similitudes de su encuentro con capítulos del pasado siempre podrían considerarlas pura entelequia.

Volvieron al hotel entre risas y silencios. Jon subió a la azotea para conseguir una botella de vino y disfrutarla en la habitación. Lydia, mientras tanto, aprovechó para encontrarse con el agua de la ducha y neutralizar aquel cansancio que se había instalado en su cuerpo por la intensidad del día. Después, se enrolló en una toalla y dejó caer su cuerpo en la cama, en un intento de recuperarse antes de que él volviera.

Cuando Jon traspasó la puerta, portando la botella abierta y dos copas, encontró a Lydia tendida en una postura dócil, profundamente dormida. Estaba de lado. La toalla envolvía su cuerpo, abrazándolo por partes y dejando otras a expensas de la mirada curiosa del recién llegado. Tenía el cabello recogido en un moño despeinado y un par de rizos le enmarcaban el rostro, dándole un aire artístico difícil de olvidar. Un brazo se había quedado debajo de la cabeza, acunándola, mientras el otro colgaba, desmayado. Las piernas, una estirada y la otra recogida, anclando la armonía de sus curvas, habían sido olvidadas por el paño blanco y, con la luz del ocaso entrando y posándose sobre ellas, lucían con un tono dorado y brillante ante los ojos de Jon. Los hombros desnudos y un pecho relevante al descubierto le llenaron las ganas de inspiración desbocada. Necesitaba dibujarla.

Cogió el lápiz y el cuadernillo con el logo del hotel que había

sobre la mesa y, acercando una silla, empezó a hacer trazos suaves, haciendo un boceto de su estampa con delicadeza extrema, mirándola y calculando la proporción adorable de aquel cuerpo inconsciente del posado magistral del que estaba siendo objeto. Sudaba. Hacía calor y ni siquiera se había quitado la chaqueta, pero no podía parar. Su mano movía con agilidad el lápiz sobre el papel y las líneas iban tomando forma. En pocos minutos, había capturado la imagen de aquella criatura que lo estaba dulcemente invadiendo, de una forma incomprensible.

Se sirvió un vino contemplando su obra. A veces dibujaba y lo hacía con cierta destreza. Paisajes, animales, edificios…, cualquier cosa podía ser susceptible de verse plasmada por su mano diestra. Pero nunca había dibujado a una mujer semidesnuda y postrada en su cama. No sabía cómo interpretar los sentimientos que lo habían empujado a hacerlo. Se quedó bebiendo y observándola. Empezaba a sentir un miedo visceral que lo atenazaba. Se había construido una fortaleza infranqueable en torno a su corazón, y ella, con todo ese arrebato de virtudes adorables, había encontrado una minúscula fisura por la que se estaba colando. Porque, más allá de los jirones de deseo que le arrancaba con solo mirarlo, ella era capaz de mover su suelo bien cimentado, de sacar brillo a sus abrazos desvencijados, de encontrar un gusto altruista a esos besos románticos que tenía tan olvidados. No sabía cómo pararla.

Aquellos pensamientos se desvanecieron cuando Lydia se movió, aún dormida, buscando refugio en la toalla. Huyendo de su embrujo, se resistió a tocarla, pero se levantó y la tapó con una manta. Al alejarse, le rozó levemente la piel y su musa se estremeció.

—Ven. —Vio que sonreía y, sin abrir los ojos, se giraba, buscándolo.

Capítulo 13

> ¿Qué hacer cuando, lo que se quiere y lo que debes hacer, no es lo mismo?
>
> JULIO CORTÁZAR

Los días restantes en Florencia fueron discurriendo ágiles, colmados de momentos compartidos, viviendo cada minuto con infinita intensidad. Alquilaron un coche y salieron de la ciudad animados por el magnífico tiempo que hacía, para visitar todos aquellos pueblos idílicos de la Toscana. Fueron días de vino y pecorino, de escalinatas estrechas y miradores amplios y de locura italiana al volante adornada con risas, besos y felicidad pertinaz.

La última tarde, ya en Florencia, subieron a la Basílica de San Miniato en autobús de línea, para así tener la oportunidad de bajar tranquilamente paseando a lo largo de la orilla del Arno y despedirse con el mejor atardecer reflejado en el agua, bajo los ojos del Ponte Vecchio.

Recibieron la noche ya en el hotel y cenaron de nuevo en su espectacular terraza restaurante. Brindaron, recordando su anecdotario de viaje y esquivando la nostalgia de lo que en breve serían imágenes del pasado.

Toda era luz y buenos presagios hasta que, de repente, la pantalla del iPhone de Jon se iluminó a consecuencia de un wasap entrante. Él miró de soslayo el mensaje recibido y, discretamente, desvió con trivialidades la atención de Lydia, quien, esperando un comentario por su parte, lo miró sin hacer preguntas. Habían permanecido ausentes del mundo, imbuidos en un universo paralelo que los mantenía ajenos a todo. Jon no dijo nada, pero silenció el teléfono y lo metió en su bolsillo. Lydia, incómoda, se tragó sus conclusiones. Aquella actitud creó una distancia entre ellos hasta entonces desconocida. De nuevo

eran extraños, aunque, esa vez, con recuerdos.

Poco a poco la conversación se fue tornando ecléctica, carente de magia. Tocaba volver y, en consecuencia, recuperar sus vidas dispares en Madrid, sembradas quizá de detalles no dichos y virulenta realidad. Apoyados en el vino, consiguieron despegarse del vacío que les dejaba la partida. Lydia, con el estómago cerrado por lo ocurrido, casi no comió y terminó bebiendo demasiado, mientras que Jon, misterioso y lejano, permaneció en un estado mental impertérrito, como si con él no fuera el asunto, obviando que ella se estaba ahogando en dudas y sin intentar pararla cada vez que, arrebatada, se volvía a llenar la copa. Parecía como si quisiera castigar su incongruente reacción.

Terminaron la cena sin postre ni miradas cómplices. Lydia estaba claramente bebida y Jon tuvo que bajarla con disimulo, dando tumbos, hasta la habitación. Sin compasión ni culpa, tiró de su ropa con paciencia mientras ella se resistía visceral e insoportable, llorando lágrimas de vino y tristeza.

—Tienes que ducharte o te dará vueltas la cabeza toda la noche.

—Déjame, estoy bien, solo un poco mareada. —Estaba tirada en la butaca, mirándolo con ira mientras la desnudaba.

—No sabes lo que dices. —Jon luchaba para sacarle los pantalones de pitillo sin escucharla mientras ella pataleaba como una niña consentida.

»Vas a entrar en esa ducha. —Empezó a desvestirse, entendiendo que o entraba con ella o acabaría arrastrándola por la habitación como un cavernícola.

—Por encima de mi caaadáver. —Se le trababa la lengua. Estaba en ropa interior, con unos calcetines rosas, mirándolo enrabietada.

—Venga, no estoy para numeritos. —Estaba ya desnudo, intentando convencerla, y se sintió ridículo pronunciando aquellas frases conciliadoras dirigidas a una fémina testaruda y completamente ebria.

Lydia se levantó de la butaca y se dirigió a él con inseguros pasos y actitud displicente. Se colgó de su cuello y, balanceándose, le buscó la boca ante la mirada perpleja de él. Lo besó apretando los labios y con los ojos abiertos para no marearse. Luego se separó, se quitó las bragas, haciendo un curioso equilibrio que a punto estuvo de hacerla caer, y concluyó la patética escena tirándose sobre la cama con las piernas abiertas.

—Si quieres follarme, tendrá que ser aquí…

Jon miró con seriedad analítica la escena de arrabal, obviando las buenas formas, ya gastadas. Había colmado su paciencia.

—Muy bien…, no me dejas opción.

Se acercó con mirada fría, tumbándose sobre ella y apretando sin penetración su miembro contra el pubis de Lydia para poder cargarla. Pasó su brazo por la espalda y se la echó al hombro.

Lydia chillaba y pataleaba, colgando de Jon de camino al baño.

—¡Bájame! ¡No quiero ducharme!

Él abrió el grifo con la misma tranquilidad que si llevase encima un saco de patatas. Lydia, con el sostén aún puesto y un solo calcetín después de haber perdido el otro pateando el pecho de aquel Goliat indolente, fue introducida entre gritos bajo el agua. Ciñendo las indomables piernas en torno a su cintura y sujetando su espalda contra el alicatado, Jon dejó que el tibio chorro calmara el sofoco de aquel combate insospechado. Lydia, empapada, se retiró el pelo de la cara, intentando respirar, y entonces vio aquellos ojos azules que la inconsciencia etílica le había hecho olvidar y reaccionó, abrazándolo, buscando su perdón.

—Lo siento, amor… Lo siento…

Él, dándose cuenta de que había vuelto, la penetró, buscando su fondo marino sin piedad y dejando que el agua amortiguara aquel rozamiento enloquecido y frenético. Lydia, abrazada a él, lo recibió como una respuesta a su disculpa. Sentirlo dentro, con ese ímpetu, despejaba sus nubes grises. Sumida en un jadeo ascendente, se sujetó con fuerza a los hombros de Jon, quien, sin clemencia, empezó a empotrarla, entrando y saliendo de aquella gruta de inagotable placer que le despertaba los instintos más primarios. Ella, escuchando sus envites con sonoridad trágica, lo dejó entrar hasta rincones de su anatomía que desconocía, y un orgasmo abrupto se desencadenó desde muy dentro. Gemía sin control cuando Jon le rasgó el sujetador con los dientes, desgarrando el encaje como penitencia. Sus ansias eran una cruzada de dioses envilecidos por una ira alimentada de deseo desmedido. Nunca lo había visto así de loco. Nunca antes ella se había sentido tan vulnerable y presa de una sumisión tan desoladora. Había pasado de un cielo fascinante a un infierno corrosivo, donde la embriaguez dejaba paso a las dudas, al desconcierto y a la imposibilidad de separarse de aquella carne que tanto deseaba.

Después, la bajó de su cintura y la giró con dureza. Lydia apoyó sus manos en la pared mientras el agua golpeaba su espalda. Y volvió a entrar en su cuerpo. Enarbolando su falo de roca como un señor feudal con derecho de pernada, ella lo recibió acariciándose el clítoris y corriéndose de nuevo entre gritos de garganta irreconocibles, intentando controlar el temblor de sus muslos, que volvían a festejar la llegada de su amo. Miró hacia abajo y vio sus propios pies, uno desnudo y el otro cubierto de rosa con aquel calcetín empapado que le recordó que todo aquello realmente estaba pasando. De repente, Jon paró, sacando súbitamente el miembro y apoyándolo en su espalda. Oyó el gemido característico de él cuando el éxtasis llegaba a su punto más álgido, y supo que después vendría un frío inmenso. Tendido sobre ella y restregándose contra su piel tersa y mansa, Jon le desabrochó los restos de la lencería maltrecha y se agarró a sus senos, que pendían, goteando, con total sumisión.

—Supongo que esto es lo que querías. —Se separó de su cuerpo, arrogante y vencedor, y salió de la ducha sin esperar respuesta, para después, cerrando la puerta tras de sí, dejarla sola debajo del grifo ardiente.

Lydia sintió que una náusea se apoderaba de ella, y empezó a vomitar un río ensangrentado. Las arcadas se sucedieron como olas de maremoto y a borbotones fue saliendo todo ese vino maldito que le había arrebatado sus epifanías, tiñendo de granate intenso la sombra de la culpa. Dejó que el agua se llevase su desproporción ante los hechos y, poco a poco, fue recomponiéndose. Comenzó a sentirse mejor. Volvía a ser ella, después de sacar de su cuerpo el caldo amargo que la había llevado a estamparse contra su propio sueño. Cerró el grifo y arrastró de la cara el agua mezclada con lágrimas de arrepentimiento.

Cuando salió de su refugio de vapor y quebranto, vio que Jon estaba en la cama, ya dormido, y entendió que ya no habría abrazos entre las sábanas ni suspiros sutiles. Había guardado toda su ropa en la maleta y Lydia eso lo interpretó como un símbolo de que ya no estaba allí.

Se puso el camisón y empezó a recoger sus cosas en extremo silencio, de puntillas, como si estuviera robando. No quería despertarlo y encontrarse con su desdén. Al levantar su pañuelo de encima de la mesa, aquel con el que noches atrás había vendado sus

ojos, un papel cayó al suelo. Estaba oscuro y entre las sombras vio que era un dibujo a lápiz. Se acercó despacio a la ventana para poder verlo bien. Era la imagen de una mujer tumbada en una cama y parcialmente cubierta por una tela. De inmediato, se reconoció a sí misma, dormida. Un pellizco en el alma hubiera dolido menos. Deseó volver a aquel instante donde había posado para él inconsciente de toda aquella inspiración que le había despertado. Una profunda tristeza la invadió al pensar que quizá Jon no volvería a mostrarse tan cerca de ella. Sus sentimientos habían quedado plasmados con trazos desesperados e intrépidos que en ese instante, contemplados por sus ojos, parecían caer en el olvido de un amor postergado. Guardó sigilosamente el dibujo en el bolsillo interior de la chaqueta de Jon, albergando la esperanza de que, cuando lo encontrase, fuera esa la imagen que retuvieran sus pupilas y no la de esa noche escatológica y lúgubre.

Muy despacio, se metió en la cama, respetando la distancia de seguridad de sus cuerpos, como en una pandemia viral. La tristeza y el cansancio le trajeron ganas de dormir y olvidar sus pesares. Se abrazó a la almohada y, cerrando los ojos, se acordó de Dante y su *Divina comedia*. Había estado en el cielo y en ese momento el camino se tornaba incierto. Volvió a pensar en aquel precioso dibujo en el que su cuerpo parecía el de una Venus tendida, con una belleza indefinible. Una media sonrisa vino a iluminarle el rostro y la esperanza mientras, del otro lado de la cama, su amante desconocido respiraba con fuerza, dentro de la profundidad de un sueño blindado por el despropósito de aquella noche de luna de hiel.

* * *

El taxi llegó puntual a la puerta del hotel Continentale. Un día gris plomizo envolvía la ciudad de Florencia, que los despidió con cierta decepción, cubriendo sus vistas, camino de la estación de tren, con una neblina entumecida que tapaba con aire de venganza todos aquellos rincones familiares y bellos que los acompañaron en sus paseos por el Renacimiento.

Habían desayunado juntos, charlando sobre horarios y demás pormenores del viaje de vuelta. No hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que Jon estaba ya de regreso en su mundo y que, a

ella, la había dejado fuera. Lydia intentó conciliar, buscando llevar la conversación a un terreno más cercano, pero él resultó ser un muro férreo e infranqueable. Una mirada vacía junto a una actitud distante fueron lo único que dejó ver. Ni una palabra de lo ocurrido la noche anterior. Todo pertenecía ya al olvido, pero las consecuencias estaban ahí.

Se sentaron en el vagón del tren que los llevaría a Roma y cada uno sacó un libro para que aquella hora y media larga se les hiciera menos insoportable. Jon no viajaba con la chaqueta que le regaló. La había guardado en la maleta con premeditación, dejando claro que los recuerdos felices de aquel viaje había que dejarlos al margen de su regreso. Llevaban un asiento libre entre ellos, que a Lydia le pareció el abismo más insalvable. Se entretuvo mirando por la ventana, presa de pensamientos retóricos, con las piernas y los brazos cruzados, protegiéndose de aquel ambiente enrarecido que había desterrado sus anhelos fuera de la jurisdicción divina. Estaba deseando llegar al aeropuerto de Fiumicino. Al menos el avión y sus compañeros la harían sentirse más cerca de casa, en un terrero que la dotaba de alas para escapar de aquel sentimiento de silencio y soledad.

Se bajaron en la terminal del aeropuerto de Roma y anduvieron sin prisa hasta los mostradores de facturación. Jon caminaba delante, presto y erguido, sabiendo perfectamente el rumbo y la dirección de su paso firme. Lydia sacó su documentación y se la entregó a Jon ante la azafata de tierra que los atendió con amabilidad y rapidez. Puso las tarjetas de embarque en la mano de él y se despidió de ambos, dando por sentado que eran una pareja encantadora. Una vez pasados los controles, Jon entregó su tarjeta a Lydia y buscó una excusa para separarse.

—Voy a comprar unas revistas. Nos vemos en la puerta de embarque.

Lydia no dijo nada, solo asintió con la cabeza mientras cogía su pase para abordar. Se sentía perdida y desolada, sin poder articular palabra.

Para él también estaba siendo difícil la situación y quería estar solo. Se giró sin más y empezó a avanzar en dirección opuesta a ella.

Era la primera vez que se separaban en seis días y, a pesar de su actitud seria y alejada desde Florencia, aquel distanciamiento repentino rasgó la fortaleza de Lydia y la invadieron unas ganas

inmensas de llorar, pero no lo hizo. Caminó con su amor propio pertrecho buscando la puerta de embarque y, cuando la encontró, se sentó a esperar con la impotencia de no saber cómo buscar una salida a aquella postura cruel que la paralizaba.

Una idea odiosa volvió a conspirar contra ella… ¿Y si se había ido para contestar aquel mensaje? ¿Y si no andaba tan desencaminada la noche anterior, cuando sacó toda esa rabia provocada por un wasap, que apareció súbito a cargarse todo lo vivido en Florencia? Y si, y si, y si… Otra vez las dudas y los celos. De nuevo la inseguridad y una amenaza en el aire. Estaba desencajándose por momentos. Respiró hondo para calmar la ansiedad, pero sus ojos centelleaban mirando al infinito por donde él se había ido. Pensó en salir corriendo hacia la tienda de revistas para pillarlo in fraganti chateando con la causa de su desdicha. «¡Oh, no, por Dios!», reflexionó, recuperando la cordura. No podía hacer eso, desplazando su dignidad y poniéndose en ridículo. Pero tenía que hablar con él. No podía quedarse con aquella sensación de indefensión ante ese fantasma con falda que rondaba por su cabeza una vez que llegaran a Madrid y se separaran, esa vez de verdad. Encendió el móvil, que llevaba desconectado un par de días. Rápidamente, los mensajes empezaron a entrar. Tenía varios de Gloria.

* * *

Jon entró en la tienda de revistas y empezó a curiosear por los estantes. Necesitaba un tiempo a solas para relajar toda esa energía tóxica que le recorría el cuerpo. Eligió dos publicaciones que le parecieron interesantes y sacó el teléfono del bolsillo antes de pagar. No pudo evitar mirar en primer lugar el mensaje por el que Lydia había perdido el control la noche anterior.

> Gonzalo: Acá, aburrido en mi sillón. Espero
> ansioso que me cuentes si te llevaste a la azafata a
> mi tierra… Dale, ¡da una alegría a este viejo!
> Capaz que aún estás allá…

Jon contestó sin ganas, convocando a su amigo a hablar a su regreso.

> Jon: Efectivamente, me pillas en el

aeropuerto de Roma, a punto de volver. Te llamo mañana. Un abrazo.

Desconectó el móvil nada más terminar de escribir. Conocía al argentino. No tenía ganas de explicarle lo ocurrido y que encima le diera la razón a ella. Respiró hondo, dejando que el aire se llevase sus demonios. Se acercó a la caja, pagó las publicaciones y salió de la tienda. Quizá estaba siendo un poco duro con Lydia. Bajó el pistón de la indiferencia y caminó, más relajado, hacia la puerta de embarque.

* * *

Lydia leyó rápidamente los wasaps de su amiga.

Gloria: ¿Qué tal por Florencia?
Gloria: Si tienes un rato, me cuentas cómo te lo estás pasando.
Gloria: Vale, aún no me has leído. Veo corazones por todas partes…
Gloria: Hola… ¿hay alguien por ahí? Anda, llámame cuando llegues a Madrid, y disfruta… ¡¡a muerte!! ❤️

Decidió llamarla. Necesitaba contrastar con su amiga lo ocurrido.

—Hombre, la desaparecida…

—Hola, cielo. Perdona que no te haya contestado antes. Llevo dos días sin encender el teléfono.

—¿Estás bien? Esa voz no me gusta un pelo… —Imposible que Gloria no se diera cuenta en el primer minuto de lo mal que estaba.

—No mucho… Todo iba sobre ruedas y ayer, de la manera más tonta, creo que la cagué…

—Bueno, no será para tanto… A ver, desembucha…

—No tengo casi nada de tiempo. Jon ha ido a comprar unas revistas y debe de estar al caer. Estamos a punto de embarcar.

—Pues date prisa o hazme un resumen…

Lydia le empezó a narrar a su amiga, sin entrar en demasiados detalles, todo lo ocurrido. Explicar a contrarreloj no era su fuerte y se empezó a atropellar, como una loca histérica. Cuando terminó, Gloria, asimilando aquel torrente de información a destajo, comenzó a hablar lo más calmada posible.

—A ver, vayamos por partes. —Hizo una pausa—. A ti lo que te molestó es que se metiera el teléfono en el bolsillo para que no pudieras ver de quién era el mensaje, ¿es así?

—Exacto, ahí comenzó todo mi desastre. —Sabía que Gloria haría una perfecta disección de los hechos y la dejó seguir hablando.

—Bueno, entiendo que aquello no te gustase, pero tampoco tenía obligación de aclararte nada… Seguro que se te cambió la cara y ya no volviste a ser la misma. Conozco tus caras de culo y, créeme, son de lo más irritantes.

—Por eso empecé a beber más… Me sentí insegura con su actitud…

—Ya, cariño, pero se te fue un poquito de las manos… —Gloria la estaba viendo tan mal que medía cada palabra que salía por su boca, intentando no hundirla más.

—¿Un poquito? Hay partes de la noche que no logro recordar…

—Bueno, pues… a lo hecho, pecho. Ya no se puede rebobinar. Está claro que Jon se molestó por tu actitud, porque no me negarás que te pusiste insoportable. —Y añadió—: Seguramente no sabes ni lo que le dijiste…

—Ya te digo que tengo lagunas y, hasta que no me metió en la ducha, estoy confusa… No me acuerdo bien de nada. —Se estaba esforzando por recordar, sin éxito.

—A ver, Lydia, es un tío maduro. Tiene un pasado y una vida llena de cosas y gente, exactamente igual que tú. Probablemente una pregunta en buen tono hubiera evitado todo este mal rollo… ¡Vete a saber de quién era ese mensaje! Igual era su ex, diciéndole cualquier barbaridad, y pasó de ella metiéndose el móvil en el bolsillo… Tienes que ser consciente de que has entrado en su vida hace poco más de un mes. No puede cortar con todo de repente.

—Ya, lo sé. Por eso he decidido hablar con él ahora, durante el vuelo… ¿Qué te parece? De pronto, cuando se ha ido a comprar las revistas, me han vuelto las dudas y los celos. No puedo más con esto…

—Si vas a hablar con reproches y enfadada, no lo hagas. —Gloria fue rotunda.

—Pero tengo que hacerlo antes de llegar a Madrid. No puedo irme a casa con esta intriga de no saber cómo se queda lo nuestro…

—Si te tranquilizas y ves la ocasión, perfecto. Si no se da, no fuerces. Solo servirá para empeorar las cosas. Ese es mi consejo, o sea

que, de momento, deja de pensar mal. Él decidió irse contigo a Florencia y no con otra, ¿no? Lo habéis pasado genial hasta ese maldito wasap… Céntrate en eso y háblale con sinceridad, relajada y sin rencores. Hazme caso o mejor cállate y duerme todo el vuelo, y luego ya se verá…

La coordinadora de la puerta, ajena a su conversación, se acercó al micrófono y dio la primera voz de embarque.

—Gloria, te tengo que dejar…, está viniendo. —Jon regresaba con las revistas bajo el brazo, arrastrando su maleta tranquilamente.

—Vale, ¡ánimo, mi niña! Seguro que no es tan grave… ¿Qué te parece si comemos mañana?

—Sí, genial…, no vuelo hasta el martes. Hablamos por la mañana… Te dejo… graciaaaas… —Colgó sin dejar a Gloria despedirse.

Jon llegó con mejor cara. Su mirada ya no era hostil. Se quedó de pie frente a ella, mirando hacia la pantalla de encima de la puerta, que indicaba la compañía aérea y el destino.

—Bueno, pues, parece que no hay retraso… He comprado *Esquire* y *Muy Interesante,* que trae un reportaje sobre lo que te conté del descubrimiento de la casa de Mona Lisa… Igual te apetece echarle un vistazo —comentó, alargándole la publicación. Se lo veía mucho más relajado y, al menos, había mencionado uno de sus recuerdos juntos. Era un comienzo.

Lydia le aceptó la revista, sonriendo, y disimuló sus verdaderos pensamientos hojeándola, paseando la vista por sus artículos y fotos sin entrar a leer nada.

Cuando la cola hacia el *finger* empezó a moverse con fluidez, ella se levantó y Jon la siguió para entrar en el avión. Bajaron la pasarela y saludaron al auxiliar de vuelo que estaba en la puerta.

Jon la dejó pasar, cediéndole el asiento junto a la ventana. Ella se sentó con la cabeza a mil por hora, pero sin dejar ver ni un ápice de lo que estaba fraguando. Decidió que esperaría a estar en el aire para provocar la conversación que tanto temía.

El avión cerró la última puerta y el *finger* comenzó a separarse lentamente del fuselaje. Afortunadamente, nadie se sentó al lado de él, por lo que dispondrían de nuevo de un asiento adicional que le daba a Lydia una distancia perfecta para abordar lo que tanto la preocupaba.

En cuanto el comandante apagó la señal de cinturones, Jon se

cambió de asiento, dejando libre el central entre ellos. Todas las señales se estaban cuadrando para que las excusas no existiesen y Lydia tocase el tema de una vez. Pero, por sorpresa para ella, fue Jon el que empezó a hablar, rompiéndole completamente sus esquemas trazados.

—¿Qué planes tienes para mañana?

La miraba como si todo estuviera bien entre ellos. Lydia estaba desconcertada. Primero el viaje en tren sin apenas comunicarse, luego su alejamiento en el aeropuerto sin sugerirle que lo acompañase. Acababa de quedar a comer con Gloria en mitad de su desespero y aquella pregunta parecía un incipiente intento de acercamiento.

—He quedado a comer con una amiga —contestó, casi sin mirarlo.

—Entonces… ¿por la mañana no tienes nada que hacer? —Y continuó—: Estaba pensando que podrías, si te apetece, quedarte esta noche en casa. ¿Qué te parece? —Estaba tan tranquilo. Parecía como si le hubieran hecho un lavado de cerebro en la tienda de revistas.

A Lydia todo aquel ofrecimiento la pilló tan desprevenida que solo atinó a decir «Vale… me parece bien». ¿Cómo negarse a volver a su deseada normalidad con él? Aun así, sentía una luz roja parpadeando, incómoda. En todo caso, podía posponer su charla a un escenario más relajado, lo que le dejaba un tiempo precioso para pensar en el avión y tener claras las ideas antes de hablar.

Jon, ajeno a todo ese caos mental que estaba provocando, seguía cambiando por momentos. Otra vez volvió a su dicharachera conversación, a las bromas, a la caballerosidad… En definitiva, al hombre que Lydia adoraba. Compartieron la comida, las revistas e incluso los auriculares para ir escuchando la misma música. Para cuando el avión empezó la aproximación a Madrid, había una paz tensa reinante entre ellos. Era como si el temporal hubiera amainado de forma súbita, posponiendo a su antojo la lluvia torrencial que caería en cualquier momento. De nuevo la inseguridad se cebó en ella mientras él, distraído, volvió a abrir la revista.

Capítulo 14

> No pienses ni por un momento que, en mi silencio, te quiero menos. No creas que, porque me alejo, no te siento aún más cerca.
> No dudes que todavía eres eso que habita en mi pecho. Eso que llama mi boca cuando calla. Eso que busca mi alma cuando se siente perdida.
>
> LUCAS HUGO GUERRA

Salieron de la terminal y se dirigieron al parking para coger el coche de ella.

—Sigo con el de sustitución —dijo aposta, para recordarle que aquel vehículo lleno de rótulos del taller era otro recuerdo imborrable del día de su primera cita.

—Iba a coger un Uber, o sea que, lo que me ofrezcas, me parecerá bien. —Definitivamente, Jon volvía a estar de buen humor y eso, lejos de tranquilizarla, paralizaba sus ganas de emprender una conversación complicada.

Esa vez aparcaron en la calle. Jon quería comprar algo para picar y se entretuvieron un rato en la tienda de *delicatessen* de debajo de su casa. Eligió, para su improvisada cena, un buen jamón, un queso curado en aceite, unos patés inéditos para Lydia y un par de botellas de un rioja excelente, según él mismo comentó.

—¿Te apetece algún capricho de postre? —preguntó, solícito, después de haber seleccionado unilateralmente todo lo demás.

— No, gracias… Lo que sí que te voy a aceptar es un café. —Necesitaba estar bien despejada para la sobremesa.

—Claro. Además, tengo un chocolate con un noventa por ciento de cacao que te va a encantar —recordó, pagando ya para irse.

Nada más entrar en su casa, Lydia se descalzó. En realidad sabía que era una norma establecida, pero no lo hizo por eso. Le estaba matando el dolor de pies. Jon hizo lo mismo, como era de esperar. Después, se puso a colocar todo lo que habían comprado mientras ella subía su maleta a la habitación para abrirla y ponerse algo más cómodo.

De nuevo estaba allí. Durante el día había pensado que nunca más volvería. Rememoró la primera noche en aquella cama que en ese instante parecía mirarla como diciendo «Ah, otra vez tú…». Tenía que parar aquella actitud de desconfianza y hablar, pero, dada la nueva actitud de él, no sabía cómo. Miró con más detalle lo que la rodeaba. Todo parecía de lo más normal hasta que, de repente, algo llamó su atención. Había una vela medio gastada sobre la cajonera, pegada al armario, que no recordaba haber visto antes. Quizá era porque había pasado desapercibida para aquellos ojos que solo lo veían a él. Intentó no darle más vueltas al asunto, pero una cosa estaba clara: juntos no habían llegado a encender ninguna vela y aquella estaba usada. No hacía falta ser un lince para saber que los hombres no encienden velas porque sí, y menos en su dormitorio.

Bloqueada de nuevo, cogió la primera camiseta de algodón que encontró en su maleta y aquellos pantalones de pijama que usó la primera noche y que andaban por allí casualmente. Se los estaba terminando de poner cuando una voz por detrás de ella sonó, sobresaltándola.

—¿Ya te has duchado? —Jon estaba en la puerta y ni siquiera lo había oído llegar.

—No, solo quería ponerme algo cómodo…

—Bueno, yo venía a eso precisamente. ¿Te apuntas conmigo?

—Si no te importa, lo haré más tarde. Mientras tú te duchas, voy a llamar a mi madre. —Quería bajar antes de empezar a hacer preguntas indiscretas que le estaban mordisqueando la lengua.

—Perfecto, abajo ya está todo preparado. —Y añadió—: Pon tu selección de música en el altavoz, que yo tardo cinco minutos.

Descendió la escalera con rapidez, buscando una distancia cómoda entre ellos. Volvía a estar mal. Era consciente de que andaba buscando excusas de nuevo para hablar y romper aquella tensa tranquilidad. Se fijó en que la mesa estaba puesta y, sobre ella, todo el elenco de manjares que acababan de traer. Sintiéndolo mucho, no

estaba para valoraciones y menos para dejarse embaucar por sus detalles. Ya todo daba igual y, hasta que no hablaran, nada podría hacerla salir de su inframundo. Llamó a su madre, silenció luego llamadas y conectó la lista de reproducción de Spotify, tal y como Jon le había pedido.

Él bajó la escalera también en pijama, desprendiendo el aroma de la infancia de aquel gel de toda la vida que usaba. Lydia se arrepintió de no haberse duchado en lugar de divagar en conjeturas. Pero se estaba ahogando en dudas. No podía más con tanta incertidumbre. Mientras Jon descorchaba el vino, decidió hacer una pregunta perfectamente estudiada y, por supuesto, consciente de que ya no habría marcha atrás.

—¿Tienes velas? Me gustaría encender una para esta mesa tan bonita que has puesto…

Jon, metido en el descorche, contestó, sin mirarla.

—Mira a ver si hay alguna en ese cajón. —Señaló hacia el aparador con la barbilla.

Lydia se acercó, abrió el cajón y revolvió muy por encima, sin ganas. Lo último que quería era encontrar una vela que diera al traste con sus pesquisas.

—No veo ninguna —dijo, esperando otra solución.

—Pues, si no hay ahí, es que no hay. —Y añadió—: Tendré que comprar… A ver si me acuerdo…

Había llegado el momento y Lydia estaba deseando lanzar su réplica.

—Arriba hay una… La he visto antes, cuando he subido la maleta. —Lo había dicho con total naturalidad, sin forzar el tono, pero, aun así, el corazón le empezó a latir con más fuerza.

—¿Arriba? —Jon la miró, pensativo, y repitió—: Arriba, ¿dónde?

—Sobre la cajonera… ¿La traigo? —Estaba ansiosa por ponerle la vela delante de las narices a ver por dónde salía.

De repente la cara de Jon cambió, como cayendo en la cuenta.

—Ahhhh…, ya sé qué vela dices. —Sirvió las copas, demorándose en el acto, y le acercó una a ella para que probase el vino antes que él —. ¿Qué te parece? —preguntó mientras Lydia se acercaba el cristal a los labios y esperaba, impaciente, descubrir el porqué de aquella vela odiosa en su cuarto.

—Excelente —pronunció, escueta.

—Sabía que te encantaría… y ya verás cuando pruebes el jamón. —Andando sin prisa, se fue hacia la escalera y la subió, como si nada lo preocupase. Lydia se quedó mirando hacia arriba, por donde había desaparecido, e inmediatamente lo vio aparecer de nuevo, portando la famosa vela. Se acercó a la mesa y la puso en el centro, sin decir nada más. Después, cogió una cerilla y la encendió.

—Ya tienes tu vela. —La miró, conciliador.

Se sentaron y empezaron a cenar sin hacer más comentarios. Lydia estaba a punto de explotar. Necesitaba respuestas y una mujer no sabe parar hasta que llega al fondo del asunto que la preocupa. Respiró hondo, bebió lentamente de su copa y, sin previo aviso, empezó a indagar con indirectas.

—No sabía que durmieras con velas…

—No lo hago normalmente —contestó, sin dar más explicaciones.

—Entonces no entiendo por qué tienes una gastada en tu cuarto. —Lydia se estaba comenzando a poner tensa y a expresarlo abiertamente—. Es raro, ¿no? —Lo miró, seria y desafiante.

—Mosquitos…

—Ja, ja, ja… —La risa sarcástica de Lydia retumbó por todo el salón. Se podía haber imaginado cualquier respuesta para escapar del atolladero, pero mosquitos en esa época del año sonaba tan absurdo que se sintió como si la estuviera tomando por idiota—. Por favor, Jon… claro, mosquitos en enero… —soltó con ironía abyecta.

Jon se quedó atónito con aquella risa y tardó unos segundos en reaccionar. Ese tono y la conversación lo estaban poniendo un poco incómodo y decidió zanjar el asunto cuanto antes.

—Sí, hay mosquitos. Hemos tenido un problema con el circuito del estanque de la entrada y eso ha hecho que el agua se pudriera. Demasiadas plantas poco aireadas en un espacio cerrado… Ni te imaginas la cantidad de mosquitos que salieron… Se metían por todas partes… y encima soy alérgico a las picaduras… En fin, tuve que poner la vela de citronela para que no me comieran por la noche…

La explicación la había argumentado perfectamente y era imposible que alguien inventase en tiempo récord algo tan rebuscado como surrealista. Esa contundencia en la respuesta la dejó sin argumentos. No podía estar mintiendo con aquella actitud vacía de recovecos. Empezaba a ser urgente que ella dijera algo para salir del paso.

—Es lo último que me hubiera podido imaginar…

—Ya veo… —Se lo notaba un poco molesto. No era tonto y sabía perfectamente, hacía ya rato, por dónde iba ella con aquellas insidiosas preguntas.

Después de sentir que su desconfianza la había vuelto a poner a prueba, Lydia comenzó a dudar sobre si mantener una conversación en torno al misterioso wasap era una buena idea. Sabía que tensar demasiado la cuerda no iba a jugar a su favor. En ese momento estaba en su mano volver a relajar el ambiente y, por supuesto, beber para desinhibirse no era una opción. Miró hacia la librería. Había una foto de un bebé en blanco y negro que presidía el segundo estante. Era un niño rubio, de ojos claros y facciones perfectas.

—Eras un bebé precioso —comentó, rompiendo el hielo e intentando, a través del halago, que él empezase a bajar la guardia.

Jon sonrió en dirección hacia donde ella estaba mirando.

—Ni te imaginas las pasiones que despertaba. —Se levantó y acercó la foto a la mesa para que ella pudiera verla de cerca.

Lydia contempló la foto con ternura ante los ojos de él, que prosiguió con aquella veta de conversación que parecía agradarle mucho.

—Pareces un niño nórdico… ¡Qué muñeco, por favor! —Decía lo que sentía, porque aquel bebé era de anuncio.

—Como sabrás, en el País Vasco hay muchos rubios. Según parece, un antiguo asentamiento vikingo en la costa de Guipúzcoa fue el origen de los cabellos claros en la gente de la zona. —Se remontó a la historia para justificar su aspecto del norte de Europa—. El hecho curioso es que a mi pueblo parece ser que apenas llegaron y, allí, todos tienen cabello negro y cejas pobladas… Bueno, pues, de repente, aparecí yo, un bebé con mi físico en una población de cinco mil habitantes donde un rubio era casi un extraterrestre, te puedes imaginar el impacto… —Se quedó pensando y dijo—: Todavía recuerdo con horror el besuqueo de las señoras cuando mi madre me paseaba en el carro. —Terminó la frase poniendo cara de asco.

—Ahora entiendo por qué siempre siento que te robo los besos —replicó Lydia, recordando de pronto que casi siempre era ella la que besaba, menos aquella primera vez.

—La verdad es que no me gusta besar —lo mencionó sin ser consciente de la verdad que encerraban sus palabras—… bueno, el

toqueteo en general… Soy bastante especialito para eso, aunque, cuando quiero, puedo llegar a ser muy cariñoso…

Sonrió hacia ella con mirada perversa. Lydia lo estaba escuchando mientras asimilaba toda esa información contradictoria. Había un mensaje en esas palabras que le hacía dudar de su capacidad para ser merecedora de recibir su parte más dulce.

—Además, siempre he sido muy independiente… desde pequeño. Me encantaba estar solo, metido en mi mundo, leyendo… No me identificaba con la gente que me rodeaba y por eso me marché muy joven de allí a estudiar fuera. —Los recuerdos afloraban a su mente y salían por su boca como llamados por aquel momento de incontrolada sinceridad.

Cogió otra foto. Esa vez era del instituto. En ella aparecía un grupo de jóvenes de pelo oscuro, con esas caras y esas pintas de la España de los años setenta. Él estaba en el centro, serio y tan rubio como siempre, cruzado de brazos, con gesto ausente.

—Ahí tendría quince años, ¡Qué horror! Creo que, de esa clase, nadie llegó a nada. —Hablaba como si aquel grupo de fracasados no tuvieran nada que ver con él—. Si te fijas —continuó—, aparte de mi cara de estar soberanamente aburrido, estoy bastante separado de los que tengo al lado… La verdad es que no sé qué pintaba en esa foto… —dijo, con claro desdén—. En realidad, yo estaba en otro mundo; mis amigos eran mayores y el deporte era lo único que me importaba… Mira que soy un apasionado de mi tierra, pero estaba deseando irme de allí —concluyó, mirando la foto como mero espectador. Estaba claro que parecía un pegote en medio de esa instantánea.

—Pues seguro que, de todas estas chicas, más de tres estarían suspirando por ti… —Lydia lo comparaba con el resto de los chicos, mucho menos agraciados.

—Sí, claro, pero a mí me daba igual. Nunca tuve el menor interés en ninguna de ellas. Ya te digo, los planes eran marcharme lo antes posible a estudiar fuera y, en cuanto pude, lo hice —aseveró, sin ningún tipo de nostalgia.

Acabaron de cenar y Jon empezó a recoger la mesa mientras Lydia intentaba ayudarlo. Él era incapaz de dejar los platos en el fregadero y seguir disfrutando de la velada. Nunca había conocido a un hombre tan organizado y limpio. Fregó cada plato y cada cubierto antes de depositarlos en el lavavajillas. Para cuando Lydia quiso

reaccionar, aquella cocina relucía como un quirófano. Incluso dio un repaso con la fregona al suelo, para después, por fin, preparar un par de copas y sentarse con ella.

—Jon, necesito hablar contigo de algo… —No sabía por qué aquellas palabras se habían escapado de su boca sin permiso, pero ya estaba hecho.

Él la miró vacío de empatía y, sin dejarla continuar, dijo:

—En realidad no creo que tengamos que hablar de nada. —Estaba muy serio—. No quiero discutir, y menos hoy, que estamos cansados del viaje.

Lydia se quedó petrificada con la respuesta. No esperaba una reacción tan castrante y necesitó un minuto para reponerse. Estaba claro que él sabía de qué quería hablar, pero, por alguna razón, se negaba a hacerlo. Ignoró su advertencia y decidió continuar.

—Pues yo insisto en que deberíamos hacerlo. —Estaba nerviosa, hablando en un tono pausado pero con un hilo de voz tétrico.

—Te digo que no pienso hablar, porque vamos a discutir y no quiero —convino, tajante—. No ha sido una buena idea decirte que vinieras.

Lydia se quedó lívida con ese comentario, pero, sacando una forzada dignidad, atinó a replicar.

—Entonces, me voy.

Jon habló sin mirarla, con el alivio de aquella frase pronunciada por ella.

—Creo que será lo mejor.

Estaba a punto de llorar. Se sentía culpable por haber iniciado aquella conversación y, aterrada con su respuesta, formuló una última pregunta triste y lastimera.

—Dime, ¿a ti no te importa que yo me vaya de aquí así?

—No… —Se quedó mirándola con una frialdad, para ella, hasta entonces desconocida. Aquella pausa fue como un puñal que resquebrajó todo su mundo con él, pero Jon aún no había terminado— … Quiero que pienses en todo lo que ha pasado desde ayer en la cena hasta ahora mismo. Medítalo tranquilamente. Por mi parte, no pienso hablar una palabra más. Me voy a la cama. —Dicho esto, se levantó y, sin mirarla, subió a su habitación.

Lydia se quedó sentada, con la vista perdida en el infinito de aquel salón que se había convertido en un territorio hostil. Un torrente

de emociones la invadieron, dejándola paralizada. Aquello no podía estar pasando. Resultaba imposible que aquel hombre que se acababa de marchar fuera el mismo que le había inspirado tanto amor.

Debía irse, sin más; sin despedidas y sin dramas, arrastrando una culpa que no entendía, pero que se iría con ella a fin de cuentas. Recordó que su maleta estaba arriba y que tenía que vestirse de nuevo y llevársela. Se levantó y ascendió por la escalera muy despacio, con esa sensación de miedo a ser rechazada. Al entrar en la habitación, la luz del baño se filtraba por debajo de la puerta. Jon saldría en cualquier momento y no quería que la encontrase allí. Se vistió con rapidez, en absoluto silencio, cerró la maleta y, al salir, se quedó contemplando la puerta del baño sin saber qué hacer. Se sentía tan pequeña y vulnerable que no pudo llamar para volver a exponerse a todo aquel frío. El camino más fácil fue bajar de nuevo la escalera y marcharse de una vez, cerrando aquel episodio sin mirar atrás.

* * *

—No tendrías que haberle dicho nada. —Gloria la miraba con desaprobación total—. Después del corte que te metió con la vela, no entiendo por qué tuviste que volver a la carga…

—Necesitaba aclararlo. —Lo que le faltaba era que su amiga le echase más culpa encima—. Llevaba dándole vueltas a lo mismo todo el viaje y nunca pensé que él fuera a reaccionar así.

—Vamos a ver…. ¿No te das cuenta de que a los hombres hay que dejarlos respirar? —Gloria había escuchado toda la historia atentamente y en ese momento, con las conclusiones en la mano, se iba a despachar a gusto—. Acababa de darte una explicación coherente a una película que tú solita te habías montado y, no conforme con eso, tuviste que seguir buscando más respuestas… A veces creo que eres masoquista…

—Quería saber por qué guardó el teléfono… No quiero dudas ni incertidumbres, ahora que estamos empezando. —Lydia estaba defendiendo su actitud de no permitir cosas ambiguas en su nueva relación y su amiga no parecía entenderlo.

—¿Ahora que estamos empezando? Mira, tú puedes tener tus motivos, pero aprende a ponerte en los zapatos de él, porque Jon también puede tener los suyos. —Gloria se exasperaba con el

empecinamiento de su amiga de defender a capa y espada la claridad en cada acto—. Lo único que ha visto con tu actitud es que no te fías un pelo de él y por eso se ha enfadado. Yo creo que está justificado… A veces eres muy agonías…

—Quizá tengas razón, pero ¿te parece normal que me echase de su casa? —Estaba indignada y con el orgullo profundamente herido.

—Esa es tu percepción… Él no te echó, simplemente te dijo que era mejor que te fueras porque estaba cansado y no quería discutir. ¡Los hombres son mucho más simples de lo que creemos! Me imagino que pensó: «Estamos agotados, se está poniendo muy impertinente con sus insinuaciones, será mejor que lo dejemos por hoy…». ¡Punto! —Hizo una pausa breve para tomar aire y seguir en otro tono—. Mira, no estoy diciendo que no hables con él en otro momento que venga a cuento, pero opino que, anoche, no era el momento, y no te voy a dar la razón.

Lydia miraba el plato de su ensalada mientras daba vueltas con el tenedor a una hoja de lechuga. No tenía hambre y la cabeza estaba a punto de explotarle. Sabía que su amiga quería que entendiese lo que su orgullo no le dejaba ver. Se sentía herida y toda aquella incapacidad de ver las cosas desde otro punto de vista la estaba confundiendo aún más. Respiró hondo, intentando ver algo de luz entre tanta ceguera cerebral, y terminó doblegando sus propias réplicas. Había dormido menos que poco y Gloria no se iba a bajar del burro.

—Vale, no me des más caña. —Miró a su amiga como implorando compasión—. Estoy hecha un lío y lo peor es que no sé qué hacer…

—Ahora tienes que esperar… Él se estará tomando su tiempo para contrastar lo que siente y decidir si le compensa. Siento decirte esto, pero no puedes hacer nada más que asumir lo que ha pasado, aprender para la próxima y quedarte ahí, con el dedo lejos del teléfono, aguardando a que él mueva ficha…

—Panorama desolador… —Lydia comenzaba a entender las consecuencias de su precipitada decisión—. ¿No te parece curioso que me dijera que pensase en todo lo que había pasado?

—Sí, la verdad es que esa parte me sorprende. Todavía tuvo la santa paciencia de decirte eso y… ¿sabes por qué? —la miró con esperanza—, porque le importas, boba… si no, ¿qué sentido tendría para él que reflexiones sobre tus propios actos? Quiere que te des

cuenta de que así, con toda esa desconfianza por tu parte, no hay manera de plantearse nada contigo.

—Pero… ¿cómo quieres que confíe en alguien que recibe un wasap y esconde su teléfono? —Aquella cuestión seguía rondando su cabeza.

—Lydia, el hecho de que Rafa te pusiera los cuernos no significa que todos los tíos que aparezcan en tu vida vayan a hacerlo. —Sabía que Lydia aún no había podido separarse de aquella sombra de desconfianza en los hombres, que la perseguía a todas partes—. ¿Qué te pasó con Fran? El pobre apareció justo después de tu ruptura y se comió todas tus inseguridades…

—Sí, era todo demasiado reciente y yo hacía aguas por todas partes, pero tampoco se esforzó demasiado, ¿no crees?

—Yo no soy nadie para juzgarte, solo tu amiga, y, desde aquí fuera, es fácil ver las cosas. Lo que intento decirte es que, mientras no sanes esa herida de abandono y te quites de encima todo ese miedo a perder, va a ser muy difícil que seas feliz al lado de alguien. Primero tienes que entender lo que vales y todo lo que mereces.

—Entonces, según eso que dices, tampoco estoy preparada para estar con Jon. —La miró esperando una respuesta.

—Ya estás dentro… Puedes seguir pifiándola hasta que te deje o aprovechar este tiempo que seguramente él te va a dar para entender lo que llevo toda la comida intentando que entiendas.

Lydia no sabía cómo reaccionar. Por un lado sentía que, si perdía a Jon por todas sus inseguridades, no se lo perdonaría en la vida, y, por otro, que no había manera de superar todo eso estando juntos. El caso es que alejarse de él le daba terror, y volver a su lado después de lo vivido, también.

Salieron del restaurante y caminaron hasta sus coches. Gloria, por una vez, no tenía prisa y ya eran las cinco.

—Le he pedido a David que recoja a los niños. Le he dicho que comía contigo y que no quería salir zumbando.

—Gloria ¿sabes lo afortunada que eres?

—Ehhh, no te vuelvas loca, que yo también doy mucho. —Se quedó pensando y rectificó—. ¡Qué digo mucho!, muchísimo…

—Y qué crees, ¿que yo no doy? —Lydia la miró con pesar.

—¿Tú? Por supuesto, cariño… Tu problema es que das demasiado muy pronto y, para dar, hay que recibir también.

—Ahhh… que encima soy idiota…

—No, tan solo tienes tanta necesidad de sentirte querida que no te das valor —la abrazó para después mirarla a los ojos y añadir— y… eso no puede ser.

Se dieron un beso y entraron en los coches. Justo antes de arrancar, Gloria bajó el cristal de la ventanilla.

—¡¡¡Y no lo llames!!! Deja que te eche de menos. Te quiero, preciosa… Antes de hacer algo de lo que luego te arrepientas, ya sabes dónde estoy —fue lo último que dijo antes de alejarse en su descapotable plateado, regalo de su marido por su décimo aniversario de boda.

* * *

La similitud monstruosa de los días de espera…, ahí estaba la mayor tortura. Lydia podía tener vuelos, planes con amigos, citas médicas, compromisos familiares…, la verdad es que todo carecía de sentido. En sí, su día se resumía en despertarse pensando en Jon, llevarlo en su cabeza a la ducha, al desayuno, a los quehaceres matutinos y también a los vespertinos, a la comida, a la cena… a los sueños. Llevaba siete días con una vida ensimismada en conjeturas, dándole vueltas y más vueltas a lo ocurrido, culpándose y buscando soluciones. A veces le daba la sensación de que vivía en una realidad paralela. Lo peor de todo era que cada vez entendía menos qué estaba pasando. Aquella situación la estaba metiendo en un círculo vicioso de pena por lo perdido y de rabia por haber podido evitarlo. Si seguía así, iba a enfermar o algo peor… a enloquecer. No podía más.

El octavo día se levantó con una idea clara en mente. Gloria podía saber mucho dentro de su perfecta vida estructurada, pero ella nunca había vivido aquella incertidumbre que empezaba a hacerse insostenible. Después de lo que habían compartido, no había nada de malo en hacer una llamada y preguntarle cómo estaba. Se convenció de que no era tan descabellado intentar una comunicación. Por supuesto, no le iba a enviar un wasap. Quería oír su voz al otro lado, sentir su ánimo al teléfono. Buscó el número en la agenda del iPhone y pulsó. Eran las cinco de la tarde y, como si se tuviera que enfrentar al primer toro, su corazón se puso a mil por hora cuando él descolgó.

—Hola, ¿cómo estás?, ¿todo bien? —fueron sus primeras

palabras. Parecía sorprendido.

—Supongo… ¿y tú?, ¿estás bien? —Cada vez estaba más nerviosa y pensó que se le notaría en la voz.

—Sí, perfectamente. Estoy trabajando…

—¿Todo bien, entonces? —Quería no dejar ningún cabo suelto por si hubiera ocurrido algo que pudiera escapársele antes de continuar.

—Sí, ya te lo he dicho. Estoy en la oficina y tengo mucho lío, ya sabes. —Aquel tono distante, como indiferente, no hizo más que precipitarla al vacío.

—Ah, bueno… Te llamo porque entenderás que no me parece muy normal no haber sabido nada de ti en tantos días… —decidió continuar—… y para decirte que, si tienes algo que comentarme, lo que sea, la primera interesada en saberlo soy yo. —Enseguida se dio cuenta de la perogrullada que acababa de soltar y sintió el ridículo espantoso que estaba haciendo cuando oyó una risa controlada, suave y tremendamente ofensiva al otro lado de la conversación.

—Claro… Entiendo que, si pasa algo contigo, la primera interesada en saberlo seas tú…

Lydia se lo estaba imaginando con una sonrisa sarcástica dibujada en el rostro mientras movía su sillón delante del ordenador, disfrutando con su pequeño drama.

—… pero lo cierto es que no pasa nada y no tengo nada relevante que contar. Mira, perdona, pero tengo mucho trabajo —volvió a repetir. Resultaba evidente que quería colgar.

Lydia reaccionó muy mal. Su cuerpo empezó a temblar, como rechazando esa situación que le estaba helando el alma. Tenía que decir algo y terminar aquella conversación sin dejarse llevar por el miedo que la estaba atenazando.

—Muy bien… Entonces, si todo está bien, no hay más que hablar… Te dejo trabajar. —No podía seguir hablando con aquel nudo en la garganta.

—Perfecto, gracias. —Le faltó decir «por fin lo has entendido».

—Adiós… —se despidió Lydia, horrorizada.

—Adiós —contestó él, tan frío como el viento de los inviernos del círculo polar ártico.

Se quedó mirando la pantalla del iPhone, sin aliento. Si la hubieran apuñalado en ese momento, habría salido suero rojizo de su

cuerpo, porque toda su sangre debía de estar coagulada. Ni siquiera podía llorar. Un tremendo dolor de cabeza se apoderó de ella, como si le hubiesen atizado un golpe brutal con una barra de hierro. Por suerte estaba sentada. Acababa de salir del taller después de recoger su coche y había decidido hacer la llamada aparcada en la acera, protegida por aquel pequeño habitáculo que era como su casa. Los temblores habían cesado, pero una sensación de pérdida tortuosa la invadió. Sumida en un vacío desbordante, se sintió incapaz de conducir.

Se bajó del vehículo en estado de *shock* y comenzó a dar pasos sin dirección precisa por aquel polígono que le pareció el mismísimo infierno, procurando entender qué era eso que le impedía respirar. Miró al cielo, que se estaba encapotando, tiñéndose de nubes grises que anunciaban tormenta. Pronto empezaría a llover, pero ella siguió caminando en busca de un sentido, recordando sus palabras, arrastrando su sombra. Necesitaba reaccionar al daño sufrido, encontrar un rumbo piadoso que la devolviera a la vida.

Abandonó la zona industrial y cogió un camino impreciso hacia campo abierto. Un aire revoltoso y valiente vino a remover con violencia su cabello y a sacarla de sus andares desvencijados. El viento anunciaba agua y las primeras gotas frescas no se hicieron esperar. Llorar bajo la lluvia era la máscara perfecta para esconder sus lágrimas.

Estaba lejos del coche, pero, en realidad, no le importaba lo más mínimo. Quería castigarse por haber perdido lo que más quería. La lluvia empezó a caer descompasada, arreciando por momentos, sesgada, rota. Lydia se sentó en una piedra y permitió que el agua rompiera su capa de dolor, traspasándola. Mientras se dejaba empapar por ella, las imágenes de todo lo vivido con Jon empezaron a viajar por su cabeza como una alegoría al amor que ya carecía de sentido. No hay lugar más triste que ese donde te recuerdas feliz. Entendió que aquello pertenecía al pasado mientras su cuerpo mojado empezó a conectar con el sufrimiento de aquel presente que la estaba mutilando de todo lo que imaginó a su lado. Y rompió en un sollozo de nostalgia incontrolada. Se culpó de todo lo ocurrido una vez más, arrojando su autoestima a merced de cualquier rapaz que quisiera devorarla. Convertida en una estatua de carne trémula, permaneció en su piedra hasta ahogar con espasmos el llanto del alma y aceptando que, si no

soltaba aquel estado mental lacerante, se volvería loca.

Después de reencontrarse con su sombra, se levantó y comenzó a desandar el camino, recomponiendo con cada paso su maltrecho ánimo. Se sentía muerta en vida, pero tenía que continuar hacia algún lugar hospitalario que le devolviera la dignidad olvidada. Recordó que hay cosas que, aunque no se entiendan, hay que aprender a vivir con ellas, sin más vueltas ni cuestiones. Y si ella tenía una vida antes de Jon, en ese momento, ¿dónde quedaba todo eso?, ¿cómo haría para recuperarlo? Caminó con esas preguntas en la mente hasta el coche, completamente calada, sin encontrar respuestas. Perdida, se sentó dentro, tiritando de frío y quebranto, con la única compañía de una soledad insoportable. Entonces, lo comprendió. No era ella la que había muerto. La fallecida era otra…, esa que siempre la había mantenido a salvo de toda realidad perversa. Y, simplemente, ocurrió. Se le apagó la mirada aniñada cuando entendió que se le había muerto la ilusión.

Capítulo 15

> La memoria es un monstruo. Uno olvida, ella no.
> Simplemente archiva las cosas, las guarda por ti, o te las esconde y las trae al recuerdo con voluntad propia.
> Piensas que tienes memoria… No es cierto…
> La memoria te tiene a ti…
>
> JOHN IRVING

Había dejado a los compañeros en el parque temático Xcaret y continuó con el coche hasta una de esas playas inolvidables donde había estado tantas veces. Empezaba a sentirse mejor y estar sola allí no le importaba en absoluto. Disponía de todo el día para disfrutar de aquella naturaleza empática que siempre la recibía con deslumbre; de la tranquilidad que le aportaba la lectura; de unas quesadillas al lado del mar con una cerveza mexicana, y, cómo no, de tiempo para pensar y sumergir su cuerpo en ese mar bendecido por los mayas de aquel rincón del Caribe. Pasear por la playa y hacerla suya… Ella, México y la grata sensación de sentirse como en casa.

Las calas paradisiacas de Tulum parecían haber estado esperándola tan desiertas como las recordaba. Hacía más de un año que no se dejaba caer por allí y estaba feliz de sentir bajo sus pies aquella arena blanquísima que peinaba ese mar, con la gama de azules más extensa que sus ojos recordaban haber visto.

El vuelo a Cancún era uno de los más duros, por la exigencia soberbia de un pasaje no acostumbrado a viajar, pero, una vez aterrizados y con cuatro días libres para disfrutar, se le olvidaba todo lo padecido durante el trayecto. Había alquilado un coche con parte de la tripulación y llevaban dos días de aventura por la Riviera Maya.

La casualidad la había hecho coincidir con Eloy, un tripulante buceador como ella, que la convenció para cumplir uno de sus sueños más temidos: bajar a contemplar la belleza del tiburón toro. Era la época en la que las hembras, separadas de los machos, elegían aquellas costas buscando refugio en zonas de baja profundidad para parir a sus crías. El azul estaba sembrado de «toras», afanosamente ocupadas en los quehaceres previos a su inminente maternidad. La ocasión se servía en bandeja de plata, pero Lydia no lo veía del todo claro.

—¿Sabes lo que dices? Hacemos las inmersiones que quieras, pero bucear con tiburones… ¡ni loca!

—Pero vamos a ver: es el momento perfecto, nos han puesto el vuelo más solicitado de la compañía sin pedirlo… ¿No te das cuenta de que todo son señales? —Eloy sabía que, si había una forma de convencerla, era apelando a las fuerzas universales que se escapaban al entendimiento de los que no creían en la energía de lo destinado.

—¡Qué morro tienes! Sabes que yo creo en todo eso y me lo estás vendiendo como si fuera un buceo con delfines… —Por más espiritual que fuera, el miedo a entrar en el mar y dejarse rodear por tiburones resultaba mucho más fuerte.

—Bueno, yo mañana, en cuanto amanezca, me voy a playa del Carmen con un club con el que he contactado. Es el mejor y está especializado en este tipo de buceos. Puedes venir conmigo o quedarte aquí, en el hotel, retozando en una tumbona hasta volverte marrón. Después, regresaré y te contaré mi increíble inmersión… Tú verás, pero las ocasiones como esta se presentan solo una vez… ¡Venga, Lydia, no seas cagueta y anímate! Te vas a arrepentir si no lo haces…

Y claro que lo hizo. Un día después, meciéndose en una hamaca colgada entre dos palmeras, lo estaba recordando, satisfecha, mirando hacia el mar que la había visto romper su miedo bajando a admirar aquellos preciosos escualos que, en su hábitat, no parecían tan terroríficos a pesar de su gran tamaño y voracidad. Rememoró con nostalgia que un día había hablado con Jon de hacerlo juntos, porque a él, experto buceador, era algo que le apasionaba. Una vez más, volvían los recuerdos. Estaba sola disfrutando de todo aquello, pero, en realidad, estaba con Jon siempre en la memoria. Hacía ya dos meses que el contacto se había roto sin explicaciones, sin dramas sostenidos, sin reproches. Lydia había repasado una y mil veces los

errores que sentía haber cometido. Se había hundido para después volverse a reflotar, intentando aceptar que ya solo podía perdonarse y seguir adelante. En cualquier caso, eso no le impedía llevarlo dentro de su ser a todas partes. Había aprendido a vivir sintiéndolo presente en su interior y ajena al dolor de no tenerlo.

Pero a veces los pronósticos son inducidos por misteriosas manos que mueven hilos insospechados y, aquella tarde, un pensamiento irremediablemente guiado invadió su proceder. Removida por un impulso iluminado de esperanza y rememorando con orgullo su proeza entre tiburones, súbitamente, decidió escribir un mensaje a Jon. Era como si alguien la estuviera dirigiendo a comunicarle su experiencia, empujada por aquella energía positiva y alejándola del miedo de todo aquel tiempo sin noticias. Tenía que contárselo. «¿Por qué no?», se dijo. Sonrió y se hizo una foto a las piernas con el mar de fondo. Acto seguido, comenzó a escribir.

* * *

Jon caminaba a buen paso hacia su trabajo. Era algo que le gustaba hacer siempre que el tiempo lo permitía. El día se había levantado con una preciosa mañana que auguraba la llegada de la fugaz primavera de Madrid, y prescindió del coche.

Aún sin saber por qué, se había puesto la chaqueta que Lydia le regaló en Florencia. Era la primera vez que lo hacía. Había decidido no alimentar recuerdos y aquella prenda, a pesar de lo bien que le sentaba, quedó olvidada en su armario como medida de prevención. Era consciente de que le traía a ella en esencia y eso le creaba sentimientos contradictorios. En definitiva, debatirse entre lo que debía ser y lo que realmente permitía que fuese.

La música, complemento indispensable para transitar por la ciudad, sonaba a través de sus auriculares, aislándolo del ruido repelente de la gran urbe. Era adicto a sumergirse en sus pensamientos y a meterse en una coraza difícilmente franqueable. Estaba conforme con su vida de solitario convencido y solo ella, con su sonrisa enigmática y curvas de accidente asegurado, había estado a punto de atravesar aquella fortaleza insondable que aislaba su alma de historias románticas. Se mantenía en la certeza de pensar que seguir con ella solo le hubiera traído problemas que no necesitaba; que, al alejarse,

había hecho lo más conveniente. Estaba orgulloso de haber sido capaz de controlar lo que le decía su corazón, ese pequeño perturbado no le iba a ganar la batalla a su estructurada mente, perfectamente adiestrada para tomar siempre la decisión correcta. A veces, muchas más de las que estaba dispuesto a reconocer, no podía evitar pensar en Lydia. Eso era algo que se escapaba de su impecable guion de vida, pero, en cuanto era consciente de que esos pensamientos estaban tomando una posición relevante, se deshacía de ellos implacablemente. Los exiliaba a zonas de su memoria carentes de sentimientos. Era un ejercicio arduo que no solía funcionar, proporcionándole un gasto de energía ingrato que lo crispaba, sacándolo de sus casillas. Porque apartarla fue fácil, pero, olvidarla, le estaba resultando imposible.

Pensando en eso y en cómo librarse de ello, llegó a la oficina casi sin darse cuenta. Saludó al conserje y, una vez arriba, a su secretaria, que lo esperaba con varios asuntos por atender. Cerró la puerta de su gran despacho acristalado y se preparó el tercer café de la mañana. Se quitó la chaqueta y, al hacerlo, un papel doblado cayó al suelo. Lo recogió y, al abrirlo, su cara se transformó. No podía creerlo. Contrariado, oyó el sonido de un mensaje de wasap. Por increíble que pareciera, mientras contemplaba los garabatos del boceto que hizo en Florencia y que nunca más había vuelto a ver, la pantalla de su teléfono anunciaba que un mensaje de ella había entrado. Era una fotografía de sus piernas y, al fondo, un mar increíble. Se sentó, atónito, y empezó a leerlo con una enorme sonrisa dibujada en el rostro.

* * *

Lydia: He estado ahí abajo, «toreando»… ¡y ha sido genial! Gracias por la sugerencia.

Lydia apagó la pantalla. No quería agobiarse esperando una respuesta y soltó el móvil justo cuando aquel sonido único que llevaba tanto sin oír retumbó, rompiendo el aire como canto de dioses. Fue algo inmediato. Dos palabras que le supieron a gloria.

Jon: Imponen, ¿¿¿eh???

Se incorporó en la tumbona. Había contestado con una pregunta. ¡Qué ganas de contárselo todo! Buscó las gafas, revolviendo la bolsa de playa, y empezó a chatear, entusiasmada.

Lydia: Mucho. Te lo digo en cristiano…
¡¡¡me he cagado!!! 😜

Jon: Me alegro. ¿Con qué club has ido?

Lydia: No sé… Lo contraté en el hotel. Me han puesto una línea de cinco días en Cancún.

Jon: Y luego te quejas… ¡qué envidia!

Lydia: Ahora de relax en estas increíbles playas. Estoy en Tulum…

Jon: ¿Cómo ha sido la experiencia?

Lydia: La inmersión… indescriptible. Bajé con un compañero que venía de Sudáfrica, de meterse en la jaula… Ja, ja, ja… y me dice que esto ha sido mucho más impresionante.

Jon: Es que, como están preñadas, imponen más.

Lydia: ¡¡¡Son enormeeees!!!

Jon: Los machos son más grandes, pero no se ven.

Lydia: Estaba tan nerviosa que no hice ni fotos, pero repetiré… Ha sido muy especial.

Jon: Y lo cerca que están de la playa del puerto, ¡si la gente lo supiera! Habéis tenido mucha suerte. Es un poco tarde para los tibus y el año pasado apenas se vieron.

Lydia: Había cinco. No te lo puedo explicar con palabras… 😄

Jon: Ja, ja… Son muy bonitos, tan plateados que parece que brillan.

Lydia: Es un lujo verlos nadar…, cómo se mueven…

Jon: ¿No les dieron nada?

Lydia: Sí, el instructor llevaba un bote con

pescado, y se volvieron locas… Nosotros, agarrados a una cuerda, pegados al fondo, observando.

Jon: Sí, normalmente es así… ¿Tienes fotos?

Lydia: Sí, supongo que mañana me las enviarán. ¡Voy a poner la mejor en un marco!

Jon: Claro que sí…

Lydia: Fíjate que ahora estoy casi sola y hay tan poca gente en el agua que me da por pensar… ¿y si andan por aquí?

Jon: No. Normalmente están en profundidad. Las hembras paren allí porque es una zona de manglar. Luego las crías se quedan porque están protegidas y hay comida… pececillos, cangrejos… Cuando son un poco más grandes, se van a alta mar. ¿Habéis buceado toda la tripu?

Lydia: Nooooo… Solo el valiente de Sudáfrica y yo… No se creía que yo iba a bajar. En realidad, yo tampoco lo creía…

Jon: Lo que da un poco de inquietud es subir… A veces te siguen…

Lydia: Síííií… ¡¡¡lo peor!!!
Lydia: Ese momento en el que sacas la cabeza del agua y ya no los ves pero sabes que están por ahí abajo… hasta que subes al barco… te acuerdas de la peli Tiburón…

Jon: Normalmente el de la comida se aparta con el cubo y los distrae…

Lydia: Eso hizo, sí… pero la subida es bastante rápida, porque es verdad que te miran y alguno hace amago de seguirte.

Jon: Quiero foto.

Lydia: Claro. En cuanto la tenga, te la mando.

Terminaron la conversación sin despedirse, como siempre. Lydia

se volvió a tumbar, con el móvil en su regazo. Había sido una pueril charla de amigos, pero era un comienzo. De nuevo se habían comunicado. El hielo estaba roto. De momento, con eso se conformaba para intentar recuperar una normalidad que necesitaba.

Vio que empezaba a oscurecer y se acordó de que tenía que regresar a por los chicos, que ya debían de estar a punto de salir del parque. Recogió sus cosas y, satisfecha, caminó descalza hacia el coche. Había roto un miedo mucho mayor que el que le habían producido cinco tiburones toro haciendo círculos. Nada podía eclipsar su incipiente felicidad por haber superado el pánico de resucitar el pasado y a su protagonista. De nuevo la adrenalina de la esperanza la estaba engullendo. Le mandaría la foto…, claro que lo haría. Era la excusa perfecta para volver a acercarse, y él mismo, con un mandato en toda regla, se lo acababa de pedir.

* * *

Jon se giró en el sillón de ruedas de su escritorio y miró por la ventana. En realidad, no estaba viendo nada. Su mirada quedó fija en el recuerdo, y aquello no podía esquivarlo. Revivió de nuevo su entusiasmo, su sonrisa cálida y su sexo húmedo. Sabía que seguía estando atado a un deseo insostenible que se escapaba de su propio entendimiento. Podía aceptarlo o no, pero la realidad era que Lydia nunca se había marchado de él. Respiró hondo y volvió a su agenda repleta de trabajo, pero esa vez sin soltar su imagen. Contemplando de nuevo el boceto, se rindió. Tendría que pensar en cómo volver a provocar un encuentro. En principio, no parecía tan complicado. Después de todo, era ella quien lo había buscado. Quería verla, volver a recorrer su piel, hacerla suya para acabar con la obsesión que se cernía sobre su apocada existencia sin ella. No había mucho más que ansiara tanto volver a tener.

Apuró el café y, sin más, se puso a trabajar sin perder de vista ese pensamiento.

* * *

El Gran Cenote, con sus aguas frescas de un verde cristalino, reflejaba destellos de los rayos del sol que se colaban por su bóveda en

forma de medialuna. Los seis compañeros de la tripulación estaban ya listos para nadar en aquella caverna con un lago de agua dulce apto para practicar *snorkel,* el plan perfecto de su tercer día en la península de Yucatán. Lydia estaba fascinada con recrear la historia del lugar. De carácter sagrado para los mayas, allí honraban a los dioses celebrando en su interior infinidad de rituales de adoración y sacrificio. También tenía la función de ser un enorme depósito de agua dulce para aquella civilización, pero ese apartado se le antojaba mucho menos místico e interesante.

Flotando boca arriba en el centro de aquel mágico escenario, imaginó una noche de plenilunio iluminando al chamán, con la brillante luz de la luna entrando por el ojo del cenote mientras este elevaba la ofrenda pactada y la plebe se arrodillaba, entonando cánticos sagrados a la madre tierra. Hacer *snorkel* allí parecía un sacrilegio imperdonable, pero las suculentas cantidades de dinero que aportaba el turismo mundial a la Riviera Maya tenían mucha más fuerza que mantener el embrujo esotérico de los ancestros… o quizá todo era conciliable, porque, a pesar de las incesantes visitas, del ruido del chapoteo y del naranja fosforito de los chalecos salvavidas flotando por doquier, nada podía romper esa energía enigmática que desprendía el Gran Cenote. Estar allí era una bendición única, otra más de ese trabajo que, a pesar de ser incompatible con una vida ordenada, le aportaba aquellas experiencias que otorgaban la compensación a todas las renuncias que volar le había exigido.

Cogió aire y se sumergió con el tubo por debajo de los nenúfares que flotaban apacibles decorando la superficie, aceptando con resignación al turista invasor. Por debajo, la cavidad se iba cambiando a un paisaje geológico de roca caliza erosionada por el tiempo, donde estalactitas de curiosas formas y tamaños adornaban el fondo y las paredes porosas. Vio que unos buzos salían de una gruta que debía de conducir a otra zona más profunda del cenote. «Me gustaría hacer esta inmersión con Jon», pensó. Imaginarse con él en todos los lugares especiales a donde iba se había convertido en algo completamente normal. Le pasaba lo mismo en los restaurantes, en los hoteles o con cualquier hallazgo del planeta dotado de algo que lo convertía en singular o exquisito a sus ojos. Siempre se imaginaba compartiendo esos momentos peculiares y maravillosos con él.

Del Gran Cenote, Lydia sugirió a la tripulación volver a la playa

donde el día anterior había estado sola. Podían comer allí y estaban al lado de las ruinas de Tulum, las mejor conservadas al lado del mar de todas las culturas precolombinas, lo que les sumaba un interés único. Los que no las conocían podrían visitarlas y el resto, mientras tanto, disfrutaría de una magnífica tarde playera. La sugerencia caló al instante. Estaban a tan solo cuatro kilómetros y el hambre después del *snorkel* arreciaba, empezando a hacer estragos en los estómagos de aquella pandilla circunstancial.

Llegaron a la zona hotelera de cabañas al borde del mar y Lydia los condujo al lúdico restaurante aposentado sobre la arena, donde había comido el día anterior. Ocuparon una extensa mesa de madera con sus pintas de guiris y sus ansias por degustar los platos mexicanos que ofrecía la carta. Fajitas, burritos, tacos, sincronizadas, quesadillas…, todo parecía poco mientras las cervezas heladas caían, una detrás de otra. Después, la seducción de una siesta colgados de una hamaca bajo los cocoteros parecía ser una idea instalada en la mente de más de uno.

—Lydia, ven… Me están empezando a llegar las fotos del buceo —anunció Eloy, haciendo una señal con la mano para que ella, desde la otra punta de la mesa, se acercara.

—A ver… —Se levantó rápidamente y buscó un hueco junto a él, entusiasmada, husmeando las imágenes que, muy despacio, se estaban descargando en el teléfono de Eloy.

—¡Dios, mira qué maravilla! —Las dos primeras fotos mostraban un plano de los tiburones a pocos metros de ellos, con las mandíbulas abiertas, engullendo el pescado que el instructor les daba. A Lydia apenas se la veía, porque Eloy le había tapado el plano.

—Estoy ahí, detrás de ti, pero no se me ve… —sonó decepcionada, aunque solo ella sabía por qué.

—Bueno, paciencia… Lo importante es que bajaste y los dos sabemos que estás ahí, pegada a mí. —Eloy intentaba que ella fuera consciente de que lo esencial no era la foto, sino el hecho por sí mismo.

Se descargaron dos fotos más sin demasiada relevancia para Lydia. Necesitaba una imagen en la que no hubiera duda de que se trataba de ella. Cuando parecía haber perdido toda esperanza de encontrar el documento gráfico que acreditara su proeza, una nueva descarga entró y, antes de que pudiera reaccionar, Eloy gritó.

—¡Síííí! Ahí estás, mi valiente pelirroja… Sola ante el peligro… ¡Mírate!

Lydia agudizó la vista a través de sus gafas. Efectivamente, aquella melena, sujeta por la máscara de buceo, solo podía ser la suya. La foto era impresionante. Parecía estar sola, pegada al fondo mientras tres tiburones nadaban en círculo. No habían salido ni el resto de los buzos ni el instructor. Una conspiración divina no hubiera podido conseguir una instantánea mejor. Sonrió, emocionada, mientras Eloy le daba un beso en la mejilla.

—Ves, yo te empujé a hacerlo, pero, en realidad, el paso al frente cuando te tiras del barco es solo tuyo. Tuviste mucho valor y esta foto es la prueba de ello… Me alegro de haber compartido contigo toda esta adrenalina… ¡Olé, mi niña!

Lydia le devolvió el beso con un abrazo, agradecida por haberla convencido a hacerlo. El resto de los compañeros se fueron pasando el móvil de Eloy, viendo las fotos y haciendo todo tipo de comentarios que ella ya no escuchaba. Mientras tanto, una idea se fraguaba en su cabeza. Tenía la foto perfecta para enviarle a Jon y lo iba a hacer allí mismo, en aquella playa que la seguía acercando a él.

—Envíamelas todas, por favor… son un recuerdo memorable.

—Ahí van… La que estás sola, y todas las demás. —La mantuvo abrazada mientras lo hacía, emocionado como si el mérito fuera solo de ella—. ¡Qué grande eres, coño! —le comentó al oído, para después mirarla con enorme complicidad.

—Gracias —dijo, con sinceridad plena en la mirada—. Sin ti, no lo hubiera conseguido…

—No me des las gracias. Ha sido una experiencia única para los dos y tengo que reconocer que, si no hubieras venido, quizá me lo habría pensado dos veces.

—¿En serio? ¡Qué morro tienes! Me convenciste totalmente…

—Soy un gran vendedor de excursiones, y tú, una descerebrada por fiarte de mí…

—¡Pues que sepas que volvería a hacerlo!

—Lo sé… Eres mi loca favorita…

Había en sus palabras un atisbo de sentimiento más allá de la simple amistad, el cual no pasó desapercibido para Lydia. Por un instante sintió como si Eloy quisiera dejar ver una intención emocional en sus actos lejos del compañerismo, acercándose a otro

terreno que ella no quería ni pensar. Se refugió en la risa, saliendo así airosa de su mirada penetrante, dirigiendo sus ojos al suelo para luego levantarse, obviando el impacto de lo que había sentido. Él, por su parte, aceptó su silencio como una pausa necesaria, sin dar lugar a nada más.

El grupo se empezó a disolver, unos hacia las ruinas y otros repartidos entre el agua y la siesta caribeña. Todavía quedaba mucha tarde, aunque la puesta de sol en aquella zona del mundo era temprana. El agua estaba buenísima y tranquila, cosa rara, porque el Caribe mexicano es bravo y se presta a jugar con las olas. Eloy empezó a hacer fotos desde la orilla a todos y en concreto a Lydia, que posó encantada con su nuevo bikini, jugando con el agua y saliendo de aquel mar con ánimo de sirena triunfante. Estaba contenta y eso se notaba. Luego fue ella quien fotografió a su amigo rodeado de azules que se mezclaban con un cielo espectacular, salpicado de nubes. Se intercambiaron las fotos y, sorprendida gratamente con el resultado de las suyas, puso la mejor en su perfil de WhatsApp. Estaba teniendo un día repleto de momentos inolvidables y en aquella imagen se veía claramente cómo se sentía renacer. Después, Lydia, con la excusa de leer, se distanció unos metros hacia la misma hamaca que la había mecido la tarde anterior. Necesitaba quedarse a solas con sus pensamientos, volver a cobijarse en sus recuerdos y enviar su trofeo a la persona que, fuera de todo pronóstico, seguía siendo un referente en cada paso que daba, en cada miedo que vencía, en cada sensación que vivía. Una presencia constante, una enseñanza permanente. Sentía que, a pesar de lo desconcertada que quedó después de dejar de verse, lejos ya de todo ese sufrimiento desolador, aquel tiempo había sido necesario para entender muchas cosas y crecer, dándole a su vida otra visión mucho más coherente. Un tiempo perfecto para alejarse de la inseguridad irracional que la había llevado a perder su capacidad de valorarse.

Imbuida en todos esos devaneos mentales, de nuevo un sonido relevante la sacó súbitamente de esos pensamientos cuando un mensaje de Jon apareció en su móvil. «No puede ser», pensó. Aún no le había mandado la foto. Pero el texto era claro y la melodía, aún más. Si alguien en ese momento la hubiera fotografiado mirando aquella pantalla, habría conseguido plasmar, sin pretenderlo, la verdadera imagen de la felicidad más absoluta.

Jon: ¿Más tibus hoy?

Lydia respiró hondo, intentando recuperarse del delicioso sobresalto. Decidió ir despacio, esperar un poco a mandarle la foto. Primero quería mostrarle el entorno… Disparó el iPhone sobre sus piernas apuntando hacia el mar en el paraíso. Escribió a pie de foto…

Lydia: No, he decidido que, si quieren, vengan ellos a verme a mí…

Jon: Qué mala eres… y provocadora…

Lydia: Ja, ja, ja… Sabes que soy buena chica…

Jon: Ya… Sigo pensando que mejor cambiar el ser por el estar…

Lydia: Hoy estoy pletórica… igual no vuelvo… 😂

Jon: Venga, desembucha…

Lydia: Mira…

Entonces, sí, Lydia buscó una de las fotos buceando con todos y se la envió…

Jon: Gran recuerdo, pero me gusta más la del bikini que has puesto de perfil de WhatsApp…

Lydia: Ahhh… Ja, ja, ja… Sí, tengo más, el escenario lo merecía…

Jon: Quiero verlas…

Lydia: ¿Seguro? Te advierto que son muy pero que muy impactantes… Reflejan el renacer de mi nuevo espíritu…

Jon: Blablablá… Venga, no te hagas de rogar…

Sabía que había salido muy favorecida y, con la seguridad de jugar con su punto débil, le envió tres de las preciosas fotos que Eloy le había hecho un rato antes.

Jon: Hummmmm… gran espíritu y mejor

cuerpo…

Lydia: ¿Te gusta mi nuevo bikini surfero?

Jon: No está mal, pero me quedo mejor con lo que envuelve…

Lydia: Supongo que te refieres a mi nuevo espíritu de buceadora intrépida…

Jon: Si no te conociera, diría que estás coqueteando conmigo…

Lydia: ¿Yoooo? Simplemente te muestro mi fusión con la madre naturaleza…

Jon: Tienes suerte de estar tan lejos… podría enseñarte lo que es una verdadera fusión…

Lydia empezó a temblar. Volvía a sentir toda aquella emoción incontrolable que él provocaba en su interior. Se estremecía, abrazada por la tela de aquella hamaca que la separaba del suelo. Pero no quería seguir apoyada solo en el deseo que, claramente, despertaba en Jon. Necesitaba demostrarle que, detrás de aquel cuerpo de arquitectura caliente, había mucho más por descubrir.

Contestó, apartando lo evidente e intentando conectarlo con sus sentimientos. Le envió por fin la foto en la que aparecía sola entre tiburones, acompañada de un mensaje. Buscaba su reconocimiento y que él se sintiera orgulloso y atraído por esa imagen que hablaba por sí sola.

Lydia: Aquí tienes mi nuevo espíritu… mucho más valiente y seguro. Fue muy difícil vencer el miedo, pero ha merecido la pena.

Jon: Cuando quieras, lo celebramos.

Lydia: Me parece bien. Tú eres parte de esta hazaña…

Jon: 👌

Lydia: Te llevé conmigo ahí abajo…

Jon: 🤔

Lydia: Me repetí mil veces: «No tengas

miedo, Jon te dijo que no hay nada que temer», y, así, logré tranquilizarme… 😂

Jon: Pobre insensata…

Lydia: Ja, ja, ja, ja, ja.

Jon: ¿Cuándo vuelves?

Lydia: Pasado mañana llego a Madrid.

Jon: Me avisas cuando puedas y a ver si lo celebramos.

Lydia: Vale. ¿Qué te parece el lunes?

Jon: Bien, quedamos en mi casa para comer y tú serás el postre.

Lydia: ¿En tu casa? Ufff, me siento como Caperucita que va a casa del lobo…

Jon: Pues este lobo quizá te coma…

Lydia: Ja, ja, ja… Lo que te digo, como cordera al matadero…

Jon: Vale, si no quieres, no…

Lydia: ¿Quién dijo miedo? ¡¡¡Cómemeeeee!!! 😂

Jon: 😂😂😂… Voy aprendiendo.

Lydia: ¿Aprendiendo? Sabes más que los ratones coloraos…

Jon: Qué va… Solo soy un cateto del norte.

Lydia: A ver qué haces para comer, que me he pasado mogollón en Cancún…

Jon: Cuando se tiene un culito así, te puedes permitir saltarte la dieta…

Lydia: No te creas, los kilos siempre van al mismo sitio…

Jon: Es “pluscuamperfecto” según recientes mediciones… y muy amigo mío… Creo que ha sido mi mejor amigo… ever.

Lydia: Pues se ha sentido muy solo últimamente…

Jon: Sí, habrá que volver a las profundidades… Yo también… lo haré por ti…

Lydia: Vuelvo al abismo profundo y oscuro…

Jon: Pero de mi mano esta vez…

Lydia: Una apuesta segura… o no, ya veremos…

Jon: Me muero de pensarlo.

Lydia: ¿Llevo vino o postre?

Jon: Ya te he dicho que el postre serás tú…

Terminaron la conversación, sin más. Al fin, iban a verse. Lydia quería correr por la playa, saltar en la tumbona, gritar al mar lo feliz que se sentía. Volvían a ser los que fueron y, de la misma emoción, sus ojos empezaron a brillar como nunca antes. Lo iba a hacer bien. Esa vez, sí.

Capítulo 16

Si te hizo feliz, no cuenta como error…

BOB MARLEY

Cuando Lydia llegó al parking después del conflicto vivido a bordo, aún seguía en *shock*. Su agotamiento era mucho más mental que físico, y su necesidad de desconectar de todo aquel episodio surrealista le hizo arrancar y salir del aeropuerto con unas ganas irreductibles de llegar a casa. No había querido ni conectar el teléfono después de bajar del avión. «Menos mal que apareció Eloy», se dijo. Aún estaba flotando en lo ocurrido y no quería saber de su mundo hasta sentir aquella desagradable historia lejos, zanjada y olvidada. Todavía podía oír los gritos de aquel hombre endemoniado cuando por fin, entre la tripulación y los pasajeros, pudieron reducirlo. Ya en su apartamento, y antes de meterse en la cama, sacó el móvil del bolso y lo encendió. Tenía un wasap de Jon y varios más de los que pasó con amplitud, dejándolos para cuando despertase.

Jon: ¿Has vuelto?

Lydia: Sí, por fin… Acabo de llegar a casa.

Jon: Entonces, te dejo descansar… Voy a hacerte arroz negro para el lunes… ¿Te ape?

¿El lunes? ¡Ohhh, no…!! Acababa de caer en la cuenta. Con todo aquel lío se le había olvidado que era el día que había quedado con Jon. Tenía que ir a la oficina a presentar el informe que adjuntarían a la denuncia y, además, a hablar con su jefa sobre todo lo ocurrido.

Lydia: Hemos tenido una movida a bordo con un pasajero que, cuando te la cuente, vas a alucinar… Ha sido tan gorda que tengo que ir el

lunes a primera hora a la oficina con el informe preparado y comentar en persona lo sucedido.

Jon: ¿Una pelea?

Lydia: Te lo cuento con un vino por delante. Ha sido bastante incómodo…

Jon: Qué mal…

Lydia: Veremos cómo acaba la historia.

Jon: Bueno, ya estás aquí y que te quiten lo «tiburoneaoo»…

Lydia: Es posible que tengamos que hacer una denuncia conjunta. Ha sido tremendo…

Jon: Aterriza y duerme. Mañana ya verás lo que haces.

Lydia: Exacto… ¡Eres mi gurú!

Jon: Sí, me he quedado calvo con el consejo…

Lydia: Volviendo al asunto del arroz negro… claro que me «ape»… ¿Con calamares?

Jon: Sepia, mejor…

Lydia: Lo que quieras. Solo espero no retrasarme con la reunión y que se quede el arroz… «para pegar carteles de toros»… 😷

Jon: Con que me avises desde el coche cuando vayas a venir, ya me encargo de calcular, tranquila…

Lydia: Bien pensado. Me acuesto ya, no puedo más…

Jon: Ok. Me voy a la oficina.

* * *

Siete horas después, Lydia despertó. Eran las once de la noche de aquel sábado en el que la gente normal debía de estar disfrutando de los diferentes planes que ofrecía el fin de semana, esas cosas

cotidianas y lúdicas que, para un tripulante que acaba de aterrizar, son irreconocibles y se escapan de su variopinto calendario.

Estaba desorientada y, evidentemente, ya no podía dormir más. Intentó cenar algo, pero seguía profundamente afectada por el incidente. En sus muchos años de profesión había pasado por innumerables sucesos a bordo, incluso emergencias reales causadas por problemas técnicos que le hicieron temer por su vida, pero la imagen de aquel chiflado pintado de guerra con su propia sangre, desnudo y corriendo por el pasillo hacia la cabina de mando, era algo que, seguramente, no podría olvidar jamás. Aquella mirada perdida, indómita, abyecta; los gritos de los pasajeros; los alaridos horripilantes que profería mientras aporreaba la puerta de los pilotos, repitiendo aquella frase inducida por algún demonio afín… «¡Tengo que estrellar el avión!»… eran *flashbacks* que una y otra vez regresaban a la cabeza de Lydia y la sumían en pensamientos incesantes de lo que podría haber ocurrido y que, afortunadamente, lograron evitar. La posibilidad de morir por una circunstancia no prevista en los procedimientos de emergencias que todos ellos tenían grabados en las neuronas a fuego candente le había demostrado que había cosas realmente peligrosas que no se podían predecir y que los manuales no incluían.

Sonó el teléfono. Era Eloy. La única persona del mundo con la que le apetecía hablar.

—Hola, pelirroja. ¿Cómo estás?

—No sé qué decirte… ¿Has podido dormir?

—Sí. Me dolía todo el cuerpo, supongo que por la descarga de adrenalina. Lo peor es cuando me veo el mordisco… ¡Espero que no me haya contagiado la rabia, ese cabrón! —Lo oyó reírse dentro de lo desagradable del asunto.

—¿Se te ha hinchado mucho?

—Un poco, y se está poniendo azul… normal. ¡Me agarró fuerte, el muy desgraciado! Si no llega a ser por el policía de paisano que le lanzó el puñetazo, me hubiera arrancado el trozo…

—Y si no llega a ser porque tú apareciste… —Se quedó callada, inmersa en la emoción. Eloy llegó justo cuando aquella bestia parda se le iba a tirar encima—. Nunca hubiese imaginado que, después de arrojarme a los tiburones sin piedad, me ibas a salvar de aquel energúmeno… Te debo una muy gorda, amigo…

—No me debes nada, boba. Si hubiera sido al revés, tú le habrías

clavado las pinzas del hielo o le habrías arreado con la botella de rioja… De eso no tengo duda… ¡Menuda es mi niña!

—No sé, Eloy… Cada vez que me acuerdo de la cara de ese demente… —Se le quebraba la voz, no podía seguir sin ponerse a llorar.

—Venga, arriba ese ánimo… El tío iba drogado hasta las cejas, estaba fuera de sí. En realidad no era muy grande, menos mal, pero, con toda esa mierda en el cuerpo, si no llega a ser por los pasajeros que salieron en nuestra ayuda, Julio y yo no hubiéramos podido con él.

—No pude ver nada, porque tú me encerraste en el baño, ¿recuerdas? —Por fin esbozaba una sonrisa mientras se acordaba de cómo él, para sacarla de la escena de puñetazos y patadas, la había empujado dentro del aseo, cerrando el pestillo por fuera.

—Había que proteger a la jefa de todo peligro… —Eloy intentaba animarla entre bromas. La notaba muy decaída—. Si llega a caer la líder, la situación se nos hubiera ido de las manos. —Sonreía al otro lado de la línea.

—Menuda jefa…, cagada de miedo y escondida en el lavabo como una niña asustada… No merezco ningún mérito.

—Lydia… ¿qué demonios tienes en la cabeza? —Su compañero se había puesto serio por primera vez desde que comenzaron la conversación.

—Pues lo que oyes: creo que no estuve a la altura… Me quedé paralizada por el miedo cuando lo vi entrar en el *galley* con todas aquellas marcas de sangre por el cuerpo y medio desnudo… No supe reaccionar y no hay nada que ya pueda hacer para cambiarlo. —Rompió a llorar, inconsolable.

—Mándame la ubicación…

Lydia, que entre sollozos oyó aquella frase, no alcanzó a entender a qué se refería.

—¿Qué has dicho?

—Que me mandes la ubicación… Voy para tu casa ahora mismo, y prométeme que no vas a pensar en nada hasta que me veas…

* * *

Cuando Lydia abrió la puerta, lo primero que alcanzó a ver fue la

perfecta dentadura blanca de Eloy enmarcada por su inconfundible sonrisa. Hacía veinte minutos que habían colgado y ya estaba allí.

—¿Es aquí donde se necesita un abrazo de oso? —La miraba, divertido, con esa cara de travieso profesional que nunca lo abandonaba.

—Estás loco… —Lydia se secó las mejillas y abrió los brazos para recibirlo. Con una pinza sujetándole el pelo y en pijama, poco le importó que Eloy la viera así. Se fundieron en un abrazo honesto, lleno de apoyo y sinceridad. Eran dos amigos que acababan de pasar por un episodio terrible en sus vidas.

—Invítame a una cerveza, anda… —La rodeó por el hombro y entraron—. Será mejor que me cuentes qué son todas esas tonterías en las que estás pensando…

Lydia se detuvo un momento en la cocina y sacó dos cervezas de la nevera mientras Eloy se instalaba en el sofá.

—Me gusta tu casa —comentó, mirando alrededor—. Se respira calidez.

—Sí, crear buen ambiente en casa me permite vivir en armonía —dijo, entrando en el salón con dos Estrella Galicia bien fresquitas.

—Pues lo has conseguido, aunque hoy estés un poco tontorrona…

—A veces hay situaciones que te superan… —lo miró intentando que él se pusiera en su lugar, que pudiese entender cómo se había sentido—… y, la de anoche, me ha hecho plantearme muchas cosas…

—Ehhhh…, echa el freno… ¿Qué cosas? —Los ojos verdes de Eloy se habían quedado clavados en sus pupilas—. Aquí no hay nada que plantearse y créeme cuando te digo que lo hiciste bien. —Soltó la cerveza en la mesa y le agarró las manos para continuar—. Delegaste en tu equipo cuando la situación te paralizó. Podías haber empezado a dar instrucciones confusas, presa del pánico, o haberte puesto histérica. —Hizo una pausa aposta—. Piénsalo… En mi opinión, confiaste en que nosotros sabríamos cómo controlar al tipo, y eso fue lo que transmitiste… Nos dejaste hacer. ¿Sabes lo importante que es saber cuándo debes retirarte y dejar que otros tomen el control? —Le estaba apretando las manos con fuerza para que reaccionase—. Resetea esa sombra, no tienes razón.

Lydia lo miraba tragando saliva para no volver a llorar. Agradecía mucho sus palabras, pero no entendía dónde estaba el mérito… *su mérito,* en todo aquel despropósito.

—Estoy pensando en renunciar al cargo —soltó, y lo miró, buscando su empatía.

—Lo sé, por eso estoy aquí… y no lo voy a permitir. —Estaba serio, pero transmitiendo una tremenda serenidad y convicción en sus palabras. Soltó sus manos y le agarró los hombros, enderezándola, haciendo que su cuerpo reaccionase adoptando una postura digna y fuerte que parecía haber olvidado—. No quiero oírte hablar así… Esa chapa la llevas en la chaqueta del uniforme porque te la has ganado, pero, sobre todo, porque la mereces. —Puso su dedo índice bajo el mentón de ella, elevándole la cara—. Lydia Osma… eres la mujer más valiente que conozco… ¿Me estás escuchando?

Por sus palabras y aquella forma de mirarla, parecía como si Eloy hubiera vivido el episodio de una forma distinta que a ella se le escapaba. Había otra realidad para esos ojos cuajados de bondad mientras una verdad de dimensiones dramáticas se cernía sobre Lydia, dejándola sin ganas de seguir. La sombra, como había dicho él seguramente sin saber que estaba metiendo el dedo donde más dolía, de toda su exigencia personal sembrada desde la infancia. Pero necesitaba continuar escuchándolo, dejando que sus oídos se llenasen de aquellas palabras cargadas de argumentos generosos que salían por una boca desinteresada y optimista. Lo dejó seguir, atendiendo en silencio mientras dos lágrimas sin intención bajaron por sus mejillas hasta caer, mojando la camiseta del pijama.

—Si sigues llorando, se te van a borrar las pecas… —Sonreía de nuevo, regalándole el afecto que estaba necesitando—. ¿Te acuerdas de lo que me comentaste justo antes de tirarte al agua, el día del buceo?

Lydia se quedó pensando. Aquel día estaba tan nerviosa que no tenía ni idea de lo que podría haber dicho.

—No, no lo recuerdo… Me temblaban hasta las pestañas.

—Haz memoria… Yo te dije «Vales mucho, pelirroja. Solo disfruta y respira» o algo así, y entonces, tú, lanzaste una frase al aire…

—Yaaaa. Ahora caigo… aunque no era mía, por supuesto…

—Pues venga, quiero escucharla de nuevo…

Lydia había citado una preciosa frase de Gregorio Marañón que se le escapó justo antes de saltar al mar. Miró a Eloy y volvió a repetirla, cerrando los ojos para volver a adueñarse de ella.

—No sabrás lo que valgo hasta que no pueda ser junto a ti todo lo que soy… —Abrió los ojos y sonrió, empezando a entender lo oportuno del mensaje que encerraba.

—Y fuiste tú, vulnerable y creíble… debajo del agua y también a cuarenta mil pies de altitud. No hay nada más honesto que eso, ni más valiente. Cuando aprieta el miedo, uno se muestra como es, sin máscaras ni ficción… No quiero que renuncies al cargo porque sé cómo eres y te quiero ahí delante… ¿Te ha quedado claro, pelirroja llorona?

Lydia asintió, bajando la mirada hasta el antebrazo de Eloy, donde un feísimo mordisco ganaba protagonismo.

—¿Te duele? —Lo tocó con suavidad, intentando no lastimarlo.

—Bah… Son heridas de guerra que solo me recuerdan lo bien que lo hicimos. ¡Anda que no se llevó hostias, mi amigo! ¿Recuerdas cuando se nos unió el bombero? Ese no se cortó un pelo… —Se reía con fuerza rememorando la hazaña.

—Me acuerdo de que detrás de ti llegó Julio y, con él, un pasajero que después me enteré de que era poli. —Lydia podía recordar hasta ahí—. Luego me metiste en el baño y al bombero me lo presentasteis cuando ya teníais al tío sujeto con las bridas en el asiento. —Era una imagen inolvidable y triunfal.

—Pues el bombero, que ya estaba jubilado, le atizó de lo lindo. El poli estuvo más fino… pero también le arreó un par de patadas mientras yo lo sujetaba. Cuando lo arrastramos al asiento, lloraba, el muy capullo, y pedía perdón…

—De eso me acuerdo, porque fue cuando Julio me sacó del baño…

—Claro. Era el momento de salir para que ya, fuera de peligro, hicieras lo que tan bien sabes hacer. —La miró, provocando el interrogante en su rostro.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber qué es eso que hago tan bien? —Lydia sabía la respuesta, pero quería oírla de su boca.

—Pues todo el rollo de hablar con los pilotos y explicarles la situación… Ves, a mí esa parte no me pone nada… y, sin embargo, tú lo hiciste como dicta el procedimiento, informando y sin aspavientos.

—Hombre, era lo mínimo… El comandante sabía perfectamente que yo estaba en el baño. Seguro que vio cómo me metiste allí por la cámara de seguridad. —Lo recordaba con cierta vergüenza—. La

verdad es que no me dijo nada… Supongo que le pareció correcto.

—Yo hablé con él cuando ya en tierra subieron los médicos a sedar al tipo y llevárselo. Estaba encantado con la actuación de todos y ya verás cómo en su informe te deja en un estupendo lugar…

—Sí… ¡en el baño!

Rompieron los dos a reír. Eloy había conseguido su objetivo yendo hasta su casa, y Lydia se sentía profundamente agradecida. Aquel chico, algunos años más joven que ella, le había demostrado que era mucho más maduro que el estereotipo de divertido e insustancial que aparentaba. Habían volado varias veces juntos y siempre fueron compinches en planes entretenidos, aunque de una forma totalmente superficial. Evidentemente, después de aquella visita inesperada, ella había cambiado por completo su percepción sobre él. Sabía que gente de esa catadura humana, en su profesión, no era fácil de encontrar. En aviación, los verdaderos amigos se contaban con los dedos de una mano, y eso era decir mucho. Había un nutrido grupo de conocidos con los que surgía una empatía puntual, creada por el momento lúdico y artificial de un escenario a miles de kilómetros de casa, reinando lo que durase el descanso fuera, para acompañar los ratos de soledad compartida. Y es que el maravilloso mundo de las azafatas no era, ni de cerca, tan idílico como se habían encargado de mostrar al mundo. Había mucho más de ficción que de verdad en una profesión que amaba y sufría a partes iguales.

—¿Quieres que hagamos el informe juntos? —Eloy se estaba ofreciendo a la redacción de aquel increíble documento que le iba a llevar mucho tiempo de trabajo—. Te puedo ayudar con los datos que no viste o los que no recuerdas…

—Me parece una idea magnífica… Yo sola tardaría un siglo.

—Vamos a preparar algo de comer y luego nos ponemos con él si te sientes con ganas. Tienes cara de no haber probado bocado en muchas horas…

—Sí, la verdad es que me tomé un café al llegar a casa y es lo único que tengo en el cuerpo desde ayer —contestó Lydia, recordando que no había comido ni tampoco cenado, y notando que la cerveza se le estaba subiendo a la cabeza por culpa de tener el estómago vacío.

—Pues no se hable más. Voy a mirar en la nevera a ver qué se puede aprovechar de lo que tienes ahí. —Estaba decidido a cocinar para ella.

Lydia lo siguió hasta su propia cocina, intrigada. Aquel hombre era un cúmulo de sorpresas, hasta el momento, todas estupendas.

Eloy abrió el frigorífico y empezó a sacar un popurrí de alimentos, que ni ella misma recordaba tener allí dentro.

—Listo… con esto será suficiente. ¿Tienes pan?

—Sí, en el primer estante hay un paquete de rebanadas. —Estaba sentada en un taburete, mirándolo, risueña, mientras él mangoneaba por su cocina como pez en el agua.

—Voy a hacer unas tostadas que te vas a chupar los dedos…

—¿Qué te parece si abro un vinito? —Lydia se estaba animando por momentos y la ocasión lo merecía.

—Yo, siempre, lo que diga la jefa… —Estaba concentrado, cortando un champiñón detrás de otro con destreza. Se veía que no era la primera vez que se remangaba en la cocina.

—¿Blanco o tinto?

—A esta cena le pega blanco, sin duda…

—Tengo un albariño que está buenísimo, ¿te parece?

—Me parece. —Desvió un segundo la mirada de la sartén para dirigirle una sonrisa. Desde ese plano, metido en sus quehaceres culinarios, se lo veía poderoso y dulce a la vez, una mezcla explosiva de la que Lydia se separó rápidamente para ir a buscar unas copas al salón. Y es que ella nunca había reparado en él más allá de un vistazo de perfiles bien intencionado siempre que habían estado juntos. Eloy, a pesar de tener unas facciones mucho más que agradables, aunque era alto, estaba bastante delgado, de brazos firmes pero flacos y trasero desapercibido. Distaba años luz del prototipo de hombre que a ella le gustaba. Aun así, tenía que reconocer que aquella sonrisa seductora que le salía de forma totalmente espontánea, junto con esos increíbles ojos, de un verde azulado indescriptible, eran su pasaporte al éxito con las féminas, aunque ella siempre se hubiera sentido ajena a todo ese encanto que lo rodeaba. Por supuesto, sabía que existía. Lo había comprobado observando a las compañeras que se arrimaban a él sin demasiado éxito. Parecía tener claro que, en el trabajo, no había opción ni a un flirteo aislado, porque nunca se le había conocido un romance dentro de la empresa.

Las tostadas estaban listas y Eloy las emplató con sumo cuidado, consiguiendo que todo lo que contenían se sostuviera sobre ellas en un equilibrio perfecto, sin opción de desparramarse por el plato.

—Oye, ¿qué tal si cenamos aquí mismo? —Señaló el mostrador y los taburetes.

—Por mí, bien. Prueba el vino, a ver qué te parece. —Lydia le había servido su copa con una pequeña cantidad.

Eloy removió el contenido haciendo círculos despacio, con aquella mano de pianista conformada por dedos largos y esbeltos. Lo probó y puso cara de complacencia.

—Qué bueno… Muy rico. —Cogió la botella y sirvió la copa de ella, añadiendo después un poco más a la suya—. Brindemos por nosotros y por los momentos compartidos…

—Y por la suerte de coincidir contigo en uno de los episodios más complicados de mi vida —añadió ella, antes de juntar sus copas.

Eloy sonrió y no dijo nada. Era poco amigo de agenciarse méritos, pero, comprobando que para ella era importante decirlo, se quedó callado y bebió sin opinar, aceptando con humildad el brindis.

—No puedo creer que hayas cocinado esto tan delicioso con todo lo que yo pensaba tirar mañana a la basura. —Había masticado despacio el primer pedazo que Eloy le había cortado para que probase. Seguía sin hambre, pero comió, sin dar importancia a ese hecho. Había demasiada atención y cariño depositado en aquella cena improvisada.

Poco a poco, entre risas y recuerdos, el tiempo fue pasando de puntillas, sin hacerles percibir lo tarde que era. Recogieron la cocina juntos y se trasladaron de nuevo al salón, para acabarse el vino tranquilamente.

—¿Estás mejor?

—Claro, no ves que ya no lloro…

—Una pena…, tenía ganas de seguir consolándote…

—¡Venga ya! Me pongo muy intensa cuando no veo una salida…

—Yo tampoco veo otra salida que esta… —Su mirada cobró profundidad. Se acercó y la besó sutilmente en los labios, sin miedo a ser rechazado, desalojando todo el sentimiento que llevaba parte de la noche postergando. En realidad fue una caricia premeditada, un impulso no contenido. Llamarlo beso a secas hubiera sido un término villano.

Lydia se quedó atónita, sin intención de moverse pero con consciente perplejidad. Se refugió más en el contenido que en el hecho de aquella aproximación no esperada. Y se dejó llevar, participando

con mesura y sin buscar una explicación que le diera sentido a lo que él necesitaba transmitir. Después de todo, era una mujer sola y dueña de sus actos, aunque otro hombre muy diferente a aquel que la estaba besando viviera día y noche en su pensamiento. Era un amor que sintió acabado, pero, de pronto, por avatares del destino y sus múltiples formas de hacerse notar, iba a volver a enfrentarse a él.

Eloy pareció sentir lo que rondaba por la cabeza de Lydia y poco a poco fue amainando la intensidad de su lance cargado de trazos pictóricamente tan bellos como nobles. Se separó con suavidad de aquellos labios que venía deseando, apoyado en la tenue intuición de comprender que debía parar.

—Perdóname. No sé por qué, pero no he podido evitarlo. —Sonreía, nervioso, sobreanalizando un gesto que a Lydia no le había molestado en absoluto.

—No te preocupes. —Lydia sabía que podría haberlo parado y, sin embargo, no lo había hecho. No iba a juzgarlo en ningún caso.

—No quiero que pienses que he venido a tu casa con ese propósito. —Su mirada era tan sincera como su beso.

—Eloy, por favor…, todo está bien y no voy a pensar nada de nada… Bueno, sí, que besas muy bien, por cierto… Eso me ha quedado meridianamente claro. —Sonrió con confianza, intentando quitarle hierro a la embarazosa situación y buscando que su amigo recuperase la normalidad.

—Gracias, pero soy un idiota integral. No era el momento y solo espero que no me lo tengas en cuenta…

—Los momentos no se eligen y las cosas pasan…, no hay que darle más vueltas. Para mí eres el mismo que ha entrado por esa puerta hace más de cuatro horas…

—Cuatro horas y encima no hemos hecho el informe… —Se puso las manos en la cabeza, sujetándose la frente, con los codos apoyados en las rodillas y las piernas abiertas, lamentándose.

—Ni lo vamos a hacer. Ya es muy tarde y estamos cansados. Mañana tengo todo el día para organizar ideas y redactarlo… Una vez que lo haga, lo contrastaré contigo y, así, añades lo que te parezca. —Era lo mejor para los dos y, de ese modo, podría poner perspectiva a ambos incidentes.

—Sí, tienes razón. —También él necesitaba irse para dejar de sentirse mal—. Me voy ya… Mañana tengo cosas que hacer temprano.

—Era una mentira piadosa, pero, como excusa, resultó perfecta.

Se levantaron y Lydia lo acompañó tranquila a la puerta, sin impaciencia porque se marchara. Quería que Eloy viera que todo estaba bien.

—Gracias infinitas por haber venido… Has disipado las nubes negras. —Lydia lo abrazó, segura, rompiendo la distancia incómoda que se había formado entre ellos.

—Me voy contento, entonces… Me encanta verte sonreír, pelirroja —dijo, girándose un segundo antes de empezar a bajar la escalera para desaparecer en la oscuridad de aquella noche que lo había traído sin pensarlo, y solo movido por un impulso altruista, a la vida de Lydia.

Capítulo 17

Eres como algo
que no se puede explicar con palabras.
Algo así como los segundos previos
al primer beso.
Justo ahí,
cuando se van cerrando los ojos.

Eres algo así, DEFREDS

Estaba nerviosa. Primero, porque llegaba tarde y lo detestaba. Había salido satisfecha de la reunión después de dos horas de explicaciones, relatando el episodio más surrealista de su carrera. Al final, todo había quedado en orden, pero los nervios seguían agarrotados en su estómago y no parecía que tuvieran intención de apaciguarse. También había acudido a su cita en la peluquería y, después de cortarse las puntas, se había alisado el pelo. Estaba irreconocible sin sus rizos. Quería verse diferente, buscar la seguridad en una Lydia bien distinta. No se identificaba con aquel pelo tan lacio, pero ya no tenía tiempo de cambiarlo. Escribió a Jon, escueta, tal como habían quedado.

Lydia: Saliendo… Tardo veinticinco minutos.

Jon: Ok, en diez echo el arroz.

La sensación de volverlo a ver la inquietaba. Cuánto tiempo había pasado… ¿dos meses?, quizá algo más. Prefería no recordar los detalles de aquella última conversación heladora, que en ese instante veía con cierta distancia. Aquello era pasado y no había que removerlo. Respiró hondo, buscando el aliento liberador que le hiciera relajarse y llegar a casa de Jon sin esos latidos trepidantes que no acababa de tener bajo control. Un poco de música tal vez ayudase.

Encendió la radio y buscó una emisora aleatoriamente. Madrid se dejaba conducir por una vez y Lydia lo interpretó como una nítida señal que la traía a su presente, profundamente invocado a un cielo particularmente suyo…, ese momento que tanto había imaginado y que por fin estaba a punto de acariciar. Eso sí, sin prisas, dejando que él entendiera que se había creado un cierto alejamiento, armonioso pero firme. Tenía muy claro que, después de tanto añorarlo, no se lo iba a poner tan fácil.

Desde esa sensación de seguridad en poder mantenerse a salvo detrás de su máscara, dejó que sus pensamientos volaran hasta él y se preguntó cómo se estaría sintiendo en ese instante, esperándola.

Súbitamente, la radio dejó de sonar para emitir por los altavoces el sonido adjudicado al WhatsApp de Jon. Lydia miró de refilón la pantalla iluminada y comprobó que se trataba de una canción. Un título muy corto, que leyó con un rápido golpe de vista… *Open,* de Rhye. Con enorme curiosidad y sin conocer el tema, pulsó para conectarlo al audio del coche. Una música aterciopelada comenzó a sonar, transportando su atención a la letra. Su mente bilingüe tradujo de inmediato:

Estoy loco por ese movimiento de tus muslos.
Estoy loco por el sonido de tus suspiros.
Estoy loco por perderme en tu vientre.
Estoy loco por tu amor.

Su pregunta había recibido un mensaje flagrante. «Me muero», pensó en alto al comprobar que no había guion posible ante él. Estaba ya a expensas de su inalterable presencia mientras aquella letra y lo que encerraba se repetía en bucle, derramando los mejores presagios que Lydia podía escuchar. Solo Jon era capaz de encontrar una canción entre un millón que expresara tan minuciosamente lo que encerraba la intimidad de su encuentro. Imaginar la apremiante necesidad de sentir la locura de tenerlo dentro de nuevo provocó en ella una lubricidad incipiente que rompió la paz de sus muslos, inconscientes de tanto deseo contenido. Era la prueba irrefutable de que Jon podía hacerla suya con tan solo una canción evocadora. Con un simple mensaje, había despertado un baile de feromonas imposible de controlar. Aquellas mensajeras sexuales volátiles estaban

entregadas y, con ellas, todo su firme propósito de permanecer subida en un pedestal de ego, el cual languidecía por minutos según se iba acercando a su casa.

Aparcó y se tomó unos minutos para tranquilizarse dentro del vehículo. No era muy normal que temblase como una hoja. «Como cordera al matadero», recordó la conversación que habían mantenido en Tulum a través del chat, y pensó que era tal cual. Hubiera preferido ser una caperucita con tacones de aguja, enfundada en un vestido rojo, que llegara a casa de su lobo dispuesta a todo, pero su valor estaba más cerca del tacto inocente de una suave lana blanca. Era tan absurdo… ¿Cómo podía sentir tanto miedo a dos pasos de encontrarse con lo que más le importaba en la vida? Precisamente ahí radicaba la cuestión. Aquel maldito miedo que la anulaba. Ese terror a volver a estar en la cuerda floja, de repetir patrones y fastidiarlo todo de nuevo. No era al lobo a quien temía. Lo que realmente le producía pavor era la responsabilidad de ser ella misma y no estar a la altura. Sentía pánico a volver a ser un engendro inseguro y patético de su propio yo. De nuevo un wasap, esa vez acompañado de un simple tono, vino a sacarla de tan lóbregos pensamientos.

> Eloy: Pelirroja, has estado brillante en la reunión. Una pena que tuvieras tanta prisa… Me hubiera gustado comentarla después con una cerveza delante.

Decidió dejar el mensaje sin leer y silenciar el teléfono. No era momento de iniciar una conversación con Eloy, aunque él tuviera esa sutil manera de hacerla sentir bien en cualquier situación. Durante la reunión, había sido decisivo tenerlo al lado, aunque él siempre intentase hacerla brillar con luz propia. Tiró el móvil al fondo del bolso y decidió que era hora de subir. Quizá era cierto que valía mucho más de lo que pensaba y había llegado el momento de ser capaz de mostrárselo al lobo. Caminó con mayor decisión los pocos metros que la separaban del portal de Jon. Él estaba en la ventana, se diría que esperándola. Se miraron. Él sonrió al verla llegar y Lydia no pudo evitar pensar que no se podía ser más guapo. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Jon estaba apostado en la entrada y extendió los brazos para recibirla. Lydia se acercó con cautela y él la abrazó como nunca lo había hecho hasta entonces, estrujándola con fuerza

mientras ella, sin saber qué hacer con el bolso, se quedó inerte, dejándose desarmar, arrollada por aquella efusión tan espontánea como desconcertante. No había mucho más que decir. Por fin, volvía a estar en casa.

* * *

—Ehhh… vaya cambio…

—Hoy mi peluquero se ha empeñado en alisarme el pelo. Bueno, en cuanto me lo lave, los rizos volverán…

—Estás… distinta… Me has sorprendido —dijo, observando lo largo que tenía el cabello.

—Pues, si esto te sorprende, espera a que te cuente la reunión de esta mañana…

Jon la miraba hipnotizado mientras ella no paraba de hablar, relatándole los detalles de lo ocurrido en el vuelo, haciendo aspavientos y representando con gestos y voces cada momento vivido. Él, mientras tanto, y sin perder el hilo de la fascinante historia, le había puesto una copa de vino en la mano, como si el espectáculo llevase la consumición incluida. Se sentó muy cerca, observándola y dejando bien claro que toda su atención era para ella. Lydia, tirando de una dinámica cómica para relatar lo sucedido, había conseguido relajarse enseguida y, entre un poco de exageración y una suculenta parte de realidad, la entrañable sensación de estar juntos disfrutando de nuevo fue abriéndose paso por encima de miedos e inseguridades, que parecían haberse esfumado de repente. Era como si el tiempo no hubiera pasado entre ellos, aunque en realidad sí que lo había hecho, dejando una advertencia inapreciable, como una mota de polvo suspendida en el aire.

Jon había cocinado como siempre, sin darle la menor importancia a esa mano de druida de la que gozaba. Había una seguridad virtuosa en sus recetas que le llevaba incluso a compartir sus secretos y trucos culinarios sin temor a ser plagiado. Más bien era todo lo contrario. Disfrutaba aportando sus ideas con generosidad a quien mostraba interés en conocer cómo había conseguido una textura o de dónde procedía aquel sabor sostenido en el paladar que nunca dejaba indiferente. Lydia siempre lo miraba, sumamente entretenida, y disfrutaba de cómo cocinaba con aquella destreza sin florituras.

Aquel día no fue diferente. Se situó en segunda línea y siguió sus movimientos de cerca, observándolo a retazos o participando activamente si él se lo ofrecía. Estaba relajado y feliz. Cocinó como si nada, charlando distraído con ella, y el arroz negro, amenizado por un caldo procedente de sus magias previas, estuvo listo y en su punto con extrema rapidez mientras Lydia seguía sin entender qué sortilegio utilizaba para sentarse a comer dejando la cocina completamente recogida e impoluta.

—Está buenísimo…

—Al final he preferido esperarte para echar el arroz. —Sirvió más vino—. Me imaginé que lo que tenías que contarme nos dejaría tiempo suficiente para que, por fin, te creyeras que cocino… —Estaba bromeando y buscaba provocarla.

—Por favor, nunca lo he puesto en duda. —Sabía lo que intentaba, pero no le dio opción—. Deberías saber que soy la presidenta del club de fans de tu «salsa tramposa», venerada en gran parte del universo…

—¿Solo en gran parte? ¡Qué decepción! —Miraba hacia abajo, fingiendo pena y sacando morritos. Resultaba muy divertido y nada fácil ver a un tipo serio como Jon haciendo el ganso deliberadamente.

—Bueno, en realidad, el otro día, volviendo de Bogotá, pude ver a lo lejos una pancarta colgada entre dos satélites que decía: «¿Todavía no le habéis dado una estrella Michelin a Jon Urrutia?» —Lydia estaba seria contándoselo, dando un dramatismo añadido a la excentricidad que se acababa de inventar.

—¿Tú también lo viste? Me pareció ofensivo…, solo una estrella… —respondió, fingiendo sentirse muy decepcionado, justo antes de probar su fantástico arroz.

—Sí, la verdad…, yo te hubiera dado la Osa Mayor entera… —Le lanzó una sonrisa-mueca con una impronta muy característica de ella. Era un gesto peculiar, que le salía de forma inconsciente y dibujaba dos arruguitas juguetonas en las comisuras de sus labios. Cada vez que Jon se lo veía hacer, se quedaba inmóvil, esperando a que lo repitiera, cosa que casi nunca ocurría inmediatamente.

—Hazlo otra vez —le pidió, mirándola fijamente a los labios.

—Que haga, ¿qué? —Lydia no sabía a qué se refería.

—Eso que haces con la boca… Me recuerda la sonrisa de Mona Lisa. —Se quedó aguardando a que apareciese de nuevo.

—Es una especie de tic que va por libre… Si lo fuerzo, no me sale.

—Habrá que esperar, entonces, y cazarlo cuando lo hagas…

—Es espontáneo y dura poquísimo, no creo que puedas…

—Ya veremos. —Sonreía con picardía—. Terminemos de comer y a ver de lo que soy capaz…

Hablaron sin parar durante todo el almuerzo, sobre todo él. No paró de contar triviales acontecimientos que se habían sucedido en su vida a lo largo de aquellos dos meses de silencio entre ellos, sin mencionar en ningún momento los motivos de su alejamiento. Ella, mientras tanto, apoyada en preguntas que solo concernían a lo que él estaba contando, intervenía, interrumpiendo su monólogo con sutileza para no romper el encanto del momento. Tampoco intentó aclarar nada de lo sucedido. Todo volvía a fluir y Lydia se sentía incapaz de vulnerar aquella armonía tan atrayente. Jon parecía encantado de volver a tenerla en su guarida escuchándolo atentamente, sabedor de que podría devorarla en cualquier instante sin necesidad de pedir permiso.

Recogieron los platos de la mesa y él preparó unas copas. Se acoplaron en el sofá y Lydia, premeditadamente, se sentó en la otra punta. Quería verlo a cierta distancia, sin dar nada por hecho. Había un tonteo en el ambiente de lo más divertido. Le apetecía seguir provocando esa expectación de saber esperar, ayudada, además, por la amenidad de la charla, que podría prolongarse bastante más. Ella, con su frescura innata, y él, con su eficacia de conversador ilustrado, hablando de cualquier cosa que a Lydia siempre le parecía interesante.

—Acércate… —Jon acababa de tener uno de sus impulsos—, estás muy lejos. Ven, siéntate aquí —dijo, señalando el regazo de sus piernas.

—¿Encima de ti? No, estoy genial aquí sentada —contestó, risueña, retándolo a que fuera él quien se acercase—. Ven tú si quieres…

—Aquí estarás más cómoda. —Aquella forma de decirlo y esa cara de pillo eran un claro prólogo de lo que se estaba fraguando.

Lydia, siguiéndole el juego, se levantó con la copa en la mano y se acercó a Jon simulando obediencia. Se sentó sutilmente sobre él, de lado y apoyando levemente la cabeza sobre su hombro, para ver su cara a un palmo de distancia.

—¿Así, dices? —Dejó que su aroma lo invadiera, que la piel de sus rostros casi se rozase—. Uy, no, creo que estoy mucho mejor allí… —dijo, incorporándose decidida y volviendo por donde había venido, tomando de nuevo posesión de su rincón de seguridad mientras lo miraba con un coqueteo distraído de cándida cortesana.

Jon permaneció tranquilo, sonriendo, con la seguridad de saber que aquellos lances eran parte del juego de seducción de Lydia. Estaba participando activamente en avivar un rescoldo que nunca se había apagado del todo, sabiendo que no quedaba mucho para que las llamas llegaran hasta el techo. Ella era tan ingenua como predecible y, en virtud de esa estimulante combinación, actuaría en el momento preciso.

—No me has contado aún nada de tu inmersión con los toros —dijo, cambiando por completo de tema, para sorpresa de ella—. Reconocerás que es mucho más excitante que bucear entre pececillos de colores y paredes de coral…

—Estuve entre el miedo y la fascinación —contestó ella, trayendo al presente una frase de Jon extraída de sus primeras conversaciones por WhatsApp, de aquellos tiempos de luz pertenecientes a su pasado juntos.

—Copiota…

—Solo estaba comprobando si te acordabas…

—Te lo escribí el día que regresaba de Lima y, si no recuerdo mal, hablaba de ti…

Lydia se quedó prendida en el pasado y pensó si lo habría leído recientemente, igual que ella… quién sabía si a la vez. Durante su distanciamiento, no había podido evitar releer sus conversaciones, recreando aquellos momentos de felicidad total. En ocasiones lo veía en línea e imaginaba que él estaba haciendo lo mismo que ella. Aquel recuerdo le pareció tan patético en ese instante, cuando lo tenía delante, que lo apartó de inmediato. No quiso profundizar en ello y, volviendo al presente, continuó con los escualos.

—Son preciosos, con esa forma de nadar tan distinguida… En mi próxima inmersión me gustaría hacer un combinado de tiburones y mantas raya.

—Mira, me llegaron la semana pasada. —Señalaba en dirección a la estantería—. Me las ha enviado un amigo de Maldivas.

Lydia se levantó y fue hacia donde Jon estaba apuntando.

Apoyadas en el borde, había dos pequeñas esculturas de mantas diablas agitando sus alas sobre una roca, talladas con perfecta similitud a lo que era una Mobula real.

—Vaya… —Se acercó, sujetó una de ellas y la contempló, reparando en la delicadeza de la talla—. Qué preciosidad… ¿Son de madera?

—Sí, supongo que de esas maderas que trae el mar a la playa. Las hacen los maldivos y me quedé con ganas de una desde que estuve allí buceando.

La miraba, atento, desde el sofá. Hablaba por inercia. En realidad estaba pendiente de otra escultura. Se levantó y fue hacia ella con alevosa intención. La coba se había terminado.

Lydia, de espaldas y distraída en la admiración del detalle, no se percató de su llegada sigilosa. Estaba soltando la manta raya en el estante cuando sintió cómo una mano le retiraba el cabello de la nuca y empezaban a besarla. Se le erizó todo el vello del cuerpo mientras los brazos de Jon avanzaban sin tregua por su cintura, subiendo de manera implacable, hasta encontrar sus pechos. Ella dejó que le desabotonara la camisa, sin hacer el menor intento de pararlo o girarse, mientras los dedos de él encontraban, recorriendo el interior de su sujetador, aquellos pezones endurecidos por su astucia delictiva. Empezó a acariciarlos con ímpetu, modelándolos con su pulgar e índice, mientras Lydia comenzaba a jadear, acompañando con aquellos suspiros los primeros roces que Jon le estaba propiciando desde atrás con un claro propósito. Siguió calentándola sin quitarle la ropa, dejando que la vehemencia del deseo le invadiese cada poro de la piel. Ella empezó a sentir la zozobra del oleaje entre sus piernas mientras un goteo tímido amenazaba con traspasar la lencería y mancharle el pantalón que Jon había comenzado a desabrochar muy despacio, bajando la cremallera con una lentitud exasperante. Entonces, y sin mediar palabra, la giró con brusquedad, buscándole la boca para enjugársela de vicio mientras desencajaba la ropa de sus caderas, liberándola al arbitrio de su inclemente necesidad de poseerla.

—Ven, vamos a la escalera.

Tiró de su mano mientras Lydia, dejando atrás aquellos pensamientos de seducción y templanza, lo seguía medio desnuda, con la excitación en la cumbre más elevada y mansa actitud de entrega,

embriagada por una sensación placentera de posibilidades casi infinitas. Estaba exactamente donde le apetecía estar y con quien quería, y eso era una certeza que pocas veces se podía vivir.

La escalera de forja se elevaba ante ellos. Jon se deshizo de la ropa, dejando al descubierto una arrogante erección. Tiró hacia abajo con fuerza de la tela delicada del pantalón de Lydia, arrastrando con él las mínimas bragas arrebatadas de deseo, y le introdujo unos dedos en aquella cavidad viscosa y henchida de aguantar las ganas de tenerlo dentro.

—Estás empapada… Ponte ahí, apóyate en el cuarto escalón…

Lydia obedeció, sumisa. Posó las palmas de las manos sobre el peldaño y arqueó la espalda, pidiendo guerra. La exposición de su sexo como perra en celo desató un recuerdo reconocido de inmediato, y Jon exhaló un suspiro al contemplar cómo se abría ante él aquel anhelo nunca olvidado. Sintió cómo la sangre le hervía concentrada en su miembro y lo tradujo en un primer embiste primario, como un animal salvaje. Ella lo recibió con extrema lubricidad, arrebatada de espasmos provocados por el reencuentro, mientras se aferraba con fiereza a la escalera para aguantar todo aquel ímpetu desaforado que él, abducido por el ansia, le estaba propinando. Había deseado con el alma aquel momento. Tenía a su macho alfa de nuevo penetrándola, entregado e implacable. Lo oía respirar con dificultad, poseído por una energía desconocida, y aquella sensación soñada por tanto tiempo la condujo sin aviso previo a un primer orgasmo súbito, elevándola al máximo nivel del éxtasis. Gimió de placer, pidiéndole que no parase, y Jon, envilecido por aquella demandante súplica, tuvo que retirar la concentración a una parte gélida de su cerebro para no correrse con ella. Sus movimientos se ralentizaron, buscando protección en la relajación del ritmo. Respiró con selección, intentando separar el aire denso de la habitación del aroma idílico que emanaba de ella. Después de tanto tiempo sin alimentar su pasión por aquel cuerpo que rezumaba deseo, dejarse ir hubiera sido un error imperdonable. Quería permanecer erecto para la consecución de sus planes, asegurarse de que seguía contando con su devoción y entrega más absoluta. Y, eso, pronto lo sabría. Tenía una sorpresa prevista que Lydia no se podía ni imaginar.

—Vamos arriba…

Lydia lo miró de reojo, todavía jadeando, volviendo en sí de su

delirio, intentando entender aquella orden que en el sublime disfrute no acababa de asimilar.

—Venga, subamos a la cama…

La ayudó a incorporarse tirando de su cintura hacia él. Lydia, recuperando el equilibrio, comenzó a subir la escalera con un contoneo premeditado mientras Jon, detrás de ella, se limitó a seguirla con la mirada, contemplando la armonía de sus curvas y ese ligero brillo que queda en la piel provocado por el ejercicio del sexo. Después y lentamente, comenzó a ascender peldaño a peldaño, siguiendo el rastro de su delicada presa.

Una vez en el dormitorio, Lydia se tendió sobre la cama, expectante. Jon entró en la estancia sin mediar palabra. Tampoco posó los ojos sobre su desnudez. Ella se removió, nerviosa, procurando llamar su atención y recuperar el amor pospuesto. Aquella pausa le había venido bien para recuperar resuello, pero ya quería más. Observó cómo él abría el cajón de la mesilla de noche y de él extraía un objeto de color rosa y un bote de lubricante.

—¿Sabes qué es esto? —Se lo puso en la mano para que lo viera con detenimiento.

Lydia, sorprendida, empezó a analizar lo que acababa de recibir. Parecía un juguete. Era de látex. Tenía una curiosa forma, con una pequeña punta oval, como una peonza con una base plana y redonda coronada por un diamante de plástico azulado. Era la primera vez que contemplaba, sin saberlo, un *plug* anal.

—Una monada… pero ¿para qué sirve? —preguntó, con cierto escepticismo.

—Creo que ha llegado el momento de que experimentes el placer desde otro plano…

—No me digas que… —Lo miró con temor, sabiendo perfectamente a qué se refería.

—Confía en mí… Solo relájate y déjame enseñarte una parte más de lo que puedes llegar a sentir. —Estaba de pie, mirándola con un aplomo pasmoso. Parecía tener muy claro lo que estaba dispuesto a hacer.

Lydia lo observó y luego volvió a mirar el objeto con incredulidad. Aquello no entraba en sus planes. Era la primera vez en toda su vida sexual que experimentaba una mezcla de duda y miedo. Toda su experiencia en ese aspecto se reducía a dolorosos intentos por

parte de sus parejas, que habían acabado en fracaso. Solo con recordarlo le entraron unas irrefrenables ganas de salir corriendo.

—Ya lo han intentado antes y no me gusta. —Se estaba poniendo tensa y distante.

—Muy bien, como quieras… pero tú te lo pierdes…

Soltó el juguete sexual encima de la mesa y se sentó en la cama, acariciándola como a una niña asustada. Estaba tranquilo. Sabía que Lydia cedería a su propuesta, abandonando sus propios límites. Aquella reacción infantil tan solo era una pequeña contrariedad a sus deseos. Conocía el potencial que ella encerraba. Era cuestión de tiempo y él podía esperar. Suavemente, se tumbó junto a ella y comenzó a besarla de nuevo, como si nada hubiera pasado.

Lydia sintió un tremendo alivio al ver que abandonaba sus pretensiones y que volvían al desarrollo de un encuentro convencional, libre de juguetes sexuales anales. Para compensarlo, bajó sinuosa hasta su pene, introduciéndoselo en la boca con decisión, intentando volcar en el acto la redención que necesitaba. Quería romper cualquier sombra de decepción. Condujo su mano con seguridad, acariciándole el perineo con destreza y suavidad de diosa conocedora de placeres sublimes. Jon intuyó lo que ella estaba procurando decirle a través de su entrega y soltó la rienda, olvidando el ínfimo desencanto sufrido. Su erección volvía a mostrarse brillante y firme entre aquellos labios tersos que sabían con precisión sacarle toda la virilidad que encerraba. Le pareció tan artístico el encuadre que no pudo evitar coger el teléfono y hacer una foto. Lydia ni se enteró. Estaba demasiado entretenida en purgar su culpa. Fue un robado sin pactar mientras ella, inconsciente, perpetuaba la imagen de un capricho excitante y vanidoso.

—Ven, ponte encima…

Lydia, ensimismada, lo miró desde su trinchera y, rauda, se subió a horcajadas sobre él, deseando sentirlo dentro de nuevo. Empezó a cabalgar despacio mientras Jon permanecía entretenido besándole los senos, paseando con dedicación su lengua por la oscuridad de sus areolas, infinitamente felices de reencontrarse con la humedad de su boca. Sabía que estaba a punto de perder los estribos de aquella cabalgadura erótica, y volvió a la redundancia del orgasmo inadvertido, compartiéndolo con él, gritando liberada, deseando romper cualquier atavismo absurdo que hubiera en su mente. Jon la

miró, sonriendo y sabiendo que había ganado.

Con la mirada perdida y esbozando los últimos gemidos aún latentes, se dejó caer sobre él y, sin más preámbulos, le susurró al oído:

—Quiero que lo hagas…

Después se incorporó, recuperando la posición de amazona, y miró hacia la mesa, donde el *plug* yacía olvidado.

—¿Estás segura?

—Hazlo…

Capítulo 18

Perdóname,
por no encontrar otra manera de salvarme
que no implicara abandonarte.

ELVIRA SASTRE

Jon entró en casa. Eran las cuatro de la madrugada y Lydia se acababa de marchar. La había acompañado al coche en un intento de suavizar el ruin efecto de aquella frase que, sin pensar en las consecuencias que pudiera causar en ella, había dicho sin más. Así era él. Podía fingir una frialdad inhóspita para protegerse de sentimientos que no necesitaba. Habitaba en su interior una actitud rigurosa por mantener las distancias y no dejarse invadir. Para él, las cosas estaban bien así. Y era bueno que ella lo comprendiera cuanto antes. Lydia a veces se acercaba demasiado a rincones cerrados y olvidados de su alma. Tenía que pararla y se apoyó en un arriesgado impulso para que ella entendiera que él no le pertenecía y que no quería exclusividad; que lo suyo era un préstamo voluntario de momentos inolvidables sin expectativas, que duraría lo que ella quisiera. Estaba decidido a ignorar la profundidad de su vínculo con Lydia. Y asumía las consecuencias de la libre interpretación que ella pudiera haber dado a su temeraria frase. No se sentía ni triste ni pesaroso. Solo esperaba que ella lo entendiese y diera a sus vivencias conjuntas el cariz calculador que él necesitaba para poder huir, sin conciencia, de lo que realmente sentía.

* * *

¿Cómo se podía decir algo así después de lo que acababan de vivir? ¿Era preciso pronunciar un antídoto demoledor para volver a la

realidad?

¿Qué esperaba que hiciera ella luego con aquella maldita frase?

Su cabeza volvía a ser un hervidero. Había analizado cada segundo a su lado a lo largo de todas aquellas horas, y no encontraba el error. No sentía haber hecho o dicho nada que hubiera podido provocar la necesidad en él de proferir aquellas palabras tan incómodas… por no hablar del momento elegido para hacerlo. Acababa de darle todo y más. Imposible entender qué lo había llevado a convertirse en un cretino justo después de vivir aquella complicidad extrema, cuando todavía estaban piel sobre piel, con el sudor entremezclado y las brasas extenuadas pero aún calientes. Muchas preguntas y ninguna respuesta razonable. Una vez más, no pudo reaccionar. Había contestado vacía de contenido, intentando pasar de puntillas sobre el hielo y olvidar la fisura que sintió su alma al escucharlo. Recordar cuando él dijo «No me importa que te acuestes con otros» le provocaba náuseas. Era la frase más desafortunada y recóndita que una mujer puede oír después de haber consumado la máxima entrega, cuando solo queda espacio para abrazar lo vivido, entre besos y fragancia delicada. Un sacrilegio a los principios de lo más vulnerable.

Y su respuesta: un gatillazo cerebral de contestar sin hacerlo. Se sintió atropellada y respondió con la torpeza del salir a flote, sin orden ni concierto. «No creo que sea el momento de hablar de eso…» «¡Menuda meliflua!», se recriminó, rememorando con exactitud su absurda contestación. Tanta reflexión previa a la cita para no volver a caer en aquellos errores que había identificado como suyos le hicieron quedarse desconcertada y sin reacción a lo intolerable. El cortocircuito de lo inesperado que él sabía cómo provocar.

Estaba mucho más enfadada que triste. Se volvió a duchar para bajar los decibelios del cabreo galopante y encontró cierto consuelo en la relajación del agua. Una terapia que consiguió llevarle a la indolencia de no querer seguir pensando en ello para, acto seguido, tomarse una pastilla de esas que inducían a desconectar de toda toxicidad.

—Quien te enfada, te domina —se dijo en voz alta, y resolvió que era la frase más oportuna y sostenible para sosegar su ira. Una máxima de Buda, capaz de soportarlo todo sin cambiar ni gesto ni postura.

Puso el teléfono a cargar y, al hacerlo, vio que tenía un wasap de él.

Jon: Me avisas cuando llegues.

Apagó el móvil sin contestar, dejándolo en visto. Dormir y olvidar. Sabia decisión.

* * *

Jon vio cómo Lydia leía el mensaje y no lo contestaba. Era una de las posibilidades que había contemplado desde lo ocurrido. La otra opción hubiera sido una respuesta seca, cortante; un monosílabo aislado… mucho más típico de ella cuando estaba enfadada. Pero, para su sorpresa, había optado por la primera, y no podía juzgarla. Sus palabras habían sido un tajo adusto para una membrana tan frágil como la que envolvía a su máximo gozo.

Miró alrededor con tristeza y vio cómo la soledad lo miraba de frente. Pensó en la incoherencia de no poder expresar lo que de verdad sentía, esa cobardía de correr en dirección contraria a la luz de aquella sonrisa. Razón cartesiana frente al sentimiento más puro y limpio que jamás había vivido. Nadie descuida lo que le importa. Y claro que le importaba, pero eso quedaba para él, a salvo, dentro de su inexpugnable coraza. Aunque vivir sin su amoroso mirar le resultase insoportable, e imaginar esas caricias empujadas por su propia mano al vacío de otro cuerpo incierto lo separasen de la cordura. Las incongruencias de su propio ser, marcadas por un pasado doloroso, le impedían abrirse a lo que su alma rota ya había pactado sin su consentimiento.

* * *

Despertó temprano y se preparó un café en su tacita de flores. Estaba tranquila, aunque la noche había estado dirigida por sueños extraños, aparentemente ridículos, pero de significado incierto.

Jon y ella estaban juntos en un hotel, amaneciendo después de hacer el amor en una cama enorme, y bajaban a desayunar. Hasta ahí, todo bastante normal, si no fuera porque, en el desayuno, se sentaban a una mesa en la que también estaba su exmujer, con rostro

claramente definido aunque Lydia no tenía ni la menor idea de cómo era ella. Respetando aquella anómala situación, se fue a buscar algo de comer por el *buffet* que ocupaba varias salas. La exageración del sueño la llevaba a perderse buscando un zumo de naranja. Cuando por fin conseguía volver, sin zumo, Jon se había cambiado de mesa y estaba sentado con otra mujer de rasgos sudamericanos, con la que charlaba animadamente. Se sentó junto a él, entendiendo que era una compañera de trabajo. Él se había cambiado deliberadamente de mesa y su ex permanecía sola donde la dejaron. De repente, Jon y la otra se tenían que ir por motivos laborales inexcusables y Lydia también se quedaba sola en la mesa. Incluso, en el sueño, ella parecía no entender por qué él se tenía que marchar. Al pasar por la mesa de la ex de Jon de regreso a la habitación a recoger sus cosas, Lydia le decía un simple «adiós», más por cortesía que por otra cosa, a lo que la otra respondía con una mirada funesta y un gesto insulso con la mano. Si soñó más, no se acordaba. Mejor. No tenía ni idea de lo que podría significar, pero de lo que estaba segura era de la sensación de inseguridad que le había creado… la misma que su inoportuno comentario la noche anterior.

Apartó ese asunto momentáneamente y se puso a revisar los mensajes no contestados del día anterior. Se sintió fatal por no haber respondido a Eloy en todo el día y le escribió de inmediato.

Lydia: Buenos días. Perdona, que ayer anduve del revés y me fue imposible escribirte. Te llamo esta tarde. Un beso.

En realidad no había mentido. Efectivamente, la habían puesto en todas las posiciones conocidas del *Kamasutra*. Un «anduve del revés» repleto de verdad y placer. Todo satisfactoriamente perfecto hasta que Jon rompió el encanto con aquel golpe verbal insospechado para ella. No hacía falta ser muy lista para entender que lo había dicho deliberadamente. Esas frases no se escapan sin un propósito bien meditado. En ese momento, en la tranquilidad de su cocina y poniendo distancia sobre todo lo ocurrido, se convenció de lo que Jon pretendía. La presión de la conexión era más fuerte de lo que él podía soportar. En un intento desesperado por romper el hilo rojo, había arramplado con todo, incluyendo sus propios sentimientos. Una locura provocada por el miedo atroz que sentía al reconocer en ella su

capacidad de hacerlo completamente feliz, incluso con la ropa puesta.

No podía contar con nadie para decidir qué hacer. Si se lo comentaba a Gloria, sería condenado sin remedio. Su amiga no entendería nada, porque los despropósitos de las almas gemelas estaban lejos de su jurisdicción. Estaba sola en ese deambular por los designios del más allá y hecha un lío de color carmesí.

Había leído en una ocasión, presa por la intriga de tantas circunstancias casuales entre ellos, que había dos papeles bien diferenciados en el inverosímil mundo de las almas que se encuentran. Una ocupaba el papel de cazadora y, la otra, de corredora. Normalmente, la primera, más evolucionada, era la que intentaba la unión desesperadamente, conducida por una intensa intuición alimentada de otras vidas, mientras que la segunda corría despavorida al sentir la conexión, incapaz de entender qué estaba pasando. Esa circunstancia que en su momento no había comprendido empezaba a cobrar sentido más que nunca.

Eloy escribió de inmediato. No parecía estar molesto en absoluto.

> Eloy: Vale, tranquila… Llámame pronto, que
> luego he quedado con una amiga que me va a
> llevar a un sitio alucinante. Después te cuento…
> Por cierto, podrías venir…

«¿Por qué no?», pensó. El mensaje de Eloy le abría un escape interesante a aquel surrealismo transitorio que esperaba curar a base de cervezas y risas compartidas. Y, si él estaba acompañado, mucho mejor. No se sentía con fuerzas de hacerle la cobra, aunque tampoco de claudicar a sus encantos. A pesar de que Jon desease con la boca pequeña que otros hombres tuvieran acceso a ella, de momento, eso no entraba en sus planes.

Puso una lavadora y se aferró a la aspiradora, dispuesta a dejar el apartamento como una patena. Un poco de actividad dentro del tedioso mundo de las labores del hogar también le vendría bien para desconectar de sus tribulaciones. Se puso los auriculares y comenzó a deslizar el aparato por la alfombra más necesitada. La música sonaba por encima del ruido succionador, estimulándola a conseguir aspirar toda la casa apenas sin esfuerzo. Desconectó de todo y empezó a bailar mientras lo hacía. La magia de sus canciones siempre remaba a favor y la ayudaba a seguir. Tenía que terminar de limpiar pronto para poder

llamar a Eloy y organizarse si la ocasión lo merecía. Había una sensación sin identificar que la empujaba a darse prisa…

—¡Cenicienta, corre! Si quieres ir al baile, tendrás que espabilarte.

Estaba hablando sola, y era completamente normal. Sus soliloquios y ella viajaban por todo el planeta y entablaban amenas conversaciones en cualquier lugar en el que percibiera que nadie podía oírla; la habitación de un hotel, una playa desierta o un paseo aislado eran susceptibles de oírla hablar en alto estando sola. Y, si alguien la sorprendía haciéndolo, había aprendido a disimular muy bien. En ese momento estaba en casa, y sus paredes reconocían su voz sin alarmarse ni pensar que estaba loca.

Sobre la marcha, decidió que iría. Un plan perfecto para olvidar desatinos.

* * *

Reconoció a Eloy en la entrada del sitio desde la distancia y sonrió, alucinada. Acababan de hablar y él había salido a buscarla. Aquel hombre no paraba de sorprenderla. Era un espíritu libre y, como tal, se comportaba así en su apariencia. Aquella noche había elegido para la ocasión algo que desde la lejanía Lydia no atinaba a concretar… parecía… ¿una falda? Efectivamente. Eloy lucía un espectacular *kilt* escocés que rayaba la excentricidad pero que, a los ojos de ella, le pareció irresistiblemente encantador. Acompañándolo, vestía chaqueta, camisa blanca, calcetines hasta las rodillas y unos lustrosos zapatos azules de cordones que entonaban con algunos de los cuadros del estampado de aquella emblemática prenda, que Lydia nunca había visto de cerca. Cuando bajó del coche, estaba ojiplática.

—¡Dios mío, Eloy, estás espectacular! No me digas que es una fiesta temática y no me has avisado…

—Qué va… De vez en cuando me gusta vestirme diferente y hoy era una ocasión perfecta para ello.

—Pues estás elegantísimo… Me encanta, de verdad.

Eloy sonrió, complacido. No buscaba impresionarla, pero sí sorprenderla. Le seducía jugar con la provocación y el desconcierto, siempre desde un ámbito divertido y jovial.

—¿Entramos? —Le ofreció su brazo y Lydia lo enhebró de

inmediato.

Bajaron por la escalera del bar como si estuvieran en una recepción del primer ministro irlandés, conteniendo las risas, ya que la escena era de lo más inverosímil. Se habían convertido en el objeto de todas las miradas, que se preguntaban, desconcertadas, qué hacía aquel tipo ataviado de manera tan histriónica mientras él, tranquilo y seguro, paseaba su falda disfrutando de aquel momento de gloria. La azafata, en calidad de dama consorte y dejando de lado el rubor que le arrebataba las mejillas, afortunadamente camufladas por el maquillaje, se metió en el papel encantada, dejando que la situación la llevase, sin ejercer control. Empezaba a tener claro que con aquel hombre no era posible vivir nada dentro de una cierta normalidad.

La decoración del bar concentraba las diferentes zonas utilizando la iluminación. A veces sentías que el local se hacía diáfano y, otras, podías distinguir perfectamente los distintos ambientes solo con el cambio de luz. Jardines verticales decoraban las paredes por paneles, y el minimalismo del mobiliario daba una sensación de vacío lunar. Era alucinante, novedoso. Como estridencia, tan solo una enorme lámpara de tentáculos de colores que pendía de un techo camuflado por focos, probablemente los responsables de todo aquel entramado de luminotecnia.

Se dirigieron hasta una mesa donde les esperaba su amiga. Ambas se miraron con reservas antes de la presentación. Sara, que así se llamaba, era una rubia muy mona, de ojos claros, largas piernas y ceñido vestido negro que enaltecía sus prominentes pechos, claramente operados. Lydia no pudo evitar preguntarse si habría algo entre ellos; pura curiosidad morbosa que simplemente le intrigaba, en vista del pibón que tenía delante.

Estaban tomando una cerveza y Eloy, en cuanto supo que ella también tomaría otra, se acercó a la barra a buscarla, dejándolas solas unos minutos.

—Bueno, ¡qué ambientazo! Me chifla el sitio… —Lydia comenzó la conversación, rompiendo el hielo.

—¿Verdad? Es muy original y de vez en cuando organizan fiestas temáticas o eventos como el de hoy. Ufff —se retiró el pelo dorado de un manotazo—, estoy hasta nerviosa… ¿y tú?

—Pues no tengo ni idea de lo que nos depara, porque le he preguntado mil veces a Eloy y no me lo ha querido contar.

—Ya sabes cómo es… Le encanta mantener la intriga hasta el último momento. —Vio que ya volvía y señaló en esa dirección—. Ahí viene. Ahora que te lo explique…

Eloy, presumiendo de falda escocesa, regresó a la mesa portando la cerveza de Lydia y unos extraños *snacks* dentro de un bol.

—Son galletas de la fortuna —aclaró, viendo cómo las chicas las miraban sin saber de qué se trataba—. Dentro tienen un deseo y el número de turno para pasar.

—Pasar, ¿a dónde? ¿Me lo vas a contar ya?

—Primero coge una y ábrela. —Eloy estaba alargando su curiosidad.

—Venga, empiezo yo… —intervino la monísima Sara, marcando territorio.

Abrió el primer *snack* con precisión de mandril, pulverizándolo y desparramando un montón de pequeños pedacitos sobre la mesa. Tan solo un papel quedó bien sujeto en su mano. Empezó a leerlo ante la atenta mirada de los otros dos.

—«Un cambio importante se está gestando, deberás ser observador.» —Y añadió, horrorizada—: ¡Ayyy, Dios…! ¡Tengo el número uno!

—Pues vete preparando, porque esto está a punto de empezar. Mira, las luces ya están cambiando…

—Coges tú ahora. —Lydia se lo pidió a Eloy y él, caballeroso, accedió.

Apretó con el pulgar el centro de la galleta, abriendo una pequeña fisura, y, del papel, asomó una punta. Parecía que llevase toda la vida haciéndolo. Lo sacó y leyó en alto el mensaje.

—«Qué difícil se vuelve el beso en la mejilla cuando los labios ya se conocen.» —Sonrió y miró hacia abajo, guardándolo bien doblado en el bolsillo interior de su *kilt*—. Te toca, pelirroja. Soy el número ocho.

—Primero me voy a ir a preguntar a los de la mesa de al lado de qué va todo esto. Eso… o me lo explicas…

—Venga, solo abre la galleta y luego se lo cuentas, Eloy, o, si no, lo haré yo… No tienes que entrar si no quieres, Lydia…

—Está bien —se convenció—, por dos minutos más de misterio…

En el bol, la última galleta sabía que estaba a punto de fenecer. A fin de cuentas, eran galletas intuitivas creadas para ser diseccionadas

con el depurado estilo de Eloy o bien, estrujadas vilmente, eso dependía de la destreza de las manos en las que cayeran. Intentó abrirla como él, pero el resultado fue casi tan poco elegante como el de la rubia: una parte quedó totalmente destruida y, la otra, intacta, con el papelito en su interior. Lo sacó con sumo cuidado. Aquella letra era imposible para su presbicia. Tenía que ponerse las gafas si quería leerlo y, de repente, cayó en la cuenta de que no las había traído.

—No puedo leerlo… es demasiado profundo…

Eloy, imaginando por dónde iban los tiros, le arrebató el papel de las manos como un águila pescadora, inesperado y contundente.

—Trae *p'acá.* —Se alejó un poco para leerlo con seguridad—. «Cada vez que pienso en la felicidad, vuelves a mi mente.» Hummmm… —la miró serio, porque, aunque era lo que sentía, el mensaje le pertenecía a ella—, y tu número es el once.

—Ni idea de a qué se puede referir —dijo Lydia, evasiva—. Y, ahora, ¿me explicas de qué va todo esto?

Justo en ese momento, uno de los camareros, que estaba visitando todas las mesas, se acercó a la suya.

—La vidente va a empezar la sesión. Por favor, estad pendientes del número que tenéis para no retrasar la entrada. Serán consultas breves, de no más de cinco minutos por persona… —les dijo.

—Tengo el uno —le anunció Sara, un tanto inquieta.

—Entonces, puedes colocarte ya al fondo. Justo detrás de aquel panel está Marlene, la tarotista.

Sara se levantó de inmediato y se fue hacia donde el chico le había indicado.

—A ver qué me dice… ¡Estoy emocionada! —fue su despedida.

Lydia miró a Eloy con una expresión incrédula que lo decía todo.

—¿En serio crees que voy a entrar ahí a que una bruja me lea el futuro? —Sentía la encerrona y estaba algo molesta—. Deberías habérmelo dicho y puede que no hubiera venido.

—Precisamente por eso no te lo he querido contar —contestó tranquilamente, con la seguridad de haber hecho lo que debía—. Venga, pelirroja, te digo lo mismo que el día de los tiburones…, estás aquí y tienes la ocasión servida. Esta mujer, por lo visto, es buenísima y… ya que has venido… ¿qué puedes perder?

—Mira, yo creo en estas cosas, por eso me dan un miedo tremendo, y si encima me dices que esta vidente es muy buena… pues

¡apaga y vámonos! —Se estaba sintiendo presionada por él. Aquello realmente le daba bastante respeto.

—Vale, no te preocupes. Como te ha dicho Sara, no tienes por qué entrar. Cuando llegue tu turno, si no te presentas, lo saltarán y punto. No te agobies. Lo siento, no te he comentado nada antes porque pensaba que te encantaría un poco de esoterismo del bueno…

—El problema es justamente ese… que me rechifla este tema y me voy a creer cada palabra que me diga…

—En todo caso, tienes tiempo de pensar qué hacer, y también de contrastar con lo que nos diga a nosotros, que vamos delante de ti… Mira, ya vuelve Sara. A ver qué cuenta…

La rubia venía con cara de disloque total. Parecía como si detrás de aquel panel estuvieran repartiendo drogas de diseño alucinógenas.

—Bueno, bueno, bueno… —Hizo una pausa y los miró, consternada—. Me ha hablado de mi pasado con pelos y señales, dándome datos de todo, descripciones… Me ha dicho a qué me dedico, que mi última relación fue un desastre… También ha hablado de mi pasión por los caballos… ¿Cómo ha podido saber eso? —Se quedó ausente, recordando la secuencia—. Impresionante…

—Y, del futuro, ¿qué? —preguntó Eloy, intrigado.

—Pues no sé… Muchas cosas…, unas buenas y otras no tanto. —Estaba claro que no quería soltar prenda—. Tengo que organizar en mi cabeza todo lo que me ha dicho… pero es muy buena…, una pasada —concluyó.

Lydia pensó que era normal que, delante de ella, no le apeteciese entrar a desvelar intimidades y, si estaba Eloy de por medio, no iba a decir ni mu en su presencia.

Pidieron otra ronda mientras los clientes de Marlene iban pasando. Sara seguía descubriendo detalles increíbles de su visita al más allá y, con ello, iba empujando a Lydia a sopesar su decisión de no entrar. Así, entre comentarios e incredulidad, le llegó el turno a Eloy.

—Chicas, el destino me llama. Deseadme suerte…

—Mira que te gusta el melodrama… Anda, vete, que tienes a Marlene ansiosa. —Lydia le dio un empujoncito en la espalda, pasando de sus dotes interpretativas.

—¡Qué gracioso está con esa falda, ¿verdad?! —Sara lo siguió con la mirada hasta que desapareció detrás de la mampara de la bruja.

—Sí, le queda fenomenal… Le da un toque entre elegante y pintoresco.

—Creo que me ha salido en las cartas. —Sara empezaba, por sí sola, a desvelar ese futuro que delante de él no había querido contar —. Me ha dicho que hay alguien en mi vida que me aprecia mucho y que podría avanzar en su interés por mí, pero que también tiene sentimientos por otra persona. En fin, que tenga cuidado de no enamorarme…

—Vaya… —Lydia no sabía ni qué decir—. Bueno, Eloy es un verdadero encanto con todo el mundo. —Estaba negando sus propias evidencias, pero tampoco mintió.

—No sé… No tenemos nada, pero nos vemos con frecuencia y por eso he pensado que podría ser él. —Se quedó pensativa—. De todos los amigos que tengo, es el único que se me ocurre que podría ser… ¿Tú no sabrás si anda tonteando con alguien del trabajo?

Lydia dio un trago a su cerveza, invitada por la indiscreta pregunta que su nueva amiga le acababa de lanzar. Tenía que ser contundente. Sonrió al terminar, dirigiéndole una mirada de gran calado.

—No lo conozco tanto, pero ¿por qué me preguntas eso?

—No sé, es una intuición. Después de su último vuelo a Cancún, ha cambiado de actitud conmigo…

Afortunadamente y terminando esa frase, vieron cómo Eloy ya volvía de su minisesión de cartas. No parecía muy contento, a juzgar por su media sonrisa.

—Uy, qué cara… Cuenta, cuenta… —se aventuró a decir la pelirroja, aliviada con su llegada, mientras la rubia se comía las uñas.

—Pues es verdad que Marlene es mucha Marlene. Me ha contado el incidente del avión, ¿te lo puedes creer?

—No me digas… Se habrá fijado en los restos del mordisco que todavía se te nota… y ¿qué más?

—Frivolidades sin importancia para una pelirroja curiosa como tú…

—¿Algo de faldas aparte de la tuya? —Sara estaba bromeando, nerviosa, sacando balones fuera.

—Pues sí. En realidad, solo hemos hablado de amor. —Hizo una pausa, mirándolas a las dos entre sorna y cachondeo—. Según Marlene, tengo a una rubia y a una pelirroja superinteresadas en mí,

pero dice que a mí la que me gusta es morena. —Imaginaban que estaba mintiendo, pero lo dejaron seguir—. Por supuesto, le he aclarado que soy gay y se ha quedado muda…

—Vaya, pues había decidido entrar, pero, si eso es lo que te ha dicho, está claro que no es tan buena…

—Venga, Lydia, por favor… —El interés de Sara porque ella entrase se podía respirar.

—Estoy de broma, Lydia —interrumpió Eloy—. Esa mujer te pone los pelos de punta. Créeme ahora: si no pasas, te vas a arrepentir —sentenció él.

La había llamado por su nombre, cosa rara en él. Solo lo hacía cuando se ponía serio. Pero todavía más extraño era que Eloy no les había contado prácticamente nada de lo que la bruja le había dicho y, sin embargo, seguía alegando que Marlene era un fenómeno en lo que se refería a sus dotes adivinatorias. Mucho se temía Lydia que en las cartas no le habían salido ni rubias ni morenas. Tenía que entrar. Al final, le había picado el gusanillo.

—Creo que voy a acercarme a ver a esa señora tan bien informada de la que habláis maravillas. —Se levantó y, haciendo un gesto con la mano de despedida, se fue hacia la ya famosa mampara de la verdad. Estaba dentro el número diez. Definitivamente, había claudicado. En realidad, iba a entrar buscando una pista o algo que le explicase qué demonios pasaba en la cabeza de Jon. Buscaba que aquella mujer, a través de la interpretación de unas cartas, le diera alguna solución a sus mil conjeturas y desvelos.

El cliente número diez salió tan flipado como todos. Había llegado su momento.

—Bienvenida, querida. Siéntate, ponte cómoda y relájate… necesito conectar con tu energía. —Marlene se estaba haciendo sentir y, aunque su apariencia exterior era poco estrafalaria, su mirada resultaba profunda y penetrante. Solo unas uñas largas y afiladas, decoradas con purpurina dorada sobre esmalte negro, le daban ese toque necesario para parecer una experta tarotista.

Cruzaron las miradas un instante y Lydia sintió como si la estuvieran desnudando por completo. Luego la vidente cerró los ojos y se concentró en remover insistentemente la baraja. Cuando le pareció que las cartas estaban lo suficientemente mezcladas, las extendió al frente.

—Corta en tres montones con la mano izquierda y elige uno.

Lydia cumplió con lo mandado y se quedó con el central. La suerte estaba echada, o eso parecía. La mujer cogió una carta.

—El ermitaño… Esta carta es de soledad, de búsqueda, del pasado. Paciencia, prudencia y esperanza. —Cogió otra—. El emperador… En tu cabeza, un hombre. —Puso otra nueva—. El carro… Viajes, movimientos… —Colocó una más—. El mundo… Lo habrás conseguido lentamente… Veo situaciones kármicas que vienen de otras vidas…, epifanías y unión del alma…

—¿Qué quieres decir? —Lydia interrumpió porque aquellas palabras definían con cierta ambigüedad lo que estaba sintiendo.

—Que no sé en quién estarás pensando, pero está clarísimo que ese hombre es tu alma gemela. —Marlene hizo una pausa para apoyar su rotundidad con una mirada de certeza absoluta—. Mira, se me pone la carne de gallina… —dijo, mostrándole la piel de su antebrazo—. ¿Has notado si entre vosotros existen sincronicidades?

—¿Te refieres a coincidencias?

—Las coincidencias no existen, bonita… Todo está escrito.

—Creo que sí… —En su mente aparecieron varios ejemplos para comentar, pero no quiso decir nada. Mejor dejarla seguir hablando.

—El problema es que él está roto por dentro. Le han hecho mucho daño y se resiste a la conexión. Te va a tocar armarte de paciencia si quieres que prospere y entienda las señales. Sabe que eres tú y veo sentimientos, pero emocionalmente no está disponible… A ver, voy a sacar algunas cartas más, que quiero saber qué va a pasar…

Marlene removió el resto de las cartas bajo la atenta mirada de Lydia, que no daba crédito a lo que le estaba diciendo. Esa vez no tuvo que cortar.

—Ves, vuelve a salir… el amor del destino… —Marcaba con la uña llena de purpurina la carta de los enamorados al lado de la estrella—. El loco… Está en un desequilibrio constante de no saber si acercarse o alejarse… y eso a ti te desestabiliza. —Lydia sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo la tarotista—. El diablo… Te desea…, siente una tremenda atracción sexual por ti de la que no puede librarse. En la cama sois animales desenfrenados, entregados al placer. —Lydia se ruborizó. Sabía que el deseo carnal era mutuo e imposible de parar en la intimidad, pero aquella mujer parecía decirlo como si los estuviera viendo—. El mago… Se cometen errores, y luego

pensamos, reflexionamos… No puedes hacer caso de sus palabras cuando intenta escapar… Y la torre… Final de un ciclo, agobios, ansiedades, estrés para después volver a renacer con el sol… El despertar de la emperatriz y la toma de decisiones… porque aquí veo dos caminos…

—¿Dos caminos? —Lydia pensó en alto.

—Sí, hay otra persona que aparece si no ha aparecido ya. Es alguien que te va a hacer dudar fuertemente…

—Explícate, por favor. —Quería asegurarse de saber a qué se refería.

—Veo que hay otro hombre…, este es más joven que tú y se está enamorando… Pufff… ¡Viene a por ti de cabeza! —Miró a Lydia, buscando confirmación a sus pronósticos—. A ver, piensa… No lo has conocido por redes, ni por páginas relacionadas con el amor…, podría ser a través de tu trabajo…

De pronto, sí, Lydia empezó a deducir de quién estaba hablando Marlene. El hecho de que ella no hubiera querido darle ninguna importancia a que Eloy la besara aquella noche no impedía que él estuviera desarrollando algún tipo de sentimiento por ella. Se quedó de nuevo callada, sin querer desvelar nada del chico de la falda que poco rato antes se había sometido al análisis de la vidente.

—Tendrás que tomar una decisión, porque vas a estar entre los dos con muchas dudas, y no va a ser fácil hacerlo. El primero porque es un gran amor de otra vida, algo kármico, quizá tu alma gemela… El segundo me da la impresión de que podría ser un espíritu afín, alguien que viene con muy buenas intenciones a amarte incondicionalmente y quedarse en tu vida, a quien le importas mucho, y que lo va a querer todo contigo…

—Cuando dices «querer todo», exactamente, ¿a qué te refieres?

—Todo es todo. Una relación estable, incluso con firma de papeles…

—¿Hablas de matrimonio? —Lydia no quería reírse, pero esa idea le hizo esbozar una sonrisa, divertida.

—Te repito: él lo va a querer todo contigo y la decisión va a depender exclusivamente de ti. Las cartas te leen el futuro, pero tú siempre puedes cambiarlo, excepto cuando se trata de un destino divinamente trazado. Además… —prosiguió con cautela—, siento decirte que no puedo ver el desenlace. Con quien te quedes, es una

decisión únicamente tuya.

Dicho esto, dieron por finalizada la sesión cuando Marlene empezó a recoger las cartas, colocándolas en el mazo y quedándose seria y concentrada, como si estuviera vaciando el disco duro, preparando su clarividencia para el siguiente cliente que, en breve, iba a atravesar la mampara.

—Quiérete mucho, cariño, y suerte… No va a ser fácil…

Cuando salió de allí, ciertamente confundida, Lydia descubrió que Eloy la estaba esperando solo. Sonrió viéndola llegar y ella no pudo evitar mirarlo de una forma diferente. Estaba mediatizada por las noticias desveladas y, aunque no quería dejarse influir, era verdad que la bruja la había impresionado con sus palabras.

—¿Dónde está Sara? —preguntó al acercarse.

—Se ha marchado. —Hizo un gesto de impotencia con las manos ante la cara de Lydia y prosiguió—: Ella sabrá… pero cuéntame…, ¿te ha gustado?

—Tenías razón… Es buena, muy concreta y directa… pero perdona que insista… ¿En serio que tu amiga se ha ido sin más?

—Sin más, no. Le he contado lo que me ha dicho la tarotista y al momento ha decidido irse…

—Quizá no le ha gustado lo que ha oído. —La reacción de la amiga de Eloy parecía movida por un ataque de celos.

—No sé…, creo que ella quiere algo más conmigo. —Era obvio que él necesitaba dejar claro que no estaba por la labor.

—Entonces, cuéntamelo a mí, a ver si es tan fuerte…

—Cuidado, pelirroja, que tú te lo crees todo…

—Venga, me muero de curiosidad…

Eloy cambió el gesto de incomodidad por lo ocurrido y lo transformó en una amplia sonrisa seductora.

—Me ha dicho que hay alguien en mi vida que conozco desde hace bastante tiempo pero a quien recientemente miro con otros ojos…

—Hasta ahí, no entiendo qué le ha podido molestar a Sara, podría ser ella perfectamente. —Sabía que se estaba metiendo en terreno pantanoso, pero no supo parar.

—Es alguien del entorno laboral…

—Si es del trabajo, eso deja a tu amiga fuera, claro está…

—También me ha dicho que ese alguien tiene otro amor oculto

del que está muy enganchada… y que va a ser difícil que ella cambie de opinión…

Hablaba sin separar la mirada de sus ojos, sincerándose y observando su reacción a todas aquellas conjeturas. Lydia permaneció cauta, escuchándolo, intentando no desvelar nada a través de su expresión corporal. Eloy se había puesto serio según hablaba, como si aquella mujer le hubiera adivinado sus inconfesables sentimientos.

—Si es del trabajo, tú y yo sabemos perfectamente a quién se refiere. —Y luego añadió—: Yo, al menos, lo tengo claro…

Lydia se quedó sin palabras, aunque algo tenía que decir. Era un callejón sin salida. Hablar de lo que la bruja le había dicho a ella confirmaría aún más lo desvelado por Eloy, pero aceptar su conclusiva sugerencia abriría la puerta a algo que no deseaba reconocer, al menos por el momento.

—Pues veremos si esta bruja es tan buena como dicen y acierta en sus predicciones. Eso solo el destino lo sabe…

—¿Me vas a contar lo que te ha dicho?

—De momento, no… Tengo que asimilarlo.

—Solo dime si te ha acertado…

—Créeme que me gustaría saberlo, pero, en realidad, lo ignoro…, el tiempo lo dirá. El futuro siempre es incierto y, además, no existe.

—Vivamos el presente, entonces…

—Sí, las brujas me ponen muy nerviosa…

—Y, a mí, las pelirrojas pecosas…

—Bebamos, pues, para relajarnos un poco…

—Está bien, tú ganas, por esta vez…

Capítulo 19

No duele tu ausencia, duele tu intermitencia.
No te quedas ni te vas, y no se puede extrañar
a quien no se va, ni olvidar a quien se queda…

ANÓNIMO

Las semanas iban transcurriendo dentro de una monotonía ramplona. Sin demasiada energía, Lydia había sobrevivido a la peor programación de trabajo que recordaba. Cinco destinos seguidos que habían supuesto que se levantara a la cuatro y media de la madrugada, lo que le había dejado un cuerpo, al llegar a su apartamento, que solo servía para moverlo del sofá a la cama. Eran vuelos cortos, de ida y vuelta en el día, pero, aun así, su falta de ánimo, acompañada de un cansancio galopante, se había ido apoderando de ella hasta sumirla en una espera desesperante. No sabía nada de Jon desde aquel día que se marchó de su casa envuelta en desconcierto y dudas. Su decisión de no escribirle, dejando que él tomase la iniciativa, le estaba pasando factura. Todos esos días iguales se habían convertido en un suplicio, sin alicientes ni ganas de nada, solo un pensamiento obsesivo y frenético que vivía permanentemente en su cabeza: ¡él!

Aquella tarde, después de volver de su quinto vuelo matutino, un Tenerife cargado de extranjeros deseosos de sol y playa, yacía en el salón, medio dormitando mientras veía una de sus series favoritas, cuando, de repente, sonó en su teléfono la única melodía deseada por más de quince larguísimos amaneceres con sus insomnes noches. Se le aceleró el corazón del susto. «Por fin reapareces», se dijo. Miró la pantalla del móvil sin querer abrir todavía el mensaje. Era un enlace. Jon y sus múltiples formas de llegar a ella. Podía esperar cualquier cosa. Todo menos un «Hola, ¿qué tal?, ¿cómo vas?». Imposible que él iniciase una conversación con un saludo al uso.

Intentó que los minutos transcurrieran yendo a la cocina con cualquier excusa. Se preparó un té y cogió una onza de chocolate de la nevera. Necesitaba hacerle saber que no había estado esperando ese momento como si no hubiera nada más en su vida; dejarle claro que los tiempos no los marcaba él, a pesar de que efectivamente así era, por mucho que a ella le pesara.

Regresó al sofá e intentó volver a concentrarse en la serie, pero le resultó imposible. Todo su universo se reducía al contenido de aquel mensaje que se resistía a mirar. Media hora después de haber intentado alejarse del teléfono, lo sostuvo en sus manos y pinchó la pantalla, nerviosa, para ver el contenido. Era una canción… de nuevo, aunque esa vez mucho más romántica. La reconoció al instante. Eran Los rebujitos y su maravilloso tema *Todos los besos.*

Una vez más, lo había hecho. Aquella letra… ¿Cómo era posible que encontrase una canción que fuera capaz de hablar de ellos con tanta certeza? Estaba cerca de emocionarse cuando sonó la tercera estrofa, que le hizo salir del incipiente llanto y esbozar una sonrisa.

—Ja, ja, ja… Serás bobo… —dijo en alto mientras se dejaba llevar por una risa que necesitaba desesperadamente. Un torrente de sentimientos reprimidos durante días la envolvió, sintiendo que la sangre volvía a fluir por sus venas. Siguió escuchando… Las mariposas revoloteaban en su estómago y el cansancio desapareció por completo.

Aquel mensaje cargado de notas de comparsa había venido a alegrarle el alma. Las estrofas se repetían, trayendo oleadas de felicidad irreprimibles. Su cuerpo, agotado por los madrugones, quería ponerse a saltar, invadido por una adrenalina incontrolable. Si había un cielo, solo los ángeles sabían lo que Lydia estaba sintiendo en esos momentos de dicha absoluta. Se acordó de la vidente y sus presagios. Todo empezaba a cobrar sentido y deseó que el tiempo se parase en aquel precioso instante.

No sabía qué contestar. Después de tantos días sin contacto, aquella canción había removido tanto su interior que era difícil decir algo. Sentía que él estaba ahí, esperando una reacción. Seguía en línea. Lydia miraba la pantalla sin saber qué hacer con todos aquellos sentimientos que Jon había vuelto a desencadenar irremediablemente.

* * *

El visto del mensaje aparecía en azul y ella continuaba en línea. Seguramente estaría escuchando con detenimiento la canción, analizando cada estrofa, completamente sorprendida, recibiendo aquel contenido como algo inesperado. Tenía muy claro por qué lo había hecho. Buscaba una reacción apoteósica, volver a captar su atención y que olvidase lo ocurrido. Cualquier artimaña era lícita para cambiar el rumbo y que ella cediese. Sabía que aquel tema era una bomba para su empatía. Jon sonrió, imaginándose la escena. El hecho es que quería volver a verla y no iba a cejar en el empeño de conseguir sus propósitos.

Una idea novedosa vino a contribuir en su trazado. Quizá una invitación a comer en ese restaurante de moda que le habían recomendado fuera un buen señuelo. Llevaba tiempo queriendo ir, y hacerlo con ella se le antojó un plan perfecto. Por probar, no perdía nada. Empezó a escribir tranquilamente, con esa confianza que le proporcionaba sospechar que no estaba todo perdido, aunque Lydia siguiera firme, sin manifestarse.

Jon: ¿Qué haces el viernes a mediodía?

Lydia le estaba viendo escribir y, cuando por fin leyó el mensaje, no daba crédito. Si había alguien que no se andaba con rodeos, ese era Jon. Todavía estaba saboreando la canción, sin saber qué decir, mientras el torbellino Urrutia se acercaba sin tregua, amenazando con volver a llevársela por delante. Respiró hondo, tomándose los últimos segundos para consolidar una respuesta. No había hecho planes con nadie y era su día libre, pero no tenía claro querer ir a su casa de nuevo. Repetir patrones no le apetecía nada. Había llegado el momento de pronunciarse.

Lydia: No tengo planes.

Jon: Quería invitarte a comer…, ¿puedes?

Lydia: ¿Dónde?

Jon: Desencaja, paseo de La Habana, 84. A las dos.

Lydia: Ok. Allí estaré…

Jon: 👌

Fin de la conversación. Wasaps escuetos, livianos y directos al grano. Resultaba evidente que no quería dar lugar a iniciar una charla que pudiera llevarlos a un incómodo callejón sin salida. Quería verlo y comer en cualquier lugar, era la opción perfecta. Terreno neutral para ambos. Estaba cansada de interpretar el papel de cordera indefensa visitando al lobo en su guarida.

Esa vez se iba a ocupar de que los roles cambiasen. Nunca había sido una mojigata, pero la intensidad del poder que ejercía Jon sobre ella, en ocasiones, la llevaba a parecer una Lolita descubriendo los placeres más recónditos. Una sonrisa pícara y maliciosa se cristalizó en su rostro. Por una vez, el sorprendido iba a ser él. De eso no tenía ninguna duda.

* * *

Llovía. Los limpiaparabrisas del coche se movían acompasados cuando vio cómo Jon se bajaba de un Uber y entraba rápidamente en el restaurante mientras ella aparcaba. Eran las dos en punto. Había encontrado un sitio justo en la acera de enfrente y lo interpretó como una señal más de que iba a ser una cita perfecta. Se miró en el espejo. Estaba radiante y animada. Le envió un mensaje.

Lydia: Aparcando…

Jon: Bien. Estoy dentro.

«Ya lo sé», pensó, pero no se lo dijo. Se concedió cinco minutos para salir del vehículo. Estaba excitada con lo previsto. El día anterior había comprado, en un *sex shop,* un espectacular *body* de blonda negro, un mono largo, que dejaba abierto un abismo erótico de pubis a coxis. La prenda le cubría todo el cuerpo, por lo que Lydia se puso encima un vestido suelto, dejando a la vista la parte de las piernas, que, a modo de medias de encaje, hacían pasar desapercibido todo lo que encerraba en su interior. Bajó del coche y atravesó el asfalto corriendo sobre sus tacones hasta refugiarse del agua bajo la marquesina del local. Respiró, fuerte y hondo. Necesitaba controlar los nervios.

Jon se levantó al verla entrar. Llevaba puesto un traje, sin corbata, y una camisa blanca que realzaba el intenso azul de sus ojos.

Él no pudo evitar lanzarle una mirada cargada de admiración por su aspecto, aunque no dijo nada. Ella, fascinada ante su hombre, tuvo que obligarse a prestar atención al camarero, quien amablemente acudió a pedirle el abrigo para colgarlo en el ropero. Se saludaron con un beso en la mejilla y ocuparon sus asientos, uno frente al otro.

—He pedido vino blanco mientras llegabas, porque tienen varios menús degustación. Por lo visto vienen emplatados de manera muy original —dijo, señalando discretamente la mesa de al lado, donde una señora estaba abriendo una caja que escondía un misterioso manjar en su interior—. Elige el que más te guste. A mí, cualquiera de ellos me va bien.

Lydia sonrió mirando la carta mientras pensaba: «Para menú degustación, el que traigo yo…, también emplatado de forma muy peculiar».

—Pues… tienen todos muy buena pinta. ¿Qué te parece el segundo?

—Perfecto, cuatro platos más el postre… ¿Podremos con ello?

—Hoy podremos con todo. —Lydia lo miró con una seguridad a la que Jon no estaba acostumbrado. Aquel brillo en sus ojos era desconocido.

—Bueno… si tú puedes, que comes como un pajarito, yo seguramente también podré. —Estaba extrañado con ese proceder tan firme, pero no sabía muy bien a qué achacarlo. No le gustaban las sorpresas y había algo en el ambiente que no acababa de entender.

Abandonando las conjeturas, hizo un gesto al camarero para que se acercase y poder pedir. El hombre anotó todo lo que Jon le dijo mientras Lydia observaba la comunicación no verbal de él al hacerlo. Había una elegancia gestual en el movimiento de sus brazos que la atrapaba sin remedio. Suspiró. Estaba deseando que aquellas manos se centraran en su cuerpo y se olvidaran del resto del universo. Jon terminó de pedir, ajeno a todos esos anhelos, y prosiguió con su trivial conversación.

—Hace mucho tiempo que quería venir a este restaurante. Me lo habían recomendado y no encontraba la ocasión. ¿Qué te parece el sitio?

Lydia miró por primera vez el entorno que la rodeaba. Hasta ese instante, solo había tenido ojos para él. La decoración era sencilla pero muy acorde con el nombre. Los habían sentado a una mesa que se

apoyaba sobre un falso muro ideado con pequeñas cajas de embalaje, dando la impresión de ladrillo visto. Al fondo, un panel luminoso con bombillas de tocador servía para recordar el nombre del local. Iluminación cálida y manteles de lino largos, de colores neutros. Un escenario íntimo y perfecto para lo que venía tramando, sin duda.

—Es pequeño y acogedor… Muy bien elegido, señor Urrutia.

—Vaya, no me llamabas así desde que nos conocimos en el avión… —Parecía estar recordando—. Inolvidable tu cara al salir del lavabo, cuando te dije que olías muy bien, ¿te acuerdas?

—Cómo olvidar esa manía tuya de esperar a la presa agazapado en la puerta de los servicios…

—Sí… Ja, ja, ja… Lo del restaurante de Lima tampoco estuvo mal. —Se reía rememorando cuando la besó al salir del baño ante el estupor de ella—. Admite que te gustó…

—Fue inesperado y sorprendente… y, sí, me gustó mucho. Tus impulsos nunca me dejan indiferente…

Jon estaba confuso. Lydia seguía mirándolo de aquella forma firme y sugerente. Le asombró descubrirse ligeramente nervioso ante ella. Normalmente era él quien manejaba la situación a su antojo. Se sintió un poco incómodo. Su actitud lo mantenía expectante y, definitivamente, intrigado.

—Voy al lavabo un momento, antes de que empiecen a traer las sugerencias del *chef*… —anunció Lydia, levantándose con decisión.

—Sí, es un buen momento… No quiero que te pierdas nada.

«Yo tampoco quiero que te pierdas nada…», pensó, sonriéndole deliberadamente, imaginando lo que estaba por venir que él ni sospechaba.

—Vuelvo enseguida…

Jon la siguió con la mirada hasta que desapareció detrás de la puerta del baño. La sinuosidad en sus andares le hizo sospechar que, efectivamente, todo aquel comportamiento subyacente era el presagio de algo que no alcanzaba a determinar. La intuición le decía que aquel almuerzo iba a tener más sorpresas de las esperadas según el menú.

En el interior de los lavabos, Lydia se miró en el espejo y dijo en alto: «¡Comienza el espectáculo!».

Ni siquiera estaba nerviosa. Era más bien una sensación plagada de matices excitantes. Solo una duda rutilante de que Jon no entrase al juego le hacía sentir un pequeño pellizco en el estómago, pero

estaba decidida a hacerlo. La locura era más firme que la razón.

Con sumo cuidado, se retiró la lencería que cubría la abertura del *body* y la dobló en su mano, sintiendo el maravilloso tacto de la seda. Sin la protección de sus braguitas, caminar por el comedor iba a resultar interesante. Estiró el vestido, única frontera de protección visual con su desnudez púbica, y salió del baño tranquilamente, portando su prenda escondida en la mano izquierda.

Jon estaba de espaldas, bebiendo de su copa, ignorante de lo que se avecinaba. Al pasar por su lado, le tocó el hombro para captar su atención. Él levantó la mirada hacia ella justo cuando Lydia le posó en el regazo su delicado presente.

—¿Me guardas esto, por favor? —planteó sin preámbulos, continuando tranquilamente hacia su asiento. Quería butaca en primera fila para cuando él descubriera lo que era.

Jon, que apenas había mirado lo que Lydia le había dejado, lo palpó con precaución, averiguando de inmediato, ante aquel tacto sedoso, de qué se trataba. Clavó una escéptica mirada en ella. Jamás pensó que su inocente gacela fuera capaz de acorralarlo de una forma tan inesperada. Su intuición había estado acertada, pero aquello superaba sus expectativas con creces. Entendió que Lydia quería jugar fuerte y aceptó el papel de tigre desconcertado ante aquel quiebro de la naturaleza. Sus ojos afirmaron que estaba dispuesto, impregnando su mirada de un brillo acechante, y soltó una risa sonora, totalmente insospechada en él.

Lydia respiró aliviada. Por un momento había pensado que la iba a fulminar por su atrevimiento. Pero no, muy por el contrario, Jon, con aquella reacción, le estaba dando el beneplácito a continuar jugando. Se había instalado entre ellos un sigiloso viento de complicidad. Era el ambiente perfecto que invitaba a una diversión erótica bien calculada.

Jon guardó el reclamo libidinoso en el bolsillo de su pantalón, sonriendo a su presa.

—Guardado queda…

—Gracias, es el escudo de algo de valor incalculable…

—Me tendrás que mostrar ese *algo* tan valioso… Me lo he ganado por custodiar el escudo, ¿no crees?

—Por supuesto, pero todo a su debido tiempo…

Aquella frase Lydia la pronunció en presencia del camarero, que

acababa de llegar con la primera propuesta de la degustación. Sobre la mesa colocó una gran asta de arce, ancha y plana, que contenía tan solo dos redondas croquetas. La espectacularidad del emplatado no dejaba duda de que iban a tener un peculiar almuerzo sembrado de alicientes.

—¡Vaya! —exclamó Jon—. Una vez más queda demostrado que una buena presentación garantiza la atención de la audiencia…

—Como una buena novela… Es importante la seducción de las primeras páginas…

—Exacto, en el comienzo tiene que ocurrir algo que te enganche a seguir leyendo —dijo, tocando el contenido de su bolsillo y recordando que el *show* no había hecho más que empezar. Comieron, sin desprender las miradas el uno del otro y con media sonrisa provocada por el juego.

El segundo plato no se hizo esperar, ya que en la consecución de las sorpresas estaba basado aquel menú alucinante. Esa vez, una hermosa ala blanca se posó en la mesa, sosteniendo un diminuto trozo de carne adornado con flores y hortalizas. La presentación no podía ser más poética.

—Para mí, es un ala de ángel —comentó Lydia.

—Pues yo veo más bien la de una paloma. —Y añadió—: De hecho, esto que nos vamos a comer es codorniz… Está más cerca. —Sonrió.

—Buena apreciación, pero en mi imaginación yo veo un ángel al que se le va a caer la servilleta al suelo porque tiene toda la intención de bajar a los infiernos para iniciarse en el pecado…

—Hummmm, un ángel caído… Me parece una interesante idea que poner en práctica. —Y, sin más, dejó que la servilleta se resbalase por sus rodillas, cayendo debajo de la mesa.

Jon separó la silla levemente y, levantando el mantel con cuidado, inspeccionó el horizonte lúdico que Lydia, ejerciendo de casquivana pero sin perder la dignidad de reina, le estaba enseñando desde el otro lado. Ella, discretamente, se había subido el vestido lo suficiente como para mostrarle las tinieblas de ese infierno cálido y misterioso por el que un ángel curioso podría jugarse el regreso al cielo. Él tuvo otra conciencia de la situación y lo único que vieron sus ojos impregnados de lujuria fueron las puertas del paraíso que venía deseando. Obviamente, no podía demorarse mucho debajo de aquella

mesa. Tenía que regresar al punto de partida y conformarse con contemplar otros labios mucho más elevados en la anatomía de aquel cuerpo que lo volvía loco. Se incorporó, emergiendo de la penumbra, a la vez que Lydia cruzaba sus piernas, acabando así con las vistas de aquel refugio acogedor que se ocultaba debajo del mantel.

—Creo que voy a dejar que me arranquen la otra ala… Visto lo visto, el cielo me parece de lo más aburrido…

—Anda, bebe un poco…, necesitas hidratarte…

—Precisamente en hidratación estaba pensando por ahí abajo… —susurró, atusándose el pelo y colocando de nuevo la servilleta, recuperada del magma del bajo astral. Se estaba excitando y no había forma de pararlo.

Comieron en completo silencio, sin dejar de mirarse mientras el siguiente plato llegó a la mesa. Esa vez la presentación era bastante normal, dejándoles tiempo suficiente para digerir las íntimas sugerencias que entre ellos se habían establecido.

—¿Qué demonios llevas puesto? Esas medias de rejilla abiertas en el centro… Creo que nos hemos sentado muy lejos…

—No son medias… es un *body* perverso pensado para sentir sin tener que desnudarte. —Bebió, dejando que el vino humedeciese su boca, observando cómo calaban sus palabras en él.

Para Jon la situación empezaba a ser insostenible. No podía pensar en otra cosa que no fuera en lo único que le ocupaba la mente. Mientras ella parecía tener la situación bajo control, él se estaba quemando en su propio fuego.

La cuarta propuesta del *chef* venía servida en un plato que Lydia interpretó como «la gota que colma el vaso». Un trozo de pescado reposaba en el fondo de una porcelana, dibujando círculos concéntricos semejantes a los que crea una gota al caer en el agua. Evocador y sugerente, empujaba a pensar en dar la última vuelta al tornillo de sensaciones que estaban viviendo.

Se quitó el zapato y extendió la pierna, buscando la entrepierna de su acompañante. Encontró el muslo de Jon y continuó adentrándose hasta llegar a un terreno mucho más firme.

—Si sigues por ahí, vamos a dar el escándalo más grande de la historia de este restaurante… —Tenía una erección manifiesta bajo el pie de Lydia.

—Pues dime que pare…

—No, se me ocurre algo mejor…

—¿Mejor?

—Ya te he dicho antes que no jugaras con fuego. —Acababa de encontrar la forma de recuperar el control de la situación.

De repente, tiró deliberadamente la copa de vino sobre el mantel, mojando su plato y los cubiertos y empapando toda su zona en la mesa. Lydia no se lo podía creer. En un acto reflejo, retiró el pie de inmediato, recuperando la compostura y el zapato. El camarero, rápidamente, acudió a solventar el accidente provocado.

—Lo siento… No entiendo cómo ha podido pasar —se disculpó Jon, mintiendo descaradamente.

—No se preocupe, enseguida les preparo otra mesa —respondió el hombre, sin darle demasiada importancia.

—No, por favor…, no será necesario. Simplemente tráigame un servicio seco y continuaré comiendo al lado de la señora… Ya estamos cerca del postre… —dijo, mirando a Lydia con marcado cinismo.

Se levantó, sin separarse de su servilleta, que, afortunadamente intacta, le servía para salvaguardar su inconveniencia, y se sentó al lado de una Lydia nítidamente perpleja ante su memorable actuación.

—¿Y no hubiera sido más fácil cambiarte sin más?

—Piénsalo, hubiera levantado sospechas… Así parece mucho más creíble. Solo me recordarán por ser el torpe del vino —comentó en un susurro, acercándose paulatinamente a ella.

—No sé si darte un Óscar o una plaza en la Interpol…

—¿Qué tal un orgasmo?

Lydia supo en ese instante que su hegemonía había terminado. Tenía claro que Jon acababa de agarrar las riendas de lo que vendría después.

El último plato de aquel interminable menú acababa de aterrizar, culminando las opciones saladas. Para cuando llegó, los papeles se habían vuelto a invertir y el tigre volvía a mostrar, orgulloso, su traje de rayas mientras que la gacela se movía, nerviosa, en su silla, intuyendo un ataque altamente meditado. Se acercó suavemente a su presa y le murmuró al oído:

—¿Sabes lo que ocurre cuando te pasas toda una comida provocándome? —Estaba mirándola mientras su mano se adentraba debajo del vestido con suma destreza.

Aquellos dedos conocían el camino hacia su sexo sin necesidad de

navegador. La primera pulsión hizo que ella se quedase lívida. Un escalofrío le recorrió la entrepierna, provocando que sus muslos se despegaran, dejándolo campar a sus anchas. Sabía que no iba a parar hasta conseguir su objetivo, por lo que se dejó acariciar, disfrutando de aquella maestría erótica.

—Deberías probarlo… Esto está buenísimo —comentó sin mirarla mientras con la mano derecha hundía su tenedor en el plato sin sacar la izquierda de su encomiable labor.

—Por favor, para… no puedo más… —Lydia empezaba a dar muestras de que un irremediable final se apoderaría de ella en cualquier instante.

—Tienes que poder, aún queda el postre…

—Para, nos van a echar…

—¿Sin pagar?, no creo. Finge un desmayo…, aquí hace un calor insoportable…

—Ay, Dios, me corro… —fueron sus últimas palabras antes del éxtasis.

Como pudo, se llevó la servilleta a la cara, inclinándose sobre la mesa envuelta en una incontenible convulsión. No podía gritar, ni siquiera gemir. Solo una respiración entrecortada se escapó de su boca, refugiada en aquel paño blanco tan socorrido durante toda la comida. Oyó la voz de Jon, quien, ya de retirada, le estaba acariciando la espalda.

—Cariño, ¿te encuentras bien? Diría que ha sufrido una bajada de tensión…

Lydia se incorporó levemente, sin entender nada. Ante ella estaba el camarero, mirándola con preocupación. Aquello no podía estar pasando. Se iba a morir de vergüenza. Intentando salir del paso, consiguió hacer una frase.

—Me he mareado —dijo, apoyando una mano en la frente para dar un toque de dramatismo a aquel sainete improvisado.

—¿Quiere que le traiga una Coca-Cola por si es una bajada de azúcar? —El empleado, solícito, no era la primera vez que veía un vahído ocasional.

—Perfecto —aceptó Jon, alabando la idea—, y, por favor, también los postres. Eso será de gran ayuda. Mientras tanto, iremos un momento al baño a mojarle un poco la nuca… Si no le importa, entraré con ella por si vuelve a marearse…

—Claro, vayan sin prisa. Apenas quedan clientes en el salón. Para cuando regresen, podrán tomar el postre tranquilamente.

Lydia se levantó caminando con lentitud y Jon la agarró del brazo con gentileza, acompañándola hasta el aseo de señoras. Entraron y le pasaron el pestillo a la puerta.

—Estás completamente loco —le dijo entre risas, un segundo antes de besarlo.

—Te lo he dicho, no me provoques… Ahora quiero ver eso que llevas puesto… tenemos cinco minutos largos…

Tiró del vestido hacia arriba, sacándoselo por la cabeza. Una red de malla que pronunciaba sus curvas se abrió paso, acabando con el misterio que los había llevado hasta ese alicatado de azulejos decorativos. Jon observó cada detalle de aquel atuendo endiabladamente sexy, recorriéndolo con las manos para después sentarla en el lavabo, de espaldas a un espejo impregnado de luz.

—Jamás olvidarás este *body* —comentó ella, abriendo las piernas y mostrando su centro de gravedad sexual.

—Tampoco tú esta comida —sentenció él, justo antes de hundir la cara entre sus muslos.

Capítulo 20

Sé que voy a quererte sin preguntas,
sé que vas a quererme sin respuestas.

MARIO BENEDETTI

—Y, cuando salisteis del baño, ¿qué pasó?

—Pues que todos los empleados se interesaron por mi salud y, encima, nos invitaron a un café…

—¡La madre que os parió! No me lo puedo creer…

Gloria estaba al otro lado del teléfono, completamente alucinada con la historia que le acababa de contar su amiga.

—Te juro que jamás pensé que llegaríamos tan lejos…

—Este vasco es tremendo, te tiene cogido el pulso…

—Ojalá pudiera controlarlo, pero es superior a mí…

—¡Pues disfrútalo! Solo tienes que controlar tus sentimientos por él…

—Claro, eso es muy fácil decirlo…

—Todo está en tu cabeza. No busques demasiadas respuestas, porque me da que él sabe muy bien lo que quiere…

Parecía evidente lo que Jon demandaba, pero ¿y ella? ¿Sabía lo que quería y lo estaba demostrando o se limitaba a dejarse llevar sin manifestar lo que verdaderamente necesitaba? Las emociones y la realidad de Lydia estaban ciertamente enfrentadas. Por un lado, todas aquellas señales que el universo de la mano de Jon le daba, haciéndola intuir que respiraban en la misma dirección, y, por otro, esos silencios repentinos de él, donde todo eran dudas, incertidumbre y desconfianza; la incomunicación insoportable y el vacío que dejaba en su alma cuando desaparecía; esa dualidad en los hechos que la llevaban a vivir en una montaña rusa de sentimientos encontrados.

—¿Y qué piensas de la canción que me mandó?

—Pues que es una canción que puede incluir lo que siente y no está preparado para decir o, simplemente, una canción pegadiza que te ha mandado porque le gusta, sin pararse a analizar nada más… Por favor, Lydia, tienes que dejarte de conjeturas… Vívelo sin expectativas, cariño…

—Sé que tienes razón, pero no puedo parar de pensar y…

Gloria no le dejó terminar la frase.

—Ese es tu problema: piensas demasiado y, eso, no es bueno. Hazme caso. Vive esta gran pasión sin esperar nada más. Estáis bien, os entendéis, disfrutáis de un sexo que ni te imaginabas que podrías llegar a tener… Hay química y experiencias únicas que te están abriendo a disfrutar sin prejuicios. ¿No te das cuenta de que tienes mucho más que la mayor parte de la gente que te rodea? Mira a tu amiga… Mi vida sexual es un apartado irrelevante dentro de mis múltiples obligaciones como esposa y madre…

—Bueno, no se puede comparar, llevas muchos años con David…

—Ya, guapa, pero a mí también me gustaría volver a sentir una gran pasión y, si no lo digo, reviento, porque es la pura verdad.

—Haces que parezca que soy una egoísta caprichosa que no sabe lo que tiene y que siempre se está quejando…

—A ver, tampoco cojas ahora el látigo y te fustigues. Solo digo que te relajes. El compromiso y la convivencia acaban con todo eso que tú tienes ahora mismo y, aunque la intensidad que estás viviendo de sobra sabemos que no se puede mantener eternamente, ¡¡¡¡es maravilloso disfrutar el momento mientras dure!!!! Vívelo por mí y por todas tus amigas casadas o con relaciones estables de más de diez años. Te lo juro, Lydi, a mi marido, si le pusiera las bragas encima, se creería que quiero que las lleve al cesto de la ropa sucia… A veces pienso que duermo con un Teletubby. —Suspiró, aceptando su realidad.

—Quién sabe, igual te sorprendería… —replicó Lydia, riéndose.

—Créeme que lo sé… y, si se me ocurriera hacerlo en un restaurante, se quedaría paralizado, como si un indio navajo escondido detrás de la barra le hubiera disparado una cerbatana cargada de tranquilizante…

—Deberías comprarte un *body*…

—Sí, debería… para usarlo con otro… —se arrepintió de haber dicho eso y rectificó de inmediato—, pero quiero a mi Teletubby y,

aunque mi vida sexual cada vez se parece más a la de mi tía Aurora la solterona, no puedo engañarlo. Soy idiota, ¿no es así?

—No, yo creo que eres adorable, y no me extraña que Tinky Winky esté loco por ti…

—Empezaré a hacer ganchillo a todas horas, como Meryl Streep.

—Hazte un *body* de crochet, pero con una abertura secreta… ¡y me haces otro a mí! No puedo repetir modelito…

—Lo pensaré, pero ahora tengo que ir a buscar a Pablete a judo y a Martita, que sale de ballet. Como ves, tengo una vida tan trepidante como la tuya…

—Anda, no protestes; tienes una familia preciosa. Venga, te llamo esta semana. Yo también tengo que ponerme el uniforme. Vuelo en dos horas… ¡No todo es novela erótica en mi vida!

—No, también sufres horriblemente en el Caribe, ¡bruja! Te metía yo una semanita en Urgencias poniendo vías y dando puntos por quejarte tanto…

—Que no me quejo, boba… Solo que contigo no tengo filtros.

—Bueno, te perdonaré entonces… Oye, solo una última cosa: ¿dónde dices que te compraste el *body*? Es por… curiosidad morbosa. —Y se empezó a reír con esas ganas de chufla que siempre tenía, haciendo que Lydia se contagiara al instante.

—No te preocupes. Te regalaré uno por tu cumple, que ya no queda nada… A Tinky Winky se le va a caer el bolso del susto cuando te vea… Oye, ¿tú crees que está con alguien más?

—¿Quién?, ¿mi marido? —Se estaba imaginando al Teletubby morado y no se lo podía creer.

—¿Estás chiflada? Ja, ja, ja, me refería a Jon…

—Madre de Dios, qué pesada eres…

—Venga, te dejo que pienses sobre ello y a la vuelta me das tu opinión.

—No necesito pensarlo —afirmó, convencida—: ¡pues claro que no! Eres un bombón, inteligente, buena persona, divertida, te va la marcha y, encima, estás llena de sorpresas. Yo no te cambiaría ni por todas las conejitas de la Mansión Playboy. Un poco desequilibrada y plasta quizá sí que eres, pero, mientras él no se entere, todo irá genial. No creo que ande por ahí perdiendo el tiempo después de haberte conocido. A ver si esa cabeza llena de rizos rojos empieza a liberarse de todas esas nubes negras que no te permiten disfrutar.

¡Pensamientos positivos, por favor! Me voooyyy, mi *coñazo* perfecto… Uyyy, perdón, que se me ha escapado…

—Lo intentaré. Te quiero, enfermera perversa…

—Voy a ver si encuentro algún contacto en la López Ibor y te ingresamos una temporada. Anda, loquita, llámame cuando vuelvas. Eres la causa de todos mis desvelos y calentones… y mi hermanita del alma… Buen vuelo, tesoro… Por cierto, ¿a dónde vas?

—A Buenos Aires.

—Qué buena carne hay por allí… y no me refiero solo a la de vaca, que también…

—Anda, ¡ponte a hacer ganchillo, Meryl!

Adoraba a Gloria. Sabía que si su amiga le hablaba así era porque la quería todo y más. Podía repetirle una y mil veces lo mismo con toda la paciencia del mundo y, a veces, perdiéndola también. Y Lydia la escuchaba atentamente, por supuesto. Recibía sus consejos con el idealismo y la efervescencia de una adolescente, pero, al final, cuando tenía que aplicarlos, no siempre lo sabía hacer. Y es que el cerebro no aprende por repetición; lo hace por sorpresa, por motivación y también por la impresión que causan las consecuencias de un error manifiesto.

Ojalá aquella tarde Lydia hubiera entendido de una vez lo que su amiga veía con tanta claridad sobre sus carencias y heridas. Pero no hubo milagro y su cerebro siguió el curso de la enseñanza por repetición monótona. Olvidó al poco y continuó inmóvil, sin absorber la información, directo a estrellarse de bruces contra sus propias inseguridades, una vez más.

* * *

La noche se planteaba irremediablemente larga cruzando el Atlántico Sur, rumbo a Buenos Aires, y, aunque la pereza de iniciar el vuelo cerca de la hora bruja hacía acto de presencia al tiempo de cerrar la maleta, una vez cargada en el coche, desaparecía o era aceptada como una compañera de viaje más. La siesta había sido escasa y dolorosa. Una menstruación un tanto desquiciante había decidido llegar sin previo aviso, adelantándose una semana a la cita establecida según su calendario. Estaba nerviosa, cansada e irascible, con las hormonas haciendo de las suyas. Un cuadro de

hipersensibilidad que era preferible no hacer coincidir con un vuelo tan largo.

Jon se había ido a Cartagena de Indias dos días antes y, aunque aquel paraíso colombiano estaba a miles de kilómetros de la capital porteña, permanecer en el mismo continente a la vez, para ella, era un aliciente soterrado en su mente que la ayudaba a cruzar el charco con otro ánimo. Además, la comunicación desde su tórrida comida en el restaurante se había mantenido de forma fluida y una nueva cita se estaba empezando a fraguar en el aire, para cuando ambos volvieran. Calentaban motores sin pronunciarse explícitamente, pero todo parecía indicar, por las conversaciones de WhatsApp, que el próximo encuentro estaba muy cerca.

Una vez en el aeropuerto, anudó su pañuelo al cuello frente al espejo del coche y se retocó el carmín, estacionada ya en el parking. Había llegado con tiempo de sobra, como casi siempre. Aún podía enviar un último mensaje.

Lydia: No creas que esta noche cruzo el océano para ir en tu busca… es solo trabajo…

Jon: Ah, bueno, me quedo más tranquilo…

Lydia se disparó una foto a las piernas, todavía sentada en el coche. Se había subido un poco la falda del uniforme, dejando ver unas finas medias de cristal negras, rematadas por una liga de encaje. Se la envió, sin tiempo de retoques.

Jon: Uyyyy… Luego acabas como acabas…

Lydia: Estás demasiado lejos para que eso me preocupe…

Jon: Bueno, ya te pillaré cuando vuelvas, no hay prisa…

Lydia: Ya sabes que no pretendía provocarte…, solo que vieras lo que esconde una azafata debajo del uniforme…

Jon: Yaaa… pero mira que te gusta…

Lydia: Sí, la verdad… Tengo un problema de calentamiento global contigo…

Jon: Seguro que por lo cariñoso que soy.

Lydia: Ufff, al borde de empalagar…

Jon: ¿Alguna queja?

Lydia: No te preocupes… Encontraré la manera de sacarte todos los besos que me debes…

Jon: 🤔…

No había tiempo de más tonteo. Lo dejó ahí, pensando. Quizá al llegar al avión podría permitirse algún mensaje más, antes de despegar. Salió del vehículo, sacó la bolsa de vuelo y su *trolley* del maletero y comenzó a caminar por la terminal, dejándose deslizar por las eternas cintas mecánicas que enmoquetaban de gris plata su camino habitual a la oficina. Se encontraba un poco mejor gracias a los efectos del ibuprofeno, pero había un estado latente de ansiedad provocado por las hormonas que tendría que atar en corto. No se podía fiar de aquellas pequeñas lunáticas que eran capaces de sobredimensionar cualquier absurdo percance.

Una vez pasado el filtro para acceder a la zona limitada a empleados del aeropuerto, entró en la oficina con paso firme. La mezcla de perfumes caros comprados a buen precio en las *duty free* de medio planeta se podía masticar nada más abrir la puerta. Los vuelos nocturnos estaban a punto de salir y convocaban a varias decenas de tripulantes a la misma hora. Besos, besos, besos y más besos. No tenía tiempo de pararse a saludar a nadie, por lo que miró hacia abajo y aceleró la marcha, dirigiéndose al mostrador de firmas, donde estampó la suya en la hoja correspondiente, como era habitual antes de subirse al avión.

—Lydia, espera, tienes una nota que te dejó ayer un compañero antes de irse a Buenos Aires —le dijo una de las responsables del trabajo de tierra, levantándose y llevando un sobre a su encuentro.

—Hola, Berta. Anda, dame un beso…

Se conocían hacía veinte años y, aunque los auxiliares de tierra eran muchos, tenía debilidad por aquella mujer que, junto con el resto de su equipo, realizaba la encomiable labor de facilitar todas las documentaciones del vuelo, entregar las dietas a pilotos y auxiliares y, además, custodiar todos los «encarguitos» de unos tripulantes a otros, siendo capaz de recordar cosas tan irrelevantes como la de aquel sobre

misterioso.

—Toma… —dijo mientras se besaban de refilón—. ¿Cómo vas?

—Bien, no me quejo… aunque hoy no me aguanto ni yo… —y añadió bajito, buscando la complicidad entre mujeres—: Me acaba de venir la regla y ya te puedes imaginar…

—Pufff… pues paciencia y no te calientes mucho —respondió, sabiendo el vuelo que le tocaba y compadeciéndola—. Tú, a los argentinos, te los metes en el bolsillo en cinco minutos…

—Eso espero, por la cuenta que me trae. Tú, ¿qué tal?

—Yo, bien, como siempre… Quejarme no es una opción, ya me conoces.

Daba gusto toparse con la tranquilidad emocional de Berta y su enorme paciencia. Aguantar a más de mil tripulantes que iban y venían, con sus cientos de manías, disparidad de caracteres y alguna que otra tara psicológica, no resultaba tarea fácil. Aquel trabajo, basado en la organización del papeleo necesario para el vuelo y la facilitación de este a los responsables del mismo, no estaba pagado. Lydia admiraba a sus compañeros de tierra por su impecable labor, que los auxiliares y pilotos tendían a olvidar, pasando por el mostrador sin visualizar apenas a las personas que trabajaban al otro lado, en ocasiones presos del estrés de los últimos momentos antes de subirse al avión o, en los casos más patéticos, por su falta de educación apoyada en la absurda arrogancia de sentirse semidioses y estar por encima de todo, solo por el hecho de trabajar a cuarenta mil pies de altitud.

—Tú siempre bien, así estás de guapa.. —Entrelazaron manos y sonrisas con el mostrador de por medio y se despidieron—. Me voy, que tengo que buscar a mi *tripu* de esta noche.

—Buen vuelo, Lydi… ¿No quieres dietas?

—Hoy no, gracias… Todavía tengo pesos argentinos que no gasté del último vuelo —contestó, recordando—. A ver si te veo a mi regreso. ¿Necesitas algo del *duty*? —preguntó, despidiéndose.

—No. Le encargué a otra compañera mi perfume la semana pasada y por el momento estoy servida. Gracias, bonita, por acordarte. —Berta le puso la documentación en la mano. Sabía que Lydia empezaba a hablar y, al final, se iba a la mesa sin los papeles. Conocía demasiado bien a aquella tremenda despistada.

—Uyyy… gracias. Ves, ya me los dejaba —dijo Lydia, echándose

la mano a la cabeza—. Cómo no te voy a querer… Adiós, preciosa.

—Buen viaje, Lydi, y no te estreses. Te veo a la vuelta.

—Síií, a ver si nos podemos tomar un café con calma…

Portando sus papeles con las instrucciones del salto al nuevo continente, buscó la mesa asignada para hacer la reunión prevuelo. Los compañeros de aquella noche estaban ya sentados casi en su totalidad, esperando para comenzar el *briefing*.

—Hola a todos —dijo, a modo de saludo general, sentándose—. ¿Todavía falta alguien por llegar, verdad?

—Falta una chica, pero acaban de decirnos que está ya pasando el filtro —contestó un compañero, sentado enfrente de Lydia.

—Genial, todavía hay tiempo. —La hora de presentación era en diez minutos—. Voy a saludar a los pilotos mientras llega…

Levantándose de nuevo, se dirigió a la sala destinada a los técnicos. Cuando ubicó a su comandante entre todos los que había, lo saludó y le comunicó que ya estaban casi todos, recibiendo de él la información meteorológica del vuelo, así como todos los detalles que tener presentes según su criterio y mando. Se presentó al segundo piloto, al que no conocía, y los invitó a que asistieran al *briefing* de tripulación cuando acabaran con el suyo.

Cuando regresó a su mesa, la compañera ya había llegado. Entregó las hojas de chequeo del material de emergencia a cada uno y comenzaron el *briefing* de servicios a ofrecer durante el vuelo. El avión iba completamente lleno, por lo que no había mucho que debatir. Seguirían las pautas establecidas por el manual, sin cambiar un solo punto de cómo venían indicadas. Los pilotos se reunieron con ellos y, después de repasar los procedimientos de emergencia y demás detalles técnicos, cerraron la reunión y todos juntos se fueron a la zona aire, para ser transportados hasta el avión.

Ya en el autobús, Lydia tuvo unos minutos para abrir el sobre que Berta le había entregado. Efectivamente, y como había intuido desde el primer momento, era de Eloy.

> ¿Te conté que la bruja me dijo que desayunaría con una pelirroja en Buenos Aires? No querrás dejar mal a la pobre señora, ¿verdad? Anda, avísame cuando llegues. Te espero y me quedo contigo hasta que nos recojan… Por cierto, vaya programación mala que tienes este mes… Ja, ja, ja. Buen vuelo. Muacccc.

O sea, que Eloy estaría allí cuando llegase al hotel. No habían hablado mucho en los últimos días. Lydia lo había estado evitando. No tenía ganas de alimentar nada de lo que no estuviera bien segura. Sabía que él andaba buscando cualquier excusa para llamar su atención, y aquel gesto dejaba claro que, cuando un hombre quiere algo, no se da tan fácilmente por vencido. Podría haberle mandado un simple wasap, pero una nota manuscrita era mucho más impactante y, en una situación idónea, ella hubiera quedado gratamente sorprendida. Lydia no podía negar que aquella breve misiva la había hecho sonreír, pero sin más. La realidad es que estaban a punto de llegar al avión y solo podía pensar en enviar un mensaje a Jon y reanudar la conversación donde la habían dejado; tener el tiempo suficiente para despedirse de él a su manera, antes de despegar.

El transporte de tripulación los dejó bajo la enorme panza del Boeing 787/9. Lydia se paró un momento, admirando su imponente estampa. Era el *pájaro* más bello de todas las flotas. El fuselaje brillaba, limpísimo, alumbrado por las luces de la pista. Los gigantescos motores Rolls Royce parecían estar relajados, esperando la ignición que los pilotos les proporcionarían para abrirse paso en la noche, con aquella potencia capaz de levantar doscientas cincuenta toneladas con impecable elegancia.

Abandonando su maleta junto al resto de los equipajes de la tripulación, debajo de la bodega correspondiente, Lydia empezó a subir la escalerilla interminable hasta la puerta principal del avión. Eran las once de la noche y, entonces sí, empezaba su trabajo, el cual no terminaría hasta dieciséis horas más tarde, cuando llegara al hotel en la capital del tango.

Arriba, todo parecía estar en orden. El equipo de limpieza había terminado su trabajo y los mecánicos estaban saliendo de la cabina de mando, después de la revisión prevuelo. El coordinador llegó con las prisas de siempre, azuzando a Lydia para embarcar cuanto antes.

—¿Cuánto tiempo necesitas para embarcar? —planteó, casi sin mirarla, hablando por el móvil y comprobando la información que le estaban dando sus papeles.

—Dame unos minutos para chequear, que acabamos de llegar. —Aquella frase era como un mantra que tenía que repetir en cada vuelo —. De momento, vete llamando a *catering,* porque faltan los termos con las cremas calientes de *business*… Ahhh, y que alguien de limpieza

venga a cambiar la funda de un asiento…, hay un chicle pegado en la tapicería… Por cierto, ¿me das el cierre?

Se dio cuenta de que su tono no era el habitual. Probablemente, la llegada del coordinador, con su estrés contagioso, había logrado disparar su mal humor, hasta el momento contenido.

—Lleno delante y detrás, más cinco bebés.

—Ok. La tripulación está terminando de comprobar las comidas y el material de emergencia —le comentó, en un tono mucho más tranquilo—. En cuanto vengan los responsables de *catering* y los compañeros me den el visto bueno a la cabina, te aviso para que hagas un preembarque. ¿Sabes si están vaciando los tanques de agua residual? —le preguntó, mirando en la pantalla el sistema de control de aguas—. Me están dando error…

—Lo pregunto. ¿Te parece que los baje en cinco minutos?

Lydia lo miró con paciencia infinita. Se lo acababa de explicar, pero la labor del coordinador era intentar salir en hora, a costa de lo que fuese. Respiró hondo, buscando encontrar en ese hálito una empatía que esa noche no estaba consiguiendo con aquel muchacho histérico.

—Estamos haciendo lo que humanamente está en nuestra mano para que el vuelo salga en hora. Mira, no puedes traerme al pasaje hasta que todo esté en orden, ¿lo entiendes, verdad?

—Sí, pero la salida del vuelo es dentro de cuarenta y ocho minutos. —El chico la miraba, agobiado. Debía de ser nuevo y, por supuesto, aquel empecinamiento era parte de los objetivos que desde arriba sus superiores le estaban marcando.

—Pues tranquilízate. Si nos ponemos nerviosos, al final todo saldrá atropellado y mal. Yo me encargo de agilizar el trabajo aquí, y tú vete a la puerta de embarque para que primero entren los menores sin acompañar y las sillas de ruedas… y ¡respira! ¿de acuerdo?

—Vale, voy subiendo, entonces. *Catering* está llegando y también limpieza… —El coordinador comprobó su reloj mientras una gota de sudor le resbalaba por la frente, sin despegarse el teléfono de la oreja —. El comandante me ha dicho que, cuando tú estés lista, empezamos…

—Exacto, verás que, al final, saldremos en hora. —Lydia le sonrió mientras le daba una palmadita en la espalda, invitándolo a salir—. Ahhh, y no olvides bajarme los papeles de aduanas…

El chico salió escopeteado por el *finger,* cruzándose en el camino con el responsable de *catering,* que traía el contenedor con las cremas.

—¡Hombre, Lydia! Si llego a saber que eras tú, te hubiera traído unos chocolates de Air France, que vengo de cargarles el avión —dijo, entregándole los termos.

—Déjate de chocolates, Julián, que luego no me abrocha la falda, pero, cuéntame, ¿cómo estás?

—Pues agobiado. Me he tenido que dar la vuelta con el camión cuando ya estaba en la T4 y todavía tengo que ir al Montevideo, que también han llamado reclamando dos cenas de tripulación que les faltan…

—Pues aquí ya está todo. ¿Te firmo algo?

—Sí, ponme aquí un autógrafo —dijo, tendiéndole un papel—. La copia, para ti…

—Gracias, guapo. Siento haberte hecho volver…

—No te preocupes. Ahora me alegro, porque así te he visto… Ya me estaba preguntando dónde andarías…

—Pues no será porque no vengo. Este mes estoy más aquí que en mi casa…

—Así estamos todos… En fin, habrá que seguir en la lucha. Te dejo, que no llego al otro avión. Buen vuelo, maja.

—Gracias, Julián, y no corras, que el Montevideo es el avión de al lado…

—Síií, menos mal. Les llevo lo suyo y ya termino. ¡Cuídate!

Salía el hombre de *catering* cuando, por la megafonía, se oyó alto y claro la voz del auxiliar responsable de la parte trasera.

—Lydia, ya han cambiado la funda del asiento. Te doy el ok de la cabina y, por aquí, móviles en modo no transmisor…

—Gracias. Voy a pedir pasaje y empezamos el embarque —contestó ella justo antes de entrar en cabina para pedir autorización al comandante.

No necesitó buscar al coordinador, quien, resignado, estaba esperando una señal de ella para bajar por el *finger* a los primeros pasajeros. Todos juntos, primero entraron los niños. Lydia firmó los papeles de los menores que viajaban sin acompañante y los recibió con un saludo cercano, revolviéndoles el flequillo a los más avispados y acariciando la carita de los que venían asustados, para luego encomendarlos a dos compañeras que los acompañaron hasta sus

asientos. Los pequeños siempre llegaban al avión un poco desorientados y, más de uno, llorando con cierto miedo. Era labor de las azafatas hacerse con su confianza a base de darles cariño nada más llegar, para que se relajasen. Lydia tenía por costumbre asignar a un compañero por pasillo, para que se ocupara de ellos de una forma personalizada. Aquellos diminutos pasajeros siempre eran una prioridad en un vuelo tan largo, y más siendo nocturno.

Después de entrar los pasajeros con asistencia, sillas y demás, recibieron al pasaje de *business* y, a continuación, los primeros pasajeros llamados por filas, de atrás a delante, como estaba previsto. Lydia, dejando a su compañero embarcando, aprovechó para ausentarse un momento de la puerta principal y, así, comprobar si los tanques de agua potable y residual estaban ya funcionando correctamente. El ordenador de a bordo mostró en verde los parámetros. Solucionado el problema, decidió enviar un último mensaje a Jon antes de despegar.

Lydia: Embarcando. Ufff, vamos a tope…

Jon: ¿Todavía no estás volando? Te hacía ya en el aire.

Lydia: Qué va… y con las pocas ganas que tengo hoy…

Jon: De tus ganas… de esas me encargo yo.

Lydia: Me refería a otras ganas. ¿Dónde estás?

Jon: En mi habitación, en la cama aún…

Lydia: Hazme un hueco, que voy…

Lydia quiso dejar la conversación ahí pausada, antes de volver a la puerta de embarque. Pensó en poner el teléfono en modo avión en ese momento, pero no lo hizo. Sabía que Jon contestaría algo más y no pudo resistirse. Echaría un último vistazo antes de despegar.

Los pasajeros iban entrando con mucha fluidez y poco a poco el avión se fue llenando casi sin sentir. Cuando Lydia llegó a la puerta de acceso, encontró al coordinador, que sonreía.

—Tenías razón. Vamos a cerrar en hora…

—Sabe más el demonio por viejo que por demonio —le contestó Lydia, guiñándole un ojo—. ¿Me has traído la bolsa con los papeles de aduana?

—Sí, toma. Creo que está todo —contestó, entregándole una gran saca azul cargada de formularios de extranjería.

—Parece que habrá suficientes para todos —comentó Lydia, comprobando el contenido—. ¿Cuántos pasajeros quedan por entrar?

—No más de diez…, estamos casi listos. ¿Puedo ir pasando para entregar la documentación de cierre al comandante?

—Claro, voy contigo…

Al llegar de nuevo delante, los compañeros de *business* ya habían recogido el *welcome drink* y todo estaba perfectamente guardado para el despegue. Mientras el coordinador estaba dentro de la cabina de mando, Lydia se acercó a su bolso para ver si Jon había dicho algo más. En la pantalla de inicio vio que había enviado una foto y un wasap que decía… «prepárate cuando vuelvas…». Se dispuso a abrir la imagen cuando el coordinador, con todo firmado, salió con paso ligero y la voz del comandante desde dentro de su habitáculo pronunció el esperado: «¡Lydia, en cuanto entre el último, cerramos!». Ya no había tiempo. Dejó de nuevo el teléfono en el bolso sin desconectar, encajó con firmeza la puerta de cabina de mando y se dirigió a buen paso al interfono central antes de cerrar la última puerta del avión.

—¿Han entrado todos? —preguntó al compañero que había finalizado el embarque.

—Sí. Increíble, hemos embarcado en treinta minutos. ¿Cierro? —le preguntó a Lydia, agarrando el tirador de la puerta y la palanca giratoria.

Ella le contestó afirmando con la cabeza mientras hablaba por megafonía.

—Tripulación, cerramos puertas, armamos rampas y *cross-check*.

Mientras la tripulación se disponía a realizar las demostraciones de seguridad y el *finger* se iba separando del avión lentamente, Lydia comprobó en la pantalla del sistema general que todas las puertas estuvieran cerradas, con las rampas de evacuación armadas. Echó un vistazo general al *galley*. Todo parecía estar perfectamente asegurado para el despegue.

Recogió sus papeles y los guardó en el armario, junto con su bolso. Era el instante perfecto para ver la foto y, así, apagar el móvil

hasta destino. Se metió un momento en el baño con el teléfono, buscando cierta intimidad para hacerlo. Abrió la imagen. «Vaya, he olvidado las gafas», se dijo.

Su primera reacción fue de perplejidad absoluta. La fotografía mostraba a una mujer de pelo largo y lacio, buceando en la entrepierna de un hombre. Estaban desnudos, tendidos en una cama y al fondo había una puerta. Primero pensó que, por alguna oscura razón, Jon le había enviado una imagen erótica de dos en plena felación; un fotograma de una peli porno. Pero, de repente, aquella puerta rematando la escena le trajo a la terrible realidad. Lydia tardó un segundo en reconocer que aquel era el dormitorio de Jon. Se quedó en *shock*. Encerrada en el lavabo, un calor asfixiante empezó a subirle por la garganta. Amplió la foto al máximo. No podía entender lo que creía estar viendo. Evidentemente, por la posición en la que la chica se encontraba, era imposible verle la cara y, a él, solo se le veían los muslos y el miembro, felizmente erecto, en primer plano. Mientras tanto, por el altavoz del baño se oía el vídeo de las demostraciones de seguridad justo en el apartado «En el caso de una despresurización explosiva, los compartimentos superiores se abrirán, mostrando las máscaras de oxígeno…». Miró hacia el techo, buscando ese mismo oxígeno que le estaba empezando a faltar. El avión rodaba despacio mientras el corazón de Lydia iba a mil por hora. «Dios mío…, no puede ser… ¡No me puede estar pasando esto justo antes de despegar…!» Un arrebato colérico se apoderó de ella y, loca de pánico, atinó a escribir tres contundentes wasaps.

Lydia: ¿Qué coño es eso?
Lydia: De muy mal gusto.
Lydia: Me voy… No quiero verte más.

En el momento en el que vio que Jon comenzaba a contestarle, activó el modo avión y salió del baño, intentando controlar toda aquella adrenalina que le supuraba a borbotones por cada poro de la piel. Guardó el móvil en el bolso, cerró el armario y se pasó la mano por la frente, procurando calmarse para que nadie notase que se estaba muriendo por dentro. Los compañeros habían terminado de chequear la cabina y solo quedaba que ella diera el ok al comandante.

—Lydia, ¿te encuentras bien? —La azafata que esa noche trabajaba delante con ella estaba mirándola, extrañada por su

inmovilidad, esperando para sentarse en su transportín.

—Sí, es solo una regla un poco fuerte —mintió a medias—. No me ha quedado más remedio que cambiarme antes de despegar…

—Ufff… Así estás de pálida… —convino la compañera, dando sentido a la mala cara de su jefa, y añadió—: Si necesitas una pastilla o lo que sea, me lo dices…

—Gracias, Sonia. Anda, siéntate, que voy a llamar al comandante…

Se abrocharon los arneses y Lydia, sacando fuerzas de donde no le quedaban, descolgó su interfono y marcó el código establecido para avisar a los pilotos de que podían despegar. Apagó las luces generales del avión, haciendo de la oscuridad recién llegada una aliada. Un horrible dolor de cabeza le golpeaba las sienes y una frase frenética se apoderó de su mente… «Tiene que haber un error… Tiene que haber un error…»

La ínfima velocidad del avión arrastrándose sobre la pista hasta el punto de despegue le resultaba insoportable. Era como una procesión de Semana Santa. Casi que podía oír saetas desgarradoras mientras ella se sumía en un calvario de desconcierto, pena y humillación. Necesitaba que el comandante metiera todos los gases a los motores y, por fin, levantar el vuelo hacia un cielo que le trajera luz a sus incesantes tinieblas. Estaba ante el rodaje más penoso de su vida. Por fin, se oyó desde cabina…

—Tripulación, preparados para el despegue. Buen vuelo.

Lydia se agarró con fuerza a su asiento mientras el avión corría frenético por la pista. Cuando las patas del tren de morro perdieron el contacto con el asfalto, respiró hondo, buscando un aire fluido y mágico que le devolviera la cordura. Era imposible que Jon, conscientemente, hubiera hecho algo tan ruin y depravado. Podía ser parco en afecto, indolente ante sus ganas de sentirse amada, áspero e incisivo llegado el caso, pero no era un malnacido capaz de hacer algo tan vil. Él sabía que estaba a punto de despegar. ¿Qué clase de monstruo haría algo así? Entonces, descartando esa hipótesis… ¿qué demonios había pasado? ¿Le había enviado una foto de otra por error? Desde luego, eso tenía sentido y lo exculpaba de ser un maldito cabrón sin escrúpulos, pero también dejaba claro que sus temores y dudas de que pudiera no ser la única en su cama se confirmaban de inmediato.

Aquella idea le resultó insoportable y, mientras la aeronave

subía, sumando pies de distancia con la tierra, el universo causante del brillo de sus ojos se derrumbó, apagando las estrellas a las que ella, ilusa y emocionada, había pedido tantos deseos. Pero… ¿cómo podía pensar que Jon hubiera sido tan tonto de cometer un fallo tan flagrante? «No, no puede ser», volvió a decirse.

Cuando la llama de la esperanza estaba a punto de extinguirse, el comandante apagó la señal de cinturones y, con aquella libertad de poder soltarse del arnés, a Lydia le llegó una intuición irreprimible que la levantó de su transportín como un resorte y la llevó hasta su bolso, para volver a mirar la foto. Esa vez, se puso las gafas antes de coger el móvil.

Allí estaba la imagen odiosa. La amplió al máximo y algo le llamó poderosamente la atención en el hombro de la chica.

—¡Ay, Dios mío…! ¡Ay, Dios mío…! ¡Ay, por Dios! —exclamó en alto, completamente consternada al comprobar la verdad.

Aquel hombro tenía un perfecto triángulo equilátero formado por tres lunares que identificó al instante. No sabía si reírse o llorar. Sus ojos se abrieron como platos, envuelta en el horror de entenderlo todo.

Desde aquella perspectiva y con el pelo liso y oscurecido, no se había reconocido. Era su hombro, sin duda, y la desconfianza le había hecho ver aquel disparate y todas sus inseguridades de golpe. Jon le había mandado una foto de ellos en la intimidad y ella le había dicho que no quería volver a verlo. Se llevó la mano a la boca para no ponerse a gritar en mitad del *galley*.

—¿De verdad que estás bien? —Su compañera la estaba mirando, intrigada por su forma de mirar la pantalla del teléfono.

—Por favor, dime que funciona el wifi… —preguntó, implorando que así fuera.

—Se ha conectado correctamente… Dame un minuto, que voy a preguntar a los pasajeros.

Tenía que ver qué había dicho él y, fuera lo que fuese, necesitaba disculparse inmediatamente. Aquel miedo que sentía era diferente. Se parecía más al pánico del que sabe que ha estropeado lo único que le importaba en la vida. Una vez más, sus hormonas cargadas de descontrol le habían hecho vivir una situación desproporcionada e irreal. Se culpó sin clemencia ni piedad posible. Se maldijo por ello.

—Parece que no va bien. Los pasajeros no han podido acceder

aún. —Sonia había vuelto con caóticas noticias.

—Pues tiene que funcionar… —Lydia empezaba a no querer disimular su ansiedad. De hecho, tenía tal estado de nervios que le importaba un carajo que sus emociones se vieran expuestas.

—Pero ¿qué te pasa? —volvió a preguntar la azafata.

—Me pasa que tengo que resolver un entuerto muy gordo, y tiene que ser ya… Voy a ver si el comandante lo puede resetear, o me va a dar algo…

—Venga, mujer, seguro que no es para tanto…

—Créeme que sí que lo es… Id empezando sin mí, por favor.

A veces las pruebas de la vida parecen estar guiadas por manos que tejen escenas abigarradas, las cuales nos invitan con tremenda ironía a trabajar la paciencia. Por supuesto, aquella noche, el comandante no pudo hacer nada, porque el destino y sus designios tenían claro que aquel avión no disfrutaría de wifi en todo el trayecto. Lydia tuvo que resignarse y apechugar con su explosiva reacción, trabajar con el ánimo por los suelos y pedirle al cielo por el que estaba paseando que aplacara sus malos pensamientos. No habló con nadie del asunto. El surrealismo de la historia dejaba fuera un hombro sobre el que consolarse. Se tragó el llanto y la culpa. No pudo hacer nada más que refugiarse en el trabajo durante doce horas plagadas de incertidumbre.

Más tarde se enteraría de que la tripulación que cogió el avión en Buenos Aires no tuvo el menor problema para conectar el sistema a la primera, en el vuelo de regreso. Así de fuerte había jugado el destino con ella y su locura por él.

Capítulo 21

Dime por favor dónde no estás,
en qué lugar puedo no ser tu ausencia,
dónde puedo vivir sin recordarte,
y dónde recordar, sin que me duela…

JORGE LUIS BORGES

Lydia entró en la terminal del aeropuerto internacional de Ezeiza agotada física y psicológicamente, trece horas después de haber visto la foto. El vuelo había sido duro e intenso, pero fue durante el turno de descanso cuando todos sus temores afloraron sin dejarle dormir un solo minuto. El pasaje argentino y sus variopintos temas de conversación habían contribuido a no darle vueltas a lo ocurrido durante el trabajo, pero, una vez dentro de su litera, los peores presagios de la reacción de Jon desnudaron el dolor agónico de todas esas horas sin poder remediar aquel horrible silencio forzoso. Porque no hay nada peor que no saber o no poder expresarte cuando sabes que la has pifiado.

Buscando un desahogo provisional, se había dedicado durante su reposo aislado a escribir un mensaje largo y lastimero, intentando explicarse para reponer la deseada normalidad entre ellos.

Lydia: Uffff… qué situación. Me quiero morir de vergüenza. Trece horas sin wifi en las que he tenido todo tipo de emociones. Lo siento. No soy bipolar ni me he vuelto loca. Simplemente he visto la foto y no me he reconocido. Sin gafas, cerrando puertas y con todos los pormenores que acarrea el embarque de un avión lleno… Te he contestado visceralmente, indignada por completo. Un despropósito. Me he puesto el arnés y he hecho la carrera de despegue en total shock. No me podía creer que tú me mandaras, justo

antes de empezar a trabajar, una foto con otra en la cama. Pero la imagen estaba ahí. Me ha resultado evidente, porque he reconocido tu habitación al instante. Casi vomito. Mi compañera ha pensado que me estaba dando un mareo. Por fin, cuando han quitado cinturones, me he ido directa a por mi bolso. Esto debía tener una explicación. Me he puesto las gafas y, cuando me he dado cuenta de que la chica de la foto era yo, me he querido morir, siendo consciente de lo que te acababa de escribir. No sé qué más decirte. Lo siento de veras. Jamás me enseñaste esa foto, yo llevo el pelo liso, irreconocible… Son algunos atenuantes, ¿no?🙏 ¡Qué mal! Me siento horrible… Ha sido el despegue más duro de mi vida…

Ya en la terminal y antes de pasar la aduana, los mensajes de Jon entraron, gracias al wifi del aeropuerto. Lydia no quiso leerlos sin antes enviar el suyo. No quería dejarse llevar por lo que contuvieran. Primero debía disculparse y, luego, asumir las consecuencias. Una vez enviado, él lo leyó al instante. Estaba en línea con ella cuando lo recibió, tornándose el visto en color azul de inmediato.

Mientras Jon leía su perentoria disculpa, Lydia comprobó lo escrito previamente por él. Tenía una videollamada perdida y dos escuetos wasaps.

Jon: Tú sabrás… Eres tú.
Jon: Lo que tú me mandas, es de muy buen gusto.

Respuesta seca, enjuta. Ni tan mal, después de lo que Lydia esperaba. Sin embargo, el apocalipsis llegó cuando el tiempo fue pasando y Jon no contestó a su mensaje. Lo había leído y nada. Cero respuestas. Hubiera estado bien un «Ya hablaremos», un «Estás loca… qué le vamos a hacer», incluso un «Antes de hablar, hay que pensar». Sin embargo, no escribió ni una palabra, aunque la contestación estaba clara. El silencio también es una respuesta; la más contundente y firme. Lo conocía bien y, aquella escenita irritante e ilógica para él, seguramente le había resultado irracional y probablemente injustificable. Jon no era de buscar disculpas a los arrebatos explosivos. Su control sobre sí mismo le impedía entender ese tipo de reacciones incontroladas por parte de los demás.

Una vez que recogieron las maletas de la cinta, toda la tripulación se dirigió a la furgoneta, que los esperaba para llevarlos al hotel. Había poco tráfico aquella mañana. En media hora estarían en el centro.

Los compañeros estaban contentos de estar en Buenos Aires, una ciudad que siempre ofrecía posibilidades para disfrutar del tiempo que debían permanecer allí. Ya en el vehículo, iban haciendo planes de a dónde irían esa vez. Eran veinticuatro horas muy bien aprovechadas, regadas con excelentes vinos, comidas copiosas y paseos agradables por una de las capitales iberoamericanas más bellas. Lydia siempre salía a comer con los que se apuntasen, pero aquel día no se encontraba con ánimos de compartir diversión, a pesar de que un sol radiante de finales del verano austral brillaba, iluminando el cielo porteño.

Se sentó sola y conectó los auriculares. Una tristeza galopante al ser consciente de que lo había estropeado todo se estaba apoderando de ella. La música, en esos momentos, solo le traía desolación y culpa.

Y así era. Inexplicablemente, todo lo construido en los últimos encuentros después de su distanciamiento se había caído como un castillo de naipes… en un segundo. Una lágrima le recorrió la mejilla, oculta tras las gafas de sol, inapreciable para el resto, pero intensamente dolorosa para ella. Recordó sus conversaciones, el deseo compartido, las miradas fugaces de intensa complicidad. Añoró el universo que habían creado juntos sin saberlo; las canciones que Jon le enviaba; aquellas estrofas de amor con mensajes ocultos, solo reconocibles por el alma. Lo había perdido; no había forma de dar marcha atrás y se culpó por ello. Y, como si no fuera suficiente su desgracia, entendió que estaba profundamente enamorada por primera vez en su vida.

* * *

Jon se estaba duchando en la habitación del hotel antes de bajar a tomarse un café para empezar el día en la ciudad de Cartagena. Había dormido poco y mal, dando una y mil vueltas en la cama. Aquella reacción lo había sacado de quicio. Él ya no estaba para estupideces de colegiala. Su paciencia con las mujeres se había extinguido desde su divorcio. No estaba dispuesto a tolerar salidas de

tono por parte de ninguna. Y, después de esperar durante horas, encima había recibido aquel patético mensaje que solo había conseguido cabrearlo aún más. El agua tibia le caía por los hombros, regando su espalda, mientras se debatía acerca de qué hacer. No había querido contestarle. Estaba demasiado enfadado y conocía lo demoledor que podía llegar a ser si se dejaba llevar por su temible sarcasmo. Hubiera acabado con ella, sin preámbulos.

Se enrolló la toalla a la cintura y salió de la ducha. Miró la imagen de su rostro reflejada en el espejo y se tocó la incipiente barba. Se afeitaría en un momento y saldría pitando hacia la reunión. No tenía mucho tiempo. Untó una gruesa capa de espuma y empezó a pasar la cuchilla suavemente, haciendo caminos como un quitanieves en una estación de esquí. Mientras lo hacía, Lydia volvió a su cabeza de nuevo. Lo que más le había molestado era esa actitud de desconfianza… que ella hubiera pensado que le había mandado una foto con otra. Eso era imperdonable.

—¡Aaaggghhh! —exclamó, llevándose la mano a la cara. Se acababa de cortar y la sangre empezó a brotar, sin ánimo de pararse. Se había desconcentrado y achacó las consecuencias a aquellos pensamientos que no lo dejaban en paz. Se puso un papel taponando el corte, pero era demasiado profundo y, al instante, la sangre lo empapó. Tenía prisa y aquello era un contratiempo con el que no había contado. Volvió a taponar la herida, esa vez con un clínex y su dedo, haciendo presión. Se tumbó en la cama, intentando relajarse. Respiró hondo mirando hacia el techo. No le iba a responder, se dijo con determinación. La dejaría pagando el peaje de haber metido la pata. Ella tendría que aprender ciertas cosas que él no le podía explicar.

La hemorragia comenzaba a ceder. Se incorporó con cuidado y empezó a vestirse mientras, en su pequeño altavoz portátil, sonaba *Me gustaría poder hacerte feliz*, de Elefantes.

* * *

La furgoneta paró frente al hotel y la tripulación empezó a descender de ella, deseando subir a tomarse un buen desayuno para luego irse a la cama a dormir. Lydia bajó con todos y se dirigió a recuperar la maleta que previamente el botones había colocado ya en

el vestíbulo, junto con las del resto de compañeros. Al ir a agarrar el asa, sintió un pinchazo agudo en el dedo índice.

—Aaayyyy… —masculló, mirando el corte que le había producido un pequeño alambre que, desafortunadamente, se había separado del tirador. Parecía solo un arañazo, pero de inmediato se cubrió de sangre. Se llevó el dedo a la boca, intentando pararla, aunque no sirvió de nada. Dejó el bolso sobre el mostrador de recepción y sacó un clínex para enrollarse el dedo, sin decir nada a nadie, mientras esperaba a que le dieran la llave. No iba a subir a desayunar. Solo quería desconectar y dormirse cuanto antes. Había comprobado sus mensajes al entrar en el hotel. Definitivamente, Jon no había contestado al suyo y bien sabía ella que ya no lo haría. Había decidido asumir las consecuencias de todo lo ocurrido e intentar buscar una solución durante su estancia en Buenos Aires. Los errores se pueden cometer y no pasa nada. Lo importante es lo que cada uno hace con ellos después, se dijo.

La recepcionista le estaba entregando la tarjeta de la habitación cuando alguien le tocó el hombro. Se giró. Eloy estaba sonriendo mientras miraba, extrañado, su vendaje provisional.

—¡Holaaa! Te iba a mandar un mensaje ahora mismo —dijo ella, atropellada, intentando disimular que había olvidado por completo la nota que él le dejó antes de salir.

—Pero… ¿dónde has metido el dedo? —preguntó Eloy, abriendo suavemente el pañuelo para ver lo que se había hecho.

—Pues me acaba de pasar, al coger la maleta, y no para de sangrar —comentó Lydia, observando que la sangre volvía a brotar al separar el papel.

—Tranquila, pelirroja, que de esto no te mueres —contestó, mirándola y volviendo a enrollarle el clínex en el dedo—. Vamos a desayunar, que seguro que con los cruasanes recién hechos se te cura todo…

Imposible decirle que no. Estaba esperándola, encantado de verla, y Lydia sintió que no podía irse a la cama sin tomarse al menos un café con él.

Entraron en el ascensor, dejando la maleta abajo para evitar males mayores. Ya la subiría el botones, que, por lo visto, se daba mejor maña.

Al llegar al restaurante, había el doble de tripulantes: los que

acababan de llegar junto a los que, apurando los últimos minutos concediéndose un buen tentempié, regresaban a Madrid. Lydia vio al jefe de la otra tripulación y se acercó un momento para saludarlo e intercambiar información del vuelo.

—No te preocupes, Lydia, el wifi se conecta y se desconecta cuando le da la gana —comentó, convencido—; depende de la conjunción planetaria casi siempre… —bromeó, riendo, y añadió—: Y olvídate de las reclamaciones… Nosotros no podemos hacer nada. Descansa, guapa. Cuando llegue a Madrid, te cuento qué tal ha ido…

Se despidió del él y se sentó con Eloy, que ya lo había dispuesto todo: zumo de pomelo para ella y de naranja para él, café cortado para ella y con leche para él. Era increíble cómo se acordaba de sus gustos. Hasta había colocado al lado de su taza un sobrecito de estevia.

—¿La señora tomará tortilla o huevos revueltos? —dijo con tono de mayordomo solícito, poniendo una cara que a Lydia le hizo sonreír.

—Está bien así, Fermín… Hoy me he levantado con una terrible jaqueca y mi apetito se ha esfumado —contestó Lydia, siguiendo el guion adaptado y sacando un poco de ánimo de donde parecía imposible. Eloy no merecía su cara de culo ni su evidente indiferencia por todo lo que no fuera un mensaje de Jon.

—Voy a coger un plato de cruasanes, que los acaban de sacar —anunció mientras se levantaba—. Creo que, con sangre fresca de pelirroja, están buenísimos… —añadió.

—Pero qué bobo eres. Anda, ve… —Lydia retiró el pañuelo y observó la herida. Parecía que ya no sangraría más.

Eloy volvió a la mesa aportando al ágape un suculento plato de deliciosos cruasanes y, por fin, dejó de moverse. Era tan inquieto como un panal de abejas y eso a Lydia la ponía un poco nerviosa.

—Bueno, pues ya estás aquí… —soltó, mirándola como si quisiera decir algo importante.

—Sí. Me sorprendió mucho tu nota cuando me la dio Berta. La verdad, me hizo gracia…

—Te podría haber enviado un wasap, pero, cuando te vi programada para el día siguiente, decidí darte una sorpresa…

—Pues me la diste, misión cumplida…

—No, la sorpresa aún no te la he dado…

Había puesto esa sonrisa de pillastre que a Lydia le encantaba,

pero aquella respuesta la puso en alerta.

—Uyyyy… A ver, a ver, ¿qué estás tramando?

—Nada malo, créeme. ¿Conoces Holbox?

—¿En la península de Yucatán? —contestó Lydia, teniendo una cierta idea—. De oídas, pero nunca he estado…

—Justo, en la costa norte de la península. Es un pequeño paraíso dentro del paraíso…

—Suena bien… —comentó ella, sin tener muy claro a dónde quería ir a parar.

—Es una especie de atolón de arena blanca donde prácticamente no hay transporte terrestre, de aguas turquesa como las de Tulum, alojamientos de ensueño y… un detallito más… —Eloy paró a propósito su increíble exposición del lugar. Quería captar la total atención de ella.

—Después de todo lo que me has dicho, no sé qué más puede faltar…

—Lo más importante… Es uno de los santuarios principales del mundo donde sumergirte con el tiburón ballena, y el mes que viene empieza la temporada… —Se quedó mirándola con sus caribeños ojos, y lanzó el anzuelo—. Pidamos cuatro días libres juntos y vámonos. En agosto sería perfecto. Del resto, ya me encargo yo, ¿qué te parece?

El plan era sumamente tentador, pero, al margen de nadar con uno de los animales más grandes del planeta sin entrañar peligro alguno, Lydia se quedó suspendida, midiendo mentalmente otra clase de riesgos. Era obvio que Eloy estaba perpetrando un plan perfectamente ideado para romper la feroz guardia que ella le había mostrado en todo momento. Y, claro, Holbox era esa clase de lugar donde las barreras no se bajan, sino que se desploman por sí solas, incapaces de resistirse a tanta belleza. Un edén del que había oído hablar infinidad de veces, destino de buceo, pero también de parejas que buscaban aislarse del mundo para vivir unos días de intensa pasión. Porque allí no había nada más que hacer que bucear por el día y sumergirse por la noche en la debilidad de los sentidos.

Se quedó pensativa mientras Eloy la contemplaba, esperando una respuesta. Algo tenía que decir.

—Bueno, podemos intentarlo. No me importaría bajar a ver a esos gigantes de cerca. ¡Deben de ser alucinantes! Pero no va a ser fácil que nos den cuatro días a los dos juntos en pleno verano…

—Venga, pelirroja, dime que te apetece…

Eloy acababa de dar en el blanco. Sin pretenderlo, había hecho esa afirmación incómoda, difícil de responder. Claro que le apetecía. El plan era perfecto, pero la persona que ella hubiera elegido para compartir esa experiencia era otra. Así de simple y de triste era la respuesta que, por supuesto, omitió.

—Empecemos por pedir los días y a ver qué pasa —fue todo lo que pudo contestar.

—Bueno, es un comienzo. ¿Te parecen bien los cuatro primeros días de agosto?

—En principio, sí. Creo que no tengo nada que hacer en esas fechas. Voy a descansar y, cuando me levante, te lo confirmo… Me caigo de sueño, literalmente.

—Genial. Yo los pediré al llegar. Ahora tengo que irme… Creo que soy el único que queda aquí de mi tripulación —comentó, mirando alrededor y comprobando que los que quedaban desayunando de uniforme eran los compañeros de Lydia.

Salieron del comedor y se despidieron delante de los ascensores, ya que ella dormía en esa misma planta. Eloy la abrazó con fuerza y Lydia correspondió al abrazo lo mejor que pudo.

—Hueles bien hasta después de un vuelo de trece horas… —le susurró al oído, olisqueando el cuello de su camisa antes de soltarla.

—Eso se lo dirás a todas… truhaannn…

—¿En serio lo crees? —dijo, volviendo a poner esa sonrisa cálida y sugerente mientras le acariciaba la cara suavemente con el dorso de la mano—. Anda, vete a descansar, que ya te he entretenido demasiado. Te escribo desde Madrid…

El ascensor llegó y Eloy, ya dentro, le lanzó un beso con soplido que ella le devolvió antes de que las puertas se cerraran.

—Buen vuelo —dijo Lydia, sintiéndose de repente inmensamente sola al perderlo de vista, mirando su imagen reflejada en el acero del ascensor cuando los números empezaron a iluminarse en su descenso.

* * *

Cuatro horas después de acostarse, sus ojos estaban abiertos como platos, perdidos en la inmensidad de aquella enorme habitación. La tripulación había quedado para comer, pero ella se disculpó

diciendo que iba a ver a unos amigos. Necesitaba estar sola, encerrarse en su mundo y caminar por la calle, lejos del wifi del hotel que, en aquel momento, solo le aportaba la tortura de esperar un mensaje. Pasear sin prisa con la única compañía de la música; escuchar su banda sonora, las canciones de él, de ella, de los dos. Eso haría.

Se vistió y salió del hotel rumbo a Puerto Madero. Todavía quedaban muchas horas de luz y era sábado. El paseo que bordeaba el Río de la Plata estaría lleno de gente disfrutando de su día de ocio y su tristeza pasaría desapercibida entre la multitud.

Caminaba a buen paso, contemplando los árboles. Siempre que iba a Buenos Aires quedaba impresionada con su enormidad. Sus copas, mecidas por una pequeña brisa, parecían rascar las nubes. Ellos y su afán por contemplarlos la sacaron del suelo gris de su desdicha, obligándola a levantar el mentón hacia el azul de aquel cielo en el que siempre se refugiaba buscando respuestas. Quiso sonreír, pero tan solo consiguió esbozar su mueca de Mona Lisa, un gesto del que ni siquiera fue consciente. Estaba rota por dentro y sentía las fisuras en su interior como latigazos fríos que le iban abriendo la carne, esa carne que solo a él le pertenecía. Intentó buscar anestesia en los recuerdos, recogerse en la tregua de pensar en sus momentos felices, en la conexión que nunca les había abandonado. No era posible que por un error tan absurdo todo se perdiera.

Volvió a recordar la foto y quiso parar el tiempo, reconocerse al instante sin dudar ni por un segundo que aquella imagen pertenecía a su intimidad. Pero la realidad era otra y había una enseñanza que descifrar antes de borrar de su mente lo ocurrido. Porque nada pasa por casualidad. En alguna parte de todo aquel despropósito, tenía que entender algo. La vida no juega sucio, solo da lecciones a su manera. Había algo que aprender sin duda y, para ello, tenía que abandonar la desesperanza y el miedo que la paralizaba.

Respiró hondo y se sentó, sin hambre, en la terraza de un sushi-bar a picar algo mientras sonaba, solo para ella, *Si puedo volverte a ver,* de Benny.

Tenía que hacer algo. Total, si todo estaba perdido, ya no había nada que perder. Un impulso le hizo mirar a su derecha, hacia una pintada en el muro de una obra en proceso. En esa ciudad, era habitual toparse con cualquier forma de literatura, allá por donde fueras. Pero Lydia no habría reparado en aquellas letras si no hubiera

decidido sentarse en ese lugar. Quizá el cielo estaba empezando a enviar señales y podía hacer dos cosas: seguir lamentándose por lo ocurrido o entender el porqué y dar un giro a la situación. Leyó despacio, reteniendo el mensaje. Después, se puso a analizarlo, intentando encontrar lo que encerraba.

«Del mismo dolor, vendrá un nuevo amanecer.»

Aquella frase fue como una detonación en su interior. No se iba a permitir el lujo de rendirse sin intentarlo. Dejar espacio al ego para que campara a sus anchas, mientras su mundo se derrumbaba, no era una opción.

El miedo no se disipó, pero ella empezó a mirarlo de frente, con cierto optimismo. Se levantó y se marchó de la terraza sin pedir nada, aunque, en realidad, ya estaba todo pedido.

Hizo algunas compras de camino. Había decidido mover ficha. Cuando llegó al hotel, los wasaps empezaron a entrar; ninguno de Jon, pero daba igual. Ella envió el suyo salvando la tempestad, como el que tira una botella con un mensaje en su interior dentro de aguas adversas, sabiendo que las posibilidades de recibir una respuesta solo las conoce el viento.

Lydia: Mañana regreso. Llevo tu pieza favorita de carne argentina y una botella de malbec. ¿Qué tal una cenita el lunes? Tengo tres días libres seguidos…

Rompió el silencio con un suspiro y cerró filas, abrazando su fe en que las posibilidades de recuperar lo que tenía podían seguir ahí.

Abrió el grifo de la ducha y entró buscando templanza. Necesitaba poner distancia y recogerse en el cobijo del agua; sentir que estaba con ella por encima y a pesar de todo, mientras encontraba la paciencia para esperar una respuesta que sabía que estaba por llegar. Porque Jon iba a contestar, de eso no tenía ninguna duda y, para entonces, quería estar limpia de culpa y remordimiento.

Un silencio expectante se apoderó del espacio al cerrar el grifo. Se estaba poniendo el albornoz cuando el sonido asignado al wasap de él irrumpió, vaciando de importancia el resto de las cosas. Lydia sintió una punzada aguda en el estómago, su segundo cerebro. Respiró hondo y salió del baño hacia la mesilla de noche, donde había dejado el teléfono cargando. Se puso las gafas y miró la pantalla con las

esperanzas quemándole en las manos.

Jon: No puedo.

Dos palabras sin alma. La infinita tristeza de saber lo que contenían. Sintió el desamparo de sentarse en mitad de la nieve desnuda y abandonarse a una muerte emocional. Su mundo se había inmolado con esas dos palabras y ni siquiera podía llorar de tanto que dolían.

Miró por la ventana. Anochecía y el cielo se estaba tiñendo de colores que invitaban a la calma. Respiró accionando su diafragma, buscando la tranquilidad que necesitaba para contestar a Jon. Escribió serena, como si sus guías estuvieran llevando sus manos sobre el móvil, buscando las palabras adecuadas, sin dramas ni reproches.

Lydia: Me quedo triste al darme cuenta de lo que encierra ese «no puedo», pero asumo las consecuencias de lo que ya no está en mi mano.

Se tumbó en la cama, cerrando los ojos y rindiéndose a lo evidente. De nuevo, imaginar su vida sin él, sin la ilusión que la envolvía día y noche, volvía a ser un hecho.

Se había culpado intensamente y lo había intentado con todas sus fuerzas, sin éxito. No había nada más que pudiera hacer. Necesitaba pensar en seguir viviendo después de él y en cómo se hacía eso. Esa vez no iba permitir que aquello la destruyese de nuevo. Había llegado el momento de decirle adiós a su manera; cerrar la puerta a posibles recaídas, a patéticos intentos de recuperar su atención.

Se concentró y comenzó a visualizar la pérdida con todo el amor que le profesaba. Guardó la película de los recuerdos compartidos en un rincón recóndito de su ser, donde volver a por ellos fuera difícil hasta para ella. Después, imaginó su rostro sonriendo, le dijo cuánto lo amaba y lo besó en los labios, despidiéndose. Aceptándolo con tranquila resignación, soltó su apego por primera vez. Porque a veces amar es soltar, aunque parezca morir.

Se incorporó de la cama dejando a Jon en el pasado y, buscando una excusa para resucitar, decidió pedir los días que necesitaba para ir a Holbox con Eloy. Tan solo era un pequeño paso en una dirección incierta, pero significaba un nuevo comienzo. Después ya decidiría si iba o no. Necesitaba tomarse un tiempo para integrar otra vez su

presencia en primer plano; recuperar su esencia y sentirse merecedora de todo lo bueno que la vida le quisiera dar.

El mensaje fue leído por Jon a los pocos minutos. Lydia jamás recibió respuesta.

Capítulo 22

> El mejor momento de tu vida no es cuando estás donde quieres estar, sino cuando tienes la fuerza para no estar donde no quieres…
>
> ANÓNIMO

El tiempo, ese bálsamo que alivia la herida que solo se cura con su paso lento y sabio; el dueño en exclusiva de la píldora sanadora de las afecciones del alma y las batallas perdidas por el corazón. Es el único que te hace comprender, también, lo que sucedió y por qué. El tiempo, los días, las horas y su extraña forma de borrar el dolor para hacernos ver las cosas desde otro plano, lejos del drama y la visceralidad; el gran aliado y maestro que nos guía, por el camino de la recuperación, hacia la libertad emocional, enseñándonos a entender lo insoportable.

La vida seguía sin demasiados cambios para Jon. Su perfecta agenda organizada continuaba alimentada por lo mismo: reuniones, viajes, comidas de trabajo, cursos… En cuanto al ocio, la estructura de un proceder cotidiano y montado en torno a sus necesidades le hacía sentirse seguro en su zona de confort, aunque no feliz. Cocinaba, leía, corría tres veces por semana y, de vez en cuando, se enganchaba a una serie. Como novedad, se había abierto un perfil en una página de contactos, sin saber muy bien qué pintaba allí. Miraba el catálogo de candidatas y, cuando alguna despuntaba por algo, poco más allá de la primera conversación, perdía las ganas de conocerla. En una ocasión, concertó una cita. Intentó dejarse llevar, saciar la sequía que padecía en otros labios que no deseaba. El resultado: insustancial. No hubo comunicación, ni magia, ni química alguna. Un episodio para olvidar, que lo sumió aún más en el vacío de su ausencia y en la impotencia de no saber dónde esconder la realidad de haberla perdido. Dormía lo que el insomnio le dejaba y evitaba acordarse de los sueños en los que

ella acudía a visitarlo. Era una medida preventiva, como la de dejar de escuchar sus canciones. La música lo acercaba a Lydia con una intensidad incontrolable, y eso no se lo podía permitir. Aquellas canciones atraían recuerdos tan peligrosos como irremediables y, por ello, constituían un canal hacia verdades que había amordazado y arrojado al pozo de su implacable razón.

Estaba terminando de cenar, cuando el teléfono sonó. «Alguno de los colaboradores del otro lado del charco», pensó. Todavía era temprano en Sudamérica y él seguiría trabajando hasta bien entrada la noche. Efectivamente, era Gonzalo, desde Buenos Aires.

JON: Bueno…, muchos días sin saber de ti. ¿Cómo estás, amigo?

GONZALO: De lo más bien… laburando en la coordinación de la reunión de presidentes, tal como me pediste. Mi esposa se fue a la costa una semana. ¡Imaginate! Regina, de vacaciones con sus amigas y yo acá, sin dramas ni conflictos, solo centrado en tus encargos…

JON: ¿Tienes ya reservados todos los hoteles?

GONZALO: Los hoteles están, pero queda que dos presidentes confirmen su asistencia y, sí, te conseguí el salón de convenciones del Sheraton… ¿Satisfecho?

JON: Vaya, estoy impresionado.

GONZALO: Tenés que confiar más en papá Lichardi…

JON: Llevo veinte años haciéndolo y no me ha ido tan mal.

GONZALO: No te emociones, que aún no te he dado cifras…

JON: Mándamelas mejor por email… Tengo que verlas con detenimiento, y después hablamos.

GONZALO: Gallego, te noto parco y seco… ¿Estás bien?

JON: Sí, solo con mucho trabajo estos días…, ya sabes.

GONZALO: Dejate de boludeces con tu amigo y contame… ¿Tenés alguna noticia de la azafata?

JON: Ya te dije que aquello se acabó. No hay nada que contar…

GONZALO: Seguís siendo un pelotudo orgulloso y cabezón… Dejate de versear y decime… ¿hiciste algo por contactarla?

JON: No… Ha pasado mucho tiempo y ahora no viene a cuento. Además, estoy mejor así, sin complicaciones…

GONZALO: Vos podés esconder lo que sentís y olvidarte del asunto, pero a mí no me engañás, che. Te conozco, y sé que estás rejodido detrás de ese tipo duro que intentas mostrar… ¡Jugatela!

JON: Es mejor dejarlo como está.

GONZALO: Eso… sos capaz de todo antes de dar el brazo a torcer… pero, decime, ¿a qué tenés miedo?

JON: Creo que ya hemos hablado demasiado de esto, Gonzalo. Te agradezco el interés, pero no tengo nada más que añadir. Ella tampoco ha intentado ponerse en contacto conmigo en todo este tiempo. Seguramente ha rehecho su vida o… lo que sea… En realidad, me da igual.

GONZALO: Eccolo…

Gonzalo se quedó callado después de usar aquella palabra heredada del italiano de su madre.

JON: Eccolo, ¿qué? ¿Ahora me vas a venir con italianismos?

GONZALO: ¡Vos tenés un ego más grande que todo el territorio de la Patagonia, che! ¿Me entendés mejor así? Y, sí, también tenés miedo, pero igual no te preocupés que no se ve. El ego lo tapa todo, amigo…

JON: ¿Que yo tengo ego? Te estás pasando, Gonzalo. No sé en qué te basas para decir eso, después de lo que sabes que tuve que aguantarle a la perturbada de mi exmujer. ¡Esa sí tenía un ego del tamaño de Albacete!

GONZALO: Claro, y a vos te rompía los huevos, ¿no es así? Bueno, ahora ya sabés por qué era…

JON: No tengo ni idea de qué hablas, pero me estoy saturando y es mejor que paremos ya esta desafortunada conversación que no va a ninguna parte.

GONZALO: Escuchame… Lo que nos molesta de los demás es lo que negamos en nosotros mismos. Entendé esto y habrás comprendido casi todo lo que te perturba en las relaciones, del tipo que sean… y no voy a seguir porque ya me excedí más que suficiente y sé que estás incómodo. Vos sos uno de mis mejores amigos y por eso me tomé el atrevimiento de hurgarte en la herida, esa que ni vos sabés que tenés… como me pasa a mí con las mías, en las que, por ejemplo, hurga mi mujer a cada rato. Quizá por eso empecé a escuchar a Regina con cierta paciencia y ternura últimamente… ¡Convertí a la bruja en maestra de la noche a la mañana, che!

JON: Genial por ti, pero perdona que no entienda qué tiene que ver esto con que mueva ficha con Lydia…

GONZALO: ¡Opa! ¿Se llama Lydia? ¡Al fin pronunciaste el nombre! Ya era hora, boludo, de que me la presentaras, che… Mirá que ya estoy viendo un mínimo avance en vos…

JON: Lichardi, desembucha y déjate de sarcasmos.

GONZALO: Esa mina cometió algún que otro error con vos, lo sé. Venía también de una separación difícil y sospecho que estaba tan insegura y dolida como vos por su pasado, no sé si me estoy explicando con claridad… Corregime si me equivoco, gallego…

JON: Puede ser… ¿y?

GONZALO: Bueno, que ella puso de manifiesto toda esa parte oscura que no querés reconocer que tenés. Hizo de espejo de tus propias inseguridades, y eso fue lo que no te gustó, es obvio…

JON: Lo que es obvio es que estaba irascible, insegura y que nunca confió realmente en mí.

GONZALO: Exactamente igual que vos, pero, claro, eso no lo viste. Fue más fácil juzgarla para después descartarla y, de ese modo, alejarte de esa parte incómoda que vos tenés desde el divorcio y que preferís negarte. Quizá, si hubieras demostrado un poco de empatía hacia lo que ella estaba sufriendo, explicarle lo de mi wasap, por ejemplo… porque, decime, ¿qué te hubiera costado explicarle que aquel mensaje que la volvió loca en Florencia era del inoportuno de tu amigo el argentino?

JON: No lo sé… ¿Es necesario dar tantas explicaciones?

GONZALO: Esa es una pregunta que debés hacerte a vos, no a mí, pero, si me preguntás, creo que esa aclaración, en aquel momento, hubiera sido un buen comienzo para apartar el ego y demostrarle que su tranquilidad emocional te importaba tanto como la tuya. Un hombre que no tolera los pequeños defectos de una mujer jamás podrá gozar de sus grandes virtudes…

Jon se quedó en silencio, analizando cada palabra emitida por su amigo. Estaba enfadado por todas aquellas recomendaciones no pedidas, pero tenía que reconocer que a Lichardi no le faltaba razón en lo que había expuesto.

JON: Quizá tengas razón, pero no lo entendí así y ahora aquello pertenece al pasado. No hay vuelta atrás. Hacer conjeturas de cómo lo debería haber gestionado no me ayuda… pero reconozco que Regina está haciendo un buen trabajo contigo…

GONZALO: No seás pelotudo y actuá. Hacé caso a este viejo que te quiere ver bien, y ¡no me rompas las bolas con las conjeturas! Escribile y dejá que sea ella la que decida, che… Las mujeres no entienden de ego si están enamoradas…

JON: Ahora las conjeturas las estás haciendo tú…

GONZALO: Sabés de sobra que Lydia está enganchada con vos y que sos un pendejo orgulloso… Pobrecita, no le alabo el gusto en absoluto, pero alguna virtud tendrás, aunque sea entre esas dos piernotas, aunque, por supuesto, no necesito que me lo expliques…

JON: A veces no entiendo cómo te soporto…

GONZALO: Porque soy el único que se caga en toda esa arrogancia y después te saca a trompadas de la mierda, ¡no me jodás más!

JON: Saluda a Regina de mi parte y dile que es una santa por aguantarte…

GONZALO: ¿Qué decís, loco? ¿Vos querés que la papisa se la crea aún más?

JON: Anda, avísame cuando todos los presidentes confirmen la asistencia… Ah, y mándame el presupuesto de los gastos. Un abrazo, amigo.

GONZALO: Otro para vos, ¡genioooooo! Ehhh, casi lo olvido…, saludá a Lydia de mi parte.

* * *

Caía la tarde, tiñendo el cielo de las tonalidades más impresionantes que jamás había visto. El mar hacía espejo con aquella acuarela paisajista, enredando colores y difuminándolos en el horizonte, mientras se apoyaba sobre el lienzo oceánico. Holbox. No tenía sentido que aquel término maya significase «hoyo negro» cuando llevaban todo el día paseando entre aguas turquesa y bancos de arena deslumbrantemente blanca. Tendría que preguntar en el pueblo el porqué de aquella denominación tan injusta, pensó mientras se balanceaba pausadamente sobre una hamaca colgada de la barandilla de la terraza. Si existía el paraíso, podría llevar aquel nombre, porque, de todos los secretos sin desvelar de los mayas, aquella isla debía ocupar un lugar preferencial entre ellos.

Había paz en su mirada y sosiego en la sonrisa. Tenía inquietudes y algunos planes que le rondaban por la mente. Se había planteado volver a pintar y recuperar la capacidad que tenía de plasmar cualquier cosa a través de un pincel. También quería volver a estudiar, pero esa vez por el mero placer de ampliar conocimientos en temas que le fascinaban, lejos de la obligación. La vida le estaba pidiendo

que buscara dentro de ella su mejor versión y se centrara en conseguirla.

Empezaba a sanar después de varios meses sin noticias, de todo el daño que se había hecho culpándose por haber perdido a Jon. Atrás quedaban esos días de dolor intenso al darse cuenta de que él no había movido un dedo por recuperarla. Al final había entendido que el único camino para continuar adelante era abrazar su alma y quererse por encima de todos los errores que, sabía, había cometido.

Eloy estaba cocinando y no la había dejado participar en los preparativos. Era una cena sorpresa para ella. Aquel hombre era capaz de hacer cualquier locura maravillosa con tal de ver el brillo en sus ojos. Él sabía que Lydia aún no estaba preparada para dárselo todo, pero parecía no tener prisa. Tampoco habían hablado explícitamente de lo que pasaba en su interior. No había preguntas incómodas por su parte, ni necesidad de contar excusas absurdas cuando ella se quedaba en silencio, como ida. Era muy fácil estar cerca de él y se sentía segura y tranquila dejándose abrazar y correspondiendo a unos besos que solo buscaban quererla. Por una vez en su vida, se estaba dejando llevar por la agradable sensación de no ser siempre la primera en darse por completo, y la persona que tenía enfrente demostraba ser feliz aceptando sus necesidades y respetando el ritmo que ella podía ofrecer, sin ejercer la menor presión. Lydia había puesto unos límites que jamás se había atrevido a ponerle a ningún hombre, y, aquella forma de proceder, muy lejos de perjudicarla, le estaba aportando un respeto y unos valores hacia su persona que tenía olvidados. A cambio, Eloy se limitaba a hacerla sentir la mujer más afortunada del universo a través de sus delicadas maneras, sus bromas, su paciencia imperturbable y sus ganas de enseñarle el verdadero significado de la palabra «amor».

—Pelirroja, ¿puedes venir un momento?

Lydia se giró y lo buscó con la mirada. Estaba detrás de ella, apoyado en la puerta corredera de entrada al salón, todavía con el delantal puesto y con esa sonrisa que nunca se le caía de la cara. Su tez empezaba a lucir un bronceado incipiente que, con la luz del atardecer, realzaba aún más el verde de sus ojos.

—¿Será posible que cada día que pasa tengas los ojos más bonitos? —dijo, convencida. Se había levantado y caminaba hacia él.

Eloy la agarró por la cintura con una mano y de la otra,

escondida tras de sí, sacó un antifaz de los que les habían dado en el vuelo hacia Cancún.

—¿Te puedes poner esto? Solo será hasta la mesa… —mintió, para darle más consistencia a sus verdaderas intenciones.

Lydia lo miró, intrigada, dibujando una sonrisa pícara mientras aceptaba de su mano el antifaz. Lo sujetó, bordeando con un dedo la goma, antes de ponérselo.

—¿Solo hasta la mesa? Bueno, pero tendrás que hacerme de lazarillo…

—Confía en mí…, no te voy a dejar caer. —Posó sus labios sobre los de ella, dándole un beso apacible y suave—. Póntelo y vamos, que se enfría la sorpresa —añadió, soltando su cintura y dejándole espacio para que se pasase el antifaz por la cabeza.

Lydia lo hizo sin ningún temor, y la oscuridad tomó el poder mientras una mano de Eloy se cerró en torno a las suyas.

—Ven, camina sin separarte de mí…

Al no poder ver, el olfato y el tacto se convirtieron en sus mejores aliados. Su nariz respingona localizó al instante un aroma de incienso y velas que conocía muy bien y, por encima de aquel sutil olor, algo también muy rico que invadía toda la estancia, sin ser capaz de descubrirlo.

—Hummmmm… ¡Qué bien huele! —exclamó mientras empezaba a andar atravesando el salón con pasitos cortos, agarrada a su mano y completamente perdida. Aunque su orientación no era muy buena, estaba casi segura de que no se estaban dirigiendo a la mesa.

—Ya casi estamos, pelirroja. Ahora, te voy a sentar… Ven, gírate. —La tomó de los hombros y, muy despacio, la empujó suavemente hacia abajo, alejándose a propósito para no invadir lo que ella estaba a punto de ver—. Ya te puedes quitar el antifaz —anunció en voz muy baja, desde la entrada de la habitación.

Lydia tuvo que pestañear varias veces para apreciar con claridad lo que se extendía ante sus ojos. Estaba en el dormitorio. La había sentado a los pies de la cama, frente al gran ventanal que enmarcaba el océano y el horizonte, recogiendo la puesta de sol. Aquello era como un sueño perfectamente escogido. Había velas por todas partes: velones enormes; velas redondas con otras más pequeñas encendidas en su interior, rectangulares, que aportaban una luz tenue y cálida; alargadas y diminutas agrupadas en bandejas de varios tamaños y a

diferentes alturas. Todas desprendían el mismo aroma y eran del mismo color natural. El efecto pictórico era sobrecogedor. Las luces de la estancia estaban apagadas y, con el reflejo de las pequeñas llamas en los cristales y el ocaso dorado entrando, Lydia no pudo evitar emocionarse ante aquel decorado cargado de magia y misticismo. Conteniendo las lágrimas, miró hacia Eloy, que la contemplaba sin abrir la boca, expectante, observando su reacción.

—Dime que estoy despierta o ven a pellizcarme…

—No puedo moverme… Ahí sentada eres lo más bonito que he visto jamás…

Volvió a mirar al frente. Ahí estaba. Su imagen reflejada en el cristal, con aquel vestido de gasa en tonos azulados tan largo que solo dejaba al descubierto los dedos de sus pies descalzos; el cabello ensortijado, teñido de un cobre intenso por la luz del atardecer, y su sonrisa de Gioconda iluminándole el rostro. Se quedó muda, mirándose enternecida. Era ella y le gustaba lo que veía, después de haber superado todo el dolor de su propio desprecio. Volvió a mirar hacia Eloy con una expresión de agradecimiento infinito en los ojos. Las lágrimas empezaron a brotar sin dejar de sonreírle.

—Gracias… No te imaginas lo que esto significa para mí…

—Solo quiero que veas lo mismo que yo cada vez que te miro… —dijo sin alardes, con una sencillez en las palabras que desarmaba—. Y, ahora, ven a cenar. —Le tendió la mano—. No soy más que un aficionado con mucha moral, pero la cocina mexicana es tan agradecida que hasta puede que te gusten mis experimentos…

Lydia se secó las mejillas y miró hacia el cristal buscando de nuevo el precioso hallazgo de sí misma. Retuvo aquella imagen en sus pupilas y se levantó. Caminó hacia Eloy, que la estaba esperando, todavía apoyado en la pared, proyectando esa mirada de adoración humilde que la cautivaba. Le rodeó el cuello con los brazos y esa vez fue ella quien lo besó, intentando devolverle con sus labios toda la magia de aquel momento sublime. Sintió cómo él se estremecía de tanto desearla al entrar en contacto con su piel, sin acotar con reservas su lenguaje corporal. A fin de cuentas, era un hombre con toda la testosterona arrinconada por darle a ella tiempo y espacio.

Entró en el beso con todas sus ganas, abrazándola con sumo cuidado para no espantar el arranque de amor que Lydia le estaba entregando por primera vez. Le recorrió la espalda para luego enredar

los dedos en su cabello, acariciándole el cráneo con un masaje lento y dulce. Aquel beso atravesó el umbral de la pasión y sus lenguas se entrelazaron sin conocerse. Él, que hasta ese momento siempre había permanecido cauto esperando una señal de ella, sintió que su autocontrol lo abandonaría en breve. Estaban llegando al punto de no retorno y, si lo traspasaban, ya no podría salvar sus instintos. La llevaría de nuevo hasta la cama, esa vez sin antifaz y sin sombras de duda, desnudando todos los sentimientos que llevaba meses reteniendo y entregándoselos a manos llenas, bajo el parpadeo de aquellas velas que había encendido, consciente de todo el amor que Lydia despertaba en su interior.

Luchando contra sí mismo, separó tenuemente la boca por un instante y apoyó su frente en la de ella, intentando recomponerse y dar cabida a la templanza, que habló por él en un susurro, a escasa distancia de sus labios.

—Esto es una tortura… Vamos a cenar o te tumbo en esa cama ahora mismo… Decide tú por los dos —dijo, bajando la mirada para no intimidarla con tanto deseo contenido.

Lydia entendió que la situación no se podía extender por más tiempo y que aquel impulso irrefrenable de besarlo había llevado a Eloy a perder la contención que tan firmemente había sabido sujetar durante los días que llevaban juntos en aquel paraíso. Se recordó con serenidad que debía seguir fluyendo con lo que la vida le ofrecía, dando una oportunidad a esa nueva forma de quererse que estaba empezando a conocer, de la mano de aquel hombre que no paraba de aportarle seguridad emocional y motivos para abandonarse en sus brazos, sin mirar al pasado. Después de recibir tanto, tenía que empezar a dar en la misma medida. Si estaba preparada o no, ya no era momento de cuestionárselo.

Sintió la brisa que entraba por la ventana, haciendo parpadear las velas, y lo interpretó como una señal de aprobación desde aquel cielo que estaban tejiendo juntos. Lo cogió de la mano y, sin palabras, lo llevó hasta la cama, abandonando por fin el miedo, recuperando la pasión y el deseo olvidados. Lo sentó, en la misma posición en la que poco antes había estado ella, y se colocó de pie frente a él, manteniéndole la mirada con una mezcla de ternura y complicidad mientras empezaba a bajarse los tirantes del vestido, que resbaló por su cuerpo, cayendo al suelo a plomo.

Él mantuvo la mirada fija en sus ojos a pesar de que ella estaba completamente desnuda, ofreciéndose sin recato, segura y libre de vergüenza absurda. Lejos de querer impresionarlo, solo quería mostrarse tal como era.

Eloy se levantó y se acercó a ella. Le acarició el rostro y enroscó su dedo en un rizo que le caía sobre el hombro, sin tocarle la piel. No podían dejar de sonreír mientras sus auras se entrelazaban, dejándose llevar como dos adolescentes que visitan el sexo por primera vez.

—Bueno… y, ahora, ¿qué?

—No sé… quizá deberías empezar por desnudarte… con ese delantal de cuero pareces Jack el Destripador justo antes de entrar en faena…

Eloy se miró de abajo arriba y empezaron a reírse de la absurda escena que estaban protagonizando. Después, poniendo aquella sonrisa seductora que le daba ese toque aniñado indefinible, tiró de la lazada del delantal y se sacó el resto de la ropa sin quitárselo. Solo a él se le podía ocurrir hacer, de un momento íntimo, un *striptease* único y tan divertido.

—Mientras no te quites el delantal, seguiré pensando que pretendes descuartizarme… —Lydia lo miraba intentando ponerse seria para acompañar su frase, fingiendo un temor que no sentía.

—Tengo otros planes para ti, pelirroja… —dijo, quitándose por fin el delantal y dirigiéndole los brazos atrás, para sujetárselos en la espalda—. Hoy toca comerte cruda a pequeños mordisquitos… Primero por aquí —añadió, señalando el hoyuelo que separaba sus dos clavículas— y, después, iré bajando…

Eloy había empezado a morder su cuello suavemente y a Lydia se le erizó todo el vello del cuerpo. Cerró los ojos. Al hacerlo, las sensaciones se intensificaron, volcando sobre ella un placer extraño y nunca antes consumado. Era absolutamente delicioso lo que él le estaba haciendo. Al llegar al hombro, la rodeó y, colocándose detrás de ella, continuó mordiéndola despacio y sutilmente, acariciándole los brazos con dos dedos, trazando líneas que subían y bajaban hasta el codo. Le retiró el cabello y se lo colocó a un lado. Dejando al descubierto la nuca, comenzó a besarle toda la columna, desde la primera vértebra hasta el sacro, dibujando ochos infinitos a ambos lados con sus dedos índices mientras descendía. Lydia estaba tan encendida que empezaba a respirar con dificultad, soltando a cada

tanto un pequeño gemido, reprimidos durante meses en su garganta. Tenía los pechos erguidos, turgentes y endureciéndose instintivamente, según iba descendiendo. Su cerebro no procesaba cómo él se había olvidado de recorrerlos durante el erótico paseo que estaba dando por su anatomía. Movió las manos, accionándolas, intentando aplacar con su propio contacto aquel deseo indómito que la estaba invadiendo. Cuando él agarró sus caderas y empezó a mordisquear los glúteos, un temblor incontrolado se hizo presente en sus músculos, necesitando apoyarse en los muslos para poder sujetar aquella locura de espasmos frenéticos que él, con sus labios, estaba provocando al recorrerla.

Entonces, paró. Se levantó apoyándose en sus hombros y, muy despacio, la giró hacia él. Ella abrió los ojos y se encontró con los suyos, que, iluminados por el color anaranjado de la luz de las velas, vestían una nueva tonalidad, ambarina, brillando con una inmensidad penetrante.

—Ven… —La cogió de la mano y se tumbaron en la cama de costado, sin perderse la mirada, mientras su propia sombra reflejada en la pared de la habitación los observaba temblando.

Y empezó a acariciarle la cara, le besó la frente, los párpados, la punta de la nariz. Se incorporó, apoyándose en su codo, y dirigió la mirada a los pies de ella, subiendo muy despacio, recreándose en cada sector de su cuerpo, memorizando sus perfiles, demorándose a conciencia en aquellos preliminares que precederían al amor.

—¿Qué haces? —Lydia sonreía mientras observaba muy quieta sin entender, pero entregada a la observación palpitante de aquellos ojos que le traspasaban la piel.

—Te he besado por fuera y, ahora, contemplo el espectáculo de tu cuerpo antes de entrar en él… —dijo como últimas palabras previas a penetrarla, para acallar, entre caricias y envites cargados de pasión, todo el sentimiento que había guardado para ese momento, en aquella noche plagada de estrellas en Holbox.

—No sabrás lo que valgo hasta que pueda ser junto a ti lo que soy… —dijo ella, recordando la frase que los unió, justo antes de recibirlo.

* * *

Se despertó sobresaltado por un sueño extraño y agobiante. Estaba incómodo y le dolía el cuello. Se había quedado dormido sentado en el sofá, viendo una serie. Miró el reloj. Era la una y once minutos de la madrugada en Madrid. Se tocó la frente, sudorosa, mientras se incorporaba para apagar el televisor. Podía recordar perfectamente lo que había soñado.

Estaba con Lydia. Se acordaba hasta de la ropa que ella llevaba puesta: un vestido azul, vaporoso y largo hasta los pies. Ella lo besaba con una delicadeza infinita. Había sentido el beso como si hubiera estado allí sobre su regazo, dándoselo. Después, lo había mirado con unos ojos que derramaban profunda tristeza y su cara se había empezado a decodificar, como cuando la conexión empieza a perderse, mostrando un error y, a intervalos, se disuelve o desaparece. Él intentaba retenerla, pero cada vez su imagen era más difusa. Al final todo se había vuelto oscuridad, y Lydia ya no estaba. Ahí, desesperado buscándola, había despertado.

No era la primera vez que soñaba con ella desde que no se veían. Más de una noche y de diez, ella había aparecido en sus sueños, pero nunca de una forma tan real. Sus lenguas se habían rozado y hasta había podido oler su piel, con ese aroma que tanto le gustaba, entre talco y jabón.

Se frotó los ojos, intentando borrar el recuerdo de aquel sueño doloroso, pero no pudo y una sensación aterradora de vacío lo invadió. Quizá Gonzalo tenía razón. Seguir en esa posición de orgullo no era el camino.

Abrió el teléfono y entró en su WhatsApp. Repasó los últimos mensajes de ella, llenos de miedo a perderlo, desecha en disculpas e haciendo un esfuerzo para que él la entendiera. Sabía que había sido muy duro dándole aquella respuesta, pero así era él. En su código de errores permitidos, no se contemplaban salidas de tono como la que ella tuvo aquel día, y le había hecho pagar por ello, sin clemencia ni contemplaciones, ejerciendo toda la fuerza de su indiferencia, con un sadismo pétreo.

Abrió la foto del perfil. Lydia aparecía haciendo *snorkel,* controlando la flotabilidad como un pececillo al lado de un enorme tiburón ballena, y, por detrás, se veía la sublime silueta de una manta raya suspendida en el agua. Odió verla tan feliz. Había cumplido el sueño que un día le explicó mientras sujetaba en sus manos la

escultura de la pequeña manta que él le había enseñado y que en ese momento, con tristeza, observaba desde el sofá, recordando aquel momento y todo lo que vino después.

Súbitamente, una pregunta irrumpió en su mente como un presagio inoportuno. No quiso hacerle caso, pero la cuestión es que no se iba. Empezó a moverse por el salón, inquieto, lacerando aquel pensamiento que no era de su incumbencia. Se sirvió un vino y se lo bebió de un trago, pero la pregunta no se ahogó y, al final, tuvo que aceptarla… ¿Con quién se habría ido Lydia a bucear? Había múltiples opciones, pero a él solo se le ocurría una. Un sentimiento alarmante lo estaba poniendo muy nervioso. Creía saber de qué se trataba, pero no quería reconocerlo. Y, en mitad de aquel ataque de celos, decidió que tenía que hacer algo, lo que fuera… rápido… ya.

Aquel sueño le había despertado el terror a perderla para siempre.

Capítulo 23

Bien sabía él que la iba a echar de menos
pero no hasta qué punto iba a sentirse deshabitado
no ya como un veterano de la nostalgia
sino como un aprendiz de la soledad.

MARIO BENEDETTI

Lydia abrió los ojos, sorprendida por la luz del amanecer, en aquella cama vestida de algodón, testigo de todos los besos que el destino le había regalado aquella noche. Eloy seguía dormido, abrazado a su cuerpo, donde había permanecido sin despegarse un centímetro. Se quedó contemplándolo por unos instantes, sabiendo que él era totalmente inconsciente de su curiosa mirada. Respiraba tranquilo, con una sonoridad casi imperceptible. Su rostro transmitía la inconfundible paz de los niños cuando se abandonan a su cándido sueño. Con esa carita de ángel, nadie imaginaría todos los suspiros que le había arrancado sin dejar espacio para coger aliento; todas las caricias y todo el amor que sin tregua había sentido hasta caer rendidos. En ese momento Lydia sabía que había unos afilados colmillos de lobo alfa misterioso y viril debajo de aquella sonrisa infantil.

Despacio, le dio un fugaz beso en la frente y separó suavemente su brazo para poder levantarse sin despertarlo. Algunas velas se habían extinguido, pero las más grandes y soberanas mantenían el resplandor de la llama en su interior.

Sintió un hambre horrible. Se acordó de que no habían comido nada al final y se dijo que la cena que Eloy había preparado debía de estar esperando en alguna parte de la cocina. Cerró cuidadosamente la puerta que separaba la habitación del salón y salió de puntillas mientras se colocaba la camiseta de él.

—Madre mía… —se le escapó en voz alta. No daba crédito.

Ante sus ojos, una mesa primorosamente puesta exhibía el montaje de la cena que se había quedado allí, olvidada. Se acercó. Solo unas manos dotadas de las ganas para entregar lo mejor de sí mismas podían haber realizado con tanta elocuencia el presagio de todo lo que había ocurrido aquella noche.

Copas de cristal soplado con los bordes teñidos de azul añil esperaban ser servidas, mientras que una preciosa y colorista vajilla de artesanía mexicana sobre unos bajoplatos de peltre labrado representaban la viva imagen de un plantón bien dado. Al fondo, en los fogones, tres ollas cubiertas. Levantó, despacio, la tapa de una de ellas. Parecía el relleno de lo que deberían haber sido unos burritos de pollo. En la siguiente había guacamole, que, al no haberse oxigenado, mantenía su color verde brillante. En la última, unos chilaquiles, hartos de esperar, se habían quedado flácidos y apelmazados entre la salsa de tomate. Eloy se había esmerado, cuidando el detalle más insignificante, consiguiendo con ello materializar todo lo que quería darle.

Se sintió abrumada y un poco triste por no haber podido dedicar la atención que merecía esa antesala previa a su primer encuentro, la cual hablaba por sí sola. Sin duda, aquella mesa y lo que significaba para los ojos del corazón era la prueba definitiva de que la decisión tomada había sido la correcta. Por eso, y aunque se moría de hambre, convino que lo esperaría aguantando con un café, para devorar juntos los restos catatónicos de su cena sorpresa.

Salió a la terraza con la taza en la mano y se apoyó en la barandilla desde la que solo se veía mar por todas partes. Se quedó maravillada cuando, por delante de ella, una bandada de flamencos rosas cruzó en vuelo acompasado. Seguramente se dirigían a la Isla Pájaros, reserva natural donde vivían cientos de ellos. Los acompañó hasta que desaparecieron de su vista, justo en el instante en el que su teléfono sonó.

Lo había dejado olvidado en la terraza la noche anterior. Aquel sonido y lo que significaba le hicieron girarse bruscamente en busca del culpable. Impactada, la taza que sostenía cayó al suelo, rompiéndose en pequeños pedazos, salpicando de miedo y café las piernas de Lydia. Aquel mensaje de Jon después de tanto tiempo había venido a poner en quebranto su paz. Se le encogió el corazón mientras veía sobre la mesa la pantalla iluminada, mirándola sin poder

acercarse.

Recogió los pedazos de la taza y limpió con papel los restos del café esparcido. Entró en la cocina y, con una fregona humedecida, terminó de borrar las huellas de incertidumbre que Jon había sembrado en ella, nuevamente. Por fortuna, Eloy no se había despertado. «Es lo que tienen los niños —pensó—, que duermen tan profundamente que, aunque caiga una bomba, no se enteran.» Pero su hombre con impronta infantil no tardaría en levantarse y, para entonces, tenía que haber visto ese mensaje.

Cogió el móvil y abrió el WhatsApp. Otra vez una canción tenía la culpa de su zozobra. Se quedó mirando al infinito azul de aquel mar en calma mientras la letra de una comparsa gaditana volvía a hacerla estremecer. Los rebujitos de nuevo, intentando ablandarle la coraza que había interpuesto entre ella y Jon, estaban cantándole *Y caíste del cielo*.

Se quedó callada, intentando no entrar en la profundidad de aquellas estrofas que en otro momento no tan lejano le hubieran hecho elevarse al cielo más bello y esperanzador. Había pasado demasiado tiempo, las cosas habían cambiado radicalmente, la vida había seguido su curso y ella estaba intentando restablecer todo lo que sintió que había perdido desde el ocaso de su partida; toda una gama de grises que tiñeron su alma hasta que comprendió que el tiempo la estaba sanando, después de asimilar que debía soltar toda la energía que los mantenía unidos, sin esperar nada, sin rencores ni preguntas que la dañasen, tan solo agradeciendo y aceptando que las cosas siempre pasan por alguna razón que solo conoce el destino.

Decidió que no iba a escuchar más aquella canción que había logrado confundirla por unos instantes y que contestar a aquel wasap tampoco era algo que debiera hacer. Se había cansado de mensajes subliminales, por más románticos que pareciesen. Estaba harta de no saber a qué atenerse, de imaginar lo que podría ser, de alimentar y sostener a base de señales toda su historia juntos. Si quería hablar, que lo hiciese; una llamada o una conversación cara a cara en la que poder decir, a corazón abierto, todo lo que quedó en el aire, viciado por la ignorancia y la pena insoportable de su orgulloso desdén. Por fin se sentía preparada para verlo y hablar, aunque la oportunidad nunca llegase.

Se levantó y, apoyándose en la barandilla, de nuevo invadida por

la necesidad de romper aquel silencio que necesitaba eliminar de su vida, se dirigió a él con autoridad, como si el universo supiera qué hacer con esas palabras dirigidas al viento.

—Déjate de canciones. Ya no manejas los hilos de mi vida. Quiero seguir mi camino… Yo ya te he soltado; ahora suéltame tú y continuemos nuestras vidas sin mirar atrás…

—Buenos días, ¿todo bien? —Eloy había entrado en la terraza con el sigilo de una pantera y la estaba observando, extrañado de oírla hablar sola con el mar.

—Sí, pensaba que dormías… ¿Desayunamos? —dijo, forzada, recolocando sus sentimientos para no expresarle todo el enfado que sentía.

Él se acercó, tranquilo, y se apoyó también en la barandilla, donde ella aún permanecía, mirándola con cierta preocupación.

—¿Seguro que estás bien? No tienes muy buena cara…

—Bueno, resulta que en el paraíso sí que hay cobertura… No te voy a mentir, he recibido un mensaje que no esperaba.

—Lydia, no tienes por qué contarme nada si no quieres…

—Quiero hacerlo. Tú mereces como mínimo toda mi honestidad. No voy a mentirte ni me voy a inventar una excusa para salir del paso…

—Me parece bien que no quieras mentirme. Creo que es el camino, pero habla hasta donde necesites. No tienes que darme explicaciones. Tu pasado es tuyo. Ven, anda…

La abrazó. Sabía que lo estaba necesitando y él estaba deseando hacerlo. Se quedaron fundidos en aquel gesto incondicional unos segundos. No hizo falta más. Los dos sentían que estaban creando una confianza indestructible basada en el respeto y en la amistad; que las cosas estaban marchando de manera fluida y perfecta entre ellos, pero que también podían cambiar de la noche a la mañana por caprichos del destino. Lydia levantó la cabeza hacia sus ojos sin separarse y lo besó.

—Gracias, solo necesito un poco más de tiempo… Confía en mí…

—Lo de anoche fue una tregua, maravillosa, por cierto. Tienes mi confianza y todo el tiempo que necesites, pelirroja, y, ahora, ¿qué tal si desayunamos? Hay chilaquiles de ayer, burritos y guacamole…

—Lo sé… He estado cotilleando en tu sorpresa… —dijo, sonriendo, y añadió—: No sé si merezco tanto…

—Mereces todo y más, solo falta que lo entiendas.

—Estoy en ello…

—Pues no te despistes. Vas muy bien…, al mar lo has dejado sin palabras…

* * *

Había visto el mensaje y no le había contestado. No era muy normal en Lydia, pero esa vez contaba con ello. Había dejado pasar demasiado tiempo, permitiendo que la grieta entre ellos se hiciera más y más profunda. Pero el silencio nunca es un vacío. Sabía que, aunque habían dejado de escribirse, jamás se olvidaron, aunque quizá aquella vez había tensado demasiado la cuerda. Porque las palabras siempre tienen consecuencias, pero los silencios también. Están llenos de respuestas que generalmente propician la incertidumbre más incómoda y desoladora. Y en ese momento le tocaba a él, porque al karma no le tiembla el pulso cuando se trata de devolver lecciones. Nadie escapa de recibir su implacable justicia; no se apiada y sabe esperar el momento perfecto para ejecutar con esa maestría peculiar su sentencia, cargada de inolvidable enseñanza. No iba a rendirse; no en el primer asalto. Buscaría la manera de intentar un nuevo acercamiento, dejando por una vez su frialdad a un lado. Contaba con la certeza de que Lydia siempre estaba ahí, esperándolo. Esa vez no iba a ser diferente. Solo tendría que esforzarse un poco más. Era conocedor de todos los resortes que debía tocar para desatar en ella una respuesta del tipo que fuera. Nunca le había fallado su instinto.

Decidió que esperaría un poco más. Él sabía templar muy bien la paciencia. Probablemente ella seguía refugiada en algún lugar remoto y puede que incluso en la seguridad de otros brazos, que la mantenían firme en su decisión de no concederle pleitesía. Eran hipótesis no documentadas, pero algo le indicaba que estaba en lo cierto. La sentía lejos. Percibía una energía difusa, enrarecida. Pero no iba a permitir que el miedo a perderla para siempre lo paralizase. Perderla. No contemplaba esa posibilidad. Esperar y analizar muy bien la jugada antes de levantar las cartas, esa era su única opción.

* * *

—Bueno, bueno, ni una palabra en cinco días. Me he comido todas las uñas esperando tu llamada…

Acababa de llegar a casa y ya estaba colgada del teléfono con una Gloria intrigada y deseosa de buenas nuevas.

—Hola, cariño. ¿Me has echado de menos?

—Ufff, ¡cómo me gusta ese tono de voz! Hablas con la sonrisa puesta… Empieza a contarme, por favor…

—No te lo puedes ni imaginar… Ha sido un regalo del cielo.

—Déjate de poesía y cuénnntaaameeeeloooo todooooo…

—Pues nada, sueño cumplido. Hemos nadado con el tiburón ballena en un precioso mar turquesa, rodeados por mantas raya y peces de colores. Ha sido alucinante. El alojamiento, impresionante. Una cabaña de lujo clavada sobre la arena en el lugar más increíble de todo México. Todo perfecto, vengo encantada y feliz… con moreno neopreno, pero ya sabes que eso me importa bastante poco cuando hay inmersiones por delante…

—Dime que al menos había mosquitos… Es por encontrar un consuelo a lo mucho que te odio ahora mismo…

—Había muchos, pero en el manglar. En primera línea de playa y debajo del agua, apenas… Siento decepcionarte…

—Bueno y, con Eloy, ¿qué tal? ¿Ha habido tema?

—Cuando quieras, vamos al grano. Anda que…

—Por favor, sabes que las enfermeras de Urgencias vamos siempre al grano. ¿Me lo cuentas o te pincho un Urbasón de esos que sientes que te rajan el culo?

—Vale, vale… Sí, hemos estado juntos y revueltos. ¿Más tranquila?

—Pues no, menudo resumen de mierda…

—Es que contarte todo lo que Eloy me ha dado en estos días sin un café de por medio me va a costar…

—Pues conecta la cámara y pon la cafetera en marcha, que yo ya tengo un café delante…

—Te haré caso con la sugerencia de la cafetera, pero la cámara no la pongo ni de coña. No te voy a dejar hacerme un tercer grado…

—Dime, ¿es tan genial como parecía?

—Lo es… Incluso te diría que ha superado todas mis expectativas…

—Anda, guapa, y no querías ir. Menos mal que te convencí…

—Bueno, digamos que los planetas se alinearon a mi favor y tú te pusiste muy pesada, básicamente como de costumbre…

—Eso y que Iceman, por fin, desapareció…

—No te creas… Reapareció con sus canciones en mitad del paraíso.

—¿En serio? Joder, ¡este tío no te suelta ni a tiros!, y encima le entran los mensajes… ¡Pero si no había cobertura!

—Creo que es el único mensaje que he recibido hasta llegar a Cancún de vuelta y, si escuchas la canción que me mandó, no das crédito… ¿Casualidad?

—Mira, Lydia, estoy hasta las narices de señales, mensajes ocultos y rollos patateros. Si quiere decirte algo, ¡que te llame de una puñetera vez y te diga lo que siente, coño! Es el cansino histórico…

—Pues no le he contestado.

—Bien hecho. ¡Que se joda! Ahora, tú, a disfrutar con este chico que, según parece, viene de frente y sin dobleces. ¿Me estás escuchando?

—Que sí, ya te he dicho que pasé completamente de contestarle y, además, hablé de ello con Eloy…

—¿No le habrás contado el tejemaneje que te traías con el otro, no? Mira, Lydia, que te conozco…

—Noooo… Solo le pedí que me diera un poco de tiempo, porque apareció de repente, justo después de recibir el mensaje. Estaba en *shock* y algo tenía que decirle. No puedo empezar esto con mentiras, me niego…

—Vale, pero recuerda que a los hombres hay que contarles la mitad y al revés…

—¡Pues vaya consejito! Creo que a Eloy no le puedo aplicar esta fórmula. Es muy buena persona, y dirás que estoy loca, pero siento que me quiere de verdad…

—No te vengas arriba, no te vengas arriba. Despacito, amiga, y primero tú, después tú y siempre tú…

—No te puedes imaginar cómo él me está ayudando a entender precisamente eso. Está pendiente de mí y de mi bienestar todo el tiempo…

—Pues así debe ser si realmente le importas…

—Créeme que es así. Es imposible que no le importe teniendo en cuenta cómo me trata.

—Créeme tú que te lo mereces. Disfruta de este regalo y al otro que le den…

—Sí, pero, no sé por qué, presiento que todavía no ha dicho la última palabra…

—Claro, ahora te va a mandar el *Perdóname* del Dúo Dinámico… o el de Camilo Sesto, que mola más… Por favor, pasa página…

—Ja, ja, ja… Hasta cuando te pones en modo madre me haces reír…

—Tú ríete conmigo, pero que ese capullo no se ría más de ti.

—No creo que sea así tampoco. Simplemente, cada uno da lo que puede, y él no sabe o no quiere darlo, sin más vueltas…

—Vale, quédate con eso y tira para delante sin mirar atrás. ¿Oído, cocina?

—Sí, *chef*…

—Te dejo, que David está al caer y trae a su madre a pasar el fin de semana, ¡Toca zafarrancho! Mi suegra va a pasar el dedo por todas las superficies que pueda hasta que se quede sin huella dactilar…

—Pero si tienes la casa como una patena…

—Ya, pero esta es de la policía científica, ¡menuda!

—Valeee, te llamo en estos días…

—A ver si es verdad, que de lo importante no me has contado nada y ya sabes que eres mi único aliciente…

—Bueno, yo y el Satisfyer que te trajeron los Reyes.

—Eso, ¡vaya inventazo! Mi nuevo mejor amigo…

—Un beso, loca, y ¡a las trincheras, que viene el enemigo!

—Calla, no me lo recuerdes… Muaaaaa…

Empezó a deshacer tranquilamente la maleta y metió toda la ropa en la lavadora. Estaba cansada, pero se sentía muy bien. El viaje resultó ser completamente renovador. Había una nueva Lydia resurgiendo, y eso le gustaba. Quizá era la misma de siempre, pero se sentía mejorada. Era innegable que el cambio de aires, la naturaleza y Eloy habían tenido mucho que ver en aquella nueva imagen que vio reflejada en el espejo, antes de meterse en la ducha. Sonrió al cristal y se contempló, orgullosa, sintiendo una extraña sensación de paz. No había en su rostro cambios relevantes, pero, al sostenerse la mirada, encontró una fuerza y una seguridad que nunca antes había visto. Estaba liberada del dolor, de la incertidumbre y del guardián de la puerta: el miedo que la paralizaba a avanzar hacia lo mejor de sí

misma, traspasando el umbral de su temible presencia.

Eloy había sido tierno y generoso con sus necesidades, dejando las propias en un segundo plano. Lydia le había pedido tiempo, espacio, y él lo había entendido sin medias interpretaciones, sabiendo perfectamente que era su única opción para no perderla. No tuvieron más apasionados momentos en los días restantes que la tregua de aquella noche mágica en la que Lydia se encontró. Al llegar a Madrid, se despidieron con un intenso abrazo que dejó claro sus límites. No hacía falta decir mucho más. Seguirían en contacto, conociéndose, buscando un lugar intermedio entre la pasión y la amistad que habían consolidado en las aguas de Holbox. Él parecía saber que, presionándola, todo el camino recorrido se desvanecería. Ella debía seguir sola, enfrentándose a lo que la vida le pudiera traer y, así, fuerte y libre, ser capaz de aceptar todo lo que era y no sabía.

Quitó el vapor del espejo, retirándolo en círculos con la mano al salir de la ducha. De nuevo volvió aquel agradable reflejo, esa vez acompañado por pequeñas gotas que le recorrían el rostro desde su pelo mojado. Se acarició la cara con las manos, retirándolas, con más cariño que necesidad. Volvió a sonreír. Ahí estaba la persona más importante de su vida, a la que no volvería a defraudar por más que el destino apretase.

* * *

Jon: Hola, ¿cómo estás?

Eran las diez de la mañana del día siguiente a su llegada. El teléfono, sobre la encimera de su cocina, había emitido aquel sonido de nuevo. Lydia estaba sacando un trozo de pan de la tostadora y se disponía a desayunar cuando, de espaldas, oyó la llegada de su mensaje. Esa vez no reaccionó con sobresalto ante aquel tono de un único propietario. Siguió tranquilamente colocando la tostada en un plato y sirviéndose un café. En realidad, lo estaba esperando. Miró la pantalla inicial y pudo leer con claridad lo que decía, sin abrirlo. Era la primera vez que Jon le preguntaba cómo estaba desde que se conocían, y eso le resultó extraño. Puso un poco de aceite y sal encima del pan y empezó a mordisquearlo con la mirada perdida en la ventana, dándose el tiempo necesario para pensar. Miró hacia el móvil

y decidió que había llegado el momento.

Lydia: Francamente bien.

Jon: Me gusta tu foto de perfil… ¿México?

Lydia: Sí, acabo de volver.

Jon: ¿Trabajo o placer?

Lydia: Minivacaciones.

Jon: Yo estuve en Holbox hace algunos años y también buceé con el tiburón ballena. Son increíbles, ¿verdad?

Lydia: Una maravilla. Vengo fascinada.

Jon: Me gustaría que me contaras la experiencia en persona…

Lydia: Ya, pero, por ahora, no va a ser posible.

Jon: ¿Vuelas?

Lydia: Sí, me voy a Montevideo en dos días.

Jon: Yo también me marcho, a Buenos Aires, la próxima semana, tengo la reunión anual de presidentes y me toca coordinarlo todo… ya tú sabes…

Lydia: No debe de ser fácil en la distancia.

Jon: Solo queda ultimar. Ya lo tengo organizado.

Lydia: Mucha suerte, entonces. Tengo que dejarte. Cuídate mucho.

Jon: Claro, acabas de llegar…

Lydia volvió a mirar por la ventana, llevándose su taza de flores a la boca. Era evidente que quería volver a verla. Si lo hacía, ejercería de nuevo todo su poder sobre ella, habría otro plazo. No podía permitírselo. Se acordó de una frase que había leído en alguna parte y se agarró con fuerza a lo que significaba: «Él puso tres puntos suspensivos… Ella borró dos». Magnífica forma de describir un final

necesario, aunque todavía doliese. Se terminó el café y obvió mirar los posos, aferrándose a su vida, a la realidad y a su valioso presente.

* * *

Soltó el móvil sobre la mesa del despacho después de entender que ella no iba a escribir más. Se había blindado, estaba plegada, acorazada frente a sus intentos de provocar un encuentro. Él, que se sabía imprescindible en su vida, en ese momento parecía ser irrelevante. Le estaba olvidando y, por primera vez, no sabía cómo actuar, cómo atajar su decisión y devolverla al redil. La sentía segura y firme… fría. No conocía esa faceta en Lydia y estaba desconcertado.

Se encendieron las luces rojas del teléfono de sobremesa y un suave tono lo sacó de sus pensamientos. Descolgó para escuchar a su secretaria.

—Dime, Ana…

—Tiene una llamada del señor Lichardi, ¿se la paso?

—Sí, gracias; la estaba esperando

—Un segundo…

Se recolocó en la silla para escuchar a Gonzalo, volviendo con un simple pestañeo al ejecutivo capaz de resolverlo todo. Dejando sus tribulaciones emocionales fuera de escena, comenzó a hablar con un tono bajo y lineal. Era su forma de no dejarse leer entre líneas.

—Buenos días, Gonzalo. Esperaba tu llamada, pero no tan temprano, ¿todo bien?

—Buenos días, amigo. Ya sabés, laburo mejor cuando Buenos Aires duerme. Además, después empieza todo el quilombo acá y no puedo charlar con vos tranquilo… ¿Te agarro en mal momento?

—En absoluto, cuéntame…

—Solo buenísimas noticias. El último presidente por confirmar lo hizo ayer en la tarde, por lo que ya tengo la lista completa de invitados. Por otro lado, los hoteles, en orden, y los ponentes, organizados.

—¿La cena de clausura?

—Queda por detallar el menú, pero eso te lo dejo a vos para cuando llegués, que, por cierto, aún no me dijiste qué fecha tenés prevista…

—No lo sé todavía… Eso lo lleva Ana, pero me imagino que

llegaré la tarde de antes, como siempre…

—Muy bien. Cuando lo sepás, me lo mandás para organizarme. Este fin de semana voy a estar fuera de la Argentina y sin cobertura…

—Cuánto misterio… ¿No se puede contar?

—Las cosas de Regina, que se le dio por cruzar a Uruguay en el Buquebus,[1] para llevarme a un hotelito romántico que reservó cerca de Punta del Este. ¡Estoy saliendo del *shock* y entrando en pánico!

—¿En barco a Uruguay? Sí, definitivamente, os estáis volviendo locos…

—¡Tranquilo, che! La licenciada sabe lo que hace. Compró los pasajes en el buque Francisco, que en poco más de dos horas llega a Montevideo, y podemos llevar el auto… ¿No está tan mal pensado, viste?

—Solo dos horas… ¿Seguro?

—Pensá que Uruguay está a doscientos kilómetros de la Argentina nada más y ese buque alcanza cincuenta y seis nudos…

—Pues sí, es una buena alternativa a las esperas en el aeropuerto, que son insufribles…

—Acá no es necesario agarrar aviones si no querés, estamos muy cerca…

—Pues disfruta de tu crucero y saluda a Regina de mi parte. Te dejo, que tengo que resolver un asunto urgente. Un abrazo, Gonzalo.

—La semana que viene te lo doy en persona. Acordate de mandarme la fecha de llegada…

—Lo haré, no te preocupes.

—Dale. Un abrazo, Jon.

Colgó. De repente una idea rocambolesca se había precipitado en su cabeza de la forma más casual. Le sudaban las manos de pura adrenalina. Podía hacerlo. Era perfectamente factible.

—Ana, ¿tienes ya mi billete a Buenos Aires?

—Sí, acaba de llegar.

—Hay que cambiarlo.

—¿Cambiarlo?

—Llama a la compañía aérea y resérvame un billete para dentro de dos días a Montevideo y una habitación para las noches del 15 y del 16 en el hotel Aloft. Hay problemas allí que no pueden esperar.

—¿Y la reunión de presidentes?

—Localiza la naviera Buquebus y cómprame un billete para el día

17 en el buque Francisco a Buenos Aires. Me apetece navegar por Río de la Plata…, llámame romántico…

—Suena bien.

—¿Verdad? Creo que es una idea estupenda…

Capítulo 24

> Hay solo tres cosas a hacer con una mujer. Se puede amarla, sufrir por ella, o convertirla en literatura.
>
> LAWRENCE DURRELL

Eloy: Buenos días, pelirroja… ¿Has mirado por la ventana? Hace un domingo precioso…

Había madrugado. Efectivamente, el sol brillaba en aquella mañana previa a su vuelo a Montevideo. Miró de reojo el teléfono y sonrió. Allí estaba Eloy y su encantadora forma de aparecer siempre. En ese momento no podía contestarle. Estaba terminando el primer tema del curso de biología marina al que se había apuntado nada más volver de Holbox. Quería saberlo todo sobre los tiburones y las mantas raya, una pasión que había decidido llevar a lo más alto. Pretendía conocerlos en profundidad, sumergirse en su vida íntima. Estaba disfrutando muchísimo. Cinco minutos más tarde, otro mensaje de Eloy, esa vez proponiendo algo.

Eloy: Voy a sacar la moto y a bajar al Rastro. ¿Te apuntas a un aperitivo en Cascorro?

Lydia: Buenos días. Es un planazo, sin duda, pero debo dormir la siesta. Esta noche salgo para Montevideo… 😂

Eloy: ¿Y si prometo dejarte en tu casa a las cuatro y media en punto?

Lydia: Hombre, eso cambiaría las cosas sustancialmente…

Eloy: Ponte unos vaqueros, una chaqueta de cuero y unas botas. Yo te llevo el casco y los guantes…

Lydia: ¿Prometido a las cuatro y media en

casa?

Eloy: Trabajamos en lo mismo, pelirroja. Sé muy bien lo que necesitas…

Lydia: Síií… Estaré lista en una hora. Me apetece mucho.

Eloy: Genial, entonces.

Lydia: Solo por la moto, ¿eh? No te vengas arriba…

Eloy: ¡¡¡Brujilla interesada!!! 😂

Lydia: Puedes venir en coche si quieres… También me apuntaría, bobo. 😈

Eloy: Ahhh, eso está mejor…

Lydia: Ya sabes, siempre lo arreglo en el último momento.

Eloy: Ese último momento que me deja en vilo… Te recojo en una hora, no vaya a ser que te arrepientas.

Lydia: No me voy a arrepentir…

Eloy: En corcel carenado, no lo olvides… vístete para la ocasión.

Estaba yendo muy despacio, tanto que a veces se sentía una tirana por darle a Eloy su atención a cuentagotas. Pero no podía hacer otra cosa. No se trataba de una estrategia. Era más bien un sentimiento de respeto y cuidado hacia su persona. Estaba aprendiendo a recibir antes de darse y, a él, no parecía incomodarlo en absoluto su actitud. Por primera vez en su vida, se estaba dejando enamorar despacito, concediéndose un espacio cauto y tranquilo, respetando la incertidumbre y alimentando sus necesidades con pequeñas dosis… dejándose merecer. Mientras no estuviera completamente segura de lo que deseaba, no iba a dar el paso.

* * *

La azafata le había retirado la bandeja del almuerzo y, por fin, se

disponía a descansar, enjugando su garganta con un whisky solo y un expreso sin azúcar. Miró al exterior desde su asiento. Algunos cumulonimbos se estaban formando a lo lejos, algo bastante habitual en el Atlántico Sur, a lo largo de su ruta hasta Montevideo. Con la mirada perdida en el infinito, recordó cada punto del plan que se había trazado. Localizarla en el hotel sería bastante sencillo. Afortunadamente, Lydia le había contado en una ocasión dónde se alojaba en la ciudad y, disponiendo de una memoria selectiva y precisa, haría de una certeza una curiosa coincidencia a los ojos de ella. Además, algo de trabajo en la oficina de Montevideo serviría para concretar una coartada sólida, sin faltar a la verdad.

Suspiró, soltando el aire de sus pulmones despacio, ralentizando esa sensación incómoda que tenía agarrada al estómago. Se había dejado llevar por un impulso abrupto y eso le azuzaba la adrenalina. Sabía lo que estaba en juego y se sentía ansioso. Era excitante ponerse de nuevo la máscara de la seducción para bajarle la guardia. Jugaría sus cartas impecablemente. Desde que Lydia se desligó de él, había soñado con ese momento hasta convertirse en una obsesión. Se había tomado demasiadas molestias para perder, opción que tenía completamente descartada.

Reclinó un poco la cómoda butaca que lo envolvía y sacó el libro que había elegido para acompañarlo en su aventura: James Cagney, *El gángster eterno*, de Jaime Boned. Adoraba el cine negro americano y sentía una gran admiración por ese actor emblemático de mirada atenazante. Había visto todas sus películas, y su enorme versatilidad en los personajes que interpretaba lo atrapaba. Curiosamente, fuera del celuloide, era un hombre honesto y de principios elevados. Sentía que se parecía mucho a él y, por eso, había tomado una de sus grandes frases como referente en su vida: «Entras en la habitación, te plantas, miras al otro a la cara y le dices la verdad… solo hazlo». Siempre había admirado la ausencia de miedo en el ser humano, y James Cagney no tenía miedo a nada.

Se sumergió en la lectura como leyendo un guion escrito a su medida y mantuvo la atención en cada frase, abstrayéndose de todo lo que lo rodeaba. Cuando se quiso dar cuenta, el avión ya bordeaba la costa de Brasil y el traqueteo de una turbulencia moderada le hizo desviar su atención a la señal de cinturones, que se encendió de inmediato. En poco más de dos horas estaría aterrizando en una

ciudad que conocía a la perfección, y solo tendría que preocuparse de llevar a cabo todo lo trazado. Estaba preparado. «Solo hazlo», se dijo.

* * *

A las cuatro y media en punto, Lydia entraba por la puerta de su casa. Eloy había cumplido su palabra de llevarla a tiempo para una bien merecida siesta previa a una noche de trabajo. Era momento de reposar lo que había disfrutado en compañía de un hombre que parecía estar deseando hacerla feliz con cada gesto. No podía ponerle una pega a aquella mañana de risas, complicidad y disfrute. De nuevo, había sido perfecto… incluso la despedida. Un beso dulce, agradable al tacto de aquellos labios mullidos cargados de buenos sentimientos. Sin presiones, sin complejo de culpa, sin medias tintas. Todo era fácil a su lado. Una sensación de felicidad la estaba engullendo. No podía evitar preguntarse: «¿Será verdad?». Evadió la sombra de la duda y se metió en la cama. Abrazó la almohada y durmió acunada por una paz profunda. Estaba sanando. Ya no tenía ninguna duda de que había iniciado un camino tibio hacia la libertad emocional que necesitaba.

Despertó cuatro horas después. Se desperezó y preparó café. Encendió el teléfono. Todavía tenía un rato para llamar a Gloria antes de meterse en los preparativos previos del viaje.

—He esperado a que dieras la cena a los niños para llamarte… ¿Tienes un momento?

—Claro, cariño. Vuelas esta noche, ¿no?

—Sí, me voy a Montevideo. Pufff, doce horazas de nada…

—Bueno, pero a ti te gusta ir allí…

—Es cierto, aquel paseo marítimo me encanta patearlo, aunque el color del agua no invite a bañarse…

—¿Alguna novedad?

—Bueno, tengo un poco de todo…

—Jon ha vuelto a las andadas, no me digas más…

—Me escribió hace dos días. Estaba muy conciliador…, tenía ganas de hablar…

—Claro, y como el señor tenía ganas de hablar, le diste el gusto…

—Pues no. Ahí te equivocas. Estuve más bien parca…

—¿Define parca? Tú y yo tenemos un concepto muy diferente de ese término…

—Quería quedar. No lo dijo explícitamente, pero lo insinuó. No le di opción. Le dije que me iba a Montevideo.

—¡Salvada por la campana! Pero volverá a la carga, no lo dudes…

—Eso me temo, y no quiero. Me da miedo volver a lo mismo. Hoy he pasado el día con Eloy y ha sido genial. Una mañana relajada y feliz. No sabes cómo es conmigo… Me gusta lo que me hace sentir…

—¡Porque te estás dejando querer! ¿A qué no era tan difícil?

—Me resulta raro dar tan poco y recibir tanto…

—Te acostumbrarás a lo que debe ser… Solo es cuestión de tiempo. Por cierto, Lydia, hay algo que debo contarte. El otro día estuve tomando un café en el hospital con una compañera de psiquiatría. No me digas por qué, pero empezamos a hablar de las relaciones de dependencia emocional y de la cantidad de gente, sobre todo mujeres, que viven este infierno de sentimientos contradictorios, sometidas a la voluntad de perversos narcisistas. No pude evitar acordarme de ti, cariño. Primero fue Rafa y, ahora, Jon. Tengo la sensación de que estás repitiendo un patrón que no puede ser más tóxico. Me preocupa oírte decir que te sientes rara cuando te cuidan y te quieren. Comprende que eso no es muy normal…

—Bueno, son cosas distintas. Yo sé que eso existe, pero, en mi caso, con Jon siempre he estado porque he querido. Con Rafa me equivoqué. Fueron años de tormento y soledad compartida, de sufrir inútilmente. Aguanté hasta que no pude más. No se puede comparar…

—Lydia… pero ¿tú te estás oyendo? Sigues disculpando lo inaceptable. Los dos te han manipulado a su antojo, cada uno a su manera. Aquí no se trata de saber cuál de los dos es peor. Se trata de correr sin mirar atrás…

—Tranquila, amiga. Sé que te preocupas por mí, pero ya soy mayorcita y tengo claro a lo que me enfrento. Jon, simplemente, es un hombre emocionalmente no disponible. Me estoy preparando para decirle que se acabó…

—O sea, que vas a volver a verlo… Ojalá me equivoque, pero, si se trata de un narcisista, créeme que te neutralizará y no podrás ni hablar. Dominará la situación con solo mirarte. Sabe que sientes adoración por él. No te va a dejar escapar y, después de volver a seducirte, otra vez estarás en lo mismo: hasta el cuello de dudas, de no saber a qué atenerte y ante una nueva etapa de sequía emocional,

porque él subsistirá abasteciéndose de lo que recibe de ti y seguirá sin dar nada… Son sádicos emocionales; egoístas patológicos. Hazme caso, amor. Solo sirve correr…

—¡Madre mía, sí que estás profunda esta noche! Me estás asustando y no quiero tener miedo de nuevo. Ya veré cómo lo enfoco, pero estate tranquila y confía en mí… ¿Has visto *Kill Bill*? Pues la Uma Thurman que llevo dentro se va al monasterio de Montevideo a prepararse, y te prometo volver mucho más fuerte y segura. Voy a pensar en lo que tengo y en lo que quiero para mí. Todo va a salir bien, ya lo verás…

—Date el valor que mereces, y busca el amor de una vez; primero el propio y, después, el otro vendrá solo… Mira, si tienes tiempo allí, en YouTube hay unos vídeos sobre la personalidad narcisista y cómo detectarla. Es más, te voy a mandar yo alguno para irte adelantando el trabajo de buscarlos. Solo te pido que los escuches y saques tus propias conclusiones…

—Te tengo que dejar, cariño. Ya voy con la hora pegada.

—Vale, vete a Montevideo y piensa. Al menos allí, con un océano de por medio, estarás segura…

—Y aquí también. Hoy ha sido un día memorable y eso también cuenta, ¿no crees? Eloy es mucho Eloy…

—Ese chico me gusta.

—Pues ya estamos de acuerdo en algo…

—Un beso, preciosa. Mira los vídeos… Buen vuelo.

—Lo haré. Igual te llamo desde allí…

—Cuando quieras… menos mañana, que tengo guardia todo el día y estaré desconectada.

—Vale, tomo nota.

—Venga, a la ducha…

—Estás en manos libres, ya estoy dentro.

—Así, silenciosa como la Thurman…

—Ya no te oigo. El agua de la ducha hace mucho ruido… Un beso…

—Muacccc… ¡¡¡Llámame!!!

* * *

Era ya de noche cuando Jon llegó a la recepción del hotel Aloft.

Normalmente, él se quedaba en el Sheraton, ubicado justo enfrente, y, aunque ambos hoteles eran de la misma cadena, comprobó de inmediato que el Aloft daba un enfoque diferente a sus clientes, entendiendo la hostelería como un espacio para compartir ambientes. Mucho más moderno, la recepción era tan solo un círculo en mitad de una gran estancia donde se integraban el restaurante a la derecha y, al fondo, la barra de un bar de cuidado diseño. También había una sala de estar con cómodos sillones justo frente a los ascensores, y una mesa de billar que separaba la recepción del restaurante. A Jon le gustó el planteamiento diáfano nada más entrar.

Le entregaron la llave casi de inmediato y, sin planes ni prisas, se dirigió a la barra, para tomarse un vino antes de subir. Observó las curiosas lámparas instaladas a varias alturas y se integró en el ambiente social que se iba creando, aunque solo como mero observador. La música *chill out* lo invadía todo. Atrás había quedado aquel pegajoso hilo musical insulso y vacío de las recepciones de los hoteles añejos de toda la vida. Lo celebró bebiendo de su copa y acompañando con la mirada a todo lo que se movía por ese nuevo concepto de hospitalidad compartida. Miró la hora en su teléfono. Eran las ocho y media. Se conectó al wifi del hotel y abrió la aplicación FlightAware. Efectivamente, Lydia ya estaba en camino hacia allí.

Había una mujer sentada al fondo de la barra tomándose un cóctel, para la que no había pasado desapercibida su presencia. Lo miraba de la única forma que conocen las mujeres cuando deciden seducir…, a retazos, sibilina e imperiosa, mostrándose intrigante. Él, percibiendo lo que buscaba, dejó que sus ojos se cruzaran un par de veces y después le hizo un escáner, aprovechando la falsa distracción de la presa a tiro. Tenía unas preciosas piernas, que estaban cruzadas con segura precisión. Un vestido plisado dibujaba las ganas de juegos prohibidos de aquella figura posada sobre el taburete de diseño. Iba demasiado maquillada para su gusto, pero, debajo de aquel carmín brillante, se adivinaban unos labios sugerentes que imaginó por un instante devorándolos. En otros tiempos, aquella morena de grandes ojos y arrogante actitud hubiera sido la compañía perfecta para una noche sin planes. No tenía la menor duda. Permitió que sus miradas contactasen de nuevo y esbozó una sonrisa. Ella le respondió con la suya, haciendo evidente que sus sospechas no eran infundadas. Había

llegado el momento de acercarse o permitir que ella invadiera su espacio. «Demasiado fácil», pensó. Como alimento de su ego, había sido gratificante y placentero, pero no necesitaba más. Pidió al camarero la nota para firmarla y le indicó que incluyera el cóctel de la dama. Era lo único que podía hacer por ella, dadas las circunstancias. En su mente solo había sitio para conectar con la dueña de su deseo, que, de forma inconsciente, estaba volando hacia su reencuentro. Apuró su copa y se dirigió al ascensor sin entretenerse en recapitulaciones ni preludios. No quiso girarse. ¿Para qué? Entró en el ascensor y, antes de que las puertas se cerraran, se cercioró de que ella seguía en su pedestal, mirándolo incrédula ante su fracasado intento de seducción. Victorioso, le mantuvo la mirada hasta que el telón de acero del elevador cerró la escena, borrando tras de sí su insidiosa imagen. Aquella mujer, con toda esa carga sexual, no había conseguido despertarle más que recuerdos de un pasado reciente al que no quería volver. Se había retirado de encuentros vacíos y casuales que ya no llenaban su soledad. En ese momento solo quedaba repasar lo planeado en el remanso de su habitación, organizando sin dar opción a error la labor tenaz y trepidante de recuperar a Lydia.

* * *

Después del magnífico aterrizaje en el Aeropuerto Internacional de Carrasco, Lydia se desabrochó el arnés, levantándose mientras rodaban por la pista. Al final, las doce horas veinte de vuelo se habían quedado cortas y aún tenía que organizar papeles para la tripulación que volvería a Madrid. Revisó las notas de comentarios para el otro sobrecargo y precintó la documentación de la venta a bordo. Después, colocó el papeleo encima del sobre de la carga aérea que le entregaría al coordinador antes de que empezaran a desembarcar. Entonces, sí, la frase «Bienvenidos a Montevideo» se oyó a lo largo de la cabina de pasaje. Todo en orden. Fin de un vuelo tranquilo que culminaría en cuanto las doscientas veintidós personas que habían viajado, y las historias que los acompañaban, abandonaran el avión rumbo a sus destinos.

Estaba contenta. Había podido descansar e incluso dormir más de dos horas, estirada en su pequeña litera dispuesta para la tripulación. Desayunaría algo en el hotel y se dejaría envolver por el edredón de la

cama un rato. Quería organizar bien su tiempo en Montevideo, ciudad que siempre le aportaba ratos agradables. Disfrutar de sus grandes paseos por el malecón y salir a comer o a cenar con los compañeros era algo que repetía cada vez que la visitaba. Era tan pequeña y fácil de recorrer que cada rincón se le volvía familiar y cercano. Solo necesitaba que el viento y la humedad que a menudo se cernían sobre el Plata colaborasen y no hiciesen acto de presencia en sus dos días de estancia. Por lo demás, estaba feliz de reencontrarse con la cuna de Benedetti, uno de sus escritores favoritos.

Casi no había tráfico y, en poco más de veinticinco minutos, la furgoneta los dejó en la puerta del hotel. La recepción estaba en plena ebullición. Eran las siete y media de la mañana y, mientras unos clientes llegaban, otros hacían el *check out* y se congregaban en torno a la máquina de café antes de marcharse. Los recepcionistas, ataviados con sus modernos uniformes, entregaron las llaves a los tripulantes con la misma vitalidad con la que hacían todo su trabajo. A Lydia le encantaba el dinamismo y la juventud del equipo humano que siempre los atendía. Reconoció de inmediato a Gustavo, y se dirigió a él para saludarlo.

—Buenos días, Gustavo.

—¡Buen día, qué gusto volver a tenerla por acá!

—Sí, a mí también me apetecía mucho regresar y, además, parece que nos acompañará el buen tiempo…

—Sí, pero no lo dé por hecho. Si sale a pasear, no olvide llevar abrigo. Ya sabe que en Montevideo nunca se puede confiar…

—Claro. He venido preparada, porque el paseo no me lo quita nadie…

—Seguro. ¿Me presta el pasaporte?

—Aquí lo tienes. No te digo que me des una habitación bonita porque aquí todas lo son…

—Déjeme ver… Seguro que encuentro alguna un poco más especial…

—Pero si estáis a tope… No te molestes.

—No es molestia —dijo, mirando con atención la pantalla del ordenador—. Acá está. No es una *suite,* pero casi… En el segundo piso, esquinada y con mucha luz…

—Si tú lo dices, yo me fío de tu gusto…

—Bienvenida, señorita Lydia. Disfrute de su estancia y, si

necesita cualquier cosa, estamos acá para lo que precise —dijo, entregándole la llave.

—Eres muy amable. Ahora solo necesito un buen desayuno y a la cama. Muchas gracias.

—Un placer atenderla, como siempre…

Con la llave en la mano, se giró para dirigirse al restaurante y, al levantar la vista, un vuelco endemoniado y agónico le paralizó la respiración. Al fondo, sentado a una mesa, estaba Jon, tomando un café y sonriéndole con un descaro que le heló la sangre.

De repente, el sonido de aquella recepción enmudeció para sus oídos y, todavía en *shock,* empezó a caminar hacia él, temblando sobre sus tacones, aferrándose al bolso como único sustento. Jon se levantó, tranquilo, para recibirla. Seguramente había estado allí todo el rato que ella se demoró con el recepcionista, observando su animada charla y disfrutando del momento de incomprensión y desajuste emocional que ella iba a sentir al encontrarlo en aquel hotel sin previo aviso. Despacio y como pudo, se recompuso en el breve instante que le concedieron los escasos veinte pasos que los separaban. Seguía sin entender nada, pero sonrió al llegar ante él con la máxima dignidad que le permitía su uniforme impregnado de olor a humanidad, después de aquel largo viaje.

—Parece que has visto un fantasma —dijo, iniciando la conversación mientras se acercaba para besarla en la mejilla al tiempo que la abrazaba.

Lydia se quedó rígida, recibiendo esa efusividad tan extraña en él. Estaba completamente confusa.

—¿Qué haces aquí? Te veo pero no puedo creerlo… ¿No te ibas a Argentina?

—Surgió un problema en la oficina de Montevideo y decidí pasarme por aquí antes. Hay cosas que no pueden esperar…

—Me podías haber dicho algo. Sabías que yo tenía este vuelo…

—Fue algo repentino, no se me ocurrió…

—Y… ¿estás aquí alojado?

—Me hablaste tan bien de este hotel que decidí probarlo, y debo decir que tenías razón, no está mal… La cama me gusta y el café es bueno. ¿Te traigo uno?

—No, gracias. Voy a desayunar con la tripulación —contestó, mirando en dirección a la mesa donde estaban sentados algunos de sus

compañeros. Seguía desconcertada e intuyendo que no había ni un ápice de verdad en todo lo que le había contado.

Jon no esperaba esa respuesta, pero, sin dejar que se apreciara su enfado, reaccionó de inmediato sin perder la tranquilidad, manteniéndole la mirada relajadamente.

—Ah, muy bien. En realidad yo ya tengo que irme. Me esperan en la oficina —mintió.

—Claro, a eso has venido…

—Sí, me aburre soberanamente tener que venir a poner orden, pero no me quedaba otra opción. Supongo que acabaré pronto y podré despistarlos para cenar sin su soporífera compañía… ¿Tienes planes para esta noche? Si te apetece, me gustaría llevarte a un restaurante que me encanta…

Ahí estaba la pregunta más temida por Lydia. No podía decirle que no dos veces seguidas en menos de un minuto. Era literalmente incapaz.

—No lo sé, normalmente siempre quedamos para cenar, pero a veces cada uno hace sus planes…

—Bueno, te voy escribiendo entonces. Es uno de los mejores restaurantes de Montevideo y podemos ir dando un paseo. Está a pocas manzanas de aquí.

—Vale. Después de desayunar voy a dormir un rato y luego saldré a dar una vuelta…

—Harás bien. Yo también lo haría si pudiera. —Se acercó y volvió a besarla en la mejilla para despedirse—. Es increíble lo bien que hueles después de un vuelo…

—Hoy sí que llevo perfume —dijo, apartándose e intentando que no se oyeran los latidos de su corazón al escucharlo decir eso tan cerca de su oído.

—Pues a mí me ha recordado el día que nos conocimos en aquel vuelo a Lima… Jabón y flores frescas…

La miraba con una ternura indescriptible, la misma de aquellas primeras veces que después se había esfumado, una vez regresaron de Florencia. Lydia sintió un escalofrío al recordar sin permiso aquellos días compartidos, en los que fueron el máximo exponente del amor sublime. Contestó como pudo, sabiendo que aquel comentario no procedía de un momento inspirador.

—Ha pasado mucho tiempo. Me sorprende que te acuerdes…

—Los olores y la música nos traen los mejores recuerdos…

—Sí, es verdad…, también a veces los peores. —Odiaba haberlo soltado, pero el sufrimiento tenía algo que decir y bramaba por opinar desde lo más profundo de su alma.

Jon obvió el reproche como un boxeador cuando esquiva un golpe diestro. Estaba abstraído y centrado en su escalada a un Everest que se resistía a dejarlo ascender a la cumbre. No iba a cejar en su empeño por las pequeñas inclemencias del tiempo. La montaña más alta y bonita del mundo pronto estaría a sus pies, adorándolo como solo ella sabía hacerlo. Era el momento de retirarse y descansar en su improvisado campamento base, sostenido por la excusa de una reunión a la que llegaba tarde.

—Descansa y desayuna tranquila. Me voy, que tengo una reunión en veinte minutos. Luego te escribo a ver cómo vas…

—Sí, empiezo a estar muy cansada. Ya sabes, he venido trabajando…

—Trabajando y cuidando de tus pasajeros… Algo que haces muy bien, como tantas otras cosas…

Fue lo último que dijo antes de coger su chaqueta del asiento que ocupaba. Suavemente, le puso la mano en el brazo y se despidió, cercano, con una mirada tierna y un simple «hasta luego». Después, caminando acompasado, desapareció por la puerta principal del hotel mientras Lydia, todavía incrédula, se quedaba pensando si aquello realmente había pasado.

* * *

En realidad, no tenía reunión a la que acudir, pero, de igual modo, decidió darse una vuelta por la oficina y así dejar una sensación de interés y control que a nadie pasaría desapercibida. Tenía que justificar aquella parada premeditada antes de llegar a Argentina con un poco de trabajo extra, siempre necesario y perfectamente creíble.

Pero eso podía aguardar un poco más. En ese momento, y después de provocar el encuentro, se le antojó un buen paseo a lo largo de aquella rambla que conocía tan bien, por la que había caminado y corrido en sus ratos de asueto después del trabajo, siempre que el tiempo y el cansancio lo permitían. El día había despuntado soleado y todo parecía indicar que su plan, ya en marcha,

estaba avanzando como esperaba. Se sentía animado y decidido después de haber visto en su actitud una leve posibilidad de éxito. Sonrió. Ya había hecho lo más difícil. A partir de entonces, prepararía el terreno hasta la hora de la cena, acercándose como cazador furtivo a su preciada presa.

* * *

Apenas podía desayunar. Mientras los compañeros charlaban animadamente y planeaban en qué emplear los dos días de estancia en Montevideo, ella asentía y sonreía siguiéndolos con la mirada, pero con la mente repasando cada segundo de la conversación con Jon. Tenía que pensar qué hacer y, aunque disponía de toda la jornada para tomar una decisión, estaba deseando encerrarse en su cuarto para poder ver con cierta claridad sus opciones y cómo llevarlas a cabo. Se terminó el café y, tras despedirse del grupo, se marchó, dejando una posibilidad abierta de cenar con ellos. No perdía nada con hacerlo y, encima, ganaba la segura protección de la manada, en caso de rehusar la propuesta.

Hablarían más tarde. En ese momento necesitaba dormir y organizar sus ideas. Encontrárselo en aquel vestíbulo había sido una sorpresa complicada de asimilar, pero, su invitación a verse en la noche uruguaya y conseguir controlar el no anticiparse en contestar, la había dejado completamente sin energía. En tiempos no muy lejanos, aquella situación le hubiera llenado de alegría el corazón y su respuesta positiva no se hubiera hecho esperar. Añoraba aquella sensación, cuando su máxima felicidad era verlo; cuando confiaba plenamente en él y vibraban en la misma sintonía; cuando juntos paraban el tiempo y la pasión les desordenaba el cerebro, engatusando cualquier duda. Temía que quedasen rescoldos de aquella hoguera imposible de apagar. Sin embargo, la coherencia de todo lo sufrido debía prevalecer. No podía olvidar la soledad del abandono sufrido. Tocaba centrarse en lo vivido y sopesar cada instante, excelso e ínfimo, adorable y perverso, fausto o fatídico.

Entró en la habitación y cerró la puerta con tranquila solemnidad. Colocó la maleta en esos artilugios que facilitan los hoteles para tal uso y empezó a sacar la ropa, despacio, sin parar de pensar en una única cosa. La excusa de no tener qué ponerse quedó

descartada con solo un golpe de vista. Había traído más que suficiente e incluso podía elegir el modelo perfecto para la ocasión. «Evidentemente, nada pasa por casualidad», pensó. Tendría que buscar otros motivos de mayor peso para no acudir a la cena. Se quitó el uniforme y entró en la ducha, buscando reblandecer la coraza de protección que había usado todo ese tiempo sin él, para así poder quitársela. Quería volver a ser la que fue a su lado; dejarse llevar; olvidar el raciocinio y entregarse sin análisis ni recortes. Se acarició el cuerpo, recordando sus grandiosos momentos eróticos, y se excitó pensando que aquella ducha bien podría ser un propicio escenario para añadir nuevos recuerdos a su catálogo de encuentros impíos. Quizá el destino les estaba proporcionando otro plazo de ardiente delirio y aquel hotel los ayudaría a romper el maleficio de la sombra que un día los invadió, olvidando lo que habían sido juntos.

Cerró el grifo y se secó con la toalla. Debía desconectar, abandonarse al sueño para, así, recuperar la serenidad y decidir qué hacer. Debía descansar un ratito al menos. Ni siquiera podía hablar con Gloria. La vida se había encargado de poner una guardia de veinticuatro horas a su amiga para obligarla a decidir por sí misma. Tampoco un mensaje de Eloy podría colaborar en rescatarla de sus dudas. Él estaba volando hacia Caracas y tardaría horas en conectarse. Demasiadas coincidencias juntas. Entendió que debía rendirse a la evidencia. Estaba sola y así debía ser.

Se acurrucó bajo el edredón, abrazándolo como si fuera la manta que sostenía para dormir cuando era niña. Aquel recuerdo le trajo una inmensa paz. Seguía en soledad, pero con la firme sensación de estar con ella a piñón, dándose su tiempo, inmersa en un cálido sentimiento de comprensión y libertad de elección. Tomaría la decisión correcta sin necesidad de consultar a nadie, sin cónclave ni amigos afines, asumiendo la responsabilidad de las consecuencias que trajese la opción más valiosa para su vida… simple y sencillamente, pensando en ella y en lo que merecía. Cerró los ojos y desconectó sin más. Para cuando despertase, la respuesta vendría sin acuciarla, brillante y lúcida. Estaba en energía de victoria y sabía que lo iba a hacer bien. Por ella y para ella.

* * *

La oficina de Montevideo y su delegado principal habían logrado sacarlo de su buen humor y devolverlo a un estado convulso de intransigencia que no necesitaba en esos momentos. Había discutido con él por su falta de iniciativa. En realidad, no encontraba sentido a gastar demasiada energía en algo que no tenía remedio. A pesar del enorme interés sumiso que habían mostrado por convencerlo de que todo iba bien, no habían logrado mover en Jon un ápice de confianza. Estaba tan aburrido de escuchar sus ralas ideas que decidió comer solo, alegando una buena excusa. No iba a conceder un segundo más de su preciado tiempo a esas imprecisas explicaciones vacías de efectividad. Lo despediría en cuanto pasase la reunión de presidentes, sin darle ninguna opción.

Después, dejaría a Gonzalo al mando hasta encontrar un buen sustituto. Argentina estaba muy cerca y era factible que él llevase ambas delegaciones hasta tener al candidato perfecto. Tenía experiencia y capacidad suficientes como para que delegara en él con total confianza. Además, empatizaría a la perfección con el resto del equipo uruguayo. Recordó que tenía que llamarlo para informarlo de cuándo llegaba. Sentado a una mesa de un concurrido asador al aire libre y más tranquilo, marcó el número de su escudero y fiel amigo.

—Jon… me agarrás pensando en vos…

—Hola, amigo. ¿Cómo estás?

—Bien, solo preocupado porque no me confirmaste la llegada…

—Por eso te llamo. Ha habido un pequeño cambio…

—¡Tenés que venir, por el amor de Dios, Jon! A esta reunión no podés faltar…

—¿Quién ha dicho que no vaya a ir? Mañana estaré allí sin falta, solo que he cambiado la manera de llegar…

—Ahora sí que me dejás helado. ¿Qué querés decir?

—Que me vayas a recoger al muelle de Puerto Madero…

—¿Cómo? ¿Estás en Montevideo?

—Muy bien, con esa capacidad de análisis, no hay misterio que se te resista…

—Dejá de boludear y decime…, ¿qué hacés ahí?

—Bueno, tenía que resolver varios asuntos aquí y tú me diste la idea de ese barco que, espero, sea tan estupendo como me lo describiste.

—No te hacés una idea, amigo… ¡Espectacular! Esta Regina le

pegó de una,[1] es una genia… Ahora, ¡vos me vas a contar en cuanto llegués a este lado del río por qué te hiciste el dobolu[2] y me copiaste el plan!

—Quería darte la sorpresa, y no solo a ti… —Se quedó en pausa y sonriendo, esperando la pregunta de su amigo.

—Ahora sí que no entiendo nada. ¿Los uruguayos no sabían de tu visita?

—Lydia está aquí… Ha llegado esta mañana y, casualmente, dormimos en el mismo hotel. Por cierto, estoy en el Aloft, por si me necesitas…

—¡Qué chanta![3] Ja, ja, ja… ¡Pero si vos te quedás siempre en el Sheraton!

—Bueno, tocaba modernizarse…

—Pobre mina… ¡Qué zorro que sos! Ahora entiendo los «porqués» de esa parada técnica… Ja, ja…

—¿No estarás pensando que he venido a Montevideo por ella?

—Por supuesto que no. La oficina de allá te necesitaba urgente… ¿Le emboqué?[4]

—Justamente, y ya hablaremos cuando te vea, porque tu ayuda va a ser inestimable. Las cosas aquí no van muy bien y a mí, desde España, se me va de las manos. En cuanto pase la reunión de presidentes, vas a tener que darte una vuelta para organizar un poco esto…

—Claro, contá con eso… y, ahora, decime, ¿qué pensás hacer con la azafata?

—De momento la he invitado a cenar. Después, ya se verá… No estaba muy receptiva.

—Preparate una buena parla. Debe de estar enojada por tu actitud… No sé por qué me pinta que ella no se va a dejar franelear[5] tan fácil…

—Puede ser, pero ya sabes que, precisamente eso, es lo que más me gusta…

—Claro que sí… ¡Ponele garra, che!

—Te llamo mañana desde el barco… Ahora no sé dónde he puesto el horario de llegada, pero cuenta con que comemos juntos…

—Suerte y al toro, amigo… ¿Se dice así en España? Mañana te espero…

—Se dice así en todas partes donde se torea. Gracias, Gonzalo, un

abrazo.

Colgó y se quedó pensando en algo que había dicho su amigo. «Una buena parla.» Él era un correcto conversador cuando se trataba de impresionar a una mujer, pero, en el caso de Lydia, tendría que esmerarse un poco más. Lo conocía en modo «ataque» y no era tan tonta como para dejarse impresionar por su derroche de simpatía y sus dispares chascarrillos si la ocasión lo merecía. Tendría que calentar motores antes de la cena para ir suavizando el camino.

Sentado a aquella mesa, esperando a que le trajeran un pedazo de asado de tira, decidió que ya era hora de enviarle el primer mensaje. Con todo el tiempo del mundo para provocar un buen caldo de cultivo, se inclinó por comenzar apoyado en una canción que había escuchado el día anterior en el hotel. La música siempre había sido un perfecto hilo conductor de sensaciones entre ellos. Y él era diestro en hallar esa canción perfecta que la hiciera conmoverse hasta bajar la guardia. Le encantaba sumergirse en ese juego ambiguo de «Yo escojo estratégicamente y, luego, tú piensa lo que quieras». Repasó la letra. No podía ser más acorde al momento. Sabía que ella la escucharía con atención y, después, analizaría el contenido. Sin duda, iba a darle en todo el eje de flotación y, para cuando empezase el naufragio, Lydia estaría lista y deseando que él la rescatase una vez más. Empuñó el móvil y lanzó el enlace musical en forma de misil evocador, al tiempo que el camarero le ponía el plato sobre el mantel. Comería entretenido, esperando a que ella le enviase su respuesta a modo de bengala de luz para ser rescatada. Sonrió. Aquella parte del cortejo era la que más le divertía. Bebió con celebración anticipada.

Estaba cada vez más cerca.

Capítulo 25

> Y entonces supe que tu amor nunca fue mío. Mía fue la ilusión…
>
> FRIDA KAHLO

Había descansado exactamente cuatro horas cuando el sonido del wasap de Jon irrumpió en el silencio de su habitación. Aunque ya estaba despierta cuando lo recibió, aquella musicalidad, aunque esperada, vino a desatar un cierto clima de ansiedad en su interior. Era algo que venía experimentado desde sus vacaciones en Holbox, siempre que él se comunicaba. Sabía que debía escuchar las señales de su cuerpo. Aquellos avisos eran claros exponentes de los mandatos de su propio instinto, y rara vez se equivocaban.

No quiso dejarse influir por nada. Tan solo se esmeró en encontrar cuanto antes las gafas para leer lo que acababa de llegar. Presentía que aquella ansiedad intermitente podía ser también producto de la sensación de falta de tiempo, ese tiempo que necesitaba para estar completamente segura de qué dirección tomar ante la súbita aparición de Jon de nuevo en su vida. Debía poner en orden sus ideas; seguir en el camino ascendente de solo hacer lo que fuera mejor para ella.

Miró el contenido del mensaje. Lo había vuelto a hacer. Un enlace de una canción con un leve texto que decía: «Mira, ayer pillé esta canción cuando iba por el pasillo del hotel hacia mi habitación…».

Se puso los auriculares y subió el volumen del móvil. Estaba intrigada por saber hasta dónde era capaz de llegar. En ese momento la culpa era de Pipe Bueno y su tema *Confesión.* Imposible creer lo que aquella letra le estaba diciendo.

Empezó a escucharla, perpleja, pero, al llegar a la mitad, y presa

de un ataque de pánico, Lydia no quiso continuar haciéndolo. Con aquellas estrofas, había tenido más que suficiente. Se quedó tumbada en la cama mirando al techo, perdida en la intencionalidad de aquel mensaje que decía mucho sin decir nada en realidad. Esa vez no tuvo duda del intento de manipulación descarado para volver a atraerla hacia él. Fue en ese instante cuando una decisión clara y contundente empezó a tomar forma en su mente, cansada de divagar entre tanta información inconexa. Se enfrentaría a él y hablaría con claridad sobre lo que necesitaba; sin medias tintas; con las cartas boca arriba. Iría a cenar con Jon y aclararían sentimientos, tanto si le gustaba como si no.

Decidió escribir lo que pensaba decirle. No quería que los nervios de tenerlo delante, y la facilidad que él tenía para salir airoso cambiando de tema a su antojo, le impidieran expresar todo lo que había llevado dentro durante tanto tiempo. Sí, contestaría a ese mensaje hipnótico, con la clara finalidad de sentarlo enfrente y hablar cara a cara. «No me creas tan estúpida», soltó en voz alta antes de enviar el wasap.

Lydia: Me acabo de despertar. ¿Qué tal tu mañana?

Jon: Insoportable. Al menos estoy comiendo una carne que no está mal…

Lydia: Solo quería confirmarte que estoy libre para cenar… si sigue en pie, claro.

Jon: ¡Por supuesto que sigue en pie! Eres el mejor plan que se puede tener en Montevideo…

Lydia: Bueno, intentaré estar a la altura de las expectativas.

Jon: Seguro que lo estarás…

Lydia: Confírmame la hora, por favor.

Jon: ¿Nueve?

Lydia: Perfecto, nos vemos en el vestíbulo a las nueve.

Jon: ¿Qué planes tienes ahora?

Lydia: Comeré algo y saldré a pasear.

Jon: Igual nos vemos. Cuando vuelva al hotel tengo intención de salir a correr un rato antes de la cena.

Lydia: Puede que sí… Se lo dejaremos al destino y sus coincidencias.

Jon: De momento, ha trabajado duro para hacernos coincidir aquí, ¿no crees?

Lydia: Sí, debe de estar extenuado, el pobre destino…

Jon: Diría que está encantado…

Lydia: ¿A las nueve, entonces?

Jon: Esperaré impaciente sentado frente a los ascensores. Te va a encantar el restaurante…

Lydia: Me gustará, seguro.

No quiso alargar más la conversación y, con intención, paró de escribir. Ya tenía lo que buscaba. No había necesidad de seguir alimentando una jugada que ya veía con cristalina claridad. Iba a pedir algo para almorzar al servicio de habitaciones y pasaría el tiempo que restaba hasta la cena preparando cada punto que tratar. Por supuesto, no iba a salir a pasear, y mucho menos entonces, que sabía que él estaría en breve por la zona. Verlo antes de la cita, sin tener la conversación definida y estructurada en su cabeza, solo le daría ventaja para llevársela a su terreno, y no se lo iba a permitir.

Buscó dentro de su maleta de vuelo unos folios. Sacó un bolígrafo de su bolso y se sentó en el escritorio, apoyado en la ventana, con la firme intención de no levantarse de allí hasta finalizar su análisis de aquella relación tan imprecisa como indefinible.

Empezó a escribir, pero, al terminar el primer folio, lo rompió. Estaba lleno de reproches y lamentos. Esa no era la idea. Conocía el mal carácter de Jon y no era menester provocar que saliera a flote. Quería llegar a él desde la coherencia y sin ofender; construyendo y no destruyendo.

Volvió a la carga, esa vez concentrándose en seguir un camino asertivo y empático en la escritura que la llevase a desarrollar una

charla con él basada en el entendimiento. Ser sincera sin arrollarlo. Hablarle con el corazón. Y derramó en aquellos papeles todo lo que sentía sin drama ni contención, diciendo con palabras llenas de honestidad lo que su alma le dictó, fluyendo desde lo más hondo de sus sentimientos. Finalizada la carta, respiró hondo, sacando toda la tensión de lo expresado en aquellas líneas.

Cuando llegó el camarero con el sándwich club que había pedido, se sentó en la cama con la bandeja y empezó a pensar en todo lo que había escrito. Estaba comiendo sin hambre para parar la ansiedad mientras la mente le iba a mil revoluciones. Tocaba interiorizar aquel guion preparado y verbalizarlo; ser capaz de vencer al miedo y decirle todo lo que llevaba dentro sin que le temblase la voz en su presencia. Llevó los dos folios a la cama y empezó a leerlos despacio. Se sintió orgullosa de cómo había logrado plasmar negro sobre blanco lo que venía pensando desde la última desconexión. Era exactamente ella en estado puro, aunque desde esa nueva versión de sí misma, muy mejorada y más veraz. Había conseguido escribir lo que realmente sentía.

De repente, el sonido del teléfono de la habitación la sacó de la reflexión súbitamente. Miró el reloj. Solo eran las cuatro de la tarde. Descolgó, intrigada y con cierto resquemor.

—Peque, ¿te he despertado?

Era Gina, una de sus compañeras. Habían quedado en dar una vuelta después de descansar y a Lydia se le había olvidado por completo.

—No, estoy comiendo un sándwich… ¿Estás abajo ya?

—Qué va, me ha llamado mi novio y hemos estado hablando hasta ahora. No he dormido nada, ¿te importa si no voy? Me muero de sueño…

—Para nada, no te preocupes. Yo también prefiero quedarme…

—Sí, mejor descansar ahora. He bajado a recepción a por una Coca-Cola de la máquina y me he encontrado con Carlos, que se iba a correr. Por lo visto, el comandante tiene un amigo español que vive aquí y va a venir a buscarnos para llevarnos a cenar y de copas por ahí. Me ha dicho que se apunten los que quieran, ¿te apetece?

—Hombre, suena bien, pero he quedado a cenar con un amigo…

—Vaya, qué pena. Carlos me lo ha contado como planazo total. Creo que la cena es en su casa, un ático espectacular con las mejores

vistas de Montevideo… Bueno, eso ya lo comprobaré, porque del dicho al hecho… pero no deja de ser una buena alternativa a cenar donde siempre. Si por lo que sea al final se te tuercen los planes, hemos quedado en la recepción a las ocho y media, o sea que ya lo sabes, si no estás a esa hora, te damos por perdida, ¿vale?

—Perfecto, ok. Por quedarme en duda no perdemos nada, que nunca se sabe…

—Desde luego, pero ahí sola en la habitación no te quedes…

—Tranquila, que eso no va a pasar. Gracias por contar conmigo igualmente…

—De nada, guapa. Te veo en el desayuno si no apareces esta noche y te cuento cómo fue…

—De acuerdo. Un beso.

—Otro, *bye*.

Retiró la bandeja de la cama y se tumbó, pensativa. No acababa de ver las cosas con claridad. Había una voz, como un murmullo interior, que le estaba minando todas esas buenas ideas escritas. Ella quería hablar con franqueza de todo lo que sentía, pero, en realidad, no sabía a lo que se estaba enfrentando. Había vivido emociones intensas en torno a una persona de la que sabía muy poco. Cuando había empezado a conocerlo, Jon forzó una distancia infranqueable al regresar de Florencia que ella nunca entendió. Después de esos inicios cargados de momentos inolvidables, su historia se llenó de sombras tejidas de incertidumbre que él jamás se interesó en aclarar. Aquel importante detalle parecía haber pasado desapercibido para los ojos de Lydia en el desarrollo de sus sentimientos por Jon. Ella se había agarrado con fuerza a lo que habían vivido juntos, permitiendo que sutiles señales y todas aquellas intermitentes canciones cargadas de frases que describían a la perfección su historia le hicieran alimentar la ilusión de que algún día volverían a lo que tuvieron en los inicios.

Entendió justo ahí, tumbada en aquella cama a dieciocho mil kilómetros de su casa, que esos pensamientos que creó hasta pensar que había encontrado a su alma gemela fueron pura entelequia; que, al final, los momentos de dolor y lágrimas, en la balanza, pesaron mucho más que los de pasión y felicidad.

De pronto, se acordó de lo que Gloria le había recomendado justo antes de salir hacia Montevideo. Estaba aterrada con la idea de encontrar un verdadero motivo que le dijese que había estado

equivocada todo ese tiempo, pero tenía que hacerlo.

Entró en el WhatsApp de su amiga y comprobó que le había mandado tres enlaces de diferentes psicólogos especializados en distintos aspectos de la dependencia emocional. Con cierto escepticismo, se colocó los auriculares y empezó a escuchar el primero de ellos. Titulado «Cómo reconocer a un narcisista», el psicólogo se centraba en los rasgos que lo definían. En el primer punto, decía que solían ser personas atractivas, inteligentes, simpáticas y buenas conversadoras, y que, desde el primer momento que las conocías, caías subyugado ante sus encantos… hasta que lograban conquistar a su objetivo, eran elogiadoras y zalameras. Después, exponía con claridad que no daban ninguna importancia a lo que la otra persona sintiera o pensase, dejándole siempre claro que lo que realmente contaba eran sus pensamientos y su opinión, adoptando una postura de superioridad intelectual con todo el mundo. En el tercer apartado se centraba en algo concluyente: la culpa de todo siempre era del otro. Según su manera de pensar, todo lo que hacía estaba bien y, cuando había algún error, era indefectiblemente culpa de los demás. Tampoco le interesaban las preocupaciones del otro. Esa persona solo vivía pensando en su mundo y en sí misma. Continuó escuchando hasta llegar al más terrible de todos los puntos. El narcisista nunca cambiaría, iba a ser siempre así, hasta el fin de sus días.

El segundo audio, titulado «Banderas rojas para detectar a un narcisista», coincidía en los mismos aspectos que el anterior y añadía aún más. El bombardeo del amor. El especialista citaba textualmente: «Cuando conocen a alguien que les interesa, no tienen problema en implicarse, psíquica y emocionalmente, con esa persona. Querrán una relación muy estrecha, proponiendo planes acelerados para atraparla cuanto antes y someterla. Después le irán dejando el poso de la esperanza para que sea el otro quien luche por la relación y nunca sea suficiente. Puede que no estén con esa pareja, pero quieren que esté ahí para, cuando ellos quieran, poder usarla. Aparecen y desaparecen, unas veces acercándose y otras alejándose sin explicación alguna, creando una relación tóxica. Suelen hablar de sus relaciones anteriores, en las que siempre han sufrido mucho y se lo han hecho pasar muy mal. Simplemente es una excusa para que, a la hora de maltratar, la pareja tenga más aguante. Siempre se tiene una sensación rara dentro de la relación, como de que te ocultan cosas, que no te

están diciendo toda la verdad. Tu intuición te dice que esa persona no es transparente del todo como tú. El principio de la relación es como un cuento de hadas y tiendes a idealizarla. Pasan horas mensajeándote, te escuchan atentamente, se interesan por conocerte a fondo. Tienen una cultura que abarca todos los campos. Saben de cine, de literatura y de todo lo que puedas imaginar. Manejan la conversación con soltura y parece que están por encima del resto. Siempre llevan razón y saben claramente de lo que hablan, sin cuestionarse si puede haber alguien mejor que ellos. Parece que conectan tan perfectamente contigo que podríais ser almas gemelas y tener una vida de ensueño. Cuando te hablan de su pasado, las historias están como fragmentadas. Hay piezas del puzle que no encajan. Hay períodos de los que nunca hablan y otros de los que te dan todo tipo de datos. Son buenos amantes en la cama. Te harán vivir nuevas sensaciones, en las cuales siempre serán los protagonistas. La sexualidad será placentera, pero en el fondo siempre habrá algo frío. Tienen el ego muy hinchado. Necesitan ser siempre el centro de atención; escuchar lo estupendos que son, lo guapos, lo especiales que te parecen. Tienen una necesidad continuada de atención. En una discusión, el responsable de esta siempre será la otra persona. Siempre van a tener una justificación de su comportamiento abusivo respecto a los demás».

Lydia empezó a temblar mientras escuchaba. Su cuerpo somatizó de inmediato la información y se reveló, expresando lo que sentía. Era durísimo enfrentarse a ello. Obviar aquellos datos no era el camino y, aunque su mente se resistía al cambio, decidió acceder al último enlace, en el que el psicólogo hablaba de las cinco razones por las que un narcisista regresa. Quizá en ese momento era el audio que más necesitaba y, por ese motivo, respiró profundamente y pulsó la pantalla de su teléfono, sabiendo que, después de escucharlo, ya no habría marcha atrás. El terapeuta empezó a hablar con una voz cercana pero firme. Explicaba con aplomo que no regresan para enmendar fallos en la relación o para pedir perdón. Sus palabras eran losas inamovibles.

«Después de que tú has pasado unos meses sin él, mejorando, sanando, recuperando tus valores, ese contacto va a hacer que vuelvas atrás en ese mismo instante. Es como despeñarte de nuevo por el acantilado tras haber estado meses escalándolo. Quiere que vuelvas a

caer y te retraumatices. Ahora que tu psique ya estaba centrada en algo nutritivo para ti, busca que se inunde de un campo mental negativo, con ansiedad, agonía y obsesión de nuevo. Vuelve la melancolía manchada de disociación, de disonancia cognitiva, conduciéndote a los buenos recuerdos de cuando el *love-bombing*[1] estaba en pleno apogeo. Te olvidarás de esos recuerdos de lucidez que te permitieron darte cuenta de la distorsión y te acercaron al amor propio, dándote valor. Va a buscar un momento sorpresa para generar un *shock* emocional y es ahí cuando volverás a caer en un vacío que no tiene fin. Quiere que vuelvas con él porque esa distancia que habías conseguido tan terapéutica lo estaba haciendo desaparecer a él como persona. Porque, sin ti, sin alguien, no existe, no es nada. Va a utilizar la misma receta de seducción, pero modificada porque ya te conoce mucho mejor y sabe cuáles son tus debilidades. El problema de recaer cuando ya sientes que lo has superado es que las condiciones van a ser mucho peores. Regresa para oprimirte con más fuerza. Retraumatizarte tiene un sentido de demostración. Así, lo hace para enseñarte que estás a su merced; que su presencia te sigue impactando, y para demostrarse a sí mismo, desde ese frágil ego, que aún tiene poder sobre ti. Eso le va a dar un chute importante de combustible. Le otorga seguridad y le genera placer desde el sadismo emocional de verte nervioso y afectado por su nueva aparición. Si te contacta, es porque aún te necesita para sentir algo, porque, por ellos mismos, son incapaces de hacerlo. Necesita de tu espejo para ubicarse en la realidad. Si reaccionas emocionalmente y lo aceptas, va a seguir nutriéndose de ti, porque su sadismo emocional no le permite sentir. Confunde el poder con el amor. Para él solo eres un objeto que le reporta bienestar emocional. Regresa para volver a nutrirse de ti, para llevarse todo ese refuerzo y toda esa seguridad que tú le dabas. Vuelve para recibir esa dosis de energía y, aunque haya encontrado a otra presa de la que alimentarse, regresa para abastecerse de eso que te hace único.»

Como última recomendación, el psicólogo lanzaba un mensaje de salvación y ayuda a quien le estuviera escuchando: «Si esto es así y ha vuelto, sal de su campo de acción y corre sin mirar atrás…».

Aquella verdad tan brutal se instaló en la cabeza de Lydia, entendiéndolo todo de repente. Ella sola, con su obsesión de amarlo por encima de sus propias necesidades, había caído en la temible

trama agónica de un perverso narcisista de libro. De la forma más casual y oportuna, aquellos audios habían llegado a su vida momentos antes de su cita con Jon y, una vez más, se repitió la frase «La casualidad no existe. Todo pasa por algo y siempre acompaña a una causa».

Miró con frialdad la hora. Ya eran las siete y media. El tiempo había pasado muy rápido, sumida como había estado en encontrar las respuestas que necesitaba. Se levantó de la cama, ordenó sus papeles y se metió en la ducha, evaluando bajo la pureza del agua todo lo escuchado. Necesitaba bajar el estrés que estaba sintiendo y se quedó un rato bajo el chorro, apaciguando los niveles de cortisol que le bullían en sangre. A los pocos minutos empezó a sentirse mejor. Había tomado una decisión, la más valiente y difícil de todas.

Se envolvió en la toalla y sacó del armario la ropa que iba a ponerse, dejándola sobre la cama. Después, volvió sobre sus pasos al baño para maquillarse antes de comenzar a vestirse. Frente al espejo, se quedó paralizada por la mirada que le devolvió su propia imagen. Todavía no podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero sus ojos ya lo sabían.

Se abrochó la camisa y, después de meterse en los mismos vaqueros de aquella primera y única noche de tabernas con Jon, se sentó en la cama para grabar el audio. Habló despacio, modulando la voz para camuflar los nervios, sin extenderse demasiado en el mensaje. Al acabar, se escuchó de inmediato. Había quedado convincente, educada y concisa. Le gustó. Era exactamente lo que quería. Se calzó sus botas favoritas, se puso una chaqueta de traje negra y, llenando el bolso con todo lo que iba a necesitar para esa noche, salió por la puerta. Eran las ocho y media en punto.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el vestíbulo, caminó con paso firme. Miró hacia el exterior y allí estaban. Gina fue la primera en verla y entró para recibirla. Suspiró, sonriéndole. Había llegado a tiempo.

—¡Al final vienes! —exclamó, encantada de contar con ella esa velada.

—Sí, después de lo que me has contado antes, no podía faltar…

—¡Vamos, que mi amigo ya está aquí! —se oyó desde la puerta la potente voz de Carlos mientras les señalaba la furgoneta que debía recogerlos a todos.

Aceleraron el paso en dirección a la salida. Diciéndole adiós a Gustavo, el recepcionista que aún seguía de turno, sacó el móvil del bolso y, antes de perder el wifi, simplemente lo hizo. Con el pulso desbocado, envió el mensaje a Jon. Acto seguido y con el estómago en la boca, lo bloqueó. No necesitaba respuesta, pero sí una copa. Era lo primero que iba a hacer en cuanto llegase a la fiesta.

* * *

Se estaba acabando de afeitar cuando oyó el sonido de un wasap entrando. No pudo verlo. Había dejado el teléfono sobre la cama al llegar de correr mientras se duchaba. Estaba relajado y satisfecho. Se sentía genial. El ejercicio físico le revolucionaba las endorfinas, incrementando su buen humor. Al final, su oficioso impulso de pasar por Montevideo antes de su viaje oficial a Argentina había sido mucho más que productivo. Una jugada perfecta. Con el bueno de Lichardi sacándole los problemas de encima en ese momento y dispuesto a encargarse de la delegación de Uruguay, la oficina saldría adelante y él podría ocuparse de otros asuntos de mayor peso. Sabía que podía confiar en él. Su fidelidad era un hecho y, además, Gonzalo no podía fallarle. Se había ocupado durante años de que el argentino le debiera algún que otro favor que, entonces, definitivamente, se estaba cobrando. Los amigos eran indispensables para la consecución de sus fines. En su mundo, las cosas funcionaban así, concluyó mientras se limpiaba la cara de los restos de espuma de afeitar.

Todavía quedaban treinta minutos para su cita. Disponía de tiempo suficiente para vestirse con calma. Odiaba llegar tarde. Precisamente esa era una de las cosas que le encantaban de Lydia. De todas las mujeres que habían pasado por su vida, y sin forzar demasiado su gran memoria, podía afirmar que la azafata era, sin duda, la más puntual. Quería llegar antes que ella, que se sintiera halagada viéndolo allí sentado, esperándola. Además, no quería perderse la imagen del ascensor abriendo sus puertas y Lydia saliendo de él con sus mejores galas.

Se acercó al armario, olvidándose de consultar el móvil, tan solo concentrado en encontrar el modelo indicado para apoyarlo en su plan de volver a seducirla. Se decidió por unos vaqueros y una camisa blanca; elegante y casual. Los zapatos, los de piel marrones, a juego

con la chaqueta que Lydia le regaló en Florencia. Sabía que, cuando ella lo viese vestido así, no podría controlar mostrarle una sonrisa franca y hermosa, por lo que, a partir de ahí, todo sería más fácil. Contempló su imagen en el espejo, comprobando con satisfacción el resultado de su aspecto. Estaba listo. Había llegado el momento de recuperarla, se dijo. Sonrió con aprobación al reflejo que le devolvía aquel cristal. Era imposible que ella rechazase a aquel hombre seguro, triunfador y tremendamente atractivo, pensó mientras recorría con detalle la imagen de sí mismo.

Metió la cartera en el bolsillo de la chaqueta y se giró hacia la cama, donde yacía expectante su teléfono, esperando su atención. Al verlo, recordó que había recibido un wasap y se sentó en la cama para leerlo. Era de Lydia. Al comprobar que era un audio, le pareció extraño, pero, sin tiempo para análisis, lo abrió sin más. La voz de ella comenzó a hablarle, llenando el vacío de la habitación con la calidez de su tono, y un terrible presagio se apoderó de su seguridad al instante.

> Lydia: Hola, Jon, buenas noches… Mira, he decidido que no voy a ir a la cena. Si soy honesta, en realidad pretendía despedirme de ti. Creo que lo mejor es no estar más en contacto. Esta historia, para mí, está cerrada, por lo que espero que entiendas que no quiero verte más. Solo me queda desearte lo mejor y decirte que he aprendido muchísimo contigo, pero ya está…, se acabó. Gracias por todo. Cuídate mucho.

Notó cómo un calor sofocante le invadía el rostro mientras las manos apretaban con furia el aparato. Aquello no podía estar pasándole. Imposible. Volvió a escucharlo mientras su desesperación iba subiendo peldaños, acelerándole el ritmo cardiaco. ¿Cómo era posible que le hablase así? ¿Pretendía rebelarse contra sus deseos? Él era quien decidía lo que debía ser; quien marcaba cómo, cuándo y dónde. Había invertido mucho tiempo y energía en organizar aquel encuentro y a él nadie lo dejaba de aquella manera. Nadie.

Pulsó el icono del WhatsApp para llamarla, y comprobó que lo había bloqueado. Tiró el móvil sobre la cama de nuevo y cogió el teléfono de la habitación para llamar a recepción.

—Buenas noches. ¿Me podrían dar el número de la habitación de

Lydia Osma?

—Permítame comprobarlo… Habitación doscientos veintidós, ¿quiere que le pase la llamada?

—Sí, gracias…

—Le comunico…

Dejó que el tono se agotase, sin recibir respuesta. Miró el reloj. Eran las nueve menos diez. Decidió bajar y llamar a la puerta. Tenía que estar allí. Salió de su cuarto dando un portazo y, a grandes zancadas, atravesó el pasillo hasta el ascensor. Entró y pulsó el número dos. Respiró con fuerza, buscando tranquilizarse. No podía llegar desencajado. Al salir del cubículo, caminó despacio, comprobando los números de las habitaciones, hasta que llegó a la de Lydia. Golpeó con los nudillos suavemente. No quería provocar un escándalo. Agudizó el oído, en pos de alguna señal de vida dentro del cuarto. Nada. Lydia no estaba. Abatido, apoyó la frente contra la puerta sin saber qué hacer. Su cuerpo estaba agotado por la pelea mental que estaba librando y que aún no se podía creer. Necesitaba recuperarse de aquel golpe inesperado y volver a controlar la situación.

Regresó por el pasillo hasta los ascensores y bajó a la recepción. Quedarse en su habitación no era una opción. Al llegar al vestíbulo, miró en todas direcciones, buscándola, aun sabiendo que no la encontraría. Salió a la calle a respirar. El viento de la ciudad comenzaba a soplar con fuerza, amenazando con llevarse con él todas sus expectativas tan bien trazadas. Estaba deshecho, incapaz de enfrentarse solo a aquel vacío del alma sin ella. Eran las nueve en punto cuando comprendió que Lydia lo había abandonado. Sin control sobre lo que estaba ocurriendo, un intenso miedo comenzó a invadirlo. Ignorante de saber si era por necesidad o por amor, aceptó la situación refugiándose en la única forma que conocía: la frialdad y la distancia de las emociones. Quizá ella sentía que había ganado la batalla, pero ya veríamos quién ganaba la guerra. Con la confianza de un gran estratega, volvió a entrar en el hotel. Curiosamente, empezaba a sentir hambre y necesitaba con urgencia beber algo.

Caminó hacia el restaurante y ocupó una de las mesas cerca de la cristalera. Miraba hacia el exterior, nervioso, perdido. Volvió la vista hacia el interior, buscando al camarero, cuando reparó en las piernas cruzadas de una mujer que estaba sentada sola, trabajando con un

portátil. Sobre la mesa, un cóctel. Era ella. La misma que la noche anterior se le ofreció en bandeja de plata.

Recordando su primer encuentro fallido en la barra del bar, decidió que quizá, después de todo, debían conocerse más a fondo. Se levantó y avanzó hacia ella, dejándose llevar por un impulso. Al llegar a la mesa, la mujer levantó la vista de su ordenador y, al comprobar que era él, se quedó perpleja. Jon empezó a hablar con esa tranquilidad humilde que desprendía cuando estaba seguro de conseguir algo.

—No pretendo interrumpirte, pero me estaba preguntando si deberíamos cenar solos o aprovechar la ocasión… Aunque estemos aquí por trabajo, siempre es agradable compartir una mesa y, por qué no, una interesante conversación. ¿Qué opinas?

Ella lo observó, sorprendida ante sus palabras e intrigada por aquella mirada azul que le impactó la primera noche y que en ese instante tenía delante de nuevo. Sin argumentos, apabullada por todo ese encanto que irradiaba su interlocutor, sonrió, divertida por el atrevimiento, y le hizo un gesto con la mano, invitándolo a sentarse.

—Claro, por qué no… Estaba terminando de enviar un informe y, por hoy, se acabó el trabajo —contestó, cerrando el portátil delante de él y mudando inmediatamente la actitud de ejecutiva a seductora.

* * *

Desde el mostrador de recepción, terminando su jornada laboral y con todo listo ya para pasar el turno a su compañero en cuanto llegase, Gustavo no pudo evitar fijarse en la escena que se estaba desarrollando a pocos metros de él, protagonizada por el mismo hombre que había estado hablando en el desayuno con la simpática azafata que siempre lo saludaba con tanta amabilidad. Se acordó de que, media hora antes, una voz masculina, desde la *suite* mil quinientos cincuenta y uno, había llamado interesándose por contactar con su habitación y, tratándose de ella, había apuntado la procedencia de la llamada para informarle por la mañana cuando la viese. Comprobó el nombre del huésped: Jon Urrutia, también español y con tarjeta VIP de la cadena. Tenía prevista su salida del hotel al día siguiente. Evidentemente, se trataba del mismo caballero que en ese momento departía, entretenido, cenando con otra huésped alojada

allí. Por alguna razón inspirada en la intuición de los años de psicología práctica detrás de un mostrador, aquella situación le llamó la atención. Sin entrar en juicios ni valoraciones, se limitó a observar, apoyado en su balcón con inmejorables vistas, desde la invisibilidad que le aportaba su uniforme para los ojos de todos los allí presentes, incluidos los del señor Urrutia y su misteriosa acompañante.

—¿Qué hacés, Gus? —Con cara de sorprendido, se giró y vio a su compañero, que acababa de llegar para incorporarse al turno de noche.

—Hola, llegaste temprano…

—Había poco tránsito y salí con tiempo…

—Ah, genial… por acá, todo tranqui. Tenés tres habitaciones por hacer el *check in* y, del resto de entradas previstas, ya están todos alojados.

—Ta…[2] eso no es nada… Si querés, te saco la lista de ocupación con los *check out* y *check in* de mañana y así, cuando llegués, estás más tranquilo. Si no me equivoco, tenés dos tripulaciones de salida y otras dos de llegada que se cruzan…

—Sí, y unas veinte salidas de clientes normales… Te agradezco si lo dejás pronto…[3] ¿Te traigo un café antes de irme?

—No, gracias. Tengo el mate a punto para cuando el restaurante se vacíe… Andá tranquilo.

—Che, una cosa más, ¿me hacés un favor?

—Obvio, decime…

—¿Ves aquella mesa del fondo donde están cenando el tipo canoso y la morocha?[4] —dijo, saliendo del mostrador con absoluta discreción, sin mirar en esa dirección.

—Sí… ¿Salen mañana?

—Él, sí; ella, no lo sé. En realidad, eso no importa… —le aclaró, mirándolo, buscando su complicidad—. Lo que quiero saber es lo que van a hacer cuando terminen de cenar. Vos mirá y mañana me contás…

—Está cantado —respondió, mirando hacia el restaurante con cierta curiosidad—. Si querés, te lo confirmo ya… —comentó, sonriendo con sarcasmo a su compañero.

—Vos vigilá… Con eso, ya está. Buen turno, amigo. Te veo a primera hora… Chau.

—Dale, ¡que descanses!

* * *

La mujer lo miraba embelesada mientras Jon, derrochando empatía ficticia propiciada por la necesidad, no paraba de hablar. Era difícil disimular el aburrimiento cuando la presa era tan probable. En ocasiones tenía que esforzarse en enmascarar su falta de ganas. Apoyándose en esos sutiles detalles que convertían su conversación en algo hipnótico, su casual acompañante permanecía sin pestañear, escuchándolo fascinada. Observando el movimiento de sus labios mientras comía, se preguntó cuánto tiempo más debería invertir para tenerla a su merced, desnuda y jadeando en su cama. Estaba ante un caso claro de victoria anunciada. Decidió que no gastaría mucha más energía en seducirla, ya que el trabajo estaba hecho y rezumaba éxito. Olvidaría el fracaso de sus planes con Lydia alimentando su ego con el combustible de aquella piel aún por clasificar. Sabía que no iba a ser lo mismo. Aquella ejecutiva era tan fría como él. No había espontaneidad en sus gestos, carecía de ingenuidad y todo en ella parecía estar premeditado. Refugiada en las posibilidades que ofrecía tener un físico voluptuoso y sensual, se mostraba segura, con el riesgo calculado. Adolecía de rasgos esenciales para él.

Cuando se acabaron la segunda botella de vino y ante la gélida sensación de no tener nada que ofrecerse excepto la lascivia de una noche de sexo, Jon pidió la cuenta, cargándola a su cuarto. Caminaron hasta el ascensor seguidos por la atenta mirada del recepcionista, invisible a sus ojos.

—¿Te apetece tomar una copa en mi habitación? Tengo una terraza amplia y las vistas no están mal…

Ella, con los ojos brillantes a causa del alcohol y una sonrisa plebeya, se apoyó en las solapas de su chaqueta, acercándose a su boca para musitarle sinuosa, rompiendo las distancias.

—¿Y tu cama? ¿También es amplia?

Aquella pregunta, con sus labios a menos de un palmo, no le gustó en absoluto, pero disimuló. El ascensor se abrió, iluminando con su luz interior la escena. Jon, incómodo, sonrió con cierto recelo mientras le hacía un gesto para que entrase, recuperando así su espacio, invadido por aquel perfume empalagoso. Los tiempos los marcaba él y no le gustaban ese tipo de comentarios burdos y directos

procedentes de la boca de una mujer. Tanta obviedad le desataba el desencanto. Empezaba a no tenerlo claro. Quizá su estado de ánimo lo había llevado a precipitarse con alguien que hasta el momento no le había aportado nada relevante. Necesitaba ganar tiempo y estructuró una estrategia sobre la marcha.

—¿Cuál es tu piso? —preguntó directo, sin delicadezas.

—¿No vamos al tuyo? —Ella sonrió con desconcierto, intentando encajar la pregunta.

—He pensado que querrías dejar el portátil y darte una ducha…

—Ahhh, no lo había pensado, pero es buena idea. Estoy en la cuatrocientos cuatro…, cuarta planta.

Marcó el botón del cuatro y subieron. Al abrirse las puertas, ella salió, andando sobre sus tacones con cierta dificultad. Se giró y alzó la mano en señal de despedida desde el pasillo.

—Dame veinte minutos y vete enfriando el champán…

Jon asintió con poco entusiasmo mientras el ascensor se cerraba. Acababa de decidir que se había equivocado. Cuando llegó a su habitación, se tumbó en la cama pensando qué hacer. Él no se acostaba con cualquiera. Era tremendamente selectivo en la elección de sus acompañantes y, por alguna razón, tenía el presentimiento de que aquella mujer, lejos de aportarle algo, iba a restarle la poca energía que le quedaba. No correría el riesgo. Se incorporó y, descolgando el auricular de su teléfono de sobremesa, marcó el número de su habitación.

—¿Ya me echas de menos? —contestó ella, segura de que era Jon quien la llamaba.

—En realidad, no… He pensado que mañana madrugo mucho y no es buena idea que vengas…

—¿Hablas en serio? —Su entonación se había tornado seria, dejando atrás los efectos del vino.

—Totalmente —pronunció, seguro, disfrutando de la consternación de una voz que nada le importaba.

—Eh… Estaba preparándome para subir… —Se notaba que empezaba a perder los nervios—. Podrías haberlo pensado antes…

—Bueno, simplemente he cambiado de opinión, lo siento…

—¡Que lo sientes! Eres un imbécil de manual…

—Vaya, gracias, y, después de esto, creo que nuestra conversación ha terminado —replicó con solemnidad aderezada por

una tranquilidad pasmosa.

—¡Por supuesto que ha terminado! Espero no volver a encontrarme contigo nunca más… ¡Capullo! —le espetó, indignada, mientras, con un fuerte golpe, colgaba el teléfono.

Estaba entrenado para asimilar ese tipo de reacciones en las mujeres, por lo que no le dio ninguna importancia. Era un hombre de amplio espectro pero con gustos muy definidos y, cuando daba una negativa, a veces ocurrían ese tipo de episodios desagradables. No era culpa suya si ella no había pasado el filtro. Aquella aproximación en la puerta del ascensor, chulesca y fatua, había sido más que suficiente para descartarla de inmediato. Además, había demostrado ser una ordinaria, insultándolo en dos ocasiones. «Encima de que la he invitado a cenar», pensó.

Felicitándose por la decisión tomada, resolvió que no le iba a dedicar un minuto más de su tiempo. Esa mujer fue eliminada de su mente al instante.

Descolgó de nuevo y volvió a marcar el número de la habitación de Lydia. No era demasiado tarde y quizá ya habría vuelto. No hubo respuesta. Comprobó en el móvil que ya no podía ver su foto de perfil. Empezó a sentir ansiedad al entender que seguía bloqueado e incapaz de llegar hasta ella.

Entró en la ducha, triste, buscando amparo. Además, necesitaba borrar de su cuerpo cualquier huella que hubiese quedado de aquella mujer vulgar e inservible. Era lo único que podía hacer para sosegar su desanimo. Dejó que el chorro casi ardiendo le golpease suavemente sobre las cervicales mientras la estancia se llenaba de vapor hirviente. Pero el agua solo hizo que traerle recuerdos de su pasado con Lydia…, todo lo que ella removía en lo más remoto de su ser; sus besos, sus caricias, aquella entregada forma de mirarlo, los gemidos que se escapaban de su boca cuando la penetraba… incluso su capacidad para darle lo mejor de ella, sin esperar nada a cambio. Recordar su esencia le produjo una gran erección y empezó a masturbarse con avidez, acariciando la imagen que la mente le trajo de su cuerpo desnudo y adorable. Todo ese fuego que ella le provocaba se tradujo de inmediato en espasmos retóricos que lo hicieron llegar de inmediato a un orgasmo cargado de dolor y súplica. Y empezó a llorar como un niño pequeño y desvalido. No podía soportar la idea de haberla perdido. La necesitaba para seguir alimentando su vacía

existencia.

Saliendo de la ducha, recuperó la compostura y, aún con la toalla enrollada, se tumbó en la cama, abrumado por todo ese desconcierto que no estaba acostumbrado a sentir. Por el momento, tenía que olvidarse de ello, darse una tregua. Ya de vuelta en Madrid, ordenaría sus ideas y vería qué hacer con ella. No se iba a rendir tan fácilmente. Por lo pronto, tocaba desconectar y pensar en la reunión de presidentes. Se jugaba mucho en Argentina y aquel imprevisto no iba a dar al traste con su probada capacidad de llevar cualquier evento al éxito más absoluto. Se levantó y comprobó el horario del barco. No le apetecía hablar con Lichardi, pero tenía que confirmarle la llegada, así que optó por un escueto mensaje de wasap.

Jon: Llegaré a la una y cuarto a Puerto Madero.

Gonzalo: Perfecto. Reservo mesa en Cabaña Las Lilas para las dos en punto. ¿Todo bien?

Jon: 👌

Gonzalo: Genial. Mañana me contás…

Jon: Seguro… Gracias por ir a recogerme.

Gonzalo: Un gusto como siempre, amigo.

Necesitaba descansar. Puso el teléfono en silencio y se metió en la cama sabiendo que, aunque ella había dado por finalizado el capítulo en Uruguay, el desenlace del libro de sus vidas era una incógnita que quedaba pendiente de escribir.

Capítulo 26

> Sé feliz, lo mereces por todos los días de tormenta que pasaste. Vive para estar bien y que nada logre derribarte.
> Eso es lo importante.
>
> RAFAEL CABALIERE

Gustavo llegó a la recepción del hotel temprano. Quería tomarse un café antes de empezar el turno y no le gustaba hacerlo con prisas. Además, el día se había levantado con ese viento desapacible e incómodo que invitaba aún más a refugiarse en alguna bebida caliente para entonar la mañana. Cuando soplaba la sudestada,[1] la humedad se volvía insoportable y el frío calaba hasta los huesos. Estaba acostumbrado y, por eso, llegar antes para ese café bien caliente se había convertido en un ritual que compartir con el compañero que salía del turno de noche. Paró un momento en la máquina y se dirigió al mostrador portando dos humeantes tazas.

—Buen día, Diego… ¡Paaaah,[2] qué frío! Contame, ¿en qué andás? —dijo, animado, entregándole su café.

—¡Qué rico, gracias! En nada, todo bien… Mirá, acá te dejé las listas de entrada y salida. Llegaron los clientes que faltaban y también un señor sin reserva que sale mañana y ta… después de las doce, que cerró el bar, calma total…

—Listo el pollo…[3] y, de mi encargo, ¿pudiste vichar[4] algo?

—¡Aguantá, bo![5] Obvio que investigué. ¿No me tomás en serio? Soy un detective de primera…

—Dale, ¿qué viste?

—Lo necesario para confirmarte que durmieron juntos…

—¿Seguro? Mirá que no podés fallar…

—No tengo duda. Antes de entrar al ascensor, ella lo dejó bien claro… ¡La tipa estaba recaliente! Se le tiró encima y se lo comió

adelante mío… Obviamente terminaron en la misma cama, pero, decime, ¿desde cuándo te interesa lo que hacen los clientes?

—En realidad, no me interesa… Es solo que… En fin, cosas mías, bo. Nada que nos vaya a cambiar la vida.

—Vos sabrás qué estarás tramando… Estás raro, Gustavito, pero ta. Me voy, que acaba de llegar un taxi con tus primeros clientes y no quiero que me agarren acá —dijo el compañero, mirando hacia la puerta principal, al comprobar que un taxista estaba en la parte trasera de su coche, descargando maletas, y dos personas bajaban de este, mirando a su alrededor con cara de recién llegados.

—Dale, andá tranquilo. Esta noche no te veo, porque tengo libre hasta el jueves… Descansá y gracias por la información.

—Me quedo intrigado, che, pero otro día me contás…

—Obvio… con otro café y más tiempo. Chau, amigo. Abrigate al salir…

—Sí, hace un frío de la puta madre… Hasta el jueves entonces, Gus.

* * *

Eran las siete de la mañana y Lydia estaba tumbada en su cama con la mirada perdida en la luz, pues empezaba a clarear, que atravesaba levemente la cortina de su ventana. A pesar de haber llegado pasadas las tres de la madrugada, ya no podía dormir más. Estaba inquieta, dándole vueltas a todo lo ocurrido; a su decisión y a la locura de haber sido capaz de hablarle así. A pesar de haber estado entretenida, rodeada de gente interesante y en un ambiente relajadamente divertido, Jon había estado presente en su mente cada vez que encontraba un segundo para aislarse y recuperar sus pensamientos. Desde las infinitas vistas de la terraza de aquel ático espectacular donde se refugió cada vez que pudo, no pudo parar de pensar en la reacción de Jon ante el mensaje tan contundente que le había dejado. Podía divisar perfectamente el moderno edificio del hotel Aloft y se imaginó la convulsión de él al escuchar su voz hueca de sentimiento, como si fuera un zombi vacío de vida y esperanzas. En realidad, así se sentía: rota por dentro e incapaz de saber cómo recuperar su corazón. Sabía que su decisión traería un duelo imparable que viviría el tiempo que fuera necesario, y era

tremendamente duro asumir el dolor de asimilarlo.

Tenía la certeza de que la había llamado a la habitación. La luz roja intermitente del teléfono de la mesilla de noche no dejaba duda. No había mensajes, pero sí dos llamadas; una registrada a las nueve menos cuarto y, la otra, a las once y once. Imaginó que la primera correspondía a la desesperación en mitad del *shock* provocado por su negativa a verlo y, la segunda, a la aceptación más tranquila de los hechos… a quemar el último cartucho para que ella entrase en razón, olvidándose de los dictados de su propio ego maltrecho por el impacto recibido. Su intuición le decía que, debajo de toda esa arrogancia y su siniestra intermitencia cruel de aparecer y desaparecer de su vida, Jon no podía prescindir de ella y que perseveraría en recuperarla a cualquier precio. Aquellos pensamientos la llevaron a volver a sentir el temor de no poder escapar de lo que solo él la hacía sentir.

Se acordó de que el vasco saldría del hotel rumbo a Argentina temprano y decidió que, para entonces, ella debía ponerse de nuevo a salvo. Hacía un tiempo horrible, pero poco le importó. Había traído ropa de abrigo suficiente y, junto con la adrenalina de la huida, su cuerpo entraría en calor sin dificultad.

Decidida a protegerse de un encuentro inesperado, se vistió con rapidez. Aquel paseo no era una opción. En realidad era una necesidad y su única salida. Eran casi las ocho. Debía marcharse ya.

Una mirada hacia el escritorio le hizo reparar en los papeles que, debajo de la ventana, habían quedado olvidados después de plasmar en ellos todos los sentimientos que la habían llevado a tomar esa decisión. Sin saber muy bien por qué, se acercó y, metiéndolos en un sobre, escribió en el anverso «Jon Urrutia».

Aquella carta improvisada contenía todo lo que había pensado decirle durante la cena a la que nunca asistió. Sopesó la idea un instante más. Si al final resultaba que él era un enfermo emocional incapaz de conectar mente y corazón, aquellas palabras no lograría entenderlas, pero, si no era más que un hombre parco e incapaz de aceptar sus sentimientos, la carta le hablaría directamente a la conciencia del alma. Sin pretenderlo, Lydia tenía en sus manos la posibilidad de despedirse, dejándole claro todo lo que llevaba dentro y jamás pudo compartir con él. Lo quería demasiado como para dejarlo sin una explicación y con la horrible sensación de no saber la realidad de su partida: la agónica incertidumbre que ella, de su mano, había

padecido tantas veces.

Guardó el sobre en el bolsillo de su anorak y salió deprisa por el pasillo camino del ascensor. Bajando, pudo oír su respiración acelerada en aquel habitáculo acorazado que apantallaba sus latidos, luchando por hacerse oír. Al abrirse las puertas, anduvo con temor sobre sus frágiles tobillos, recorriendo con la vista cada rincón del vestíbulo. Solo unas pocas personas desayunaban tranquilamente, y él no era una de ellas. Miró hacia la recepción y, al ver a Gustavo detrás del mostrador, se sintió aliviada. Era la persona perfecta para recibir su misiva y hacerla llegar a buen puerto.

—Buenos días, Gustavo. Qué bien que estés tú de turno… —dijo, acelerada, esbozando una sonrisa nerviosa solo para complacerlo.

—Buen día. Qué bueno verla ahora que estoy tranquilo… ¿Va a desayunar?

—No, lo haré al volver de mi paseo… Prefiero salir temprano y luego sentarme con calma a comer algo. Ahora no tengo hambre.

—Bueno, hoy el tiempo no acompaña, pero ya veo que se abrigó muy bien…

—Sí, menos mal que al final me traje ropa de invierno. Hoy ha amanecido muy feo…

—Por el momento hay un vendaval incómodo, pero la información meteorológica anuncia que sobre las doce para y dan sol… ¿Por qué no sale a esa hora?

—No-no puedo —dijo, entrecortada. Había llegado el momento de entregarle el sobre—. Gustavo, necesito pedirte un favor. Verás, quería dejar una carta para un huésped que sale hoy por la mañana. ¿Podrías hacérsela llegar?

—Cómo no. ¿Sabe la habitación?

—No, pero tengo su nombre… Jon Urrutia. Debe de estar a punto de salir —añadió, mirando hacia los ascensores, implorando que no apareciese antes de que ella se hubiera ido.

Gustavo disimuló, mirando la pantalla del ordenador. Sabía perfectamente el número de habitación e incluso la cara del sujeto, pero se entretuvo unos segundos antes de facilitarle esa información a Lydia. La discreción era parte de su trabajo y cualquier movimiento en falso hubiera dejado en duda lo buen profesional que era. Debía ser cauto en sus comentarios, aunque él tuviera sus propias conclusiones bien definidas. Por la actitud de la azafata, aquella carta debía de ser

algo importante. Estaba nerviosa, deseando escapar por aquella puerta hacia la inclemencia de un tiempo desapacible e inhóspito, cuando ella normalmente era una persona serena y razonable. Había llegado el momento de decir algo sin hablar claro.

—Bien, acá lo tengo… Jon Urrutia, habitación mil quinientos cincuenta y uno. Tiene la salida prevista ahora en la mañana…

Lydia sacó la carta del bolsillo, mirándola como si fuera algo muy valioso, y se apoyó en el mostrador con ella, sin soltarla.

—Si me permite… —dijo el recepcionista, cogiendo el sobre y poniéndolo al trasluz de la lámpara de recepción—. Debo comprobar que no contiene alguna sustancia tóxica, como ántrax o algo similar… Son medidas de seguridad que establece la cadena hotelera —comentó, protocolario, fijando la mirada en el sobre, a punto de echarse a reír.

—¿En serio…? Te estás quedando conmigo… —Al fin una sonrisa divertida salió de su boca—. No tienes de qué preocuparte, es una carta preciosa y limpia de toxicidad…

—Viniendo de usted, lo doy por hecho —sonrió—, pero… —Hizo una pausa premeditada para llamar su atención—. Tengo una pregunta que me gustaría hacerle, con todo mi respeto…

—¿Una pregunta? Si no es indiscreta, adelante —contestó Lydia, sin entender muy bien si iba a hacerle otra broma o a qué se estaba refiriendo.

Gustavo la miró buscando que ella entendiera lo que intentaba expresarle, sin poder decírselo abiertamente. En décimas de segundo, ordenó en su mente todo lo que había visto desde que Lydia llegó al hotel. Visualizó el momento de su encuentro con Jon. Se había quedado lívida y aquello no había pasado desapercibido ante sus ojos, acostumbrados a ver cada día todo tipo de encuentros y las diferentes reacciones en las personas que transitaban por aquel vestíbulo. Recordó la llamada desde la mil quinientos cincuenta y uno a la recepción preguntando por la habitación de la azafata, minutos después de que ella saliera por la puerta rapidísimo, casi olvidando saludarlo. Recuperó la imagen de la cara desencajada de él al llegar a recepción y su sorprendente recuperación cuando se acercó a aquella mujer que estaba distraída trabajando para, inmediatamente, instalarse en su mesa y compartir con ella una cena improvisada. Si a todo eso le sumaba lo que hacía dos horas le había contado su

compañero, no tenía ninguna duda de que aquella pregunta que estaba a punto de formular sería lo único que podría hacer para ayudar a aquella encantadora mujer que merecía todo su respeto y empatía.

—Solo una pequeña reflexión que le llevará un minuto… ¿Piensa que la merece?

Lydia se quedó sin palabras, un tanto confundida. En ese instante no sabía si se estaba refiriendo a la carta o a ella misma. Quizá aquel amable recepcionista solo estaba hablando de la primera opción, pero a ella le resonaron con fuerza ambas posibilidades. Lo miró por unos segundos, intentando interpretar lo que las cuatro palabras de aquella simple pregunta encerraban, sin romper el silencio entre ellos. No era casualidad que un casi desconocido le hiciera pensar en algo tan obvio y, sin embargo, tan difícil de decidir. Sonrió, incrédula. Con sabia elocuencia, Gustavo le había hecho la pregunta para la que solo ella tenía respuesta y, de repente, conociendo a la perfección el contenido de la carta, entendió a quién iba destinada.

—Sabes, creo que acabo de cambiar de idea… Me voy a quedar la carta para mí —concluyó, recogiendo el sobre de encima del mostrador y volviendo a meterlo en el bolsillo.

—Es libre de cambiar de opinión y decidir lo que es mejor para usted hasta en el último minuto… Recuérdelo siempre…

—Efectivamente, Gustavo, y eso es lo que acabo de hacer gracias a tu bendita pregunta.

—Me alegra haberla ayudado. Acá estamos para lo que precise…

—Creo que debo irme ya. Un buen paseo después de este golpe de timón me sentará genial…

—Claro, vaya a caminar, pero no se aleje mucho, que parece que va a llover…

—Ok, te haré caso. Luego te veo y… graciaaass de nuevo…

—Por nada, señorita Lydia…

Salió al exterior y un tremendo golpe de viento le revolvió su rojiza melena. Aquella ráfaga de aire en espiral que la envolvió durante unos segundos vino a devolverle la paz que estaba necesitando, y comenzó a andar hacia su rambla favorita, aquella que le había proporcionado tantos paseos de luz y sosiego. Conectó los auriculares al teléfono y, aislándose en su música, caminó con paso firme, dejando atrás sus miedos, relegando la tristeza de aquel final

necesario y sabiendo que, a partir de ese momento, solo ella era la dueña de su vida. Sin retirar la vista del Río de la Plata y refugiada en su anorak del mismo color, empezó a llorar con total serenidad, asumiendo que era bueno para ella sacar poco a poco el dolor que le estaba ahogando el alma, dejándose llevar por las canciones que la habían acompañado por medio mundo, haciéndole sentir todo tipo de emociones. Un destello de fuerza le iluminó los ojos, brillantes de lágrimas, cuando la voz de la cantante Bebe le invadió los oídos con su tema *Respirar*.

Aquella canción era una inyección de *¡p'alante!* literal. Cantándola en aquel paseo marítimo desierto, bajó hasta la playa. Estaba completamente sola, pero con ella. Se sentó en una gran roca y buscó la carta en el bolsillo. Sacó los papeles del sobre, sujetándolos con fuerza para que no fueran arrebatados por el viento, y, tras parar la música, empezó a leerla como si Jon pudiera escucharla.

> Debes saber que he tomado esta decisión desde la aceptación de los hechos, y con ella busco darme la paz que necesito en este momento de mi vida. Ya no puedo ver a través de ti lo mejor de mí misma. Lo estoy sanando, y eso implica entender lo que es, aceptándolo y abrazando la tranquilidad que esto trae consigo.
>
> Hace tiempo que vengo pensando que, donde ya se intentó todo, solo queda dar las gracias y seguir. Y, gracias a todo este sufrimiento horrible de la incomprensión de no sentir tu amor, he conseguido tener la valentía de poder encarar cualquier situación en la vida, incluso despedirme de ti para siempre… sin expectativas, rindiéndome y abandonando el deseo de tener un resultado determinado. Porque nada espero ya de esto y ahora, por fin, voy a pensar en mí, acercándome cada día más a la serenidad que ansío, soltando algo que se tenía que acabar porque yo sola no podía sostenerlo.
>
> Me siento cansada y desfondada. Ya no puedo más. Llevo mucho tiempo viviendo un amor que nunca ha sido mío y no puedo continuar alimentando esperanzas de ver un cambio en ti. Por eso te suelto y me libero. Ahora sé que merezco ser amada y nunca más perseguir besos y abrazos de alguien que no quiere darlos. Jamás volveré a mendigar amor.
>
> Al final sufrí lo que quise y me quedé a tu lado lo que pude. Y es en este momento cuando entiendo que venías a enseñarme y no a quererme.
>
> Tampoco tuve nunca claro lo que esperaba de lo nuestro y, quizá por eso, siempre acepté tus condiciones. Sí sé que buscaba algo sano, honesto y fácil. Tampoco era pedir tanto. Todas aquellas esperas se me volvieron tóxicas, y la incertidumbre de no saber a qué atenerme contigo, un infierno que me río yo de Dante y su *Divina comedia*. Esa forma de vivirlo me llevó a no ser yo misma. A veces me sorprendía ante ti incapaz de reconocerme. Olvidé mi esencia, mi identidad, por el miedo irracional a perderte. Parece increíble, pero nos

convertimos en engendros desleales al alma cuando no sabemos ser quienes somos y nos dejamos llevar por un amor mal entendido.

Ahora siento que lo mejor que puedo darte lo llevo dentro, pero ya no es para ti. A través del aprendizaje he descubierto que nunca puedes abandonarte para amar a alguien. Es en este momento cuando lo veo con luz y claridad infinita. Me he despojado de todo el miedo que me atenazaba y, desde este nuevo planteamiento, cierro un ciclo que me metió en la sombra. Me he entrenado para dejar ir todo aquello que temía perder, y he entendido que tú eras mi mayor y más temido apego.

Y me voy queriéndote, sin duda alguna, agradecida de haberte conocido y serena con mi decisión; recuperando mi vida e iniciándome en el camino de darme el valor que merezco de una vez por todas.

Definitivamente, GRACIAS.

LYDIA

Al terminar, se secó las lágrimas y se puso de pie en la roca. Hojeó los papeles por última vez, rompiéndolos, liberada. Extendió los brazos como si fuera a emprender el vuelo y, mirando al cielo, soltó los pedazos, dejando que el viento se los llevara. Había recibido la aprobación de su propio respeto. Después, abrazando su cuerpo con fuerza y llenando los pulmones de aquel aire insumiso y renovador, gritó hacia el mar desde lo más profundo de su ser. Fue un grito desgarrado y tan potente que la vació por dentro de todo lo que había estado reprimiendo en su interior. Al fin podía respirar.

Los pequeños papeles desaparecieron, revoloteando con ligereza, llevándose un pasado cargado de enseñanzas asimiladas. El presente estaba allí, empujándola a vivir centrada en el momento y, en cuanto al futuro, dejaría que este se fuera tejiendo a su suerte, sin expectativas ni prisa por alcanzarlo, dándose todo el tiempo del mundo para interiorizar lo aprendido.

Y sonrió con su característica mueca de Mona Lisa, entendiendo que aquella carta amorosamente escrita había constituido la primera piedra de su nueva fortaleza; un cambio de rumbo hacia el amor propio, lo que significaba saber que era digna de recibir todas las bondades que merecía. Significaba el principio de un camino a la medida de esa nueva versión de sí misma. Ahora sí que estaba segura.

Las primeras gotas no se hicieron esperar. Empezó a llover tímidamente y Lydia, saliendo de la playa, caminó con paso firme de vuelta al hotel. Cuando llevas el sol dentro, no importa si fuera llueve.

Sintiéndose con unas ganas renovadas de comenzar su nuevo ciclo, empezó a correr por el paseo marítimo, sin importarle lo más mínimo la fuerza con la que la lluvia, ya intensa, le golpeaba el rostro. Lo interpretó como un bautismo improvisado cargado de vida.

Llegó empapada y llena de luz a la recepción del hotel. Gustavo, desde su puesto fronterizo, la vio entrar y, sin poder evitarlo, se le escapó una enorme sonrisa que ella le devolvió al instante.

—Al final le agarró la lluvia…

—Sí, y mira que me lo advertiste… Voy a cambiarme para bajar a desayunar o te inundaré el restaurante…

—Vaya tranquila… Ya no hay nada que temer —dijo, guiñándole un ojo.

Lydia lo miró, perpleja por tanta complicidad, captando lo que contenían esas palabras. Jon ya se había marchado rumbo al puerto y el hotel Aloft había dejado de ser una ratonera irrespirable. Ella le mantuvo la mirada con un pestañeo intermitente, reaccionando poco a poco a aquella confirmación cargada de sosiego. El recepcionista no paró de mirarla hasta que comprobó que lo había entendido.

—Gracias —fue lo único que ella atinó a decir, sonriéndole tranquila y bajando la mirada mientras caminaba despacio hacia el ascensor.

Pulsó el botón y, antes de entrar, se giró hacia Gustavo, comprobando que volvía a estar ocupado con otros clientes que acababan de llegar. Se había tenido que morder la lengua para no preguntarle directamente por la salida de Jon del hotel, pero comprendió de inmediato que aquella información ya no era de su interés. Esa ya no era su guerra. Aquel chico de la recepción, con su humilde amabilidad, le había hecho la pregunta a la que tanto temía enfrentarse. Reconocer es tan importante que se escribe igual del derecho que del revés. Y esa frase interrogante de la mano de un extraño resonó en su interior con una fuerza extrema, desarticulando sus dudas en mitad de la desesperación. Gustavo, sin ser consciente de ello, le había dado el empujón final. Entró en el ascensor perdiendo su imagen y reconociendo que, inevitablemente, le estaría eternamente agradecida.

Abrió la puerta de su cuarto, se desprendió de los restos de su naufragio personal y se quedó desnuda, mirando por la ventana hacia un infinito lleno de posibilidades que se le antojaron cercanas. Las

copas de los árboles bailaban al son de aquel viento glorioso que había venido a llevarse lo que ya no necesitaba. A veces hay que agradecerle al viento lo que se lleva, aunque la pena permanezca un rato más. Imaginó a Jon, subiéndose en aquel barco que zarparía en breve, arrogante, encerrado en un quebranto de indolencia extrema, refugiado en su ego, que le exculpaba de todo, y una compasión inmensa la invadió. No podía odiarlo, pero tampoco quería ya amarlo. Porque, de donde no hay, nada se puede sacar. De pronto lo veía, a través de aquellos cristales salpicados de lluvia, y agradeció al cielo que la hubiera apartado de la desoladora confusión de un amor mal entendido.

El sonido de un mensaje desde su teléfono irrumpió en la habitación, arrancándola de cuajo de su reflexivo ventanal con vistas a la realidad. Se giró mirando hacia la mesilla de noche, donde había dejado cargando el móvil. Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro al ver de quién se trataba.

Eloy: Pelirroja, muy callada estás…

Lydia se tendió en la cama, sujetando el teléfono y contemplando aquellas palabras. Acarició la pantalla y esperó unos segundos para contestar.

Lydia: Me has pillado mirando por la ventana y meditando… El tiempo está revuelto por aquí y, con la tormenta, me ha dado por pensar…

Eloy: Qué estará rumiando esa cabecita loca…
Miedo me da…

Lydia: No te creas, estoy lúcida y más cuerda que nunca, aunque la tormenta intente acabar con toda esta paz que siento al escucharte…

Eloy: Qué pena no estar allí para abrazarte fuerte.

Lydia: Bueno, en realidad sí que estás y, además, otras tormentas vendrán en las que espero tenerte más a mano…

Eloy: Ufff… Estaré todo lo cerca que me dejes,
¡fierecilla!

Lydia: No pienso ponerte ningún tipo de restricción… ¿Qué te parece?

Eloy: No puedo opinar… Ahora mismo las mariposas me tienen rendido…

Lydia: Ja, ja, ja, Rendida estoy yo ante lo que me haces sentir…

Eloy: Joder, pelirroja ¿te ha caído un rayo encima? Ponte a cubierto, amor, que me tienes que durar mucho…

Lydia: Todavía alucino con toda esa paciencia que derrochas conmigo…

Eloy: ¿Seguro que aún no sabes por qué es?

Lydia: A ver, explícamelo. Soy toda oídos…

Eloy: Esas cosas se dicen a la cara, ¿no crees?

Lydia: Ay, venga, no me hagas esperar… Tú eres el de la paciencia, no yo.

Eloy: Vale… Cuelga, que te llamo por videoconferencia.

Lydia: Upsss… Dame tres minutos.

Eloy: Ok, tienes cinco…

Soltó el móvil y corrió hacia el armario para buscar algo que ponerse. Tenía el cuerpo helado después de quitarse la ropa húmeda, aunque el corazón bombeaba con una alegría inusitada. Estaba cansada de congelar impulsos con él y de robarse la ilusión de lo que estaba pasando entre ellos. Tenía el pelo mojado, la cara lavada por la lluvia y, por mucho que buscó entre sus cosas, no encontró nada especial que ponerse. Quizá debía de ser así. Una camiseta vieja y unas mallas fueron su atuendo para recibir en pantalla al hombre al que parecía importarle muy poco su aspecto exterior.

Sonó de nuevo el teléfono. En la pantalla un enorme «ELOY», un nombre que significaba «el elegido». Qué ironía darse cuenta de aquel detalle justo en ese instante. Entonces supo que ya no habría más esperas ni días de silencio sin saber a qué atenerse, metida en un bucle de incertidumbre y caos emocional. Estaba segura de que, cuando

descolgase, empezaría un nuevo camino, en el que el amor real cobraría protagonismo.

«ELOY» brillaba en el cristal de su iPhone, pidiendo pista. Había llegado el momento. Estaba preparada para recibir todo lo que merecía… cerrando un ciclo, empezando otro. Sonrió y, con gran serenidad, decidió que no lo haría esperar más… ni un segundo más.

Epílogo

Recuperación… cargando…

Estaba a punto de cumplirse un año desde que lo había bloqueado en aquel hotel de Montevideo; doce meses en los que, a pesar de su nueva vida, no había habido un solo día en el que no hubiera pensado en Jon…, al principio, con tremenda ansiedad por saber qué habría sido de él. Estaba convencida de que volvería a aparecer en cuanto se recuperase del revolcón sufrido. Soñaba con él. Lo que no le permitía a su cerebro titular, su subconsciente lo traía de vuelta muchas noches. Y es que, desde su frágil ego, deseaba que Jon volviera, reconociendo que ella había sido el gran amor de su vida.

Decidida a hacer las cosas bien, y nada más detectar que emprendía un complicado camino de olvido y duelo, Lydia se puso en manos de una terapeuta especializada en dependencia emocional. Provocar el contacto cero, ese eslabón crucial en la cadena de apego, había sido la clave para superar su anclaje a Jon. Sin embargo, cortar aquel cordón de obsesión y toxicidad tan súbitamente también le había pasado una factura lacerante que, en las puntuales sesiones con su *coach,* fue pagando con sutiles dosis de amor propio y grandes conclusiones. Aquellas horas de crecimiento emocional de la mano de su psicóloga empezaron a construir en ella una autoestima sólida, diferente a la que hasta ese momento había tenido.

—¿Cómo estás hoy?

—Bien, cada vez más centrada y feliz. Creo que ha llegado el momento. He pensado en desbloquearlo. Hoy hace un año. Estoy fuerte y segura de poder hacerlo.

—Lydia, contéstame a algo…

—Tú dirás…

—¿A dónde te lleva romper el contacto cero? ¿Lo crees necesario?

—Me quiero enfrentar a él; demostrarme que puedo mirarlo a la

cara y decirle lo que pienso de todo lo que pasó.

—¿Volver a verlo?

—Me gustaría, sí. Sin ánimo de nada, solo para dejarle claro por qué me separé de él de aquella forma…

—¿Crees que le importa por qué lo hiciste?

—Eso lo sabré cuando lo tenga delante.

—Bien, primero tendremos que ver si se pone en contacto contigo después de desbloquearlo.

—Estoy segura de que lo hará.

—Si lo hace, ¿sabes que corres un alto riesgo de volver a caer en sus redes? Él no es una persona empática, pero se pondrá su mejor máscara para recibirte y, después, ¿qué crees que va a pasar?

—Le diré todo lo que pienso de él y de cómo me trató. Después, continuaré con mi vida. Ya no le tengo miedo. Mi relación con Eloy es cada día mejor. No voy a poner en peligro eso.

—Vale. Imaginemos que te da esa oportunidad. Os sentáis frente a frente y te deja decirle todo lo que sientes. ¿Puedes explicarme para qué quieres saber qué piensa de lo que tú viviste? Dime, ¿qué esperas de esa conversación? ¿Una redención? ¿Un «lo siento»? —La terapeuta se quedó mirándola fijamente, esperando encontrar una respuesta que diera sentido a su suicida actitud.

—No lo sé. Quizá es la necesidad de saber si le importé en algún momento.

—Bien. Ahora, te voy a leer algo que, creo, te va a venir muy bien.

La profesional dirigió la mirada a un libro que tenía sobre las piernas y, abriéndolo por una marca, empezó a leer con voz contenida y serena.

—«Esto es lo más difícil que tendrás que hacer en tu vida y también será lo más importante: dejar de tener conversaciones difíciles con personas que no quieren cambiar; dejar de aparecer para las personas que no tienen interés en tu presencia. Sé que tu instinto es hacer todo lo posible para ganar el aprecio de los que te rodean, pero es un impulso que roba tu tiempo, energía, salud mental y física.

»”Cuando empiezas a luchar por una vida con alegría, interés y compromiso, no todo el mundo está listo para seguirte a ese lugar. Eso no significa que tengas que cambiar lo que eres, significa que debes dejar ir a las personas que no están listas para acompañarte. Cuando

te das cuenta de esto, empiezas a entender por qué estás tan ansioso cuando pasas tiempo con personas, actividades o espacios que no te convienen y no deben estar cerca de ti; comienzas a darte cuenta de que lo más importante que puedes hacer por ti mismo es proteger tu energía más ferozmente que cualquier otra cosa. Haz de tu vida un refugio seguro, en el que solo se permitan personas 'compatibles' contigo. No eres responsable de salvar a nadie. No eres responsable de convencerlos de mejorar. No es tu trabajo existir para la gente y darles tu vida. La decisión de tomar distancia de personas nocivas te dará el amor, la estima, la felicidad y la protección que mereces.»

—Sabias palabras, ¿de quién son?

La terapeuta puso una mueca sarcástica en sus labios antes de hablar.

—De uno de los mayores psicópatas de todos los tiempos: Hannibal Lecter.

—Las habrá escrito después de comerse el cerebro de algún resiliente…

—Muy graciosa… En realidad, son del actor Anthony Hopkins, un hombre perfectamente equilibrado y con una sensibilidad demostrable, capaz de ponerse una máscara e interpretar a un ser egocéntrico, con una absoluta falta de empatía y con una imposibilidad manifiesta de conectar cabeza y sentimientos. Un personaje con una patología tipificada en los tratados de psiquiatría. En definitiva, un enfermo mental… El bueno de Hopkins nos da una clase magistral de lo que es, literalmente, un ser sin alma —concluyó, cerrando el libro.

—Impresionante interpretación, en eso estoy de acuerdo, pero no entiendo la similitud…

—Lydia, no hay nada que tú puedas hacer para que esto cambie. Si aparece, será con la máscara de la seducción. Lo hará para recuperarte y volver a usarte caprichosamente en cuanto te tenga. Él no va a entender nada y seguirá igual. Adoraste a un ser que solo existió en tu cabeza. Explicarle lo que sentiste no le va a afectar en absoluto. El verdadero Jon no puede entenderlo. Desbloquearlo es elegir el camino más largo hacia tu total recuperación.

—Entonces…

—Entonces, la tóxica serás tú… cuando dejes que te traten mal y sigas ahí; cuando te traicionen y sigas ahí; cuando te insulten y sigas

ahí; cuando te humillen o te desprecien y sigas ahí; cuando aceptes ser la otra y sigas ahí… o cuando te compliques la vida dejando que él vuelva, exponiendo tu tranquilidad emocional y todo lo que has construido desde que lo bloqueaste.

Lydia dirigió la mirada hacia la ventana, asimilando las palabras de su psicóloga. Bajo un cielo confuso, asimiló que quizá las cosas deberían quedarse como estaban; olvidarse para siempre de aquel tortuoso camino en el que tanto había aprendido y no tentar a la suerte con inspiraciones de un ego mal entendido.

—Creo que tienes razón. Cogeré mis preguntas y las enterraré junto con su recuerdo, sin mirar atrás. Sé que siempre me acordaré de él y que nuestra historia irá y volverá a mi cabeza, pero ya desde otro plano: el de no olvidar todo lo aprendido. Si te soy sincera, quería verlo tan solo para que comprobase lo bien que estoy sin él, para que comprobase cómo ya no me afecta. Ahora, después de nuestra charla, entiendo que hubiera sido una locura contra mi propio bienestar.

—Es normal que se tengan episodios así cuando aún estás saliendo. Son malas pasadas del ego. Piensa que estamos recuperando tu autoestima y, a veces, puede desbocarse hacia acciones un tanto temerarias.

—Intentaré sujetarme todo lo que pueda…

—Estas muy cerca de conseguirlo. Cada vez eres más consciente de lo que necesitas. Sigue llenando tu vida de cosas que te aporten felicidad y verás como ya nada te sacará de tu eje. Has emprendido un camino sin retorno hacia tu mejor versión. Dar un paso atrás no debería ser negociable.

* * *

Por supuesto, hubo más sesiones y alguna que otra nube negra. El camino para deshacer el apego obsesivo siempre es desapacible. Te intenta subyugar, como la abstinencia de una droga dura cuando dejas de consumirla. Pero, con la misma magia que sale el arcoíris delante de la negrura, el hechizo tóxico se fue desvaneciendo, a golpe de voluntad férrea. Con el paso del tiempo, la dependencia emocional fue cediendo a una mujer resuelta y capaz de reconocer su valía. Lo estaba logrando. Nunca lo desbloqueó y, poco a poco, su pasado se fue quedando en eso: en un recuerdo sin más y la certeza de que había

hecho lo correcto.

Jon, ocupado en nuevas conquistas de las que abastecerse emocionalmente, se diluyó en el tiempo y nunca intentó ponerse en contacto con ella por otros medios. Su ego herido decidió no mover ficha. Llegado el momento, pudo más el miedo al rechazo que las ganas de exponerse a una Lydia fuerte e insumisa; una nueva Lydia que ya no iba a dejarse chupar la savia cálida y embriagadora que lo nutrió durante tanto tiempo.

Libre de apegos y sin ganas de analizar ni entender los motivos, Lydia dejó de preguntarse por qué Jon no intentó nada para recuperarla y empezó a agradecerle al universo que se lo hubiera llevado para siempre. Además, tenía otras cosas en las que ocupar todo ese tiempo que el cautiverio mental le había hecho perder. Terminó sus estudios de biología marina, se especializó en tiburones y se sacó la licencia de *divemaster* para enseñar a los demás su gran pasión.

Recuperada y con grandes dosis de optimismo, había dado un paso al frente en su relación con Eloy. Después de su regreso de Montevideo, su incipiente historia fue tomando forma. Él no había parado de regar el vínculo que un día los unió con esos detalles que solo un hombre que te quiere de verdad es capaz de ofrecer. Invadida por la efervescencia del enamoramiento más insolente, poco a poco Lydia fue entendiendo que, a pesar de no necesitarlo, su recuperada autoestima lo estaba eligiendo. Aprendió a distinguir todo lo que su corazón merecía y comprendió sin palabras lo que el amor podía ofrecerle de la mano del hombre correcto. Y así, sin incertidumbre, soltó la rienda del temor a ser de nuevo dañada, abandonando el miedo. Su voz interior, reiniciada y provista de seguridad, le decía que nada podía salir mal. Cuando te permites lo que mereces, atraes lo que necesitas, y ese hombre era una sinfonía de señales, todas buenas, que solo podían llevarla a la felicidad por la que tanto había luchado.

Felicidad… cargando…

Como tantas mañanas, Eloy merodeaba por su espalda, buscando despertarla a besos. Impaciente como era, amanecía antes que ella,

invariablemente. Reptaba por la cama sorteando el bosque de rizos de aquella melena ingobernable hasta encontrar su cuerpo cálido. Se ceñía a él, abrazándolo y recuperando su olor, perdido durante las horas de sueño. Y, así, repetía el mismo ritual improvisado cada vez que dormían juntos.

Lydia remoloneaba, zalamera, haciéndose la dormida. Le gustaba ver cómo él invertía sus mejores ganas en regalarle el despertar más dulce, después de una noche de pasión intensa. Nada le gustaba más que sentir su respiración en la nuca, aderezada por pequeños besitos de buenos días.

—Pelirroja perezosa, no te hagas la dormida —le susurró al oído, haciéndole cosquillas.

—Déjame un ratito más, solo cinco minutos…

—No haber trasnochado… Me provocas, y luego pasa lo que pasa…

—¿Que yo te provoco? ¡Tendrás morro!

—Ah, ahora no me vengas con el libro de reclamaciones… Anoche no parecías tener prisa… ni siquiera aprecié un ligero reproche… —dijo, abrazándola con fuerza.

—Valeeee, pero déjame cinco minutitos más…

—Venga, voy haciendo café, pero… sin besito, no hay chocolatito…

Lydia se giró, riéndose, hacia él, sin desasirse de su abrazo. Cuando Eloy quería algo, era como un niño pequeño, insistente y pertinaz. Le acarició la cara, iluminada por sus ojos verdes, y se rindió ante la evidencia.

—Eres un plasta y lo sabes, ¿verdad?

—Venga, no te hagas la dura, princesa Brave… Mi beso, yaaa —dijo, cerrando los ojos y sacando morritos.

Quitando su propio rizo de un ojo de él, lo besó en la punta de la nariz y se retiró un poco, para ver su reacción.

—¿Ya está? —La miró, contrariado—. Me esperaba algo más…

No lo dejó terminar. Se abalanzó sobre su boca, dándole el deseado beso que venía postergando para hacerlo rabiar.

—Eso está mejor…, hummm, mucho mejor.

—¿Quién me va a hacer café?

—Eres una bruja interesada, pero reconozco que te lo has ganado…

—Genial… ¿Puedes abrirme la ducha de camino a la cocina?

—Para eso, tendrás que pagar otro peaje —contestó, girándose antes de salir y haciendo intención de volver a la cama.

—¡Señor, dame paciencia! —exclamó ella, metiendo la cabeza debajo de las sábanas, intentando desaparecer.

—Vale, ya te dejo… Te quiero, loca.

—Buenos días, mi amor.

Aún no vivían juntos. Después de divagar sobre esa idea, habían decidido tomárselo con calma. No tenían prisa. Para qué correr. Se tenían. Compartían momentos indiscutiblemente felices cada vez que sus programaciones no se cruzaban. Incluso, a veces, si coincidían en los vuelos, se llevaban su amor al otro lado del Atlántico, sin ocultarse de nadie. Era obvio que estaban juntos y sus miradas no dejaban duda del amor que se profesaban. No hacía falta más. Todo vendría dado, a su debido tiempo.

Desenredándose de las sábanas, Lydia corrió hacia el baño. A lo tonto, los cinco minutos se habían convertido en diez y el tiempo empezaba a apremiar. En dos horas se iba a La Habana, y Eloy, media hora más tarde, a Miami. Volarían en la misma dirección durante horas, pero aterrizarían a muchos kilómetros de distancia. Así era su vida, y lo tenían asumido sin ningún tipo de drama. Por suerte estarían los mismos días fuera y tendrían tiempo de celebrar su primer año juntos al volver. Seguro que él no se acordaba, pensó, pero ella se había encargado de organizarle una cena de aniversario. Quería sorprenderlo.

—Eloy, me meto en la ducha —anunció, gritando desde dentro.

—Vale, voy haciendo las tostadas —contestó él desde el quicio de la puerta de la cocina, cerrándola después. Estaba tan nervioso que se quemó con la cafetera al retirarla del fuego. Había llegado el momento de llamar a Javier.

Lydia no tardaría en salir del cuarto de baño. Disponía de pocos minutos para rematar el plan y coordinarlo con su amigo. El comandante del vuelo de Lydia, Javier Fernández de Torrecilla, era pieza clave para la locura que se le había ocurrido. Con la adrenalina a mil, ambos quedaron en verse en la terminal, justo antes del vuelo.

* * *

> Ya casi no quedan sorpresas de verdad y, supongo que por ello, tampoco emociones reales en forma de respuesta… Y quizá por ello, cuando te encuentras con una, te fascina tanto…
>
> ALBERT ESPINOSA

Con la excusa de firmar su vuelo treinta minutos después que ella, Eloy dejó a Lydia en la puerta de la oficina y se apresuró a aparcar el coche para reunirse con Javier en la cafetería de la terminal. Cuando llegó, el comandante ya estaba esperándolo en la barra, con un café en la mano.

—Perdona, que te he hecho esperar. Tenía que dejarla primero.

—Tranquilo, tenemos todavía algo de tiempo… ¿Café?

—Nada, gracias. Si me tomo otro, me va a dar algo.

—No me extraña. Estás como una cabra —Javier miraba sonriendo a Eloy—, pero, ¡qué coño!, me parece una idea espectacular…

—Ojalá salga bien. Estoy un poco nervioso, no conozco mucho a Guillermo y pedirle esto… A ver cómo se lo toma —dijo, refiriéndose al piloto que iba a comandar su vuelo a Miami.

—Tú no te preocupes por eso y céntrate en calcular bien los tiempos; de Guillermo me encargo yo. Ahora, cuando lo vea en la oficina, hablaré con él. Además, es un romántico incurable y me debe dos favores. Convencerlo será pan comido.

—¿Crees que a ella le gustará?

—¿Me lo preguntas en serio? Va a flipar en colores…

—Ojalá pudiera verla…

—La verás. Llevo la cámara. Pondré el gran angular y, así, no te perderás ni un detalle.

—Javi, eres un puto crack.

—No, el crack eres tú. Si no nos echan de esta, me deberás una cerveza.

—Joder, no me pongas más nervioso… Estaremos en altura de crucero, no hay nada que temer. Empezaremos el descenso justo cuando todo haya terminado.

—Veremos si tu novia no tira la rampa al llegar a La Habana. Una vez que empiece el *show,* estará tan emocionada que es muy

capaz…

—Tranquilo, pondrá a Rafa delante, trabajando con ella. Me he encargado de que estén sus mejores amigos. Se han pedido todos el vuelo.

—¿Y no sospecha nada? Es raro que, al ver una tripulación así, no se haya hecho preguntas…

—No lo sabe. Me pidió que le mirase con quién volaba y me inventé todos los nombres… —le aclaró, lanzando un guiño a su amigo—. Se estará enterando ahora…

—Definitivamente, me declaro muy fan tuyo… ¡Esto va a ser insuperable!

—Un *trending topic* de esos que a ti te gustan…

—Venga, dame eso y vámonos ya. Firmo en diez minutos… —dijo el comandante, mirando su reloj.

—Sí, Lydia ya se estará preguntando dónde demonios he ido a aparcar el coche —contestó, sacando una pequeña bolsa y entregándosela a su amigo—. Tenemos por delante una travesía histórica…

—Esperemos que los amigos de la NASA colaboren, que, por cierto, ¿a esos no les has llamado para darles instrucciones?

—Lo intenté, pero me dejaron en línea, con la sintonía de Vodafone —respondió entre risas.

—No te preocupes. Despegarán. La meteo es estupenda.

* * *

«Tripulación, preparados para el despegue… Buen vuelo.»

Todos sus amigos a bordo. ¿Cómo era posible? Estaba felizmente rodeada por aquella tripulación de ensueño, extrañamente escogida sin haberla pedido. Se había quedado muerta al verlos, porque no tenía ni idea. Eloy le había dado los nombres de otros compañeros que ni siquiera conocía. «Seguramente se equivocó al mirarlo», quiso creer. El caso es que tampoco había podido aclararlo con él. Con un beso fugaz y a toda prisa, se había despedido de ella rumbo a su mesa en la otra punta de la oficina de firmas, sin tiempo de decirle nada.

Pero aquella tripulación… En ese momento, sentada en su transportín mientras el avión rodaba con furia para despegar, recordó cómo había sido el encuentro con su *troupe* de vuelo. Desconcertada al

verlos, supersonrientes y en la mesa esperándola, no pudo pensar demasiado. Se levantaron a abrazarla rápidamente y, con la confianza de años, no hizo falta organizar mucho más. Fueron ellos mismos los que se agenciaron las posiciones a bordo según les pareció. Rafa se adjudicó el puesto dos, delante con ella; recibiendo a los pasajeros se habían colocado Cynthia y Nerea. En las puertas tres, Maribel y Marilina, y, cubriendo las puertas traseras, organizando el trabajo y al equipo, Sandrine y Enós.

Lo curioso era que a nadie de aquel equipo irrepetible parecía extrañarle que les hubieran programado a todos juntos… a nadie, excepto a ella, claro está. «Todo muy raro, ¿no?», se dijo para sus adentros cuando el avión ya empezaba a levantar el vuelo.

Miró a Rafa, quien, a su izquierda, estaba mirando al frente, perfectamente colocado en la posición de despegue. Al fondo del pasillo y minutos antes, Enós le había levantado el pulgar en señal de que todo estaba correcto para despegar. Sus niños mimados de la aviación juntos, en el mismo vuelo. No podía estar más feliz. Sonrió a los pasajeros. No hizo más conjeturas y se rindió a lo que la vida le depararía en aquel vuelo de la mano de todos ellos. A momentos únicos, respuestas irremediables.

«Graciaaas», se dijo, mirando al techo del avión, sin saber aún qué estaba por acontecer, aunque con la intuición de que aquel vuelo iba a ser de esos que no querrías perderte por nada del mundo.

* * *

En el Centro Espacial Kennedy, los nervios estaban contenidos. Todo estaba listo para el nuevo lanzamiento de SpaceX. La NASA había confirmado una excelente meteorología, y ver elevarse la nave Crew Dragon hacia su destino parecía ser cuestión de minutos. La cápsula despegaría de Cabo Cañaveral y sería contemplada desde tierra por millones de personas en todo el planeta. El primer nivel del cohete se separaría, como estaba previsto, después de diez minutos de vuelo y emprendería el viaje hacia el cielo a casi cuatro mil kilómetros por hora, mientras que la segunda planta continuaría propulsando la nave hasta la Estación Espacial Internacional.

Los astronautas, ya instalados, esperaban en sus asientos, completamente preparados para el despegue. Nada les hacía presagiar

que iban a ser protagonistas de una doble misión: la primera, la esperada y totalmente prevista; la segunda, una sorpresa ideada por un loco enamorado que no contemplaba fallar en sus planes. Sin saberlo, iban a ser partícipes de la declaración de amor más asombrosa que el cielo hubiese visto.

* * *

La noche caía en la zona de Las Bahamas. Había llegado el momento. Valerie, la segundo piloto, emocionada con lo que Javier le había contado, dejó las comunicaciones por radio en sus manos y se dispuso a tomar el mando del avión.

Colocándose los auriculares, Javier llamó al avión que venía siguiéndolos durante ocho horas. Era el mismo que en ese instante podía ver a pocos metros por debajo del suyo.

—Guillermo, estás justo debajo de nosotros.

—Sí, te veo perfectamente. Hemos metido gas a tope para alcanzaros —respondió, contemplando el parpadeo de las luces de la otra aeronave y su silueta, difusa con la oscuridad imperante.

—Pasa a correlativa —anunció Javier a su compañero, cambiando la frecuencia de la radio para hacer la comunicación privada—. ¿Estás con Eloy?

—Aquí lo tengo, nervioso perdido —contestó Guillermo entre risas—. Te lo paso —indicó, haciéndole un gesto a Eloy para que se pusiera los cascos del asiento trasero de la cabina—. Te está escuchando.

—Amigo, tengo a Lydia preparándome un café y a punto de entrar… ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Tan seguro como que en Cabo Cañaveral están con la cuenta atrás —contestó Eloy, con voz enérgica y la mirada perdida en el cristal, buscando el cohete antes de ser lanzado.

—Tengo la Coolpix lista y una música especial para la ocasión.

—Me vas a matar de la emoción… ¡¡¡Que entre ya, por Dios!!!

—La estoy viendo por la cámara, con mi café listo. Viene hacia la puerta. Introduce el código… Venga, voy a abrirle… Atención, ¡comienza el *show*! —exclamó, mirando a Valerie con una gran sonrisa.

Acto seguido apretó el botón de apertura de la puerta acorazada

de cabina de mando, y una Lydia risueña entró con el humeante café en doble vaso.

—Tu café, Javi… ¿Lo querías con sacarina, verdad?

—En realidad era sin nada, pero… gracias.

—Bueno, no te preocupes… Este me lo tomo yo y te hago otro en dos minutos…

—Creo que no va a ser posible —replicó, mirándola con tremenda condescendencia.

—¿Cómo que no? —preguntó Lydia, todavía sujetando la puerta para salir a repetir el café—. De verdad que no me cuesta nada…

—Ya no hay tiempo —aseveró, mirando por el cristal frontal—. Anda, cierra la puerta y siéntate. Ponte los auriculares que tienes a tu izquierda.

Era muy difícil ver a Javier tan serio y, por eso, le entregó el café y se sentó inmediatamente, sin preguntar nada más, mientras se ponía los auriculares como él le había pedido. Lydia, sin entender nada, buscó apoyo en la mirada de Valerie, intentando dar con una pista que le indicara qué estaba pasando.

—Tranquila, todo está bien —dijo la copiloto—… solo siéntate y prepárate para el espectáculo.

—¿Espectáculo? ¿Qué espectáculo? —inquirió, intrigada.

—Ese —anunció Javier, apuntando hacia el cristal de cabina—… ¡Ahí está!

El comandante señaló con el dedo un punto de luz que ascendía, más brillante que el resto de las estrellas. Después, quitó la pausa de la cámara que enfocaba a Lydia y también pulsó el «Play» de su lista de reproducción. *Song for Zula* comenzó a oírse por toda la cabina mientras él, a través de la megafonía interna, se dirigía al pasaje.

—Señores pasajeros, les habla el comandante. Tan solo quiero comentarles que, por la parte derecha del avión, si miran por sus ventanillas, podrán ver la increíble estela que ahora mismo está dejando a su paso el cohete Crew Dragon en su camino hacia la Estación Espacial Internacional. Ahora les dejo contemplándolo, pero no sin antes mencionar que somos unos privilegiados. Ver un cohete despegar por la televisión es fácil, pero encontrártelo a treinta y cinco mil pies de altitud es un lujo reservado a muy pocos. Espero que les guste. Nada más. Gracias por su atención.

—¡Dios mío! ¿En serio que es un cohete…? Ay, por favor, ¡qué

maravilla! —exclamó Lydia, viendo cómo el punto se iba convirtiendo en un gran globo transparente, con cuerpo luminiscente y una cola de combustión anaranjada. Estaba cruzando por delante de ellos, haciéndose cada vez más grande. Con el horizonte al fondo entrando en el ocaso total, aquel globo parecía una gigantesca medusa emergiendo del océano más profundo. Poco a poco, pequeñas luces se iban desprendiendo del punto brillante más álgido, creando ondas de luz en suspensión dentro del óvalo blanquecino.

—Mirad, ¿veis esas pequeñas explosiones debajo del halo del cohete principal? —Javier se dirigió a las chicas, que estaban completamente abstraídas ante semejante fenómeno sideral—. Son las salidas intermitentes de los motores que se están soltando para volver a tierra. Se llaman retrocohetes y lo que veis es que se van frenando, para quedarse atrás del cohete principal, el cual ya no los necesita para seguir su camino.

—O sea, son como los padres el día que te quitan los ruedines de la bicicleta. —La voz de Eloy sonó en el interior de la cabina y a través de los auriculares de Lydia—. Corren contigo, empujándote, y solo te sueltan cuando saben que ya no te vas a caer.

—¿Eloy? —La azafata había oído perfectamente la voz de su chico, y no se lo podía creer—… Pero ¿eres tú? ¿Dónde estás?

—Como siempre, a sus pies, mi señora… Mira por el cristal de la derecha, hacia abajo…

Lydia se asomó, apoyándose en el respaldo del asiento de Valerie, mientras ésta le apuntaba con el dedo en una dirección. Efectivamente, debajo de ellos, unos metros atrás, volaba otro avión del que ella solo pudo distinguir las luces exteriores. Una enorme sonrisa iluminó su cara, imaginándose a Eloy mirando en la misma dirección que ella.

—¡¡¡¡Holaaaa!!! —Movió una mano con gesto de saludo, teniendo claro que no la vería—. ¿Habéis visto el cohete? —preguntó, nerviosa, obviando lo evidente, mientras miraba hacia el cristal donde la estela se estaba desvaneciendo y un pequeño punto de luz, ya casi imperceptible, se alejaba—. Ha sido increíble, totalmente alucinante… ¡Amor, dime que lo has visto! —gritó, emocionada.

—¿Te refieres al enorme farolillo chino que he colgado esta noche del cielo por nuestro aniversario?

—Será posible que te hayas acordado… Ja, ja, ja, ¡qué pasada!

Ahora entiendo muchas cosas…

—Ni te imaginas lo que me ha costado convencer a la NASA para que, justo hoy, lanzaran el cohete… Supuse que te gustaría celebrarlo a lo grande.

—¿A lo grande? Me pregunto hasta dónde serías capaz de llegar para sorprenderme…

—Déjame pensar… Hummmm… Javier, ¿tenemos alguna respuesta a esa indirecta? —preguntó súbitamente Eloy a su amigo, que los estaba escuchando sin perder detalle.

—Ah, sí, claro… Ehhhhh, si esto te ha parecido poco —dijo el comandante, girándose hacia atrás en su asiento—, anda, abre mi maletín de vuelo y busca una bolsa que está en el primer compartimento.

Lydia, intrigada con la sugerencia, se agachó, impaciente, y buscó en el interior del bolsillo que Javier le había indicado. Metió la mano en el primer compartimento del maletín.

—¡¡Qué fuerte todo!! —exclamó en alto, entusiasmada. Tocó algo de papel rugoso y, a ciegas, tiró hacia fuera de ello, sin soltarlo. Era una pequeña bolsita blanca, con unas asas de lazo plateado—. ¡Madre mía! Me estoy poniendo muy nerviosa —comentó por el auricular a Eloy, presa de la emoción mientras miraba detenidamente lo que tenía en la mano—. Uffff, me muero, me muero, me mueeerooo… ¿Cómo me haces esto?

—Me gustaría que, en vez de hacer tanto drama, la abrieras antes de que aterricemos en Miami —advirtió Eloy, con su sarcasmo característico.

—Ay, Dios, estoy a punto de llorar…

—No te preocupes, mi amor, contaba con ello…

—Ok. Voy a abrirla…

—Venga… Ahora, el que está nervioso, soy yo… ¡Ábrela de una vez, por Dios!

Lydia abrió la bolsa y de dentro sacó una pequeña cajita de terciopelo azul. Sin demorarse un segundo más, levantó la tapa. Sus grandes ojos castaños se abrieron como platos. Aquello excedía en mucho sus más bellas expectativas. Enmudeció mientras, con sumo cuidado, extraía del interior un anillo de orfebrería artesana, el cual no podía ser más increíble. Dos aros de oro finísimos se abrían en el centro para dar forma a la silueta de un tiburón que, por ojo, tenía un

pequeño brillante. Así de simple y adorable era. Lydia respiró tan fuerte al contemplarlo que Eloy pudo percibir el suspiro, a través de la radio, sin restricciones.

—Pelirroja, si no dices algo inmediatamente, me va a dar un parraque…

—Creo que el parraque le ha dado a ella —soltó Javier, viendo a Lydia colapsada, incapaz de articular palabra—. Dale unos segundos de recuperación… ¡No seas agonías!

Lydia, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas, introdujo el anillo en el dedo anular de su mano izquierda. Extendió la mano, contemplándolo. Le quedaba perfecto. Al fin, habló.

—Hasta en la talla has acertado…

—¿Recuerdas aquel anillo que desapareció en tu casa y no encontrabas por ninguna parte? Te lo cogí prestado para no fallar… pero, dime, ¿te gusta? —preguntó, con voz trémula.

—Es tan precioso que nada de lo que diga le hará justicia…

—Entonces di que sí, creo que con eso bastará…

Un silencio contenido se apoderó de las cabinas de ambos aviones. Los cuatro pilotos implicados estaban esperando, ansiosos, que aquella pequeña locura en pleno vuelo acabara felizmente. Eloy había llegado al final de su trazada sorpresa con la frase valiente que un hombre solo pronuncia cuando está seguro de haber encontrado a la mujer correcta. Se había lanzado al vacío del eco de la transmisión, sin paracaídas. Los nervios por conocer la respuesta de ella lo mantenían con la mirada clavada en los destellos luminosos del avión de arriba, que lentamente había empezado a virar rumbo suroeste hacia Cuba mientras ellos, en breve, comenzarían a descender frente a las costas de Miami. Se acababa el tiempo de contacto visual y el miedo a no recibir la respuesta deseada se estaba apoderando de su sólido aplomo. Tenía que hacer algo que cubriera ese momento de incertidumbre tan apocalíptico. Sin pensarlo dos veces, acercó el micrófono de su teléfono al auricular y puso un tema de Dani Martín que describía a la perfección todo lo que sentía por ella. El tema *Eres* comenzó a sonar en los oídos de Lydia y del resto de los ocupantes de la cabina.

Ella sonreía entre lágrimas, contemplando la joya en su dedo mientras aquella canción hablaba por sí sola. No era la primera vez que un hombre le ponía acordes a sus sentimientos y, sin poder

contenerla, una sensación amenazante irrumpió en su cerebro, arrinconando las bellas emociones vividas en aquel vuelo. Una luz roja la estaba paralizando. Atenazada por el miedo de volver a confiar, no era capaz de articular palabra.

Entonces ocurrió algo mágico e insospechado. Valerie, quitándose los auriculares, sin ni siquiera sospechar que sus palabras abrirían una profunda grieta en el recuerdo de un pasado ya lejano, pronunció inconscientemente una frase del todo certera. Miró a Lydia, con esa sonrisa cómplice que solo una mujer sabe ejecutar en el momento preciso, y, sin pretenderlo, la piloto volvió a formularle aquella pregunta que un día cambió su destino.

—Si estás preparada, solo pregúntate: ¿crees que lo merece?

Valerie había dado la vuelta de tuerca que necesitaba su nuevo engranaje. Sin querer ya buscar explicación a la coincidencia con aquel recuerdo, reconoció el guiño del destino de inmediato y supo que aquella frase, pronunciada justo ahí, no había sido para nada casual. Su mensaje disipó el miedo de un solo golpe. Apartando los recuerdos tóxicos para siempre, como quien cierra una caja repleta de reminiscencias del pasado y la arroja al fuego, habló sabiendo que, entonces sí, estaba curada.

—No tengo ni la menor duda —contestó, determinada, sin dejar de mirar el anillo, símbolo del premio que la vida quería entregarle.

—¿Eso es un sí, pelirroja? —se oyó decir a Eloy, con incipiente entusiasmo, abandonando la agonía de la espera.

—No voy a permitir que esta noche no duermas, dejándote a la espera de una respuesta hasta la vuelta. Por supuesto que lo es, mi amor… ¡¡¡¡¡Sí, sí, sí!!!!!!

—Bueno, entonces… ¿iremos de boda?—inquirió Javier, mirando a Lydia.

—Tú atiende al controlador, que yo me encargaré de los preparativos, a su debido tiempo… Cariño, salgo ya de la cabina —le anunció a Eloy, antes de quitarse los auriculares—. Tengo a un montón de pasajeros ahí fuera que esperan su cena —añadió, levantándose del asiento preferente que el universo le había preparado para ser protagonista de aquel merecido homenaje—. Gracias a todos por esta noche llena de sorpresas que nunca olvidaré…

—Te llamo cuando llegues al hotel por videoconferencia… Quiero ver cómo queda ese anillo en tu preciosa mano —intervino

Eloy, despidiéndose.

—Bajamos, chicos. Espero que lo hayas grabado todo, Javier. ¡Esta locura hay que verla con una barbacoa y un Cohiba bien curado! —comentó Guillermo, preparando la aproximación y cortando así la comunicación con la otra aeronave.

—Eso está hecho… ¡Buen aterrizaje! —respondió Javier.

Definitivamente preparada y con una alegría incontenible, Lydia acababa de pronunciar el «sí» más seguro y consciente de toda su vida. Sin más, abrió la puerta para abrazarse a sus compañeros, que, fuera, expectantes por conocer el desenlace, la estaban esperando.

Agradecimientos

Escribir una novela es un ejercicio increíble de sensaciones que, si no son compartidas, nada valen. He disfrutado tanto haciéndolo que no podía olvidarme de agradecer a todos los que estuvieron en la «trinchera» de su desarrollo, apoyándome y cubriendo el fuego cruzado que supone inventar una historia cargada de los más variados sentimientos.

Gracias a mi Lola adorada. Tú fuiste la primera en leer el borrador inicial, que era un poco desastre (todo hay que decirlo) y, aún así, te lo tragaste con todo esa fe en mis escritos que siempre has profesado.

A Nerea, a Amparo y a Gina, que supervisaron las primeras correcciones con todo el cariño y paciencia de amigas que creen en tu trabajo y quieren aportar su grano de arena por el simple placer de ayudar a engranar ortográficamente la historia.

A Mary, pieza clave en los diálogos argentinos y uruguayos, haciéndolos creíbles y normalizando mi exageración al crearlos, evitando que hiciera un ridículo espantoso en el cono sur. Gracias por enseñarme esa sutil distinción entre unos y otros, tan obvia para vos y tan complicada para mí.

A María, mi amiga y *coach*. Por tanta paciencia y ganas por sacar de mí todo el potencial que necesitaba para escribir, con pluma firme, esta novela inspirada en el amor propio. Nunca sabrás cuánto me ayudaste.

A Rafa, que cada noche durante el confinamiento escuchaba a través del teléfono mis impresiones de lo escrito por la tarde. Por tanta generosidad en tu palabra y tanto afecto en tus comentarios. Fuiste la compañía perfecta durante aquel encierro incalificable.

A Javier, por cruzarse en mi camino en el momento preciso y apoyar mi proyecto sin conocerme de nada. Hay personas maravillosas que dan todo a cambio de nada. Gracias por tu confianza y por tratarme con tanto cariño cuando más lo necesitaba.

Al equipo de Zafiro por hacerme el trabajo tan fácil. A Esther, mi editora, por su confianza y acompañamiento hasta el momento de la publicación. Por su cercanía y paciencia ante mis preguntas de recién llegada. Por contemplar mis peticiones y desenredar los hilos de mi inspiración con extremada sutileza. Hiciste que me creyera que era verdad, que iba a publicar con Editorial Planeta mi primera novela. Gracias por darme esta oportunidad única y confiar en lo que sería capaz de plasmar en estas páginas.

Gracias infinitas a todas las personas que han estado ahí de diferentes formas. Unas animando, otras deseando verla publicada y algunas, las menos, disipando mis inseguridades y dudas cuando llegaban, a golpe de comprensión, con grandes dosis de paciencia y amor del bueno. Gracias, Sr. Laguna, por tanto. No sé qué hubiera hecho sin ti en la recta final de mi gran sueño.

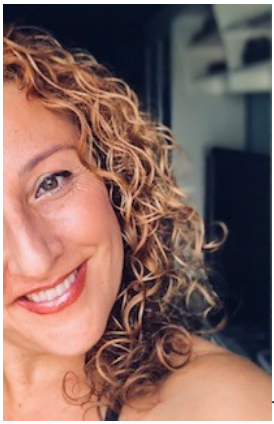
Agradecimiento máximo a todos esos vuelos trabajando, cargados de anécdotas. Esta novela carecería de sentido sin mis queridos aviones y todos los profesionales que me han acompañado durante estos veinte años por las nubes, inspirándome esta historia de principio a fin.

Y por último, y no menos importante, gracias a mi increíble hija Celia, que, a pesar de su corta edad, me dejó tiempo y espacio para sentarme cada día a desarrollar esta novela que, espero, algún día pueda leer. Eres la luz más bonita de este, mi universo feliz. Gracias por concederme el privilegio de ser tu madre y perdonarme tantas ausencias.

* * *

Dedicada a todas las azafatas del mundo. A todas esas mujeres que son capaces de subirse a un avión con el corazón roto y sacan adelante los vuelos, dando lo mejor de ellas. Que arrastran su maleta por medio planeta, sin quejarse de lo que llevan dentro. Mis maravillosas compañeras. Sois heroínas del aire y con vuestra sonrisa, generosa y dulce, iluminái el cielo más hostil. Para vosotras es este libro, escrito con todo el cariño a esta profesión que adoro.

Biografía



Virginia Jaro (Madrid, 1968) es diplomada en Turismo por la Escuela Superior de Hostelería y Turismo de Madrid y Máster en Gerencia Hotelera por la Universidad Politécnica (Madrid). Dedicada algunos años a esta profesión, en el año 2000 dio un giro radical a su vida y empezó a volar para una importante compañía aérea española, oficio que ha compaginado en sus ratos libres con colaboraciones en revistas de pequeña tirada y la realización de esta novela, primera de la autora.

«Gracias a las bondades de mi trabajo, he tenido la ocasión de conocer infinidad de lugares y personas que han ido engrandeciendo, con su generosa aportación, mis ganas de contar historias a través de relatos cargados de todo tipo de emociones, sentimientos y formas de entender este mundo y sus habitantes», Virginia Jaro.

Encontrarás más información de la autora en:

Instagram: https://www.instagram.com/virusjarojaro/?hl=es

Referencias de las canciones

Someone like you, ℗ 1987 Exile Productions, Ltd. bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment, interpretada por Van Morrison.

Wonderful tonight, esta compilación ℗ 2004 Polydor Ltd. (Reino Unido), interpretada por Eric Clapton.

Las simples cosas, ℗ 2003 Turner SA, distribuido en México por WMM SA de CV, bajo licencia de Turner SA. Derechos reservados, interpretada por Chavela Vargas.

Open, ℗ 2013 Polydor Ltd. (Reino Unido), interpretada por Rhye.

Todos los besos, ℗ 2010 Fods Records, interpretada por Los rebujitos.

Me gustaría poder hacerte feliz, ℗ 2000 Parlophone Music Spain, SA Madrid (España), interpretada por Elefantes.

Si puedo volverte a ver, ℗ 2003 Warner Music México, SA de CV, interpretada por Benny Ibarra, con la colaboración de Miguel Bosé.

Y caíste del cielo, ℗ 2016 Fods Records (Fonográfica del Sur), interpretada por Los rebujitos.

Perdóname, ℗ 1987 Parlophone Music Spain SA Madrid (España), interpretada por Dúo Dinámico.

Perdóname, ℗ 1997 Sony Music Entertainment España, SL, interpretada por Camilo Sesto.

Confesión, ℗ 2018 FC Entertainment LLC, interpretada por Pipe Bueno.

Respirar, ℗ 2016 Warner Music España, SL, interpretada por Bebe.

Song for Zula, ℗ 2013 Dead Oceans, interpretada por Phosphorescent.

Eres, ℗ 2010 Sony Music Entertainment España, SL, interpretada por Dani Martín.2

Notas

1. Anglicismo que hace referencia a la oferta al cliente de un servicio o producto (también se ofrecen en los vuelos) de una categoría mayor a la contratada. Así, en ocasiones, las compañías aéreas obsequian a sus clientes con una subida de categoría, pasando de clase turista a *business* o preferente.

2. Consiste en desprecintar la puerta para que, en caso de aterrizaje de emergencia, se despliegue automáticamente un tobogán hinchable que permita la salida de los pasajeros.

3. El armado de rampas debe ser doblemente verificado, para asegurarse de que el armado de puertas ha sido correctamente realizado. La azafata verifica su puerta y la puerta de su compañera de enfrente. Es una verificación cruzada.

4. Parte del avión donde se preparan las comidas, que tiene una especie de despensa donde se guarda todo.

5. Carro para el servicio de a bordo en los aviones, utilizado para servir las comidas.

1. En Argentina, entre otros países latinoamericanos, llaman gallegos a los españoles.

2. Expresión argentina que se usa cuando alguien se pone demasiado formal, autoritario o quiere prohibir algo a alguien.

3. Expresión argentina que en España sería equivalente a «tirar los tejos».

1. La configuración de Florencia reflejaba por completo el prototipo de ciudad romana, con una vía principal orientada de este a oeste, llamada *decumanus,* atravesada por otra vía principal, denominada *cardo,* que se dirigía de norte a sur.

1. Buquebus es una empresa argentina-uruguaya de transporte fluvial y terrestre de pasajeros que une Uruguay y Argentina con sus ferris cruzando el Río de la Plata.

1. Expresión similar a «dar en el clavo».

2. Dobolu, o dolobu, es una forma contrahecha de decir boludo en Argentina, en jerga criolla. Que hace o dice tonterías, se comporta como un estúpido o no es responsable.

3. Término lunfardo que significa persona no confiable, tramposa, irresponsable. Fanfarrón, alguien a quien le gusta hacer alarde de los conocimientos o de las relaciones que en realidad no posee. Descarado, desvergonzado, insolente

4. Acertar.

5. Hacer caricias y dar besos a una persona con la intención de excitarse y excitarla sexualmente. Toquetear, calentar, manosear.

1. «Bombardeo amoroso» que busca influir en una persona y cautivarla mediante acciones y gestos románticos exagerados.

2. Palabra coloquial que se emplea para manifestar que se ha terminado de hacer algo o para manifestar acuerdo ante una propuesta.

3. Preparado, listo.

4. Morena.

1. Fenómeno meteorológico propio de la región de Río de la Plata y que se caracteriza por vientos fuertes, humedad, intensas lluvias y el desbordamiento del río.

2. Exclamación típica uruguaya, similar a «bah» en España.

3. Dicho uruguayo que significa tarea terminada, problema resuelto u objetivo cumplido.

4. Espiar, mirar ocultándose u observar atentamente; vigilar, curiosear.

5. Muletilla que es una seña clara de identidad uruguaya. Es comparable con el uso del «che» en la jerga argentina. Para llamar a alguien o llamar la atención.

Y caíste del cielo
Virginia Jaro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Archivo de la autora
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Virginia Jaro, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): enero de 2022

ISBN: 978-84-08-25362-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

NOELIA RODRÍGUEZ
LAS RUBIAS TAMBIÉN LLORAN
zafiro

Las rubias también lloran

Rodríguez, Noelia

9788408253617

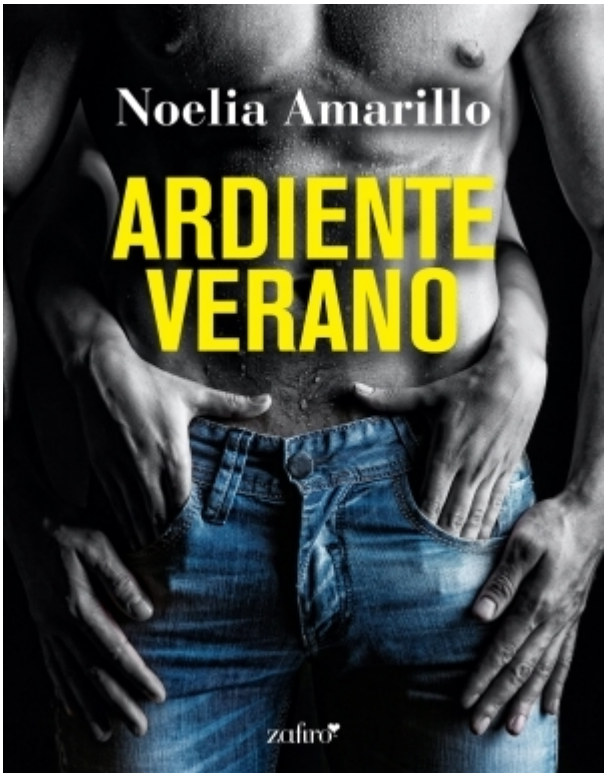
370 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Eva está en el verano de su vida. Acaba de terminar los estudios y todas las expectativas son excitantes. El sol hace subir la temperatura. La música retumba sin descanso en fiestas que se prolongan hasta que rompe el naranja del amanecer. Tiene veintitrés años, una larga melena rubia y está ávida de nuevas experiencias. El prejuicio le hace poner distancia con unos ojos del color de la coca-cola que no paran de buscarla. Sin embargo, **lo prohibido es demasiado tentador…** ¿Qué hará Eva? ¿Quemar cada instante hasta que despunte el alba? ¿Entregarse a una pasión que la dejará en caída libre sin paracaídas?

Eva tendrá que reconstruir los esquemas de su mundo mientras se hace adicta a las miradas azul tormenta. En un trepidante viaje a Londres **aprenderá a reconocer las relaciones tóxicas, a tomar sus propias decisiones, a abrir su mente y a replantearse sus ideas sobre el sexo y la amistad**.

Cómpralo y empieza a leer


Noelia Amarillo
ARDIENTE VERANO
zafiro

Ardiente verano

Amarillo, Noelia

9788408244288

360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

María, una joven con un hijo adolescente, se prepara para afrontar las vacaciones estivales en el pueblo de su exmarido. Solo hay un pequeñísimo problema. ¡Odia el pueblo! ¿Qué va a hacer allí durante todo un mes? ¿Visitar el castillo? ¿Bañarse en la fuente? ¿Pasear? ¡Aburrirse como una ostra! O quizá no.

Un día, harta del calor, se escapa al bosque. Sus pasos la llevan hasta **una cabaña escondida, donde experimentará juegos prohibidos** a manos de un hombre que impide que le vea el rostro… Un desconocido que le susurra órdenes y al que desea más de lo que jamás pudo imaginar. Un extraño que satisface sus más íntimos deseos, y del que es incapaz de alejarse.

¿Podrá ignorar sus más secretas fantasías o se rendirá a ellas… a él, a un hombre al que ni siquiera conoce?

Cómpralo y empieza a leer

PATRICIA GELLER
Miénteme una vez más
Las mentiras pondrán a prueba lo que no se atreven a expresar en voz alta
zafiro

Miénteme una vez más

Geller, Patricia
9788408253631
220 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ian Carter se ha convertido en el soltero de oro ante los ojos de los que le rodean y es tan envidiado como codiciado allá por donde pasa. Serio y distante, lleva una vida discreta y ordenada. En el amor no ha tenido suerte, y está a punto de coincidir con **Alba Collins, la mujer por la que perdió la cabeza hace dos años y a la que no ha vuelto a ver desde entonces.**

Aun así, ninguno de los dos ha podido olvidar lo que vivieron ese verano bajo el mágico cielo de California. Allí sucumbieron a una pasión sin límites, cegados por el deseo y el placer. Sin embargo, las circunstancias los obligaron a tomar caminos diferentes y ahora deben asumir las consecuencias.

La llama de aquello que denominaron un error está más viva que nunca. La fuerte atracción que sienten los invita a olvidarse del resto del mundo, pero ninguno está preparado para abrir su corazón. Sobre todo, cuando Alba descubra que Ian Carter sigue atado a un secreto que marcó su pasado.

Las mentiras pondrán a prueba lo que no se atreven a expresar en voz alta: el amor.

¿Qué sucederá si vuelve a haber una despedida? ¿Estará Ian dispuesto a romper con todo arriesgándose a quedarse sin nada?

Una novela pasional, romántica y repleta de sensualidad, con una trama que no te dejará indiferente.

Cómpralo y empieza a leer

IRIA BLAKE
De amor y otros efectos imposibles
zafiro

De amor y otros efectos imposibles

Blake, Iria

9788408253600

229 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Alejandra cree que sabe poco sobre sexo, pero no es así, y encontrarse por casualidad en un sex shop con el **insolente de Mario Cerutti** le hará comprobarlo.

Una locura, un viaje a Ibiza y unas bolas chinas se lo demostrarán.

¿Será capaz Alejandra de darle una oportunidad al amor? ¿Se atreverá Mario a contar el secreto que guarda sabiendo que le puede hacer perder a Alejandra?

¿Te atreves a averiguarlo?

Cómpralo y empieza a leer